

**ANÁLISIS INTERPRETATIVO DEL TEXTO DE JEAN LAPLANCHE SOBRE  
LA SUBLIMACION EN LOS AÑOS DE 1975 A 1977**

Catalina Wild Fernández., Natalia Zuluaga Gómez

Universidad de la Sabana

*Tabla de contenido*

*Resumen.* **3**

*Marco Teórico.* **4**

*Problema de investigación.* **119**

*Objetivo principal.* **119**

*Objetivos específicos.* **119**

*Método.* **124**

*Resultados.* **134**

*Discusión.* **162**

*Referencias.* **174**

*Apéndice A.* **176**

*Apéndice B.* **177**

*Apéndice C.* **178**

*Apéndice D.* **196**

*Apéndice E.* **215**

### Resumen

El propósito de este estudio fue comprender cómo construyó Jean Laplanche el concepto de “Sublimación” en su texto “La Sublimación: Problemáticas III” desde la perspectiva psicoanalítica. El método utilizado fue el análisis interpretativo basado en el procedimiento hermeneútico-dialéctico que nos permitió analizar la obra a partir de las categorías iniciales. Se planteó la diferenciación entre lo “sexual” y lo “no-sexual” en los conceptos de Apuntalamiento, Síntoma y Sublimación, categorías que emergieron del estudio. Laplanche concluye que la sublimación es una “neocreación” de la energía sexual, es una misma energía circulando según una nueva forma. La Sublimación es indispensable para entender los procesos de creación y cambio que tienen lugar en la vida de los individuos, sea de manera espontánea o a través de la terapia psicológica.

### Abstract

The purpose of this study was understood how Laplanche constructed the concept of “Sublimation” in his work “La Sublimación: Problematicas III” from the psychoanalytical perspective. The method that we used was interpretative analysis, based on the hermeneutic-dialectic procedure that allows to analyze the work with the initial categories. The proposal was the differentiation between “sexual” and “non-sexual” states in the concepts of “Apuntalamiento”, “Síntoma” y “Sublimación”, categories that emerge from the study. Laplanche concludes that “Sublimation” is a “neocreation” of the sexual energy, is the same energy circulating according to a new way. The Sublimation is important to understand processes of creation and change what happens in the life of human beings in a spontaneous way or facilitated by psychological therapy.

Análisis Interpretativo sobre el concepto de Sublimación en la obra de Jean Laplanche  
en los años de 1975 a 1977

La inquietud inicial de este ejercicio investigativo se remonta precisamente a nuestro interés por profundizar en la perspectiva psicoanalítica. En el comienzo tuvimos un intenso interés e inquietud por la creación como capacidad fundamental de la vida humana que se constituye en la construcción de posibilidades siempre nuevas y auténticas.

Así mismo, nuestro interés fue derivándose hacia la inquietud por profundizar en un concepto básico del psicoanálisis: La Sublimación; pretendimos que su comprensión nos permitiera ampliar nuestro conocimiento sobre la perspectiva psicoanalítica y nos acercara a además a la comprensión de esa capacidad creadora, tan importante para los procesos de cambio en el ámbito clínico.

Como ocurre en diversas disciplinas científicas, en psicoanálisis existen conceptos que por su complejidad parecen exigir una completa revisión, no importa cuan frecuente sea su uso. Este es el caso que se presenta sobre el concepto de sublimación. Pero con la idea de sublimación ocurre que, aún entre los conocedores del lenguaje y de la teoría, puede no entenderse el sentido en que se utiliza tanto en el área clínica como en los trabajos de psicoanálisis aplicado.

No obstante, la idea de sublimación parece requerir, cada vez que se la trabaje, la realización de una revisión completa de la misma, e incluso se desarrolle una monografía que de cuenta de los alcances del tema. Esta condición se debe

fundamentalmente – según la revisión teórica realizada - a que el concepto no fue desarrollado en su totalidad por Freud, quedando siempre como tema inconcluso dentro de su cuerpo teórico. Además el concepto de sublimación no tiene un solo sentido, varias posturas teóricas emplean dicho concepto para enmarcar diferentes entendimientos.

De lo anterior se desprende que la sublimación se muestre de difícil caracterización debido a que se sustrae de la observación en la experiencia clínica y de análisis aplicado, donde se muestra como un desenlace sin mostrar nunca el proceso; lo anterior implica que por el contrario dicho concepto se desarrolle bajo una necesidad teórica y metodológica. Además de que no existe un texto unificador freudiano en este asunto y tampoco una síntesis final totalizadora, el concepto adquiere una condición inacabada con posibilidades siempre emergentes de reconstrucción.

Escogimos el mencionado texto de Jean Laplanche por ser este autor quien recoge brillantemente lo esbozado por Freud en su obra y por llegar a otras comprensiones profundas e integradoras sobre el concepto; encontramos en los planteamientos de dicho autor una forma de llegar a nuevos entendimientos sobre la sublimación que nos permitan seguir profundizando en la perspectiva psicoanalítica.

Para llegar al fin anteriormente planteado realizaremos un Análisis Interpretativo del concepto de Sublimación que propone Jean Laplanche en su obra “La Sublimación, Problemáticas III” (1975 – 1977) en el cual se encuentran sus dilucidaciones con respecto al concepto y los elementos por medio de los cuales construye el mismo. Para llevar a cabo el análisis de la obra, empezamos con algunas categorías que nos iluminarán inicialmente, dejando obviamente, espacio a las categorías que emerjan en el transcurso de este estudio. Dichas categorías iniciales las definiremos en lo que

corresponde al “Método” dejando para este momento sólo su enunciación: pulsión, pulsión sexual, pulsiones de autoconservación, sexualidad, libido y pulsión de muerte.

Este trabajo se realizará utilizando el método Hermenéutico Dialéctico determinado por insights, triangulación entre nuestras interpretaciones y las respectivas anotaciones que serán el resultado de nuestra continua profundización en la comprensión del texto de estudio.

Para entrar de lleno en el tema, nos parece pertinente acercarnos un poco a nuestro autor central de manera que podamos familiarizarnos más con él y posiblemente con los propósitos de su estudio. Jean Laplanche nació en 1924. Fue alumno de la Escuela Normal Superior. Catedrático de filosofía y doctor en medicina. Se desempeñó como médico interno en los hospitales psiquiátricos del Sena. Profesor asociado en la Sorbona. Psicoanalista, vicepresidente de la Asociación Psicoanalítica Francesa. Sus obras publicadas son *Hölderlin et la question du père* (PUF) y *Vocabulaire de la psychanalyse*, en colaboración con J. –B. Pontalis (PUF).

El texto de Jean Laplanche titulado “La Sublimación, problemáticas III” hace parte de los cursos recopilados a partir de los años de 1970-1971 correspondiente a los cursos en la Escuela Normal y en la Sorbona (1962) y los cursos de doctorado en Ciencias Humanas Clínicas de la Universidad de París (1969). Este autor expuso a manera de enseñanza pública un itinerario problemático e interpretativo que avanza por los principales ejes de la teoría psicoanalítica y que publicó con el título general de “Problemáticas” (Laplanche, J. 1972).

En su texto titulado “Problemáticas I” trató el tema de “La angustia”; en su “Problemáticas II” se centró en el tema de “Castración y Simbolizaciones”; en

“Problemáticas III” se ocupó del tema de la “La Sublimación” texto que será objeto de análisis para esta investigación; en “Problemáticas IV” su temática fue “El inconciente y el ello”; finalmente, su “Problemáticas V” tiene como tema “La cubeta. Trascendencia de la Transferencia”. Sin poder reseñar nada más de nuestro autor, deducimos de los anteriores títulos que su interés se centró en conceptos construidos desde la perspectiva psicoanalítica que guardan una gran complejidad teórica.

Contemplada la anterior aproximación al contexto del autor, nos parece necesario acercarnos de la misma manera al concepto de sublimación a través de un aspecto básico del concepto. La palabra "sublimación" remite, de un lado, al modelo químico de la transformación directa de un sólido en un gas, y de otro lado, a una metáfora que proveería de carácter sublime a una obra realizada por un hombre que por su grandeza llegaría a las alturas de los dioses; también se refiere a lo subliminal, es decir, a lo escondido, a lo que se encubre detrás de.

Sin embargo, en la perspectiva propiamente psicoanalítica, el concepto de sublimación aparece de entrada en Freud desde los años de 1895 con las cartas a Fliess. En 1915 Freud trabaja en un tratado sobre metapsicología en el que debe incluir un capítulo sobre la sublimación; la obra se presenta al público pero sin que se incluya dicho capítulo sobre el tema. Los textos aparecieron bajo el nombre de “Trabajos sobre metapsicología” los cuales posteriormente él mismo mutila; en 1930 en “El malestar de la Cultura” se encuentra frente a la misma tarea de elaborar el concepto, sin embargo, se quedará también incumplida (Laplanche, 1980).

Se puede decir que la sublimación en cualquier postura psicoanalítica está compuesta de alguna u otra manera de estos tres elementos: en primer lugar, la sublimación se daría por la transformación de una energía libidinal (pulsión) de un plano sexual a otro no sexual (tal como sucede en el paso de un sólido directamente a estado gaseoso); en segundo lugar, la sublimación estaría provista de un carácter de trascendencia, de proceso complejo en el que el ser humano alcanza un estado en el que crea posibilidades nuevas; por último, la sublimación se entendería como un proceso oculto, no descifrable hasta que se visualiza en hechos, actos y obras. Así, se puede inferir que el concepto de sublimación genera múltiples entendimientos y aplicaciones partiendo del principio de que este es el paso de un estado a otro (paso de lo sólido a lo líquido, paso a lo trascendente y paso de lo interno a lo externo).

Ahora, como nuestro principal objetivo es acercarnos a la sublimación como concepto construido psicoanalíticamente, planteamos dos procesos necesarios: revisar algunos conceptos básicos de Freud y algunas de sus aproximaciones al concepto; posteriormente, revisaremos la obra de Laplanche, en la que se encuentran aclaraciones y profundizaciones en conceptos freudianos y la puesta en escena de elementos que considero como importantes para la sublimación.

Cualquier trabajo de psicoanálisis requiere una revisión de las elaboraciones hechas por Freud ya que reconocemos en él al fundador de esta perspectiva que tantos caminos ha abierto y perspectivas ha sembrado.

El presente estudio “Análisis Interpretativo del texto de Jean Laplanche *La Sublimación* de los años 1975 a 1977” recoge los aspectos más importantes de la



perspectiva freudiana pretendiendo proponer profundizaciones y aclaraciones sobre algunas problemáticas. Nuestro autor Jean Laplanche es un intenso estudioso de los planteamientos freudianos y en esta oportunidad con su texto sobre la Sublimación, propone una revisión sobre este proceso y sus elementos; en este texto pretendimos encontrar nuevos caminos hacia el estudio de la sublimación como proceso y los desenlaces que este plantea.

De esta manera, antes de introducirnos en dicha obra, revisaremos los conceptos básicos que Laplanche toma de Freud, con el ánimo de plantear una especie de continuidad entre ellos que permita la comprensión de la perspectiva que nuestro autor construirá posteriormente. Tomaremos los conceptos que propusimos en nuestra categorización inicial, los cuales fueron estudiados por Laplanche para profundizar en algunos de sus aspectos, aspectos en los que Freud no ahondó demasiado. Dichos conceptos dieron paso a las elaboraciones propias de Laplanche, algunas de las cuales proponemos como categorías emergentes de análisis que serán presentadas en la interpretación.

Empezaremos con el texto de Freud “Los instintos y sus destinos” (1913-1917) del cual destacaremos el primer tema de base: el *instinto*. En este trabajo Freud hace una diferenciación entre *estímulo* e *instinto*. Por una parte, el estímulo sería aportado desde el exterior a cualquier tejido vivo, el cual reaccionaría a dicho estímulo por medio de la acción. Por otro lado, propone el instinto como un estímulo para lo psíquico; de esta manera, en lo psíquico existirían estímulos instintivos y otros que se comportan más bien de forma parecida a los fisiológicos.

Más claramente decimos que Freud diferencia los estímulos instintivos de los fisiológicos que actúan en lo anímico. Los estímulos instintivos proceden del interior del organismo, a diferencia de los otros, que proceden del exterior; en consecuencia, los actos que necesitaran cada uno de ellos para alcanzar su supresión son diferentes.

El instinto es una “fuerza constante” que procede del interior del cuerpo y sobre la cual no se puede evitar su efecto. Podemos introducir entonces un nuevo término de Freud: “al estímulo instintivo lo denominaremos mejor *necesidad*, y lo que suprime esta necesidad es la *satisfacción*. Esta puede ser alcanzada únicamente por la transformación adecuada de la fuente de estímulo interna” (p. 1036).

Para Freud (1913) toda actividad ya sea fisiológica o del aparato anímico se encuentra sometida al “principio del placer”, y está regulada por la experimentación de sensaciones de placer y displacer. De esta manera tenemos que el displacer es dado por un incremento del estímulo y el placer con una disminución del mismo. Así, el placer se basaría en el alcance de esa satisfacción.

Retomando lo concerniente al instinto, se puede ver que éste a veces era de origen interno y otras veces de origen externo. Desde el punto de vista biológico el “instinto” se representa como “un concepto límite entre lo anímico y lo somático” (Freud, 1913); sería un representante psíquico de los estímulos que proceden del interior del cuerpo. Estos estímulos llegarían “al alma y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático” (p. 1037); este “trabajo” se refiere al esfuerzo requerido para llegar a la satisfacción de esa necesidad.

En la anterior idea destacamos la posición de Freud con respecto a lo psíquico y lo somático, y concluimos que el instinto es el que permite un enlace entre estos dos planos, ya que éste se ubica precisamente en el límite entre dichos planos.

En este mismo texto Freud (1913) describió los elementos que componen el instinto. El “*fin* de un instinto es siempre la satisfacción, que solo puede ser alcanzada por la supresión del estado de excitación de la fuente del instinto” (p. 1037).

Otro elemento del instinto es el *objeto*: “es aquel en el cual o por medio del cual puede el instinto alcanzar su satisfacción” (p. 1037); algo importante con respecto al objeto es que Freud dice que éste es lo más variable del instinto ya que no se encuentra enlazado a éste originariamente, sino que está subordinado a su aparición cuando la satisfacción es lograda. Además, el objeto no necesariamente es exterior al sujeto sino que también puede ser cualquier parte de su propio cuerpo; este objeto puede ser sustituido de manera indefinida por otros durante el desarrollo del instinto.

Finalmente, la *fuerza* del “instinto es aquel proceso somático que se desarrolla en un órgano o una parte del cuerpo, y es representado en la vida anímica por el instinto” (p. 1037). Para este momento Freud admitió que todos los instintos son cualitativamente iguales y que su efecto depende de las cantidades de excitación que posean; su efecto dependerá además de las funciones psíquicas de los diferentes instintos, que pueden atribuírseles a las diferentes fuentes de las que provienen.

Las características que anteriormente resaltamos, pertenecen a cualidades del instinto. Además de esto Freud (1913) propuso la distinción entre dos grupos de instintos: los instintos de conservación o instintos del yo y los instintos sexuales.

Freud dice que los instintos sexuales “son muy numerosos, proceden de múltiples y diversas fuentes orgánicas, actúan al principio independientemente unos de otros y sólo ulteriormente quedan unidos en una síntesis mas o menos perfecta” (p. 1039). En este punto es necesario nombrar que ese funcionamiento independiente es dado por la

predominancia de un órgano determinado en cada etapa del desarrollo, sobre las cuales no ahondaremos, pero que al constituirse en una totalidad entran al servicio de una función específica: la procreación, donde se evidencian los instintos sexuales.

Con más detenimiento decimos que en principio cuando estos instintos funcionan independientemente, su fin es conseguir el placer orgánico, apoyándose en los instintos de conservación, de los cuales se van separando poco a poco, hasta llegar a encontrar objetos en medio de este camino de separación; estos objetos serán encontrados por los caminos que “los instintos del yo les marcan” (p. 1039).

Propondremos un complemento a esta visualización del instinto más adelante de este capítulo cuando tomemos la obra “Más allá del principio del placer” (1920).

Hacemos un paréntesis para llamar la atención sobre los siguientes puntos:

- a. Laplanche hará una elaboración más clara sobre lo que para él significa pulsión en contraposición con el significado de instinto en Freud. Verán que en el segundo capítulo expondremos que la pulsión es equivalente a ese instinto en Freud sin embargo, Laplanche planteará que en el hombre no se puede hablar de instinto sino de pulsión.
- b. Laplanche plantea, al contrario de Freud, que el objeto de la pulsión (del instinto en Freud) es relativamente fijo para cada persona; cuestión que se desarrollará en el siguiente capítulo. Por su parte, ya vimos que Freud planteó que el objeto es lo más variable del instinto.
- c. Por último, Laplanche retomará la diferenciación que hace Freud entre instintos del yo e instintos sexuales. Laplanche se basa para esta explicación, en la confusión

posible dada entre términos como el yo, las pulsiones del yo y las pulsiones sexuales. Esta aclaración la presentaremos en el capítulo II.

Siguiendo con nuestra revisión, Freud (1913) define los instintos sexuales como el ámbito del conocimiento que escoge estudiar el psicoanálisis. De esta manera, propone que estos instintos experimentan cuatro destinos por los que pasan en su desarrollo: la transformación en lo contrario, la orientación contra la propia persona, la represión y la sublimación. Freud hizo referencia a los dos primeros destinos, dedicó a la represión una elaboración aparte sobre la cual comentaremos algunos aspectos y finalmente, en varios textos considera apartes sobre la sublimación.

Primero que todo, la *transformación en lo contrario* comprende dos procesos: por una parte, la transformación de los fines de un instinto, de activo a pasivo o viceversa; y por otra, la transformación de contenido. La transformación de fin se expresa por ejemplo, en el paso del sadismo al masoquismo, o del placer visual al de exhibición; la transformación de contenido podemos verlo en la conversión del amor en odio.

Por otra parte, la *orientación contra la propia persona* consistirá en el cambio de objeto con permanencia en un mismo fin; de esta manera como ejemplo podemos ver que el masoquismo es un sadismo dirigido contra el propio yo; de esta misma manera el placer de ver se remplazará por el de ser visto o contemplado. En otras palabras, el objeto se traslada al propio cuerpo.

Hasta este punto hemos hecho referencia básicamente al instinto, sus cualidades y finalmente sus destinos, de los cuales nombramos la transformación en lo contrario y la orientación hacia la propia persona. La represión y algunas consideraciones sobre sublimación, serán tomadas posteriormente. A continuación, empezaremos a

introducimos en la relación del individuo con el mundo exterior, y cómo a través de los instintos, el sujeto conoce los objetos externos.

Freud (1913) plantea dos relaciones: una relación *yo – sujeto* y otra *exterior – objeto*, en las cuales “el yo se conduce pasivamente con respecto al mundo exterior en tanto en cuanto recibe de él estímulos, y activamente cuando a dichos estímulos reacciona” (p. 1042).

Así, nos vinculamos más a fondo con el objeto y la relación con lo exterior; vemos que el primer acercamiento a los objetos externos se da por medio de los instintos de conservación, instintos que se satisfacen por medio de elementos exteriores. Retomamos algo importante para Freud quien propone como ejemplo el sentimiento del odio el cual que se produce por medio del contacto con el mundo exterior “ajeno al yo y aportado de estímulos” (p. 1042). De esta manera dice que “lo exterior, el objeto y lo odiado habrían sido al principio idénticos” (p. 1043) pero dado ese paso de lo activo a pasivo, del odio al amor, concluye que *el placer en el yo* estaría dado como la unión entre el objeto, lo externo y lo observado.

La relación del yo con todo lo que lo rodea y lo conforma es la base para hablar de *odio* en el ser al igual que se habla de *vida*. De la misma manera en que este mismo *yo* busca mecanismos para defenderse de lo externo, dañino o perjudicial, se plantea el hecho de que la “relación de odio no procede de la vida sexual, sino de la lucha del yo por su conservación y afirmación”. En esta idea se encuentra el sustento de que el conflicto existente del yo contra las fuerzas exteriores o más específicamente, que el conflicto psíquico esta dado por las exigencias de la sexualidad opuestas a las del yo.

La oposición entre la sexualidad y el yo será elaborada por Laplanche de manera profunda en su aclaración del *síntoma*.

Después de haber revisado algunas cuestiones sobre el instinto y de haber introducido la división que Freud propone, tomaremos el texto “Tres ensayos sobre teoría sexual” (1905) en el cual aborda dicha diferenciación entre instintos de autoconservación e instintos sexuales.

Según Freud las necesidades sexuales del hombre se explican por medio de la biología, ya que considera que el hombre está provisto de un “instinto sexual” que lo encaminará a la satisfacción de estas necesidades sexuales. Así mismo está provisto de “un instinto de nutrición” que lo encaminará a la satisfacción del hambre. Bajo este planteamiento Freud llamará la atención sobre el término que representa al hambre en lo relativo a lo sexual: la *libido*.

Siguiendo el planteamiento freudiano decimos que hay diferentes órganos relacionados, al mismo tiempo, con lo específicamente sexual y con las funciones de supervivencia. Con respecto a lo sexual, las fuentes orgánicas de los instintos fueron llamados “zonas erógenas”; su nombre nos indica claramente que son “zonas”, lugares específicos de los que emanan instintos parciales, instintos que trabajan desde diferentes fuentes somáticas.

Así, el recorrido por el desarrollo ontogenético del hombre nos conduce a la observación de que en un inicio, su instinto no se orienta hacia otras personas, sino que encuentra la satisfacción en su propio cuerpo; por tanto, dicho instinto ha sido llamado “instinto autoerótico”. Este instinto puede reconocerse en un bebé al principio de la vida; éste busca la experimentación de placer por medio del chupeteo de su dedo, es decir, por la estimulación de una parte de su cuerpo. Por medio de la actividad de succión del pecho que le permite al niño alimentarse, experimenta el placer que le proporciona la

satisfacción de su necesidad. De esta manera Freud (1905) concluyó que, el autoerotismo se constituye en la niñez por la búsqueda de un placer ya experimentado por el niño, éste lo recuerda y desea volver a vivirlo por medio de la estimulación de una parte de su cuerpo.

Freud (1905) dice que “la primera actividad del niño y la de más importancia vital para él, la succión del pecho de la madre, le ha hecho conocer, apenas nacido, este placer” (p. 51), su primer placer. Se diría que “los labios del niño se han conducido como una zona erógena, siendo, sin duda, la excitación producida por la cálida corriente de leche la causa de la primera sensación de placer” (p. 51). Finalmente, Freud concluye que la “actividad sexual se apoya primeramente en una de las funciones puestas al servicio de la conservación de la vida, pero luego se hace independiente de ella” (p. 53).

En este momento concluimos que los objetos exteriores serán encontrados por los caminos que la supervivencia conduzca en las diferentes etapas y además, según la zona erógena que predomine.

Debemos llamar la atención sobre este punto del autoerotismo. Nuestro lector debe tener en cuenta este concepto, ya que Laplanche planteará una interesante elaboración de cómo este autoerotismo se conforma. El autoerotismo es además uno de los elementos que le permite llegar a lo “fantasmático”.

Con los temas anteriores hemos introducido uno de gran importancia: el placer. Freud plantea en su texto “Más allá del principio del placer” (1920), que los procesos anímicos se “regulan automáticamente” por el “principio del placer”. Antes habíamos nombrado el placer y el displacer como sensaciones de lo instintivo y estas mismas con la cantidad



de excitación que existe en la vida anímica; así, el displacer sería una elevación de la excitación y el placer una disminución de tal cantidad.

El principio del placer es visualizado por Freud (1920) de la siguiente manera:

Creemos que dicho curso tiene su origen en una tensión displaciente y emprende luego una dirección tal, que su último resultado coincide con una minoración de dicha tensión y, por tanto, con un ahorro de displacer a una producción de placer.

(p. 83)

Así mismo el principio del placer, dice Freud (1920), se deriva del principio de la constancia o de la estabilidad; este consiste en que “la tendencia del aparato anímico es la de conservar lo más baja posible o, por lo menos, constante la cantidad de excitación en él existente” (p. 85). Sin embargo, a este principio de placer se oponen siempre fuerzas adversas. Freud plantea que:

...bajo el influjo del instinto de conservación del yo queda sustituido el principio del placer por el principio de realidad, que, sin abandonar el propósito de una final consecución del placer, exige y logra el aplazamiento de la satisfacción ... y nos fuerza aceptar pacientemente el displacer durante el largo rodeo necesario para llegar al placer.

(p. 86).

Lo importante entre este *principio del placer* y el *principio de realidad* radica en que el aparato anímico está provisto de energía que procede de los impulsos instintivos inherentes a este; la reacción a las aspiraciones instintivas o a las amenazas de peligro puede ser dirigida de forma correcta por cualquiera de estos dos principios. Esta será precisamente la verdadera actividad del aparato anímico.

Después de algunas referencias al placer, nos introducimos a lo llamado por Freud (1920), compulsión de repetición, sobre el cual dice que es un elemento más primitivo y elemental que el principio del placer. Con la “repetición” daremos sentido a lo que Laplanche llama *traumatismo*.

En este mismo texto Freud (1920) introduce un tipo de perturbación llamada “neurosis traumática” a propósito de lo que queremos introducir en este capítulo como la tendencia a la *repetición*, la cual se destacará en las siguientes situaciones. En la neurosis traumática el ser humano se enfrenta a una situación donde se ve expuesto al peligro de muerte, un accidente de cualquier índole que es capaz de producirle un efecto muy fuerte en su ser; este evento permanecerá en la persona como algo que se repite en la vida, como una constante. “El enfermo hallaríase, pues, por decirlo así, psíquicamente fijado al trauma” (p. 89) esto es lo que Freud denomino “fijación al trauma”.

Por otra parte, hacemos referencia al funcionamiento del aparato anímico en las etapas tempranas en lo concerniente a una actividad normal: el juego infantil. Freud analizó que los niños tienden a repetir constantemente los mismos juegos y al observarlos, concluyó que lo hacían impulsados por la necesidad de elaborar psíquicamente sucesos hostiles en su vida con el fin de conseguir un dominio sobre éstos. Sin embargo, no olvidemos que también estos juegos podrían ser una forma de revivir un placer antes experimentado.

En la vivencia el niño es el objeto del suceso, es decir, se encuentra en de forma pasiva en la situación; a través del juego el niño repite el suceso haciéndose sujeto de la situación. Freud (1920) atribuye este impulso a un “instinto de dominio” que el niño

tiende a realizar, así los recuerdos sean dolorosos o no. En conclusión, el juego sería una forma de representación de las vivencias que han producido al niño una intensa impresión.

Otra manera de entender la repetición, es a partir de la transferencia en la terapia psicoanalítica. En la terapia se trata de conducir al enfermo a que haga consciente lo inconsciente a través de un proceso de remembranza donde la persona puede recordar sucesos reprimido. Cuando la persona es incapaz de recordar la situación de una manera específica, el terapeuta la impulsa a recrear la situación con base en los recuerdos que conserva. Así como en algunas ocasiones este procedimiento es suficiente para el éxito de la terapia, en otras, la persona no se convence de la reconstrucción que hizo al tratar de recordar; de esta manera el enfermo tenderá a repetir lo reprimido (Freud, 1920). Así, las “dolorosas situaciones afectivas y todos estos sucesos indeseados son resucitados con gran habilidad y repetidos por los neuróticos en la transferencia” (p. 97). Por tanto, el enfermo que tiende a hacer todo lo posible por dificultar e interrumpir la “cura”, asume una posición en la que se siente despreciado y decepcionado por su terapeuta. Sin embargo, dice Freud (1920), que obviamente, ninguno de estos sentimientos le proporcionan placer a la persona “mas surgiendo luego como recuerdo, hay que suponer que debería traer consigo un menor displacer que cuando constituyó un suceso presente” (p. 97).

Según lo expuesto por Freud en el texto de “Más allá del principio del placer” (1920) concluimos que la forma en que cada persona reacciona y construye su vida, es preparada por la ésta misma dada la influencia determinada de sus vivencias infantiles.

Al haber hecho referencia a la manifestación de la repetición en el juego y la transferencia, citamos a Freud (1920) quien concluye generalmente que:

... en la observación del destino de los hombres y de su conducta en la transferencia, ... nos hacen suponer que en la vida anímica existe realmente una obsesión de repetición que va más allá del principio del placer y a la cual nos inclinamos ahora a atribuir los sueños de los enfermos de neurosis traumáticas y los juegos de los niños. Mas, de todos modos, debemos decir que solo en raros casos podemos observar los efectos de la obsesión de repetición por sí solos y sin la ayuda de otros motivos.

(p. 98)

En este momento queremos anotar, que hay gran diferencia entre el juego y la transferencia. La obsesión de repetición en el juego permite la satisfacción instintiva directa, acompañada por el placer, lo cual permite al niño dominar la situación traumática. Por el contrario, la transferencia se halla “claramente al servicio de la resistencia por parte del yo, que obstinado en la represión y deseo de no quebrantar el principio del placer, llama en su auxilio a la obsesión de repetición” (p. 99), haciendo así imposible un proceso que le permita elaborar la experiencia traumática y dominarla. Freud nos dice (1920), que esta obsesión de repetición es más instintiva, primitiva y elemental que el principio del placer al que a veces reemplaza.

Finalmente, tomamos un texto más para ilustrar una conclusión de Freud sobre la tendencia a la repetición. Freud expone con claridad en su ensayo “Lo siniestro” (1919) que:

La actividad psíquica inconsciente está dominada por un automatismo o impulso de repetición (repetición compulsiva), inherente, con toda probabilidad, a la esencia misma de los instintos, provisto de poderío suficiente para sobreponerse al principio

del placer; un impulso que confiere a ciertas manifestaciones de la vida psíquica un carácter demoníaco, que aún se manifiesta con gran nitidez en las tendencias del niño pequeño, y que domina parte del curso que sigue el psicoanálisis del neurótico.

(p.2496)

En este mismo escrito de “Lo siniestro”, se expone que el psicoanálisis se interesa por lo que está cercano a lo angustiante en general; no “desdeña los sentimientos contrarios, repulsivos y desagradables” (p. 2483). Así, el psicoanálisis se ha interesado en el carácter *siniestro* que en sí guarda principalmente la muerte. A partir de la ciencia, el hombre no ha podido aún saber si la muerte es el destino final de todo hombre o si sólo un estado que podría evitarse; por estas razones, la actitud frente a la muerte es de incertidumbre y angustia. Mas, aunque las religiones crean en la muerte como algo pasajero, inconcientemente la mayoría de los hombres no pueden aceptar la posibilidad cercana de su propia muerte (Freud, 1919). Pensamos que precisamente las religiones y las ciencias son caminos para dar explicaciones a los enigmas que preocupan a la humanidad, mientras que otros ámbitos como el arte, aunque en sí guarden algo de angustiante, plantea caminos, como la representación de verdades profundas del ser a través de visiones particulares.

Así, Freud (1919) nos presenta otra mirada sobre lo siniestro. Lo contempla desde la perspectiva de una obra, la obra de literatura de suspenso. Pensamos que la alusión a este tipo de obras le facilita a Freud ilustrar su visión sobre el inconciente y la obra de arte, en las cuales aquello siniestro “sería todo lo que debía haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado” (p. 2487). Con lo anterior, Freud nos llama la atención sobre la esencia de lo siniestro: aquello que “debía haber quedado oculto” se ha

manifestado. Dice que lo siniestro no es nada nuevo sino algo que siempre ha sido familiar a la vida psíquica; tiene carácter de extraño debido a su represión.

Pese a lo anterior, en la obra de arte siniestra no hay repetición compulsiva, sino que en ésta se produciría una *representación* manifiesta de eso “oculto”.

Encontramos algo interesante en la contemplación de la obra de arte siniestra que realiza Freud (1919). Nos plantea que en las historias que guardan algún tipo de suspenso, es frecuente encontrar algún personaje que experimente el desdoblamiento de su personalidad o que incluso, tenga un doble, una persona idéntica a sí misma pero con los caracteres demoníacos y ocultos que el personaje no rebela. Pero nos dice Freud (1919):

... nuestro conocimiento de los procesos psíquicos patológicos nos permite agregar que nada hay en este contenido que alcance a dar razón de la tendencia defensiva que *proyecta al “doble” fuera del yo, cual una cosa extraña*. El carácter siniestro sólo puede obedecer a que el “doble” es una formación perteneciente a las épocas psíquicas primitivas y superadas, en las cuales sin duda tenía un sentido menos hostil.

(p. 2495)

Basándonos en lo anterior, pensamos que Freud da un carácter diferente a la obra de arte en sí, como forma de elaboración de los afectos. Creemos que la obra de arte es una expresión, una manifestación de eso que oculta o se oculta dentro de una persona. A través de ésta, se puede producir una representación que permita elaborar esos profundos conflictos de manera placentera y constructiva, tal como lo señalamos en el juego.

Creemos que en el texto “El poeta y los sueños diurnos” (1907), podemos destacar otra forma de ver la repetición como camino que favorece la elaboración de los afectos, esta vez a través de la fantasía y cómo ésta dinamiza nuestra vida psíquica. Freud nos dice que la actividad fantaseadora y los ensueños se adaptan y cambian por las nuevas

impresiones de la vida y reciben siempre nuevas impresiones. De esta manera Freud dice en este texto que:

La fantasía flota entre tres tiempos: los tres factores temporales de nuestra actividad representativa. La labor anímica se enlaza a una impresión actual, a una ocasión del presente, susceptible de despertar uno de los grandes deseos del sujeto; aprehende regresivamente desde este punto del recuerdo de un suceso pretérito, casi siempre infantil, en el cual quedó satisfecho tal deseo, y crea entonces una situación referida al futuro y que presenta como satisfacción de dicho deseo el sueño diurno o fantasía, el cual lleva entonces en sí las huellas de su procedencia de la ocasión y del recuerdo. Así, pues, el pretérito, el presente y el futuro aparecen como engarzados en el hilo de deseo, que pasa a través de ellos.

(p. 1345)

De todas maneras, debemos exponer que lo anteriormente comentado, lo siniestro y la compulsión de repetición, tienen un componente que los atraviesa: la represión. Retomando la idea de Freud (1919) de que lo esencial en lo siniestro es precisamente, que no hay nada nuevo en él, sino que le ha sido familiar siempre a la vida psíquica, lo reprimido produce esa sensación de extrañeza. Expresándolo en nuestras palabras, cuando se vuelve a ese “origen”, a eso que quedó allí guardado, es cuando se produce esa sensación de lo siniestro, de algo que estuvo oculto y ahora se manifiesta, algo familiar desde mucho tiempo atrás que ahora aparece. Para expresar esta idea de manera general, Freud nos dice que “... esa cosa siniestra es la puerta de entrada a una vieja morada de la criatura humana, al lugar en el cual cada uno estuvo alojado alguna vez, la primera vez” (p. 2500).

A partir de varios elementos de nuestro estudio de Freud, hemos concluido que la *represión* es indispensable para entender que lo inconsciente busca la manera de llegar hasta la conciencia, de exteriorizarse por medio de un acto real al vencer la resistencia que se le ha puesto. También diremos que hay impresiones externas – como esas traumáticas que mencionamos anteriormente – que logran que complejos infantiles que fueron reprimidos, se reanimen y encuentren nuevamente una manera de confirmarse (Freud, 1919).

Sin embargo, en nuestra relación de ideas, decimos que este mecanismo del retorno de lo reprimido es aquel que da la oportunidad al ser humano de buscar una nueva satisfacción donde antes no pudo hallarla y una nueva posibilidad de elaborar sus afectos. Le da la posibilidad de encontrarse constantemente en la búsqueda del entendimiento de sus vivencias pasadas, con el fin de encontrar caminos más satisfactorios para su desarrollo.

De todas maneras, reseñaremos cuestiones más precisas sobre la represión a partir de un texto como “El yo y el ello” (1923). Freud elabora su concepto de represión a partir de una de las bases fundamentales del psicoanálisis: el inconsciente. Freud acepta que existen “procesos o representaciones anímicas de gran energía que, sin llegar a ser conscientes, pueden provocar en la vida anímica las más diversas consecuencias, algunas de las cuales llegan a hacerse conscientes como nuevas representaciones” (p. 9). La teoría psicoanalítica al centrarse precisamente en esto inconsciente, afirma que dichas representaciones no pueden llegar a la conciencia ya que se opone cierta energía; si aquella no se opusiera, lograrían llegar a la conciencia. Así, nos dice Freud que “el estado en el que estas representaciones se hallaban antes de hacerse conscientes es el que conocemos con el nombre de *represión*”. El concepto de inconsciente parte de la teoría



de la represión ya que “lo reprimido es el prototipo del inconciente” (p. 10). De esta manera, Freud concluye que “todo lo reprimido es inconciente, pero no todo lo inconciente es reprimido” (p.12).

Nos dice Freud (1923), que hay seguramente partes del *yo* que también son inconcientes; entonces para acceder al conocimiento de lo inconciente, aquello se debe hacer conciente. Sobre ese enlace de lo inconciente con lo conciente, Freud (1923) nos llama la atención sobre la conciencia, sobre la cual dice, es la superficie perceptora del aparato anímico. Concluye que “todas las percepciones procedentes del exterior (percepciones sensoriales) y aquellas otras procedentes del interior, a las que damos el nombre de sensaciones y sentimientos, son concientes” (p. 13).

En este texto de “El yo y el ello” se expone la hipótesis de que la diferencia entre una representación inconciente y una representación preconciente (capaz de conciencia) llamémosla pensamiento, es que “el material de la primera permanece oculto, mientras que la segunda se muestra enlazada con *representaciones verbales*” (p.14). Al contemplar la forma en que algo se vuelve conciente, Freud (1923) responde que más bien algo se hace preconciente por medio de su enlace con las representaciones verbales correspondientes.

Las representaciones verbales son restos mnémicos, los cuales en un primer momento fueron percepciones que pueden volver a ser concientes como todos los restos mnémicos. Así concluye Freud (1923):

... sólo puede hacerse conciente lo que fue alguna vez una percepción conciente, aquello que no siendo un sentimiento quiere devenir conciente y desde el interior tiene que intentar transformarse en percepciones exteriores, transformación que consigue por medio de las huellas mnémicas.

(p. 14)

De lo anterior, concluimos que la información proveniente del exterior y que entra a través de los sentidos, se representa en la vida psíquica mediante las huellas que deja en la memoria. Así mismo, los instintos que provienen del interior del cuerpo también se representan a través de dichas huellas. Cuando cualquier información se quiera llevar a la conciencia, se hace por la mediación de las representaciones verbales. Aquí vemos claramente lo que corresponde a lo somático y a lo psíquico. La información es percibida y procesada a través del cuerpo en su entrada. Al representarse y procesarse, ya adquiere un carácter psíquico, ya ha entrado a la vida mental.

Ahora, volvemos al instinto para plantear su relación con esa obsesión de repetición, tomando nuevamente el texto “Más allá del principio del placer” (1920). Para poner de manifiesto esta relación, ya los instintos se verán de una forma más primaria, es decir, los instintos de vida y de muerte de los cuales se derivan los instintos de conservación e instintos sexuales.

En este escrito se expone que “un instinto sería, pues, una tendencia propia de lo orgánico vivo a la reconstrucción de un estado anterior, que lo animado tuvo que abandonar bajo el influjo de fuerzas exteriores, perturbadoras” (p. 112). Esta nueva visión del instinto pareciera plantear una contradicción ya que se podía ver anteriormente como un factor que impulsa a la modificación y la evolución; como si en él se manifestara un principio de la naturaleza: la conservación de lo animado. Al contrario, se concluye que el instinto tiende a reconstruir un estado anterior, el estado

inorgánico el cual pudo encaminarse a una evolución orgánica por influencias exteriores, perturbadoras y desviantes.

Como lo dice Freud (1920) “la meta de toda vida es la muerte. ... lo inanimado era antes que lo animado” (p. 114). Y aún más “la tensión, entonces generada en la antes inanimada materia, intentó nivelarse, apareciendo así el primer instinto: el de volver a lo inanimado” (p. 114).

En lo anterior planteamos algo superficial sobre los instintos de vida y de muerte, de los cuales resaltaremos otras implicaciones sin antes no introducir los instintos que Freud clasificó: los instintos de conservación y los instintos sexuales.

El instinto de conservación trabaja con el fin de evitar la muerte rápida de cualquier ser orgánico lo que lleva a concluir que la total vida instintiva sirve para llevar al ser viviente hacia la muerte; como lo dice Freud, “el organismo no quiere morir sino a su manera” (p. 115). Y una paradoja que revela Freud es que el organismo viviente se revela contra peligros que podrían hacerle encontrar un corto camino a su fin vital y “esta conducta es lo que caracteriza precisamente a las tendencias puramente instintivas, diferenciándolas de las tendencias inteligentes” (p. 115).

Por otra parte tenemos los instintos sexuales que serían la inmortalidad potencial de un organismo vivo: sus células germinativas. Estos instintos sexuales son conservadores de la misma manera de los otros ya que reproducen anteriores estados de la sustancia animada. Son los que conservan la vida misma por más largo tiempo: son los verdaderos instintos de vida.

De esta manera tenemos dos especies de instintos, aquellos que quieren llevar la vida hacia la muerte (instintos del yo) y los instintos sexuales que aspiran continuamente a la renovación de la vida. Freud partió de la separación entre los instintos del yo o instintos

de muerte y los instintos sexuales o instintos de vida. De la manera en que habían sido presentados era fácil incluir en los instintos de muerte a los instintos de conservación; Freud (1920) rectifica su dualidad ya no planteando oposición entre instintos del yo e instintos sexuales sino entre *instintos de muerte e instintos de vida*.

Finalmente diremos que además del principio del placer hay una importante función del aparato anímico: “ligar” los impulsos instintivos que le sobrevienen. En un principio serán “carga psíquica móvil” regida por el *proceso primario* y a través del *proceso secundario* se transformará en una carga en reposo. De esta manera la “ligadura” producida por dicha transformación asegurará su dominio. Aquí enlazamos una vez más, que precisamente lo que favorece la elaboración o ligazón de los afectos, esa tendencia a la repetición, principio que va más allá del principio del placer.

En conclusión tenemos que el *principio de placer* es una tendencia que está al servicio de la función encargada de mantener constante las excitaciones en el aparato anímico. Por otra parte la *ligadura* del impulso instintivo de la que hablamos sería una función preliminar para que la excitación pueda ser descargada. Finalmente, decimos que el proceso primario actúa al principio de la vida y a partir de este se pueden establecer los posteriores procesos secundarios (ligados). Así, los instintos de vida traen consigo tensiones cuya descarga es sentida como placer y los instintos de muerte están regidos por el principio del placer.

Queremos comentar que lo revisado anteriormente corresponde a aspectos que Laplanche toma como base de la teoría psicoanalítica para plantear conclusiones dentro de la misma teoría. Nuestro propósito fue reconocer estas mismas bases en un

acercamiento directo al generador de la teoría psicoanalítica: Sigmund Freud. Sin embargo, está claro que nuestro objetivo esencial en este estudio es realizar un análisis interpretativo de la obra de Jean Laplanche y no una confrontación entre planteamientos psicoanalíticos. Lo que continúa en esta revisión, corresponde a los aspectos insinuados por Freud sobre la Sublimación, los cuales tratamos de configurar de la manera en que plantaremos a continuación.

Para describir el proceso psicosexual del ser humano vinculado a la sublimación es preciso entrar a otra obra de Freud: “Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci” (1910); en este se verá un ejemplo de varias temáticas en la vida y experiencia de Leonardo da Vinci y la forma en que Freud las liga con su teoría. La obra se fundamenta específicamente en el recuerdo de un sueño en la infancia de este personaje. Freud cuenta sobre el recuerdo de Leonardo: “... el recuerdo o fantasía de infancia de Leonardo según el cual había sido visitado en su cuna por un ave de presa” (p. 57). En la interpretación de Freud el ave es presentada como un buitre cuando en realidad la traducción del ave de la cual hablaba Leonardo era un Milano. En todo caso el buitre se relacionó por medio de la mitología egipcia con la figura simbólica materna. Sin embargo, la verdadera relevancia del sueño se centra en el hecho de que el ave visitó su “cuna introduciéndole la cola en su boca” indiferentemente de la clase de ave que fuera.

Para hablar del análisis de Freud sobre Leonardo, es importante contextualizar un poco en quien fue este personaje. Fue uno de los hombres más importantes del renacimiento italiano, gran pintor y gran investigador de la naturaleza en la cual tomaba su fundamento como artista, lo que le permitió estar un paso adelante de su época postulando y planteando ideas nuevas que se establecían fuera del contexto de lo

cotidiano, sin que esto mismo dejara de ser estético y aprobado en la sociedad. Su obra expresa su ser interno y su relación con el mundo, en la cual no había odios ni rencores, como Leonardo decía “un gran amor brota de un gran conocimiento del objeto amado, si conoces poco a este, poco o aun nada podrás amarlo...”. Es así como a partir de esa relación primaria con el objeto y la relación con este hace de manera distinta la relación con el mundo, una relación que en el caso de Leonardo era casi no sexual; dado que sus afectos eran conducidos por la “pulsión de investigar”, no amaba ni odiaba si no que investigaba porqué debía hacer una cosa o la otra, lo cual lo colocaba en otro plano sobre el cual podía encaminarse a la sublimación.

Partiendo de esta base del pensamiento de Leonardo podemos referirnos a la explicación de Freud de la relación de *objeto*, tan importante en la teoría psicoanalítica. El hallazgo de objeto lo vincula con el inicio de la “investigación sexual infantil” (aproximadamente tercer año de vida) la cual no surge de manera espontánea sino que es el resultado de la impresión de una importante vivencia en esta época, por ejemplo, según Freud el nacimiento de un hermanito el cual sería una amenaza para sus fines egoístas. Se debe tomar en cuenta que para Freud la primera investigación intelectual proviene de un cuestionamiento sobre lo sexual (“de dónde vienen los niños”).

Concluimos que en Leonardo su interés por investigar no fue despertado por los cuestionamientos sobre la sexualidad sino por el estímulo que ese recuerdo infantil le produjo, por el interés en un objeto externo.

Seguido a lo anterior Freud (1910) propone que este proceso de investigación infantil es cerrado por la represión de lo sexual y que la pulsión de investigar abrirá tres caminos de los cuales dos resaltarán como patológicos y el otro será la sublimación:

En el primer camino se propone que “la investigación puede compartir el destino de la sexualidad; el apetito de saber permanece desde entonces inhibido, y limitado el libre que hacer de la inteligencia... este es el tipo de la inhibición neurótica” (p. 74) lo que podría desembocar en un “estallido de una neurosis”.

Un segundo tipo, “el desarrollo intelectual es bastante vigoroso para resistir la sacudida que recibe la represión sexual. Después de esto la investigación se ve fortalecida y posteriormente la represión sexual se ve favorecida y “regresa de lo inconsciente” (p. 74), lo que conllevaría a “sexualizar al pensar mismo y tener las operaciones intelectuales con el placer y la angustia de los procesos sexuales propiamente dichos. El investigar deviene aquí quehacer sexual” (p. 74), lo que se entendería como el reemplazo del quehacer sexual por el de investigar, esto se vería transformado en una búsqueda de lo intelectual que nunca termina (compulsión del pensar).

“El tercer tipo, más raro y perfecto, en virtud de una particular disposición escapa tanto de la inhibición del pensar como a la compulsión neurótica del pensamiento” (p. 74). Aquí también se encuentra represión de lo sexual pero que no llega a lo inconsciente si no que “la libido escapa al destino de la represión sublimándose desde el comienzo mismo en un apetito de saber” (p. 74) y trabajando con la pulsión de investigar, es así como también se presenta algo de compulsión que reemplaza el quehacer sexual pero que no es neurótico. Esto se produce puesto que no hay “atadura a los originarios complejos de investigación sexual infantil” (p. 75) lo que le permitiría a la pulsión desarrollar su quehacer en lo intelectual, no tiene esta limitación acerca de lo sexual, evita ocuparse de temas sexuales, permitiéndole al ser humano desarrollarse de manera diferente vinculada a la sublimación del pensar.

Volviendo al recuerdo de Leonardo nos encontramos con su experiencia en relación con el pájaro dado en el período de lactancia; en esta época tienen lugar las relaciones pecho - boca (madre – hijo) que al asociarse con el recuerdo del golpeteo de la cola del pájaro entre su boca, marca la vida de Leonardo como un destino. En los primeros tres años de vida se fijan impresiones frente al mundo exterior que dejan marcado un significado en el individuo para siempre. Si esto lo relacionamos con la historia de la vida de Leonardo nos daremos cuenta que él mismo desarrolla una extensa teoría sobre el vuelo de los pájaros y la construcción de maquinas voladoras, investigación derivada posiblemente de ese intenso interés por objetos exteriores y no en la sexualidad misma. Sumado a lo anterior, en la relación de madre - hijo en esta etapa de lactancia, se experimenta la primera relación con el objeto externo. Freud (1910) identifica esa primera experiencia con una especie de “seducción” entre la madre y el hijo. Freud interpreta que en Leonardo queda fijada la sonrisa de la madre la cual según el análisis de su obra se encuentra presente en cada uno de los cuadros desarrollados por el artista. Freud dice:

Este cuadro es un retrato. Desde la infancia vemos entramarse esta imagen en el tejido de los sueños, de suerte que, si expresos testimonios no se pronunciaran en contrario, uno creería que ese fue su ideal de mujer por fin hallado y corporizado.

(p. 102)

Según lo especificado en Freud en Tres ensayos de teoría sexual (1905), el paso de una etapa sexual a otra determina cierta diferencia en el quehacer sexual de los individuos. Es así como en la vida de Leonardo se ve que al entrar a la pubertad no se ve inclinado a desarrollarse de manera exclusivamente sexual, al contrario parecería “dar la



impresión de un hombre asexual”. Freud dice que este proceso se dio puesto que “la mayor parte de las necesidades de la pulsión sexual podrán sublimarse, merced al temprano privilegio del apetito de saber sexual, en un esfuerzo de saber universal, escapando así de la represión”, lo cual desencadena al contrario de los adultos, un desenvolvimiento a nivel intelectual y no sexual.

Siguiendo la línea de interpretación en Freud, la vida de Leonardo se desarrolla a través de este tipo de pensamiento universal, aquel en el que se propone decir lo común a los seres humanos; además por su proceso con relación al objeto, logró un desprendimiento afectivo y sexual que le permitió ver mas allá de lo estipulado entre el bien y el mal, lo masculino y lo femenino, permitiéndole crear nuevos parámetros de lo observado en lo externo a él. No obstante, la percepción del mundo y la manera de recrearlo está estrictamente relacionada a cómo se perciben los estímulos externos y cómo entran a hacer parte de la vida psíquica.

Nos queda aún por señalar varios aspectos contemplados por Freud con respecto a la sublimación, tema central del texto que nos ocupa en este estudio. En el texto de “Más allá del principio del placer” (1920) Freud expone su incredulidad acerca de que en hombre exista un instinto de perfeccionamiento que le impulsa hasta su grado elevado de función espiritual y sublimación ética o incluso algo que lo impulsará al ideal del superhombre. Freud (1920) sostiene que la explicación del desarrollo humano no necesita una explicación diferente a la de los animales; además observa que el “impulso incansable a una mayor perfección se observa en una minoría de individuos humanos puede comprenderse sin dificultad como consecuencia de la represión de los instintos, proceso al que se debe lo más valioso de la civilización humana” (p. 117).

Vemos que el rasgo más importante de la sublimación es precisamente la represión de los instintos, y específicamente, los instintos sexuales.

Tomamos el texto “El yo y el ello” (1923) para referirnos a aspectos más detallados sobre la sublimación. Como dijimos anteriormente, la sublimación implica el abandono de los fines sexuales, es decir, una desexualización dada por la transformación de la libido de la que han sido provistos los objetos en libido narcisista (de vuelta al yo). Freud propone que este puede ser el camino general que conduce a la sublimación “realizándose siempre todo proceso de este género por la mediación del yo, que transforma primero la libido objetal en libido narcisista, para proponerle luego un nuevo fin” (p. 23).

Freud (1923) nos dice que la sublimación tiene efecto por la mediación del yo ya que este pone fin a las cargas de objeto primarias y posiblemente a algunas de las ulteriores adueñándose de su libido, energía que servirá a esa presente modificación del yo; al darse esta transformación en libido del yo, se abandonan los fines sexuales, es decir, se produce una desexualización.

A partir de lo anterior, deducimos que Freud nos propone la posibilidad de que haya una capacidad en el ser humano para derivar su energía sexual creadora (energía puesta al servicio de la vida) hacia fines más elaborados, que aunque impliquen un aplazamiento de la satisfacción, esperarán por una descarga de similar reparación y placer.

Queremos citar el siguiente fragmento perteneciente al ensayo “El humor” (1927) en el cual Freud nos lo recuerda como una actividad intelectual:

Es hora de que nos familiaricemos con algunas características del humor. No sólo tiene ese algo de liberante, como el chiste y lo cómico, sino también algo grandioso y

exaltante, rasgos que no se encuentran en las otras dos formas de obtener placer mediante una actividad intelectual. Lo grandioso reside, a todas luces, en el triunfo del narcisismo, en la victoriosa confirmación de la invulnerabilidad del *yo*. El *yo* rehúsa dejarse ofender y precipitar al sufrimiento por los influjos de la realidad; se empeña en que no pueden afectarlo los traumas del mundo exterior; más aún: demuestra que sólo le representan motivos de placer.

(p. 2998)

Esta forma en que el hombre puede triunfar sobre el mundo exterior a pesar de los sentimientos hostiles que de este perciba, la forma en que logra un fortalecimiento de su *yo* y con éste, el sentimiento de que ha logrado una victoria, incluso por encima de sí mismo es lo que nos interesa de esta capacidad y proceso que vemos en la sublimación, como una posibilidad siempre nueva de crear un mundo para sí, que a la vez permita al ser humano aportar con su creación a la cultura que le rodea.

Así nos dice Freud (1907):

Ahora bien: el poeta hace lo mismo que el niño que juega: crea un mundo fantástico y lo toma muy en serio; esto es, se siente íntimamente ligado a él, aunque sin dejar de diferenciarlo resueltamente de la realidad. Pero de esta irrealidad del mundo poético nacen consecuencias muy importantes para la técnica artística, pues mucho de lo que, siendo real, no podría procurar placer ninguno, puede procurarlo como juego de la fantasía, y muchas emociones penosas en sí mismas pueden convertirse en una fuente de placer para el auditorio del poeta.

(p. 1343)

Es después de esta revisión de algunos conceptos que tomamos de base en la perspectiva de Freud, como nos acercamos al planteamiento de la postura de Jean Laplanche. Nuestro autor es un exhaustivo estudioso de Freud y con base en él, elabora su propuesta con respecto a la sublimación, realizando profundizaciones y marcando caminos diferentes que él mismo resalta. Esperamos que este breve recorrido sirva para el acercamiento y entendimiento a la obra de análisis que escogimos para este estudio.

Jean Laplanche inicia su texto sobre la Sublimación recontando cómo fue posible su camino hacia esta temática. Comenta que su recorrido ha girado en torno a los temas de la pulsión, la angustia y su articulación con el yo, en torno al problema de las normas y su impacto subjetivo, el problema de la castración y finalmente, en torno a la simbolización.

Trabajó la *simbolización* como parte de varias temáticas y específicamente, las tomó desde dos ejemplos de simbolizaciones concretas: los *ritos de iniciación* y las *fobias*. Lo importante de esta referencia está, en que la teoría sobre la *sublimación* va a desarrollarla también a partir de la simbolización, ya que para nuestro autor aquel es el proceso que sucede al interior del fenómeno de sublimación; es lo que constituye el nacimiento y soporte de toda la sexualidad: la psiquización, metaforización o simbolización.

Laplanche representa su derrotero con la imagen de un *espiral*. Empleó esta figura ya que según él mismo, se ve llevado a volver a decir, a retomarse pero en otro nivel: “Es claro que antes de redecirse, uno ha vuelto a decir y uno redice a Freud”. La espiral quiere decir para Laplanche que en el mismo punto de pasaje, en la misma vertical

espera encontrarse en una nueva vuelta o varias vueltas de las cuales se ha proyectado, como una *progresión*.

“Para situar la sublimación”, es el título bajo el cual Jean Laplanche desarrolla la primera parte de este recorrido freudiano sobre la sublimación, recorrido que se constituye en el suyo propio. Recorre principalmente los conceptos básicos del psicoanálisis, y en la línea freudiana desemboca en esta temática tan controvertida. Junto con esta revisión, el autor retoma argumentos de otros autores para articularlos y dar paso a su elaboración teórica sobre la sublimación.

Laplanche profundiza en mecanismos y conceptos apenas mencionados por Freud, los cuales revisa y entreteje para derivar su camino hacia una elaboración que da razón del proceso de la sublimación.

Para enmarcar un poco este recorrido llevado a cabo por Laplanche, debe introducirse la sublimación como un concepto que él mismo desarrolla en “la marcha”, en la derivación de las piezas que encadena. El autor intenta elucidar el proceso mediante el cual se derivan de las funciones más básicas de la autoconservación del principio de la vida, sus representaciones en la vida psíquica; este proceso se lleva a cabo mediante la simbolización, la psiquización o, como él mismo prefiere llamarla, la “metaforización”, por medio de la cual se constituiría el nacimiento de la sexualidad.

Dada la dificultad de enmarcar el texto de Laplanche de manera general, es decir “en pocas palabras”, se recorrerá el mismo camino por él transitado para llegar a sus conclusiones sobre la Sublimación.

Laplanche empieza su recorrido haciendo referencia al concepto de Sublimación por él elaborado en coautoría con Pontalis en el “Diccionario de Psicoanálisis” (1971) el cual citaremos a continuación:

Proceso postulado por Freud para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero que hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual. Freud describió como actividad de sublimación principalmente la actividad artística y la investigación intelectual. Se dice que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin no sexual y apunta hacia objetos socialmente valorados.

(p. 31)

A partir de esto Laplanche reflexiona sobre los elementos que se deben tener en cuenta en esta definición. En primera instancia, hace referencia a la relación de lo sexual con lo no-sexual y a la cuestión del pasaje posible de uno a otro (se verá más adelante que Laplanche plantea que este pasaje debe ser aprehendido en los dos sentidos: no sólo de lo sexual a lo no sexual, sino de lo no sexual a lo sexual, para enmarcar globalmente el problema). En segunda instancia, toma la noción de pulsión o energía libidinal, como lo que sería susceptible de transitar de las actividades sexuales a las actividades no-sexuales.

Por otra parte, cuestiona elementos que son indispensables en Freud en los cuales no profundizará de manera tan exhaustiva como en los anteriores. Se trata entonces, de una referencia a la valorización social la cual está prácticamente presente en todas las elaboraciones freudianas concernientes a la sublimación. La noción de valorización social le sugiere un doble cuestionamiento al autor. En primer lugar, se pregunta si esta

valorización social es fundamental en la definición misma de las actividades sublimadas.

Lo dice propiamente de la siguiente manera:

Una actividad no valorizada – suponiendo que la misma existiera -, un hobby, una manía, un coleccionismo aberrante, ¿es una sublimación en pie de igualdad con una actividad culturalmente reconocida? Y si estas no son sublimaciones, ¿hace falta otro concepto para dar razón de ellas?

(p. 32)

De acuerdo con este aspecto, Laplanche, suponiendo que corresponda retener esta dimensión de valorización social, se cuestiona sobre la manera de entenderla, y cómo entender que ella sea susceptible de marcar el proceso psíquico mismo. Se pregunta si es la utilidad para la sociedad, el “reconocimiento” por el otro o por los otros, el valor de comunicación, o el valor del lenguaje lo que interesa en la construcción del concepto. Retomaremos este cuestionamiento en lo correspondiente a lo “cultural” que se expone hacia la parte final de esta revisión teórica.

En el primer punto de reflexión en el que se centra Laplanche, es el concepto de **Pulsión**, sobre el que resalta su condición de ambigüedad dado el amplio panorama de la metapsicología freudiana. Se debe hacer énfasis en la Pulsión, ya que la sublimación es presentada por Freud como uno de sus cuatro destinos junto con la transformación en lo contrario, la vuelta sobre la persona propia y la represión.

En la noción freudiana y sobretodo posfreudiana de sublimación, se ha enfatizado principalmente en la relación entre la meta y el objeto de la Pulsión. Tomando como referencia las elaboraciones sobre la “relación de objeto”, se registra una modificación de las metas, es decir, una desexualización (paso de lo sexual a lo no-sexual), lo que

hace desembocar en la idea de que la sublimación es un proceso global que recae a la vez sobre la meta y sobre el objeto.

Para tratar el tema de la Pulsión o energía libidinal y sublimación, Laplanche recurre a una diferenciación entre “problema abstracto” y “problema de abstracción”. En esta diferenciación plantea que, en la experiencia, el problema abstracto de la sublimación deviene un *problema de abstracción* ya que es un término que pretende enmarcar cierta realidad, plasmándola en un concepto. La referencia a esta problemática, le es útil a Laplanche para transpolar el término “abstracción” a toda una parte de la teoría de sublimación, la cual consiste en admitir que la energía pulsional pueda *abstraerse* de su contexto sexual. Desexualizarse significaría separarse de su fuente, de su objeto, de su meta, y cambiarlos por otros.

Para adentrarnos en el tema, tomaremos un ejemplo que servirá para esquematizar la forma en que se da en el desarrollo infantil la derivación hacia algunos rasgos caracteriales. Este esquema o proceso será el mismo que tomará el autor para ilustrar la especie de proceso en que se da la sublimación. El ejemplo tal como lo formula Laplanche lo expresa en los siguientes términos:

Una pulsión sexual, por ejemplo la pulsión anal, se ejerce desde una fuente: una zona corporal y una función bien precisa. Pero admitimos que la “analidad” (y no simplemente la pulsión anal ni tampoco el placer directamente anal) puede separarse de esta zona para sólo conservar ya lejos de su origen el esquema de una acción particular, la de expulsar o de conservar algo. En el esquema clásico de cierta actitud hacia el dinero postulamos entonces que una pulsión pueda separarse completamente de su fuente, sin cambiar por ello de naturaleza. El desplazamiento de la pulsión de un objeto a otro es cosa corriente y no insistiré en ello. En cuanto al cambio de meta,



él constituye lo esencial de la sublimación, si seguimos la demostración de Freud: que una pulsión pueda abandonar por completo su meta erótica – primero atenuarla, después inhibirla y finalmente cambiarla por acciones totalmente diferentes – constituye desde luego el punto clave de nuestra interrogación.

(p. 41)

Para entender la Pulsión, se hace referencia a la raíz del concepto de donde parte: el **Dualismo pulsional**. Consiste en dos energías: la autoconservación por una parte, cuyo soporte energético es el interés y por otra, la sexualidad cuya energía sería la libido. Laplanche visualiza estos dos términos – dualismo y pulsional- como susceptibles de confusión, y llama la atención sobre ellos para evitar imaginarlos en una relación de interacción en un solo plano o en un mismo espacio, de dos fuerzas homogéneas. Por esta razón propone representarlo en forma de “diedro”: es decir, “dos planos articulados en una bisagra”.

Laplanche nos invita inicialmente a imaginar este “**diedro**” como cerrado inicialmente, de manera que, “como si se tratara de una ostra, hubiese que introducir la hoja de un cuchillo para abrirlo, para clivar el plano de la autoconservación y de la sexualidad” (p. 44). El autor se remite a este esquema para marcar el “clivaje” entre lo psíquico y lo somático, no ya entre cuerpo y mente.

Se llega entonces aquí, a la primera hipótesis explícita del autor:

Mi hipótesis es que el cuchillo pasa por el centro de la pulsión misma ... y que una problemática enteramente nueva viene entonces a reemplazar la antigua cuestión del alma y el cuerpo: la de las relaciones entre la autoconservación y la sexualidad, que yo designo, retomando un término algo marginal para Freud, pero a mi juicio

esencial, como problemática del *apuntalamiento*. (Este gráfico será presentado en el Apéndice A).

(p. 47)

En este punto, Laplanche anuncia una nueva complejidad, ya que al remitirse a este modelo del diedro y de los dos planos de energía, podría imaginárselos como homogéneos y en igualdad de condiciones; plantea que no hay homogeneidad y admite que el primero de estos dos planos, el llamado de la “autoconservación”, no es verdaderamente autónomo. En el hombre, la idea misma de una autoconservación que fuera autosuficiente, no es más que una abstracción, ya que, pensemos si un bebé apenas nacido puede desarrollarse sin la ayuda de una persona que ayude a suplir sus necesidades.

De esta manera, Laplanche concluye que hay que concebir entre la autoconservación y la sexualidad lazos diferentes a los “lazos de origen o de emergencia: hay que imaginar lazos de doble sentido y, para retomar nuestro esquema del diedro, después del tiempo de la apertura una suerte de repliegue de los dos planos, uno sobre el otro” (p. 47).

Tomaremos un ejemplo para esquematizar la relación entre la autoconservación y la sexualidad en el nivel de la manifestación del síntoma, esquema o proceso que servirá para ilustrar el proceso del apuntalamiento. El ejemplo es mostrado por Laplanche “como el intento más explícito de cómo se oponen los dos tipos de pulsiones” (p. 49) precisamente en un texto intitulado “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” escrito por Freud (1910). Sin embargo, éste mismo ejemplo le servirá para plantear su desprendimiento de Freud, ya que la misma dificultad de la cual no sale, constituye un elemento clave en esta diferenciación que Laplanche intenta plantear:

Es a raíz de un mismo dispositivo (el de la visión), y en un mismo terreno (el ojo), como se oponen los dos tipos de pulsiones, dando origen al síntoma, el más manifiesto de los cuales (aún cuando sea raro en nuestros días) es la ceguera histérica. Es así como van a entrar en conflicto en ese lugar único del ojo, sus dos funciones: función adaptativa evidente (la visión permite al individuo ubicarse en su entorno), y por otra parte función erógena (por que la visión tiene un papel en las excitaciones eróticas, y en primer lugar en las más primitivas, ligadas a lo que el niño vislumbra del coito parental). Es el conflicto entre estas dos funciones lo que desembocaría en la perturbación psicógena, es decir, precisamente, en la puesta fuera de combate, en una ceguera (que por otra parte presenta algunos caracteres asaz particulares, puesto que, por la mediación de ese mismo ojo ciego, se pone en evidencia que “el inconciente sigue viendo”).

(pp. 49, 50)

Laplanche interpreta que en la teorización de Freud existe una ambigüedad en el texto: formula que la función adaptativa o autoconservadora del ojo es simultáneamente uno de los elementos del conflicto, uno de los ejercicios en pugna y a la vez campo de batalla, y finalmente lo que está en juego en el conflicto. Laplanche dice que la función de autoconservación no puede ser al mismo tiempo terreno y fuerza enfrentada en el conflicto. Dice, desde su posición personal, que Freud jamás logró demostrar que las exigencias adaptativas fueran *una de las fuerzas en juego* en el conflicto psíquico. “Nunca, en ninguna descripción de neurosis, logró Freud demostrar que las necesidades vitales y, en última instancia, las exigencias de supervivencia del individuo fueran lo que actúa en la represión” (p. 50).

Finalmente, enfatiza en que no se debe desconocer la existencia de la autoconservación ya que ésta que es lo que está en juego en el conflicto, y no, una de las fuerzas que está directamente implicada. Recordemos que el conflicto es ganado finalmente por la sexualidad: la visión es sustraída de su función adaptativa para devenir sólo sexual.

Para explicar lo anterior, retomaremos la autoconservación y la sexualidad con más detenimiento. Laplanche visualiza los dos planos en dos formas: primero en cuanto al objeto y después en cuanto a la meta.

La autoconservación, “en cuanto al **objeto**, aspira a un objeto necesario, adaptado, un complemento indispensable para la supervivencia” (p. 53); por ejemplo, la alimentación: el hambre que aspira al alimento. Esto lleva a introducir el término de “necesidad” y plantear su relación con el objeto, pero no como correlación puramente mecánica:

El organismo tiene necesidad de una cierta tasa de glucosa para subsistir, pero aquello a lo cual aspira la necesidad no es a la glucosa, sino a cierto tipo de alimentos... La necesidad es entonces coaptación, más o menos flexible a un objeto específico, capaz de modificar la fuente de excitación. ... La necesidad supone la existencia de un montaje fisiológico, no menos especializado, que desemboca en esta reducción de la excitación en su fuente.

(p. 53)

La necesidad se encamina al apaciguamiento de la tensión, al restablecimiento de un equilibrio. Se puede pensar entonces, que en la autoconservación el objeto que debe conducir al restablecimiento de un equilibrio, no puede ser muy variable, sino, por el contrario, relativamente fijo. Veremos que la situación es diferente para lo que corresponde a la sexualidad en cuanto al objeto.

Por parte de la sexualidad y siguiendo la línea freudiana de la sexualidad infantil, Laplanche recuerda que ésta es “al comienzo autoerótica”. “Autoerotismo: esto quiere decir que no hay objeto exterior; la sexualidad se satisface al comienzo en el cuerpo propio; digamos en primera aproximación que la sexualidad sería inicialmente masturbatoria” (p. 54). En este punto vemos la oposición entre una sexualidad sin objeto y una autoconservación que busca, por el contrario, un objeto claramente preadaptado. Sin embargo, inicialmente en la sexualidad no hay objeto, pero en el sentido de que no hay objeto exterior. Dicho de otro modo, no significa la ausencia de todo objeto, el “autoerotismo supone por el contrario la pregnancia de un objeto fantasmático” (p. 54). El cuestionamiento que le surge a Laplanche en este momento es, si el objeto de la autoconservación está determinado de igual manera que el objeto fantasmático de la sexualidad autoerótica y se pregunta la procedencia de éste.

Como ya lo habíamos mencionado antes, Laplanche va a introducirse también en una diferenciación en cuanto a las **metas** que son perseguidas en los dos planos. La diferencia está, en las satisfacciones buscadas en cada uno de los planos. Esto nos remite al “clivaje” entre función y órgano.

Este clivaje opone las *funciones* que, por una parte, ponen en juego a un aparato fisiológico determinado o incluso a todo el organismo, y por otra, la sexualidad “caracterizada no por esa totalidad, sino, por el contrario (se trata evidentemente de la sexualidad infantil), por el despedazamiento, por el hecho de que el placer nace en el lugar, en el nivel de un *órgano* aislado” (p. 55).

En esta oposición entre función y órgano se debe resaltar el siguiente elemento que será tomado en cuenta posteriormente: el placer de función y el placer de órgano, para clivar la noción misma del *placer*. Así mismo, para la noción de autoerotismo debe tenerse en

cuenta la noción de despedazamiento o de fragmentación, es decir, de no-organización en un sistema: este autoerotismo “es a la vez el placer sin objeto exterior y el placer no integrado, sin consideración por una finalidad o aparato en el que se inscribiera” (p. 55).

Ahora bien, veamos cómo se oponen autoconservación y sexualidad “*en cuanto a la meta*” a nivel del tipo de satisfacción buscada en cada uno de los planos. Como quiera que sea, para el autor, el placer de la sexualidad y el placer de la autoconservación son diferentes.

En la autoconservación lo que se busca es un equilibrio, el cual que se rige por el “*principio de constancia*”. La búsqueda de este equilibrio consiste en la supresión de las excitaciones demasiado intensas, es decir, si son demasiado elevadas hace falta una rebaja de excitación, una “descarga”, para restablecer el equilibrio. Así mismo, “cuando el nivel es demasiado bajo, habrá entonces que aportar – ya no suprimir – excitación” (p. 55).

En la sexualidad y principalmente en la infantil, Laplanche retoma el modelo de Freud, en el cual únicamente se considera la supresión de la excitación. “La sexualidad tendría por *meta* impulsar la descarga hasta el final, hasta el nivel cero” (p. 56).

El autor resalta la similitud entre los dos modelos en su parte superior, si se descarta en la autoconservación la importancia extrema de la necesidad de aportación de excitación. “Es como si las funciones de autoconservación nos dieran por *derivación* el diagrama de la pulsión sexual. Esta relación de derivación es precisamente el **apuntalamiento**” (p. 57). (Estos gráficos serán presentados en el Apéndice B).

Antes de seguir avanzando, Laplanche realiza la siguiente reflexión en torno a la sexualidad y a la autoconservación. Existe una “*función sexual*, un aparato sexual con montajes, con encadenamientos de mecanismo ... mecanismos que se desencadenan los

unos a los otros y desembocan en lo que él llama la acción específica y el orgasmo” (p. 58).

Clivar el placer de función (no sexual) y placer de órgano (sexual), implica tener en cuenta que la sexualidad “no es sólo un juego de fantasmas, sino que está ligada también a un aparato fisiológico con un mecanismo específico” (p. 58). De la misma manera dice que, en la autoconservación se debe rechazar cualquier “simplificación abusiva” ya que aún en contra de lo que él mismo abstraigo sobre la autoconservación, dichas funciones no las visualiza tan estrictamente determinadas como si fueran una especie de montaje instintual.

Y es así como Laplanche concluye esta reflexión sobre las diferentes oposiciones que ha planteado:

He aquí una discordancia que merece toda nuestra atención: estábamos a punto de oponer la autoconservación a la sexualidad como se haría con el instinto y la pulsión, y advertimos que, en el hombre, en el límite, no se puede hablar de instinto. Con ello adelantamos el segundo giro, que consiste en cuestionar la autonomía del plano de la autoconservación, sobre el cual se considera que se apuntala la sexualidad, y en demostrar como este plano mismo no es autosuficiente en el hombre.

(p. 59)

Tomando en cuenta que ya se trabajó la oposición entre la autoconservación y la sexualidad en el nivel del objeto y la meta, ahora entraremos a trabajarlo – junto a Laplanche – en el nivel de la **fuerza**. Esta elaboración sobre la fuerza nos permitirá llegar al apuntalamiento.

La fuerza de la autoconservación “es asignable dentro de un aparato o un montaje fisiológico que tiene una autorregulación” (p. 60), pero por el contrario, en la sexualidad

“es más difícil situar la fuente, si a toda costa se la quiere ver surgir de un órgano” (p. 60).

Laplanche recurre a un pasaje de Freud para introducir la explicación del apuntalamiento de los dos tipos de pulsión, en el cual se anticipa dicha diferencia que le será tan importante al autor:

Con miras a una caracterización general de las pulsiones sexuales se puede enunciar lo siguiente: son numerosas, brotan de múltiples fuentes orgánicas, al comienzo actúan con independencia unas de las otras y sólo después se reúnen en una síntesis más o menos acabada. La meta a que aspira cada una de ellas es el logro del *placer de órgano*; sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la *función de reproducción*... En su primera aparición se apuntalan en las pulsiones de conservación, de las que sólo poco a poco se deshacen, también en el hallazgo de objeto siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas. Una parte de ellas continúan asociadas toda la vida a éstas últimas, a las cuales proveen de componentes *libidinosos* que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y salen a la luz cuando sobreviene la enfermedad.

(p. 61)

Lo importante de este fragmento para Laplanche es que reconoce que en un principio Freud, va a hablar de las pulsiones yoicas de manera equivalente a las pulsiones de autoconservación mientras elabora la diferenciación clara entre las dos; dicha diferenciación la aclararemos posteriormente. Por otra parte, Freud menciona que la separación entre las dos pulsiones puede evidenciarse en el funcionamiento patológico. Laplanche recurre a este elemento de la patología para aclarar el mecanismo del



apuntalamiento; el apuntalamiento conduce a la sublimación o al proceso de la formación de síntoma.

Para explicar el apuntalamiento, el autor hará referencia al esquema de la oralidad. Intentará diferenciar los dos planos del “diedro pulsional” y evidenciará la relación de apuntalamiento entre los dos; además resaltará los elementos de la pulsión existentes en los dos planos (meta, fuente, objeto y empuje). Laplanche se expresa de la siguiente manera:

En la oralidad, el *plano de la autoconservación* – plano izquierdo del diedro - es la lactancia, es decir, todas las funciones alimentarias del lactante. ... identificamos una fuente: el aparato alimentario, incluso el conjunto del organismo por medio de la alimentación tiende a regular y mantener constantes cierto número de niveles biológicos. ... El empuje es precisamente una especie de fuerza proporcional a la distancia ... (respecto del nivel de base homeostático que se trata de restablecer). ... la meta más general consiste en el restablecimiento del equilibrio mediante la saciedad. ... El objeto, finalmente es “aquello en y por lo cual [la pulsión] puede alcanzar su meta”, es decir, el objeto alimenticio, la leche

(p. 62)

Para el plano sexual, Laplanche se remite a lo descrito por Freud: ya no es el acto fisiológico de la succión, sino el chupeteo. El autor recurre a lo expuesto en *Tres ensayos de teoría sexual* para referirse a los cuatro elementos anteriormente trabajados en el plano de la autoconservación:

El chupeteo es una actividad rítmica repetitiva; desde el punto de vista de *la meta*, no se le puede atribuir finalidad vital; pone en juego montajes vitales, pero sin finalidad alimentaria. En cuanto al *objeto*, lo encuentra en el organismo y no en el exterior: se

da en otra parte del cuerpo, el pulgar por ejemplo; se da por completo en el lugar: el ideal del chupeteo, según Freud, son los labios que se besan a sí mismos ... A su fuente es difícil distinguirla, precisamente, de este objeto, si se considera que el objeto, en el límite, se reduce él mismo a los labios. Freud llama “zona erógena”: “diríamos que los labios del niño se comportaron como una *zona erógena* y la estimulación por el cálido aflujo de leche fue la causa de la sensación placentera.

(p. 63)

La descripción que hace Laplanche del chupeteo oponiéndolo a la alimentación, lo presenta como insuficiente para describir el apuntalamiento, ya que reconoce que no es el originario. En la misma línea del freudismo, a pesar de las críticas por esta afirmación, Laplanche también concluye que no es en este estadio donde el apuntalamiento sucede por primera vez, es decir, no es el estadio originario del apuntalamiento:

... la anobjetalidad no es el primer estadio de la sexualidad. El chupeteo mismo no es más que una fase de vuelta sobre sí o al interior de sí, o incluso de reversión respecto de un movimiento que iría hacia el objeto, ... no es la actividad originaria.

(p. 63)

Adentrándonos en el apuntalamiento junto a Laplanche se llega al **eje del apuntalamiento**, la “bisagra que articula uno sobre otro los dos planos” (p. 65). El apuntalamiento se formula sobre la base de que “dos tipos de pulsiones o dos modos de funcionamiento se apoyan uno sobre el otro, pero *en una misma actividad*” (p. 65). En ese momento el chupeteo no se ha autonomizado. Apoyándose en Freud, Laplanche evidencia que lo originario en el apuntalamiento no es el apoyo de un plano sobre otro

sino, “dos modos de funcionamiento uno sobre el otro, el modo de funcionamiento sexual en el origen, sobre la base de un funcionamiento no sexual” (p. 65).

Para aclarar más el punto de que la Anobjetalidad no es el estado primario, Laplanche se remitirá a un pasaje del capítulo de “Autoerotismo” incluido en *tres ensayos*. Es necesario aclarar que los comentarios dentro de los corchetes son tomados textualmente del autor; son conclusiones indispensables para su recorrido y el nuestro propio:

Es claro, además, que la acción del niño chupeteador se rige por la búsqueda de un placer – ya vivenciado, y ahora recordado [nos remontamos entonces desde el chupeteo hasta una fase *anterior* memorizada]-. Así, en el caso más simple, la satisfacción se contiene mamando rítmicamente un sector de la piel o de mucosa. Es fácil colegir también las ocasiones que brindaron al niño las primeras experiencias de ese placer que ahora aspira a renovar. Su primera actividad, la más importante para su vida, el mamar del pecho materno no pudo menos que familiarizarlo con ese placer [es en el momento mismo de la nutrición, de la succión del pecho y de la ingestión de la leche cuando la **primera experiencia** sexual se ha producido]. Diríamos que los labios del niño se comportaron como una *zona erógena*, y la estimulación por el cálido aflujo de la leche fue la causa de la sensación placentera. [En el curso mismo de la alimentación ha surgido por lo tanto un placer que no es el de la saciedad, ni el del apaciguamiento, ni en consecuencia el placer de la función, sino un **placer suplementario, marginal**, nacido precisamente en el margen de los labios. ... Pero, también en este caso, **lo marginal es la cosa misma, es decir la sexualidad**]. Al comienzo, claro está, la satisfacción de la zona erógena se asoció con la satisfacción de la necesidad de alimentarse. El quehacer sexual se apuntala primero en una de las

funciones que sirven a la conservación de la vida, y solo mas tarde se independiza de ella [en el chupeteo]. ... La necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia entonces de la necesidad de buscar alimento.

(p. 65)

En resumen, el apuntalamiento contiene dos tiempos: un tiempo de apuntalamiento propiamente dicho, en el que la actividad sexual se apoya sobre la actividad de autoconservación, y un tiempo de desprendimiento o de vuelta a “contra pelo en autoerotismo” (p. 66).

Laplanche dice que la sexualidad ya estaba ahí en esa relación de simbiosis, de parasitación entre madre e hijo; la sexualidad solo devendría verdaderamente como tal, en el momento en que se desprende de la autoconservación, “replegándose al interior del sujeto” (p. 66). De esta manera se puede concluir que “el apuntalamiento es entonces la relación originaria de los dos tipos de pulsiones, relación que por tanto está hecha de apoyo, pero que a la vez está hecha de la toma de distancia” (p. 66); de esta manera, decimos que se da el nacimiento de la sexualidad misma.

A partir de las anteriores conclusiones Laplanche va a interrogarse sobre la manera en que se efectúa el *pasaje* de un plano a otro, y lo elaborará considerando los distintos componentes de la pulsión. Lo hará primero al nivel del *objeto* posteriormente la *meta* y la *fuentes*.

Aunque la pulsión sexual en el chupeteo no tenga *objeto*, Laplanche toma el argumento de Freud de que, por el contrario la pulsión sexual “encuentra sus objetos por una vía que le es indicada por la autoconservación” (p. 66). Hay una vía que hace pasar del objeto alimenticio (la leche) al objeto sexual que sería el pecho. Así, dice que el pecho está en relación de contigüidad con la leche y es en el movimiento en que el

apuntalamiento tiene lugar, donde hay un “movimiento de deslizamiento metonímico” (p. 66), como lo diríamos en nuestras palabras: se asocia un objeto con otro dada su cercana relación.

Y es en este punto donde el autor recurre a una famosa frase de Freud en ese pasaje de la leche al pecho: “Encontrar el objeto sexual no es sino reencontrarlo” (p. 66). Porque, dice Laplanche:

... es esto lo que hace incesante la búsqueda sexual, el objeto perdido por definición no es aquel que será reencontrado, ni siquiera será el buscado. El objeto perdido es el objeto alimenticio, es la leche, sea en la lactancia o en el destete; pero es en el momento en que la leche es perdida cuando el pecho como símbolo, como sustituto metonímico viene a ocupar su lugar. De modo que esa expresión supone un señuelo originario, fundamental, que instaura para siempre la insatisfacción de la búsqueda sexual.

(p. 66)

Complementa además, que en el pasaje al autoerotismo se da el pasaje de la leche al pecho y también “interiorización del objeto en la forma de fantasma” (p. 66). Agrega que se da la represión originaria del objeto, es decir - en nuestras palabras - el paso del objeto al símbolo.

Laplanche presenta una dificultad: ¿Se debe interpretar que el pecho fantasmático es “el objeto” en el autoerotismo? O ¿Que el objeto de la actividad autoerótica está tomado en el cuerpo propio: el pulgar y, de manera ideal, los labios? El autor no toma partido por una sola posibilidad sino que su interés en está en esa duplicación del objeto, que lo lleva a concebir una conjunción entre el objeto cómo órgano (una parte

del cuerpo, objeto tomado en el lugar) y el pecho fantasmaticado. Dicho de otro modo, hay conjunción entre la “fuente” y el “objeto” en el autoerotismo.

La siguiente elaboración se hará con respecto a la *meta*. Laplanche inicia diciendo que la pulsión sexual es la “pulsión por excelencia”. Se refiere en segunda instancia a la derivación, de la necesidad de alimento, a algo aparentemente muy similar: “incorporación oral”. Sin embargo, el juego que interesa al autor aquí, es la relación de semejanza y no la relación de contigüidad (pasaje del pecho a la leche), ya que la ingestión se metaforiza en incorporación como un proceso llevado a lo absoluto. Este “absoluto” es necesario aclararlo, y lo haremos mediante la referencia textual a Laplanche en el libro que ocupa el presente análisis:

Más allá de la necesidad de tener suficiente alimento, la incorporación oral es la exigencia de tener a disposición de manera permanente y segura lo que pueda dispensar ese alimento en forma absoluta: el pecho, en todo caso el pecho tal como lo describe, después de Freud, Melanie Klein. En el nivel oral, la única manera de asegurarse definitivamente el objeto amado y omnipotente consiste en incorporarlo; incorporación que trae consigo, como se ha demostrado abundantemente, toda suerte de dimensiones fantasmáticas, entre las cuales las dos más importantes conservar dentro de sí, apropiarse, y conjuntamente destruir.

(p. 67)

Después, lo que importa más al autor: lo absoluto de la reciprocidad del “comer y ser comido en el fantasma” (p. 67), donde se cambian e intercambian constantemente.

Prosiguiendo con el hilo anterior, Laplanche resalta que en la meta y el objeto, el apuntalamiento “representa una relación que se podría denominar relación de emergencia” (p. 68), o también con otros términos, lo que se denominaría como

simbolización o incluso psiquización. En este punto se pregunta Laplanche, si el apuntalamiento es un simple pasaje de la cosa al símbolo, al igual que lo relativo del apego corresponde a lo absoluto del amor. De esta manera el autor se pregunta, si la sublimación es una simbolización o si la actividad no sexual simboliza un deseo o fantasmas sexuales. Laplanche reconoce que para hablar de una relación existente entre lo sexual y lo no sexual, hay que pensar primero en la existencia separada de esos dos planos, es decir, pensar en el “diedro” en el cual se articulan por una intersección, la autoconservación y la sexualidad. Y aún, para examinar esa relación más elaborada que es la sublimación, el autor se ve llevado a describir “algo más primitivo, más originario” (p. 69): este pasaje de la autoconservación a la sexualidad.

El autor concluye que en el apuntalamiento no hay un simple pasaje de la “cosa al símbolo”; no hay sólo emergencia de lo sexual o “corrimiento simbólico”. Para decirlo de una vez en la voz de Laplanche: “En este pasaje de lo no sexual a lo sexual se descubre lo que llamé anteriormente una especie de enloquecimiento o de perversión de la función” (p. 70). Esto implica que no sería lícito hablar de “simbolización” para el movimiento en que lo sexual vendría a simbolizar lo no sexual o, más por ejemplo, la sexualidad oral vendría a simbolizar la alimentación.

Y llegamos al punto en que Laplanche explica esa vía del apuntalamiento con respecto a la *fuerza*; la deja para el final ya que es punto débil que él visualiza en la noción de apuntalamiento. La heterogeneidad entre sexualidad y autoconservación parece ser entonces, de manera más profunda, una contradicción al interior de la sexualidad misma y es en esta noción de fuerza donde viene a encontrar su justificación.

Laplanche retoma a Freud en su propuesta de los dos tipos de fuentes de la sexualidad, quien las yuxtapone, para así proponer una tercera interpretación que no deje de tomar en cuenta totalmente las otras dos.

En un primer momento, la sexualidad infantil “pregenital”, es fragmentada y encuentra su fuente en una “zona erógena”, es decir, se localiza en un proceso fisiológico determinado: la tensión que constituye la base de la excitación sexual. Aquí lo importante recae sobre el órgano, “sobre la fragmentación del placer autoerótico tomado en el lugar” (p. 71); además, esas zonas son lugares “privilegiados, zonas relacionales, pasajes del interior al exterior del cuerpo” (p.71). Estas son las fuentes directas de la sexualidad propuestas por Freud. Laplanche la opone a otras llamadas por Freud “fuentes indirectas: todo lo que ocurre en el organismo, funcionamiento, movimiento, conmoción momentánea o duradera, que puede devenir fuente de sexualidad” (p. 71).

Es importante llamar la atención sobre estas fuentes directas e indirectas de la sexualidad ya que sobre esta base Laplanche, va a elaborar su propuesta siguiendo la línea freudiana; sin embargo, reconoce algo que Freud no expresa claramente y que él pudo visualizar.

Su propuesta se basa en la noción de “cuerpo extraño interno:

... se trata un recuerdo no integrado, algo que habiendo entrado en el sujeto, no estableció conexiones con el tejido circundante. No se ha insertado en la trama de la memoria y prosigue ahí una especie de vida a la vez interna y externa: interna porque claramente desde el interior resurge, y como un recuerdo, pero al mismo tiempo enquistado, extraño, y susceptible de producir efectos localizados totalmente atípicos.

...



(p. 72)

Todo esto desemboca en una noción que no ha sido nombrada aún: el **traumatismo**; es éste el que está en el origen de ese “cuerpo extraño interno” y es él quien lo implanta a favor de ciertas circunstancias específicas.

Este traumatismo conduce al autor a formular algo que él llama “*objeto-fuente* de la pulsión”, en el cual la fuente sería un punto de excitación implantado como lo estaría un cuerpo extraño en el organismo. De esta manera, Laplanche nos invita a imaginar a ese objeto fuente como algo que se activa desde el momento en que “resuena en el exterior algo en la misma longitud de onda” (p. 72). Y algo que viene a complicar un poco las cosas: Laplanche ve finalmente la fuente, como la unión de todos los elementos de la pulsión, es decir, un objeto-meta-fuente; otra manera en la que expresa que la fuente es el **fantasma** mismo.

Retomados ya todos los elementos de la pulsión en lo que llamamos – junto a Laplanche – “vía del apuntalamiento”. Es necesario retomar algunos elementos:

La “bisagra” especifica esa línea que articula los dos planos, línea del apuntalamiento o línea fuente. Laplanche plantea que esta noción de fuente no puede ser aislada del “campo del fantasma propio del psicoanálisis” (p. 74) ya que al hacerlo, se podría interpretar lo contrario que la autoconservación sería esa fuente de la cual surgiría la sexualidad, y aún más, con esto, se estaría aceptando la autonomía de las funciones de autoconservación.

Para dar soporte nuevamente al argumento de que la fuente no puede ser aislada del “campo del fantasma propio del psicoanálisis”, Laplanche recurre nuevamente a esa idea de la insuficiencia de la autoconservación en el ser humano. Acepta que en el hombre su

existencia es precaria y débil, y de acuerdo con Freud insiste “en el desvalimiento originario del pequeño ser humano” (p. 75). Sin embargo, concluye que no se debe dejar de tomar en cuenta estos montajes reguladores autoconservadores ya que la autoconservación es un registro que hay que mantener presente como una referencia.

De acuerdo con la idea anterior, “el organismo infantil no podría perseverar ni un segundo en el ser si fuera abandonado a sí mismo” (p. 75) lo cual implica que necesita de algo exterior que le ayude a desarrollarse. De esta manera llegamos a concluir que ese “algo exterior” es la madre, con la cual conforma un “conjunto autoconservador”, una “unidad madre- hijo” o, como se nombra: la díada.

Sin embargo, ese modelo de la “díada” aparentemente dotada de una autosuficiencia autoconservadora (“tan poco satisfactoria para describir al pequeño ser humano tampoco autosuficiente” (p. 75)), reecuentra su objeción: la madre entra en esa supuesta díada no sólo con sus elementos de autoconservación, sino (al estar esta autoconservación totalmente recubierta, en el ser adulto, por la sexualidad) con su erogeneidad y evidentemente con sus fantasmas. La madre aporta más de lo que sugiere ese término “simbiosis madre – hijo”, ya que para esto, ella debería ser un organismo centrado en suministrar a su hijo sólo esa parte de autoconservación.

El resultado de estos argumentos hace introducir a Laplanche esta noción de “seducción” o “intrusión de la sexualidad materna” (p. 75). Laplanche concluye que esa “teoría de la seducción” va a cobrar más importancia que la del apuntalamiento, ya que ella vendrá a aportar el fundamento a la noción del apuntalamiento.

La siguiente elaboración será expuesta en nuestras palabras ya que es una problemática que Laplanche evidencio de manera muy fragmentada hasta este punto;

debió ser sintetizada para el mejor entendimiento del lector y para conservar un hilo conductor que nos permitiera el desarrollo de la temática en cuestión.

Esta problemática indispensable para Laplanche se deriva de una de Freud: la confusión de los términos pulsiones del yo y pulsiones sexuales inicialmente referenciados para la oposición entre autoconservación y sexualidad en el nivel del conflicto psíquico. De esta forma, ha sido fácil pensar que en el síntoma, el conflicto se da entre los dos planos (autoconservación y sexualidad) y no verdaderamente como debe entenderse: entre el yo y la sexualidad (es decir, un conflicto al interior del plano de la sexualidad).

Por otra parte, no es lo mismo hablar de pulsiones del yo, el yo y la autoconservación. Las pulsiones del yo han sido tomadas como de autoconservación; sin embargo, se podrían llamar de autoconservación en el sentido de que es él mismo (el yo), quien se las apropia; es en el nivel del yo en donde se perciben los cambios orgánicos. De esta manera, se podría pensar que el yo sólo estaría del lado de la autoconservación pero al contrario, está siendo parte de los dos planos. Aún más, se debe decir que sólo está del lado de la sexualidad, del lado de esa circulación fantasmática que caracteriza este plano, ese mismo en el que trabaja el psicoanálisis.

Vemos claramente que tanto en la formación del síntoma y probablemente en la sublimación, hay influencia de un plano sobre el otro: una influencia recíproca. Este término nos refiere a una doble vía en la cual existe influencia equivalente entre los dos planos. Sin embargo, esta vía no es de influencia equivalente como lo insinuamos anteriormente con la expresión “perversión de la función”, es decir, un plano influye a otro pero sin expresarse de la misma manera.

Laplanche hace referencia a afirmaciones de Freud, quien ilustra la manera en que hay comunicación entre los dos planos y cómo puede influir uno en otro. Freud dice que una parte de la sintomatología de las neurosis derivadas de perturbaciones de los procesos sexuales, se exterioriza en perturbaciones de las funciones no sexuales del cuerpo.

Laplanche cita además el siguiente fragmento de Freud para completar su visión:

Y una vez que sabemos que la concentración de la tensión es capaz de producir excitación sexual ello nos induce a suponer que actuando por la misma vía, solo que en dirección inversa, el estado de excitación sexual influye sobre a la disponibilidad de atención orientable.

(p. 76)

Los mismos caminos que llevan a lo patológico (cuando las perturbaciones sexuales desbordan sobre otras funciones del cuerpo) nos ayudarían a entender para el estado de salud cómo “se consumiría la atracción de las fuerzas pulsionales sexuales hacia otras metas, no sexuales; vale decir, la sublimación de la sexualidad” (p. 76).

En conclusión, la sublimación se comprende enmarcándola en esa relación general entre los dos planos tal como fue planteada en la teoría del apuntalamiento. Mas, en la sublimación, no habría solamente “influencia recíproca”, es decir, inducción de un plano al otro, sino verdaderamente, derivación, “un verdadero drenaje inverso de aquel del cual hablábamos antes, drenaje a contrapelo de la energía sexual a lo no sexual” (p. 78).

A partir de la aclaración que elaboramos anteriormente, seguiremos con nuestro recorrido retomando el tema de la seducción en el que veníamos reflexionando a propósito de la díada madre-hijo. Esta teoría de la seducción es seguida por Laplanche sobre la base de los planteamientos de Freud en “Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci”, del cual se destacarán algunos aspectos importantes para nuestro autor. Sin

embargo, nuestro lector puede profundizar en este texto en el capítulo previo sobre Freud y más específicamente en el aparte sobre el texto de Leonardo Da Vinci.

En el primer aspecto en el que Laplanche se centra, es en ese “recuerdo” infantil de Leonardo visualizado por Freud, como el recuerdo de la succión del pecho; es el niño quien succiona el pecho, por tanto vemos un aspecto activo por parte del lactante. Pero este recuerdo de Leonardo es presentado en el texto bajo un aspecto pasivo, ya que, recordemos que es el buitre quien viene a golpear con su cola entre los labios del lactante. Hay allí por tanto una transformación de la actividad en pasividad, situación que será tomada especialmente por Freud para elaborar su planteamiento sobre la “homosexualidad”, tema en el que no profundizaremos en esta ocasión.

Para Laplanche el acento de lo descrito recaerá precisamente en el término “*seducción*”, visto psicoanalíticamente como una intrusión sexual. Para aclarar especialmente este término, citaremos las palabras en que lo expresa Laplanche:

... significa conducir fuera de las vías normales, desviar, en el sentido en que hablamos de “desvío del menor”, muy especialmente, en este caso es conducir al niño fuera de las vías de lo biológico, fuera de las vías del “apego”; crear, se podría decir, la sexualidad...

(p. 92)

Este fragmento es importante para aclarar, que “el objeto” por medio del cual la pulsión puede alcanzar su “meta” pueda convertirse en un “estimulo”; aquello que ejerce estímulo, o ese objeto “que induce a la estimulación del niño” (p. 92).

Así, Laplanche recuerda que Freud en su elaboración sobre Leonardo, reconoce que cuando éste pudo reflejar en el rostro de Monna Lisa el doble sentido de su sonrisa (ternura y amenaza a la vez) se mantenía “fiel” a ese contenido de su primer recuerdo.

Esto se traduce para el autor en lo llamado “ambivalencia: ese doble carácter de los primeros asaltos de la libido materna en el niño pequeño: goce y al mismo tiempo amenaza de destrucción” (p. 94).

Al volver a este recuerdo de Leonardo, Laplanche designa este proceso como “la figura simbólica de la seducción”, figura que se constituye con la “implantación” de ese deseo materno que marca al niño y al adulto como una especie de destino: “De esto sin duda habla Leonardo cuando dice que desde siempre, desde ese acontecimiento inmemorial estuvo constantemente destinado a ocuparse del vuelo de los pájaros” (p. 97).

El momento en que sucede la **seducción** es – o deviene inmediatamente- “un tiempo de retorno sobre sí y un tiempo de repliegue en el fantasma” (p. 97). En esta teoría de la seducción, decimos que se da precisamente, la verdad del apuntalamiento ya que en esa seducción en la que produce el fantasma (“el fantasma de la seducción”) nos aproximamos a ese “objeto – fuente”.

Laplanche comenta sorprendentemente, que “de todos modos, si no se puede afirmar con seguridad que el fantasma de Leonardo sea *él mismo* (¿quien osaría decirlo?) el objeto – fuente, cabe suponer que constituye uno de sus perfiles inconcientes más cercanos” (p. 98).

En conclusión, la escena en la que se da la seducción también marcará lo que es depositado por la seducción es decir, el objeto – fuente; esto conduce a Laplanche a reflexionar sobre el “carácter auto – representativo del fantasma, *representando el fantasma no sólo un contenido de una escena, sino también la manera en que él mismo es producido*” (p. 98).

Laplanche retoma un cuestionamiento de Freud sobre la realidad de ese “recuerdo”; sin embargo, al tomar esta misma posición, sostiene que aunque haya construcción a posteriori o mezcla con otros recuerdos, lo que expresa este recuerdo es una verdad profunda presente desde muy temprano en el individuo. A pesar de las desfiguraciones que el recuerdo haya sufrido, conserva una realidad del pasado, tal como sucede en las fantasías más profundas de un individuo o incluso, en la de los mitos. Aquí vuelve a aparecer ese “cuerpo extraño interno” como ese recuerdo que constituye el fantasma de la seducción; este es un punto de excitación extraño con relación al sujeto, que Laplanche llamará “vocación” o “inspiración”.

La seducción y la sublimación no están lejos de entablar una relación que en los dos casos se trata de la interacción de lo sexual y lo no sexual. En la seducción tenemos una “irrupción” de lo sexual en lo no sexual del niño, tal, la irrupción en la autoconservación. Al contrario, en la sublimación habría un “pasaje” de energía sexual a actividades no sexuales del individuo.

Sin embargo, hay un punto en el que se debe seguir insistiendo. Ya vimos como Laplanche sostiene que en la sublimación no hay un simple pasaje de un plano a otro, es decir, no sólo influencia recíproca; así, insistirá en un principio imprescindible en psicoanálisis: la “*imposibilidad de reconversión*, en ciertos dominios del pasaje, la conversión de un lugar a otro, de una realidad psíquica a otra, es imposible en los dos sentidos” (p. 101).

Además de ser evocado este principio para el mecanismo general de la sublimación, Laplanche lo recuerda para la oposición que sostiene Freud entre actividad pictórica y actividad de investigación intelectual, precisamente en el caso de Leonardo, en el cual

estas dos actividades se ven constantemente intrincadas. Freud considera que la actividad pictórica, está más cerca de lo pulsional que la actividad intelectual. Leonardo va a utilizar su actividad pictórica como soporte para su investigación intelectual; la pintura no será ya una actividad que pueda visualizarse de igual manera que cuando no estaba teñida por esa intelectualidad.

Freud expresará – según Laplanche – que Leonardo “pasa de un conocimiento del primer género al del segundo género, y después al del tercero, procediendo por lo tanto hacia un conocimiento cada vez más depurado y cada vez más alejado de lo sensible” (p. 102). Con esto acabamos de acercarnos a esa “imposibilidad de reconversión” o al menos “extrema dificultad” del retorno de lo sublimado a lo pulsional.

En Freud, se ve constantemente una diferenciación entre la actividad pictórica y la investigación intelectual. A veces las opone, presentando como sublimación sólo la intelectualidad; otras veces, por el contrario, presenta a ambas como actividades sublimadas. Laplanche ve en esta situación una explicación que le permite avanzar en su estudio: la investigación intelectual se prestará más fácil al esquema de la sublimación que la misma actividad pictórica.

Surge entonces la referencia a esa “pulsión de saber”, con la dificultad previa que Freud reconoce en ese término. Se rehúsa, tal como lo dice y lo sostiene de igual manera Laplanche, a “multiplicar” las pulsiones para cada actividad que se realice. Nuestro autor se pregunta qué ocurre con esta pulsión, si es una pulsión sexual o incluso si verdaderamente es pulsión, y cómo puede aportar lo que hemos desarrollado sobre el apuntalamiento y sobre la seducción a esta problemática.

Aquí nos encontramos en un momento que puede implicar dificultad, por tanto tenemos la necesidad de expresarlo de la manera más sencilla posible. La pulsión de



saber, tal como lo expresa Freud en *Tres ensayos*, no puede tomarse entre los “componentes pulsionales elementales” y tampoco puede tomarse como parte exclusivamente de la sexualidad. Laplanche concluye que es una pulsión “descomponible”, y que sus componentes no son solamente sexuales.

Prosigue Freud diciendo, que “su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento, y, por la otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver” (p. 103) (volveremos inmediatamente sobre estos dos aspectos). En los niños puede evidenciarse este fuerte vínculo entre pulsión de ver y sexualidad, ya que cuando el niño alcanza su primer conocimiento sexual (tres a cinco años), se inicia también una actividad que puede adicionarse a la pulsión de investigar; de manera más clara: la pulsión de saber de los niños recae de manera intensa y precoz sobre los problemas sexuales, o aún más, “quizás es despertada por estos”.

Todavía se deben aclarar los dos aspectos sobre los que anteriormente llamamos la atención: apoderamiento y pulsión de ver.

Inicialmente en Freud, se ve que este apoderamiento es autoconservador ya que es adaptación al mundo exterior como forma de extender el dominio sobre el objeto, destruyéndolo si es preciso; podemos referirlo al carácter anal y precisamente al control de esfínteres. Pensamos entonces, que es una actividad que en sí misma no sería sexual y por lo tanto no podría ser sublimada. Pero, se remite Laplanche aquí al sadismo, el cual se deriva de este mismo apoderamiento según nuestro esquema del apuntalamiento. Podemos concluir aquí, que esa pulsión de saber se derivaría del sadomasoquismo de la fase anal (apoderamiento-sadomasoquismo. Sadomasoquismo-pulsión de saber).

Aquí volvemos a este esquema un tanto mecánico en el que hemos evitado interpretar la sublimación como ese pasaje simple de un plano a otro. Sin abandonar el modelo del diedro, se puede visualizar otra manera de entender el retorno del sadismo hacia actividades sublimadas, es decir, un repliegue del plano sexual sobre el plano de la autoconservación. Lo que se retendrá de todas maneras, es el importante nexo entre el conocimiento y la pulsión de investigar, con el sadismo y el sadomasoquismo, y el carácter obsesivo y sus relaciones con la investigación intelectual.

Por otra parte y con lo que respecta a que la pulsión de saber trabaje con la energía de la pulsión o el deseo de ver, se verá lo siguiente: la pulsión de ver sugiere a Laplanche algo particular y es, que no aparece referenciada de manera precisa a ninguna fase libidinal particular; sin embargo, ella lleva también ese movimiento del apuntalamiento. Lo anterior implica, que la actividad de ver se entiende también como “portadora de estas dos alas”: un ala no sexual, autoconservadora, ya que la visión sirve a todo ser provisto de ella para orientarse en el mundo independientemente de cualquier tema relacionado con el “goce sexual”.

El ala sexual. Al apuntalarse esta actividad no sexual de ver, hay derivación en “pulsión de ver” en el momento en que esta se vuelve “*representativa*” con la interiorización de una escena, ya que “interiorizar es también dominar”. Laplanche concluye:

La pulsión de investigación sexual, de la cual sabemos que desemboca en la investigación y en las teorías sexuales infantiles, se apoya en una actividad no sexual, *pero* tal vez, finalmente, aquello en lo cual se apuntala acaso no existía *antes* que la sexualidad viniera a despertarlo. Volvemos a encontrar aquí algo que yo intentaba señalar a propósito del esquema del diedro, y es el hecho de que el plano de la autoconservación es tan débil que en ciertos casos puede ser cuasi virtual y sólo llega

a existir en acto a partir del momento en que el plano de la derecha (la sexualidad) viene, como está dicho aquí, a despertarlo. Se trata por lo tanto de un apuntalamiento que se apuntala, se podía decir, en algo que él mismo viene a suscitar.

(p. 107)

Laplanche vuelve a la pulsión de ver y a sus dos componentes: pulsión de ver y sadomasoquismo derivado de la pulsión de apoderamiento; y más que todo al desarrollo de Freud acerca de la sublimación en el que distingue dos líneas:

Primero, la probabilidad de que esa “tendencia dominante” se haya manifestado ya en la primera infancia de ese individuo y se consolidará su predominancia por obra de impresiones que sucedieron en la vida infantil.

Segundo, Laplanche supone que originariamente se reforzaron por las pulsiones sexuales sustituyendo una parte de la vida sexual. Con esta perspectiva, no existiría “una investigación no sexual que viniera a enriquecerse por la investigación sexual infantil” (p. 109), al contrario, toda actividad de investigación se iniciaría en el preciso momento en que se produce la investigación sexual.

Algo a lo que hace referencia también el autor es lo que respecta a la inteligencia, la cual no ve como función absolutamente privativa del hombre. La actividad intelectual, es decir, el desarrollo de la inteligencia, es visualizada por él como **no** libidinal, es una actividad neutra que puede estar al servicio de la sexualidad y sin embargo, con más frecuencia funciona al servicio de las tendencias que sostienen la autoconservación.

Laplanche dice que entre “*inteligencia*” como actividad combinatoria adaptativa e “*investigación*” hay diferencia, y por allí probablemente pase su distinción con la sexualidad. La investigación supone una búsqueda que puede ser compleja y que busca algo oculto, algo que necesita representarse más allá de las apariencias. Así relaciona

que lo “oculto” y lo “representable”, están relacionados con la aparición de lo sexual y además agrega que “se trata de algo interiorizado, precisamente una suerte de esquema representativo que no es ya otra cosa que el fantasma” (p. 109).

Para el niño el primer enigma se constituye en saber de dónde vienen los niños, lo cual desencadena en él las primeras teorías sexuales, el punto de partida de la investigación infantil. En torno a esta primera inquietud hay un elemento que serviría a la seducción y a la intrusión de algo externo, lo que Freud llamó “primer conflicto psíquico, el primer conflicto edípico” centrado en la lucha por saber, aún en contra de los padres. Sin embargo Laplanche reconoce que puede no constituirse en algo necesariamente puntual para la seducción, ya que no es suficiente que ese algo externo llegue al niño para que se constituya en elemento de traumatismo y de seducción.

Laplanche resalta una paradoja en esta definición de sublimación: “En la sublimación, aquello que viene a apuntalarse, la investigación sexual, no sucumbe, al menos no completamente, a la represión”. Hay aquí “un juego sutil” entre sublimación y represión.

Lo anterior parece carecer de contexto con respecto al hilo conductor que venimos siguiendo; pero veamos como Laplanche se va a remitir a una definición de sublimación propuesta por Freud, en la que la opone dos soluciones intermedias que llamó “neuróticas”. Aclaremos que los comentarios en corchetes corresponden a aclaraciones hechas por el autor:

El tercer tipo, más raro y perfecto, en virtud de una particular disposición escapa tanto a la inhibición del pensar como a la compulsión neurótica del pensamiento [que eran entonces las dos salidas neuróticas]. Sin duda que también aquí interviene la represión de lo sexual, pero no consigue arrojar a lo inconciente una pulsión parcial

del placer sexual, sino que la libido escapa al destino de la represión sublimándose desde el origen en un apetito de saber y sumándose como refuerzo a la vigorosa pulsión de investigar. También aquí el investigar deviene en cierta medida compulsión y sustituto del quehacer sexual, pero le falta el carácter de la neurosis por ser enteramente diversos los procesos psíquicos que están en su base (sublimación en lugar de irrupción desde lo inconciente) [la sublimación se opone por lo tanto a la formación de un síntoma a partir de una represión]; de él está ausente la atadura a los originarios complejos de la investigación sexual infantil, y la pulsión puede desplegar libremente su quehacer al servicio del interés intelectual. Empero, dentro de sí da razón de la represión de lo sexual, que lo ha vuelto tan fuerte [es decir, que ha vuelto tan fuerte a esta pulsión] mediante el subsidio de una libido sublimada, al evitar ocuparse de temas sexuales.

(p. 112)

Esquemmatizando a la manera de Laplanche, resaltamos que la sublimación no es una represión pero en ella existe “retorno”. En el lugar mismo donde algo ha sido reprimido, no sucede un retorno en la forma del síntoma; se da represión de una parte de la actividad pulsional específica, represión de lo que constituía una investigación dirigida a un objeto propiamente sexual. Hay por lo tanto, *represión concerniente al objeto* y hay incluso, retorno de manera derivada, por una **“vía colateral”** y no retorno en la forma de un síntoma neurótico donde sucede la represión.

Para finalizar esta primera parte sobre “Para situar la Sublimación”, es preciso retomar las conclusiones que Laplanche plantea en su finalización. Básicamente estarán formuladas a partir de lo que acabamos de exponer sobre la diferencia entre sublimación

y síntoma, y más importante que esto, el papel jugado por la represión; concluirá con algunos aspectos en los que no profundizó en el anterior texto con el ánimo de que sean puntos que en algún momento puedan ser tejidos a favor del entendimiento del tema.

En primera instancia Laplanche tomó la elaboración sobre la sublimación en la vía del apuntalamiento, la cual le fue sugerida por los planteamientos de Freud; pero como ya hemos insistido, lejos de la idea de que la relación existente entre esos dos elementos fuera sencilla, “es decir que la sublimación sólo fuera el apuntalamiento en sentido inverso, el retorno de lo sexual a lo no sexual” (p. 114).

Laplanche resalta dicha insuficiencia en el planteamiento freudiano, la fundamenta en que no toma en cuenta el elemento “represión”:

La sublimación es para una parte de la pulsión un destino que le permite escapar de la represión. Pero es correlativa pese a todo de una represión, y en particular de una represión concerniente a un cierto tipo de objeto, el objeto propiamente sexual. (p. 114).

Conviene aclarar aquí, a qué se refería Laplanche con esa expresión “desde el origen” que aparece en el subtítulo que encabeza estas conclusiones. Para él, la sublimación estaría más bien a la par con el apuntalamiento, sucediendo también en ese primer momento; no haría parte de un “repliegue” o un “segundo repliegue por relación al primer tiempo del nacimiento de lo sexual” (p. 114). Habría una especie de acoplamiento cuando una sublimación debe producirse.

Laplanche intenta concebir la sublimación como produciéndose en el momento mismo en que aparece la excitación sexual, en el tiempo de la pulsión parcial sexual. Así el autor ve lo que podrían llamarse sublimaciones “precoces” en la forma de esa derivación de la autoconservación a los rasgos caracteriales que se forman a partir de ese

nacimiento de la sexualidad (así como apoderamiento en el carácter anal constituyen la pulsión sadomasoquista), como lo vimos cuando surge una pulsión el momento del apuntalamiento.

Sin embargo, ese término “precoces” podría implicar una significación de tipo temporal, podría dar la idea de que sólo habría sublimaciones en los primeros años de la vida. Para evitar esta posible confusión, Laplanche sustituye este término “precoz” por el de “originario” correspondiente a los años de origen. Dicha sustitución la realiza también para seguir conservando la posibilidad de que haya sublimaciones “tardías” o mejor dicho, posteriores a esas originarias, y adicionalmente, para no abandonar la idea de una sublimación posible de suceder en la cura analítica.

Para soportar algo más de fondo en esa formulación anterior sobre la sublimación, Laplanche admite el argumento de que “la pulsión sexual no está dada de una vez para siempre”. Al contrario, tomando fielmente las palabras de Freud que cita Laplanche:

... existe la capacidad en el ser humano (por supuesto, esencialmente, pero no únicamente en el niño) de crear sin cesar, cerca del origen, lo sexual a partir de toda suerte de conmociones exteriores, a partir de lo *nuevo*, de lo cual el traumatismo no representa sino el paradigma más dramático.

(p. 114).

Otro aspecto igualmente importante, corresponde a esa comparación entre actividad sublimada y actividad sexual como tal, en la cual Laplanche trata de saber si en la vida de una persona compiten o si se podrían considerar paralelas. Si las consideramos como competidoras, estaríamos aceptando la idea de que en el individuo hay determinada una cantidad idéntica de libido desde el principio, y además de que la sublimación sería una

forma de derivar una parte de esa energía, lo que implica una disminución de dicha actividad sexual.

Pero Laplanche y muchos autores de los que toma parte de sus planteamientos, muestran que la sublimación se opone a la sexualidad; sin embargo, aceptan también que en otras situaciones ambas se complementan, “lo que vendría a confirmar aquello que intenté sugerir hoy, a saber, que la sublimación puede estar ligada a una suerte de *neogénesis de la sexualidad*” (p. 115); en nuestras palabras, neogénesis ligada a la irrupción en el individuo de componentes externos (en casos no favorables ligado a lo que llamamos traumatismo) que sean capaces de generar nuevas energías al servicio, posiblemente, de la sublimación.

Otra comprobación a la que nos acercaba Laplanche con base en Freud, fue la oposición que visualizaba entre actividad pictórica (quien la considera directamente pulsional) y actividad intelectual, las cuales opone en algún momento en su texto sobre Leonardo y que al final de éste, opta por presentarlas las dos como actividades sublimadas; sin embargo, reconoce que en la creación plástica, hay dificultad de ubicar su origen y la manera en que el “quehacer artístico se reconduce a las pulsiones anímicas primordiales” (p. 115). Para Laplanche, Freud no concluye nada de manera global para esta problemática. De todas maneras, vemos que Laplanche toma su posición sobre la actividad artística: una actividad más cercana a lo pulsional.

Finalmente, el autor también llama la atención sobre varios aspectos que ha dejado sin explorar: creación y perversión, y sublimación como reparación, idea planteada por Melanie Klein, continuadora de la línea freudiana.

Primero: la cuestión de la “creación y perversión” fundamentada en Freud, para quien lo que se sublima principalmente son las tendencias pregenitales que trabajan cada una



“por su cuenta” (o las llamadas polimorfas perversas) y no la sexualidad genital (que se constituyen una síntesis).

Laplanche señala también la conexión propuesta por Freud entre las actividades sublimadas y la perversión (vista desde la psicopatología), tomando como referencia la elaboración de Leonardo y la homosexualidad; resalta que la perversión es totalmente representada en uno de sus cuadros, el “Santa Ana”.

Por último, un tercer aspecto con respecto a las relaciones entre sublimación y perversión: si se admite la hipótesis de que la sublimación acompaña desde el origen el nacimiento de la pulsión sexual, “aparecería ligada al movimiento mismo de seducción que caracteriza a la neogénesis de la sexualidad, es decir aquello que nos vemos obligados a llamar una desviación de la autoconservación” (p. 116).

Segundo: la cuestión referente al objeto y al yo, lo que Laplanche reúne bajo el título de “síntesis” en términos Kleinianos. Melanie Klein acentúa en la sublimación la atención sobre la “totalidad”:

Toda sublimación, pretende, es reparación, ligada a la fase depresiva, del peligro de ver el objeto y el sujeto despedazarse, destruirse. Todo amor, toda relación de objeto verdadera es reparación, creación del objeto como una totalidad, garante de la totalidad del yo.

(p. 117)

De aquí Laplanche resalta algo esencial para la sublimación: en ese esquema del diedro, en el plano derecho, no sólo hay procesos primarios sino que también hay intentos más o menos realizados de síntesis; está el yo y está lo llamado “síntesis o “primado genital como manera de coordinar las pulsiones parciales en esta especie de unidad que es la relación sexual adulta” (p. 117). Entonces, Laplanche concluirá para efectos de su

recorrido, con una pregunta sobre la posibilidad de que la sublimación fuera una especie de “sustituto del primado genital”: una forma de coordinar las actividades pregenitales bajo una especie de “primado”, más claramente, el de una obra, de un trabajo o de un resultado por alcanzar; pero una síntesis que, a diferencia de la síntesis genital, se produciría posiblemente por la acción de la represión o de la renegación, es decir, renegación de lo genital.

Después de haber hecho este recorrido por algunos de los puntos en los que se basa Laplanche, y después de haber evidenciado algunas de sus propias conclusiones, bien siguiendo un acuerdo con Freud o separándose de él, pasaremos a “Hacer derivar la sublimación” tal como titula su segunda parte del texto.

Lo primero en lo que hará nuestro autor su énfasis, es precisamente en la insuficiencia de algunas formulaciones freudianas, obviamente en su visión y con efectos de su construcción de la temática que nos ocupa actualmente en este estudio. La comparación fue tomada básicamente en el nivel de lo que Freud opone a la sublimación, en el texto sobre *Los instintos y sus destinos*: la formación reactiva e inhibición de meta.

Para Laplanche, en las formulaciones freudianas el problema de la sublimación le aparece limitado y con falta de recubrimiento sobre lo esencial del mismo. Toma inicialmente como referencia, el texto *Tres ensayos de teoría sexual* donde la sublimación es comparada con un concepto que ha sido denominado *formación reactiva*. Este término formula algo preciso y manejable que consiste en sostener que “ciertas formaciones caracteriales son como el reverso de lo pulsional” (p. 124) y que éstas toman su energía de la pulsión y al mismo tiempo luchan contra ellas.

Para hacer más clara la “formación reactiva”, Laplanche cita grandes formaciones reactivas que Freud señaló como resultado de la represión del complejo de Edipo y de la sexualidad infantil: “el pudor”, el “asco”, “el horror al incesto”, las cuales aparecen con el período de latencia. Así mismo la formación reactiva constituiría la base de lo que ya hemos llamado “carácter anal” y obviamente lo que hemos llamado rasgos o formaciones caracteriales.

Sin embargo, y seguimos insistiendo en que la sublimación está muy lejos de poseer una salida simple un modelo claro y sencillo. Entonces, podemos decir que la sublimación no es asimilable a la formación reactiva, ya que si así lo aceptáramos, estaría cercana a la formación de un síntoma.

Otra formulación que Freud elaboró y a la que opuso también la sublimación, fue la *inhibición de meta*. En este concepto reencontramos, para la sublimación, una salida relativamente simple; este mecanismo consiste en reemplazar la meta principal, la satisfacción sexual, por metas inhibidas o propiamente, preliminares, que pasarían a enmascarar su no-realización sexual (ejemplo: ternura, en el amor “platónico”, en la amistad y en relaciones afectuosas parentales). Sin embargo, aunque la meta cambie, el objeto permanece, es el punto fijo. Y he aquí una de las conclusiones a la que Laplanche nos habitúa: “la inhibición de meta es tal vez una vía hacia la sublimación, pero no es la sublimación, no es sino, en el mejor de los casos, una de sus etapas” (p. 125).

Laplanche, en su intento de llegar al fondo de las formulaciones y ejemplos freudianos, llega a una conclusión que le aparece de manera molesta: no se trataría solamente de reemplazar una meta por otra en un movimiento pulsional, que en últimas sería el mismo; nuestro autor sostiene que en lo sublimado “no permanecerá *ni* la meta, *ni* el objeto, *ni* tampoco la fuente de la pulsión” (p. 125). A partir de aquí, lo que

quedaría sería la idea de una sola “energía sexual” que tendrá la condición también de una energía “desexualizada”, descualificada, puesta al servicio de actividades no sexuales. Vemos en este momento el gran problema que nos sugiere seguir hablando, a pesar de todo, de conservación de la energía; de una energía que no podría ser especificada por nada, por lo cual Laplanche se pregunta – como lo hacemos nosotros - ¿porqué seguirla calificando de “sexual”?, ¿se calificaría de acuerdo a su origen o a su historia?.

Por lo tanto, para dar un paso más allá, debemos mostrar junto a Laplanche, “la génesis de los fenómenos sublimatorios” (p. 129) y “la transmutación energética en el paso a paso del análisis” (p. 129).

Laplanche, habla nuevamente en este punto de síntoma tomado en el nivel de la neurosis. Este conflicto neurótico que dará paso al síntoma, debemos imaginarlo ubicado totalmente en el plano sexual (plano derecho del “diedro”). Como ya lo mencionamos antes, y ahora lo encontramos de nuevo para continuar aclarando esta cuestión, el conflicto neurótico “no es un conflicto entre las exigencias de la sexualidad y las exigencias de la supervivencia, es un conflicto totalmente interior al plano sexual” (p. 130).

De este modo aceptamos que en ese plano sexual no sólo se ubican las pulsiones que circulan libremente según las “líneas fantasmáticas del inconciente”, sino que también se ubica el yo. Un yo como instancia investida sexualmente, que funciona por esa energía sexual que viene de alguna manera a atrapar, a bloquear en cierta forma; y una instancia del yo que viene “como a tomar a cargo, gracias a esta energía, a la autoconservación” (p. 130).

Al referirse Laplanche a un texto como *Tres ensayos* en este momento, lo que perseguirá será acercarse a una idea sobre el esquema de las “vías”, el cual tomará de manera provisional para retomar lo que hemos elaborado hasta este punto sobre el apuntalamiento, el síntoma y la sublimación.

Dichas vías las sitúa como atravesando una “línea de articulación”:

... la línea bisagra, y permitiendo un tráfico de doble sentido; habría vías por las cuales lo sexual se produce a partir de lo no sexual, serían, las vías del apuntalamiento; habría vías inversas por las cuales lo sexual repercutiría sobre lo no sexual: es el síntoma neurótico, que se sitúa en la esfera no sexual, pero que está totalmente determinado por un conflicto en el plano de la derecha; y por último habría algo misterioso, que no sería ya una influencia recíproca sino una atracción, una suerte de drenaje de las pulsiones sexuales hacia metas no sexuales, es decir la sublimación.

(p. 130)

De esta manera, nuestro autor concluye con base en este texto, que no es arbitrario poner en relación el apuntalamiento, la formación de síntomas y la sublimación. Como él mismo lo indica: “se trata de relaciones entre los mismos dominios, pero el problema consiste en saber cuál es este tipo de relación” (p. 130).

Laplanche recurrirá nuevamente a Melanie Klein precisamente para resaltar uno de sus planteamientos sobre la sublimación: el simbolismo, el cual le servirá de apoyo para la elaboración de su oposición entre sublimación y síntoma.

Klein define la sublimación, como un “invertimiento simbólico – sexual de una tendencia o actividad perteneciente a las pulsiones del yo” (p. 134). Lo que resalta

Laplanche, a parte de la cuestión del “simbolismo”, es que la actividad sublimada tendría objetos y metas indirectamente sexuales; habría una identificación simbólica entre el objeto sexual y el objeto de autoconservación.

Este proceso de la génesis de las actividades sublimadas postulado por Melanie Klein, sería en la voz de Laplanche:

En un primer tiempo, identificación entre el objeto sexual y el objeto no sexual, y probablemente también entre ambas actividades; en un segundo tiempo, desprendimiento de lo sexual en el simbolismo... y por último, un tercer tiempo posible, el de la fijación.

(p. 134)

Y es aquí puntualmente, donde, tanto Klein como Laplanche, resaltan “la fijación” como el aspecto para explicar por qué Leonardo “tomó” la vía de la sublimación y no la de la formación de un síntoma histérico.

Klein visualiza la “fijación” desde la perspectiva de que la situación placentera no quedó fijada como tal, sino que fue transferida a las tendencias yoicas. Para Laplanche, más que esa “transferencia” de la situación de placer a las tendencias del yo, la importancia de la propuesta Kleiniana radica en los tres factores que ella propone como los susceptibles de afectar dicha vía, es decir, para esa capacidad de sublimación.

Estos factores fueron resaltados por ella con respecto al caso de Leonardo:

Primero: sostiene la posibilidad de una identificación muy profunda y temprana con los objetos que lo rodeaban, debido a un desarrollo “desusadamente temprano e intenso de la libido narcisista en libido objetal” (p. 134). Laplanche lo expresa de la siguiente manera:

Por lo tanto, una suerte de apertura masiva, muy importante, hacia el objeto, y también una facultad de pasaje y de juego muy importante entre el investimento narcisista del yo y el investimento de los objetos del mundo, que devendrán precisamente los objetos de la sublimación, de la investigación y del arte de Leonardo.

(p. 134)

Segundo: habla de una capacidad para mantener la libido en estado de suspensión o estasis (sobre este aspecto se volveremos más adelante).

Finalmente, como tercer factor: lo que favorecería a esa capacidad de sublimación sería esa facilidad para que una actividad o “tendencia del yo” se invistiera libidinosamente, haciéndose más receptiva en esa persona; estaríamos hablando de lo que podría formar una parte del talento con que un individuo estaría “constitucionalmente dotado”. Para Laplanche, se trata de una receptividad particular del yo o de las actividades del yo, que le permite convertirse en el lugar de acogida para otras tendencias.

He aquí un fragmento de Klein con respecto a lo comentado anteriormente y específicamente acerca de Leonardo. El comentario entre corchetes pertenece a Laplanche:

En el caso de Leonardo, no sólo se estableció una identificación entre el pezón, el pene y la cola del pájaro sino que esta identificación se fusionó con el interés por el movimiento de dicho objeto, el pájaro y su vuelo y el espacio en el cual volaba. Las situaciones placenteras, realmente experimentadas o fantaseadas, permanecieron sin embargo inconcientes y fijadas, pero se les dio intervención en una tendencia del yo y así pudieron ser descargadas. Cuando reciben esta clase de representación, las fijaciones [hay entonces fijaciones, pese a todo, pero que *permiten* una libertad de

actividad] quedan despojadas de su carácter sexual; son acordes a yo y si la sublimación tiene éxito – es decir, si se fusionan con una tendencia del yo- no sufren la represión.

(p. 134)

Laplanche realizará en este punto de las cosas, un cuestionamiento bastante interesante y puntilloso, no sólo a Freud sino también a Klein; éste consiste en lo que ya se había evidenciado al principio de nuestra primera parte: la “valorización social”.

Para empezar, se dirige hacia la noción de “conformidad con el yo” que ya ha sido elaborada en la parte anterior con Klein. Su oposición la introducirá con una noción opuesta: “conformismo en la instancia del yo” (p. 134). Al hablar de este conformismo, lo que se debate precisamente es el “carácter dudoso de esa realidad que el yo supuestamente representa” (p. 134), es esa adaptabilidad de dicha instancia.

Para Laplanche, si hablamos en estos términos, la sublimación sería un problema de adaptación a lo real y probablemente, de lo que Freud llamó “actividades socialmente valorizadas”. Con esto último, Laplanche reconocerá que lo que se abre realmente es el problema de lo cultural, problemática que retomaremos posteriormente después de recorrer otros aspectos preliminares.

Para dar coherencia a ese planteamiento de Klein sobre la “fijación”, remitámonos a una distinción aportada por Freud sobre la energía libre y la energía ligada, lo cual nos conduce a ese plano “S” del cual decíamos que es únicamente sexual. Laplanche lo comenta como un modelo que sería “una red de representaciones conectadas entre sí siguiendo vías” (p. 136) entre las cuales puede circular energía. Pero aún otro aspecto: esta circulación de energía se fundamenta en dos modos:



Por una parte hay energía libre, la que circula o tiende a circular en el inconciente, entre los elementos fantasmáticos, según las leyes (si podemos llamar leyes a esas modalidades de circulación) del desplazamiento, de la condensación y, por último, según la ley de la pendiente más inclinada, es decir de la tendencia al cero, de la tendencia a la descarga... Por otra parte, además de esta energía libre, la energía ligada: es la que se encuentra retenida, fijada en grupos de representaciones o, empleando otro término de Freud, sometida a la “estasis” [es este punto donde debemos recordar ese segundo factor que dejamos pendiente con Klein].

(p. 137)

Y atención! Una de las interpretaciones de nuestro autor: La energía libre la asimila a la “pulsión de muerte” y la energía ligada a la “pulsión de vida”.

Más detenidamente, la energía o libido en “estasis” estaría ligada precisamente a objetos, lo cual nos llevaría a hablar del “amor de objeto”; tendríamos entonces el “*Eros*” cuya meta es mantener y crear objetos cada vez más englobantes, ya que su tendencia es hacia la síntesis y la ligazón. Por otra parte, la libido no ligada obedece al principio de la descarga absoluta, por lo tanto, la pulsión de muerte actúa bajo la tendencia a la desligazón y a la descarga.

Así concluye su interpretación nuestro autor: “pulsión de vida y pulsión de muerte se sitúan *ambas* en el plano S y no son sino un nuevo avatar de esas dos formas de la energía o de la pulsión sexual...” (p. 136)

Ahora volvemos al **yo** y las **pulsiones del yo**, que tanto trabajo han dado para poder ser diferenciadas. Laplanche recuerda, sigue recordando, ya que es uno de los puntos

más delicados del texto, y diríamos, del psicoanálisis que el yo está totalmente en el plano de la derecha (plano sexual). Añade que el yo se sostiene por el amor a sí mismo, es decir que el yo es el “objeto central”, “por no decir primordial”, es el “gran reservorio” de la libido. Laplanche reconoce que esta instancia está constituida sobre “los modelos del objeto primordial” (p. 138) razón por la cual no dice totalmente que esté es lo “primordial”.

He aquí un punto en extremo delicado: Laplanche reconoce en las pulsiones del yo, las pulsiones de vida por excelencia. Las pulsiones del yo **no** son idénticas a las “pulsiones” de autoconservación, sin embargo están en estrecha relación con éstas ya que mantienen al yo, el cual debe ser visualizado como un “recinto”, como una “vesícula”; defienden su barrera y ayudan a su expansión. La autoconservación se ubica en el plano de la izquierda, y apenas es correcto ponerle el término de pulsión, por lo que se seguirá hablando de ella como “función”. Así las cosas, es el yo la instancia que ubicada en el plano sexual, *retomaría* por cuenta propia los intereses del organismo, de la vida.

De este modo hemos podido comprender una vez más, que el “conflicto psíquico” nunca está dado de manera directa entre la autoconservación y la sexualidad, y que éste mismo debe ser ubicado en el corazón de la sexualidad.

Otro punto de extrema delicadeza en la relación entre los dos planos que debemos recorrer con Laplanche:

Toda la autoconservación está recubierta por la sexualidad, de modo que el postulado que hace un momento yo presentaba como ... la puesta entre paréntesis de la realidad a favor del fantasma, encuentra su justificación en esta relación invertida que hace que, si la sexualidad nace por apuntalamiento en la autoconservación, de hecho, de

parte a parte, es la autoconservación la que está como subtenida, entramada, reticulada, por la sexualidad.

(p. 139)

Hemos recorrido con este tema – tal vez algunos pensarán – un camino muy largo junto a Laplanche. Sin embargo, este rodeo nos hace alcanzar una claridad sobre qué es lo sexual y no-sexual de lo que hablamos para la sublimación, ya que en Freud, tanto Laplanche como nosotros, evidenciamos falta de claridad en su formulación.

Se podría ver en lo no-sexual precisamente “aquello de la autoconservación”; de esta manera tendríamos a la sublimación como una especie de tránsito inverso del apuntalamiento (argumento que hemos rechazado varias veces). Definitivamente, nos dirigimos a que eso no-sexual **no** se entienda como la autoconservación, “sino como el dominio del yo – es decir, al cabo, lo sexual, pero esa parte de lo sexual que está ligada, investida y como secuestrada -... donde la sublimación se sitúa del lado del yo y del objeto total” (p. 140).

Laplanche citando a Freud, dice que el yo funciona con la energía en estasis, con la libido “desexualizada y sublimada”. De lo “no-sexual” que hablamos se declararía como tal, por una parte, por una libido que ya no corre hacia la descarga (sería entonces apenas aún libido) y por otra, el yo, incluso si funciona aun con la libido tiene a su cargo los intereses de su supervivencia.

En esta conceptualización de Laplanche sobre el conflicto psíquico, la sublimación sería entendida como la victoria del “amor en estasis, investido en objetos estables, sobre la inestabilidad y la tendencia a la descarga absoluta que caracteriza a la libido en el nivel de los fantasmas inconcientes” (p. 140) (energía no ligada).

Ya que hemos terminado parte de una elaboración medianamente clara sobre la sublimación, en este momento Laplanche se dirigirá a recorrer un camino en esas pulsiones de vida y pulsiones de muerte tan importantes en psicoanálisis y aún, para la temática que tratamos, ya que sobre éstas encontrará finalmente una de sus salidas. Esta elaboración estará en Laplanche propiamente, no sólo fundamentada en Freud sino en varios autores que iremos encontrando a lo largo del trayecto que nos queda por transitar.

Ya vimos como opuso Laplanche estas pulsiones de vida y pulsiones de muerte, haciendo referencia a una sexualidad que funciona según una forma de circulación de la energía libre y una sexualidad que funciona con energía ligada. A través de Laplanche, vemos que en Freud estas mismas son visualizadas como “síntesis contra la anti-síntesis”. Nuestro autor destaca algo que encontró en algunos textos de Freud y que considera particularmente importante:

...cuando se oponen síntesis y anti-síntesis, no se tiene *una simetría*; las dos pulsiones no se encuentran en el mismo plano, ya que la pulsión de muerte es no sólo la anti-pulsión de vida, sino al mismo tiempo *el principio que impide la unión entre esta pulsión de muerte y la pulsión de vida*.

(p. 146)

Laplanche destaca que en la pulsión de vida y en la pulsión de muerte, existe un principio que llama de “discordia”. Esta discordia es principio de discordia para ella misma y para su principio opuesto: la “fusión”. Entonces, también el autor destacará, que existe una “especie de heterogeneidad radical” en lo que llamó el funcionamiento no ligado (o energía libre según Freud), ya que se trata de una energía que corre hacia la desorganización o desligazón. Laplanche insistirá en que este elemento de

heterogeneidad, hace que lo no-ligado sea enemigo de lo ligado y además, enemigo de su propia fusión con lo ligado.

Podemos evidenciar que uno de los pilares en este texto de Laplanche, es demostrar la insuficiencia de la “hipótesis adaptativa”, es decir, de que la autoconservación sea autónoma en los seres humanos y de que la necesidad sea lo que haya primado en la evolución humana.

Para introducirse a esta argumentación, Laplanche se interesó en el origen de los dos conceptos sobre los cuales giramos anteriormente (pulsiones de vida y de muerte); debemos recordar que el interés se inicia en las elaboraciones de Freud sobre los orígenes de la civilización. Freud ubicó este origen en dos factores: un factor pulsional, Eros y un factor de necesidad exterior; introdujo como base de la evolución la “penuria” y las “necesidades de la adaptación al mundo”. Sin embargo, Laplanche considera que se puede ir más lejos, y lo hará precisamente refiriéndose a un planteamiento de Bachelard el cual sostiene que “no es la necesidad sino el deseo lo que constituye el motor de toda la evolución de la civilización” (p. 151).

Para sostener su afirmación, Bachelard dice aún más con su elaboración sobre el fuego: que las *prohibiciones sociales* son las primeras en esa relación del niño con el fuego, ese fuego que le han recomendado no tocar. Por ejemplo, Bachelard sostiene que “el reflejo que nos hace retirar el dedo de la llama de una bujía” (p. 151) no juega ningún papel conciente en nuestro conocimiento. Con este argumento rechaza la idea a la que se le ha dado gran importancia en muchos libros de psicología general: que hay una especie de intervención de la reflexión en el reflejo, de que existe un conocimiento en la sensación más brutal.

Y bien, Bachelard resalta que la experiencia natural (que el niño se queme) va a añadir una “prueba material *inesperada*” para que el niño confirme dichas prohibiciones hechas por sus padres, lo cual le confirmará “el valor de la inteligencia paternal” (p. 151). Así podemos decir, que es por la “experiencia metafórica del mundo” – como la llama Bachelard – como se da el conocimiento y no por una información que se posea de manera natural o innata. Finalmente, Laplanche cita una frase que, se puede decir, condensa la visión tanto de Bachelard como de muchos otros autores: “El hombre es una creación del deseo, no una creación de la necesidad” (p. 152).

Para terminar con esta primera referencia a Bachelard, comentaremos un punto que tanto a Laplanche como a nosotras nos parece interesante e importante para la cuestión de la sublimación. Bachelard opone dos conceptos: “sublimación continua” y “sublimación dialéctica”. La primera correspondería a la concepción del psicoanálisis clásico sobre la sublimación: “de lo sexual a lo sublimado hay como una línea directa, una especie de alimentación de lo sublimado por la fuente, de alimentación de lo poético, incluso de lo científico, desde el origen sexual” (p. 154). Por otra parte, la “dialéctica” toma en cuenta el papel jugado por la represión, o al menos, la inhibición “sólida y clara” de lo sexual.

Laplanche introduce un nuevo apunte con respecto a la noción de sublimación, diciendo que ésta siempre “reenvía” a problemas de origen, de manera que estaríamos hablando de una proximidad entre lo originario y lo sublimado. Añade que la verdadera sublimación – además pensando en el caso de Leonardo - sería tal vez una sublimación “desde el comienzo”; esta expresión no se debe tomar necesariamente con respecto a lo

“originario” en el tiempo sino como una sublimación que deberá “*seguirse desde la aparición de la pulsión*” (p. 155).

Volvemos al conflicto pulsional tomado en el nivel de la oposición entre esas dos pulsiones de las que venimos hablando: pulsiones de vida y de muerte. Hablamos del conflicto existente entre estas dos pulsiones y de su responsable, el principio de muerte que impulsa a la desorganización; pero también decíamos que ese mismo principio actúa al interior de Eros o principio de vida, aportando ese mismo elemento de desorganización. Entonces podemos visualizar aquí un doble juego. Sin embargo, retomémoslo con más calma.

Por una parte, un juego al interior de Eros, esa fuerza que tiende a la unidad, que hace que haya una lucha “de las grandes unidades contra las pequeñas” (p. 156); por otro lado, el juego estaría en el conflicto “interpulsional” entre Eros y Pulsión de muerte. Dichos juegos son complementarios. Para aclarar este aspecto que acabamos de describir, Laplanche realiza la siguiente esquematización:

La agresividad (o la pulsión de muerte, que Freud sitúa del mismo lado) debe ser suprimida o expulsada afuera y para poder realizar esta supresión, Eros debe ser canalizado, inhibido respecto de su meta directamente sexual, y sublimado. Al mismo tiempo entonces que prosigue la lucha entre Eros y la agresividad, en el interior de Eros, precisamente en ese movimiento de canalización y de sublimación, es el individuo el que será sacrificado a la sociedad, ... y tal vez hasta exista una misteriosa contradicción inherente a Eros mismo.

(p. 156)

De todas maneras, Laplanche aclara su conclusión tomando como base algo que ya había esbozado anteriormente y es, el conflicto interno al plano de la sexualidad y además que esos “juegos dialécticos” (tanto de Eros y pulsión de muerte como en el interior mismo de Eros) constituyen finalmente un solo y mismo juego retomado en niveles diferentes. Y para ser más propio en sus palabras, Laplanche evidencia una oposición más general que la anterior: la oposición entre “lo ligado y lo no-ligado”.

El enfoque en este aspecto pulsional específico, nos es útil para retomar uno de los temas más importantes en psicoanálisis, pero además nos conduce a un tema que hemos estado nombrando sin adentrarnos demasiado: la represión. En este momento hablamos de ese algo “cultural” y por tanto tomaremos en un nivel sociológico y más amplio, el mecanismo de represión: la “sofocación”. La “sofocación de las pulsiones” sería el origen y el motor del movimiento cultural, pero ¿qué hemos de hacer con el doble juego planteado anteriormente? Laplanche nos dice que precisamente sobre éste debe ser explicado tal movimiento cultural.

Por lo tanto, y aceptando esta afirmación anterior, ¿se podría decir que la energía para el progreso cultural procede de la sofocación de lo pulsional? ¿O entonces, cuál sería su procedencia? Ya vemos esta dificultad en la respuesta, y otra dificultad que debe antecedernos: el problema mismo de la “sofocación” ya que éste en términos analíticos, se opone a la represión. En todo caso Laplanche ve en Freud esa oposición entre sofocación y represión en distintos tipos de problemáticas. Vamos a retomar tres niveles de esta problemática de manera independiente.

Primero. Con respecto a la tópica consciente-inconsciente: la represión se define como “un proceso de rechazo hacia el inconsciente, proceso él mismo inconsciente en su mecanismo, no querido, no sometido a la voluntad” (p. 166). Opuestamente, la



sofocación “sería una especie de manera conciente de sofocar o de no prestar atención a tal o cual representación o problema desagradable” (p. 166).

Segundo. Con respecto al corazón mismo del mecanismo defensivo de la represión: en dicho “corazón” se encuentra una distinción absolutamente importante y es, la del afecto y de la representación. La pulsión “sólo es aprehendida en el psiquismo por sus representantes” y son representados de dos maneras: en el nivel de la representación: representante-representativo; y en el nivel del proceso propiamente energético: el afecto o representante-afecto.

Refiriéndose a Freud y su elaboración sobre la represión en el texto “La represión” (1915), Laplanche recuerda que ambos representantes de la pulsión (representante-representativo y representante-afecto), tienen un destino diferente dentro del mecanismo de la represión. Estos dos autores sostienen, que sólo la representación es propiamente reprimida, y el afecto no puede ser reprimido en el inconciente. Freud nos dice que “no hay afecto inconciente”, y que si se ha hablado de ello es para aproximarse a él y para simplificar el lenguaje; pero el afecto sólo se define sobre la base de que es algo susceptible de venir a la conciencia así fuera en la forma de un “embrión, de una especie de germen” (p. 166). Esta propiedad de la represión es dada por su naturaleza energética (visto *económicamente*) y por tanto, no puede estar sometido a un cambio de instancias como sucede con la representación: paso del conciente al inconciente (cambio *tópico*):

El afecto puede ser modificado, puede cambiar su tonalidad, y ustedes saben que la modificación más importante del afecto es su transformación en angustia, suerte de moneda corriente de todos los afectos; el afecto puede ser reducido, puede ser canalizado, puede ser en última instancia sofocado.

(p. 166)

De manera que para la *represión*, reintroducimos la distinción entre represión y sofocación: “la represión sólo se aplica a la representación, mientras que el afecto es susceptible de una sofocación” (p. 166). Con estos elementos vemos que el problema esencial nuevamente nos es presentado: cómo hallar el origen de esa energía que viene a alimentar a la sublimación.

Tercero y último aspecto. Con respecto a la distinción entre los procesos individuales y los procesos sociales y culturales. Laplanche resalta una impresión que se tiene sobre Freud, quien pareciera sostener un paralelismo total, el de un paso simple “sin complejos” de lo individual a lo social, de una suerte de traspaso de los mecanismos del uno al otro.

Y en este nivel, Laplanche resalta que ese paralelismo entre individuo y sociedad sólo se produce por una discordancia: “en el nivel individual, el proceso defensivo es una represión, en tanto que en el nivel social, el proceso sería la sofocación” (p. 167). Es más, con la aparición del término “sofocación” en lo cultural, dice que lo primero con respecto a la represión individual sería la sofocación social. Aquí enlazamos con lo planteado por Bachelard en su ejemplo del fuego que quema al niño: las prohibiciones sociales serían primero. También enlazamos aquí a Freud, quien reconoce la sofocación social como un elemento “inherente a toda vida en sociedad y a toda conquista cultural” (p. 167); y aquí algo que nos importa especialmente: “las sociedades más felices serían también las sociedades menos creadoras, aquellas en que las sofocaciones y los tabúes sexuales son mínimos” (p. 167).

Y aún algo más del lado de Laplanche quien dice que para establecer una distinción entre “buena y mala sofocación” se debe tomar en cuenta lo que implica toda pedagogía

racional (incluyendo al psicoanálisis): no olvidar que el padre o el pedagogo son seres también “deseantes”, que la relación pedagógica es una relación en la cual interviene la sexualidad del adulto, en ese punto intrusión y seducción de la que hemos hablado.

La represión que describe Laplanche (en este acuerdo que podemos inferir entre estos tres autores) es:

... en el individuo, no sería finalmente sino una sofocación interiorizada, retomada por el sujeto; este *creo* reprimir en nombre de sus propios imperativos, mientras que en realidad sólo está siguiendo las vías de una mayor alienación: no sólo está dominado, oprimido, sino que también ama su servidumbre, ama la represión.

(p. 169)

Evidenciamos aquí este *pesimismo* introducido por Freud en *El malestar en la cultura* compartido y reconocido por Laplanche. Un pesimismo que se funda en dicha “permanencia de la agresividad y de la pulsión de muerte” (p. 169) y también se funda, en el elemento de “inconciabilidad”: ese escepticismo con respecto al ideal de una de una sociedad no represiva, y más profundamente, la inconciabilidad existente al interior de la sexualidad. Esta inconciabilidad no solamente vista en la forma de las prohibiciones o de un tipo de organización psíquica que sería “contingente”, sino una inconciabilidad absoluta que no tendría que ver con algún otro elemento: sería un “factor inconciliable *en sí* que animaría el deseo sexual” (p. 169).

Y he aquí una interpretación, conclusión propia de Laplanche:

Por lo que a mí se refiere, tendería, ustedes lo saben, a considerar que *estas dos tesis, la de permanencia de la pulsión de muerte y la de la inconciliabilidad del deseo sexual no constituyen sino una, por que la pulsión de muerte es finalmente la*

*expresión teórica de los aspectos irreductibles, irrecuperables, no dialectizables de la pulsión sexual.*

(p. 169)

Por otra parte, Laplanche hace referencia a la teoría del mito de Freud para llamar la atención sobre tres elementos que él considera para su interpretación: el factor “histórico”, “simbólico-fantasmático” y “fisiológico”.

Hemos hablado ya de lo “simbólico-fantasmático” en una forma no explícita para el mito, pero que sin embargo sigue teniendo la misma dimensión.

Con respecto al factor “histórico”, hemos introducido algunos aspectos de la misma manera que para el anterior; mas podemos completar, que una dimensión histórica para el tema que nos ocupa, la sublimación, propone que “algo se produce con un origen, incluso con un acontecimiento; ella supone la historicidad, una temporalidad habitualmente descrita, en psicoanálisis como la del traumatismo” (p. 178).

Según Laplanche, para Freud se trata de todas maneras, de una historia objetiva que es la de la humanidad. Una historia que está enmascarada por los mismos procesos que ha identificado para el sueño, una historia que está a menudo “invertida”. Pero además habría también un proceso distinto a estas modificaciones de la historia en el mito: habría superposición; y es aquí donde podemos distinguir ese factor simbólico-fantasmático. Aquí por tanto el “simbolismo” vendría de segundo. Sumado a lo anterior y hay que tener especial atención en esto, el factor simbólico vendría a apoyarse en la experiencia sensible, experiencia del cuerpo, lo cual nos introduce a nuestro tercer factor: el “fisiológico”. En palabras de Laplanche algo que nos parece hermoso y aclarador:

Existe un lugar necesario, nos dice Freud, que debe otorgarse a la “figuración disfrazada de procesos mentales con manifestaciones corporales”. Se trata particularmente del incremento de la libido, de su extinción y de su renacimiento. Por lo tanto, esta figuración disfrazada, simbólica, sigue las vías de la analogía: analogía cuasi espontánea entre la excitación sexual y el fuego.

(p. 178)

Este factor fisiológico por tanto, nos conduce otra vez al cuerpo y lo introduce Laplanche crudamente con estos versos de Heine:

Con lo que el hombre usa para orinar,

Con eso mismo crea a su igual.

(p. 179)

Con estos versos ponemos en evidencia la cuestión que nos ayudará a continuar con nuestra elaboración: el “erotismo uretral”. Lo que se resalta aquí es esa doble función del pene: función genital y urinaria a la vez.

Teniendo presente que continuamos hablando de ese tercer factor “fisiológico”, pasamos a este tema del erotismo uretral. Podríamos confundir este término erotismo uretral con el de Estadio uretral dada la cercanía a esos estadios que Freud llamo oral, anal, fálico (que por demás serían discutibles en la medida en que se les piense como seguidos en una secuencia cronológica); e incurriamos en un error mayor dado que Freud, nunca postuló un estadio uretral dentro de esa “secuencia”. De lo que sí nos habló, fue de una época en que el erotismo uretral sería más latente, ubicándolo en el cuarto año de vida.

Reconocido esto, pasemos a reenmarcar los elementos que destaca Laplanche del erotismo uretral:

1. El erotismo uretral aparece primero indiferente a la diferencia de los sexos.
2. En el erotismo uretral infantil existe una unión íntima de lo genital y lo urinario. Dicha relación se produciría sobre la base de que hay un desarrollo imperfecto y rudimentario de la función genital en el niño. Y aquí con suma atención diremos junto a Laplanche, que el erotismo uretral “jugaría aquí el rol de tutor” ya que indicaría la vía, o una cierta vía hacia el desarrollo genital. Sobre las actividades de la micción y la polución habría en el niño asimilación de ambos placeres. Hablaríamos con esto de algo que nos acerca al apuntalamiento.
3. Ya al nivel de esa fase que puede llamarse fálica, las teorías sexuales infantiles que son esas configuraciones de fantasmas, esa unión genito – urinaria se manifiesta por la “asimilación del producto urinario al semen, y del coito a una micción en el cuerpo de la mujer” (p. 181).

Los siguientes elementos que se describirán han sido agregados por Laplanche y son constantes en la simbólica, particularmente la del sueño:

4. La ligazón entre el agua y el fuego; y en una relación de equivalencia y sobre el principio de la inversión: el fuego puede significar agua y el agua puede significar fuego. Pero también como pareja de opuestos: el fuego debe ser apagado por el agua.
5. Los aspectos agresivos del acto urinario. Para Laplanche esta relación entre micción y agresión constituiría probablemente una de las razones de la equivalencia precedente fuego-agua: “Apagar el fuego es también ahogarlo, y tal vez también, ahogándolo, provocar tantos daños como pudo haber producido el fuego mismo” (p. 182).

En esta equivalencia agua-fuego vemos que este aspecto sádico, destructivo, corrosivo, del erotismo urinario nos llevaría a plantear para él mismo su explicación metapsicológica; pero Laplanche habla generalmente de esto mismo sobre el “carácter directamente agresivo, corrosivo, de la pulsión” (p. 182) cuando esta se encuentra en el estado que hemos llamado “libre”. De este modo Laplanche concluye que la “agresión pulsional es en primer lugar una autoagresión que, en un estadio ulterior, debe ser llevada al exterior” (p. 182).

6. Finalmente tenemos la relación entre erotismo uretral y *ambición*. “El chorro de orina en los sueños, en los mitos, en los cuentos, es siempre desmesurado, inmenso, presto a inundar todo, así como el fuego está presto a devenir incendio y a devorar todo” (p. 183). Laplanche interpreta que el fundamento de esta relación de la que Freud no da interpretación teórica, se da en el marco de la “simbolización recíproca” que existe entre lo urinario y lo fálico: “se simboliza en suma la omnipotencia fálica por la omnipotencia del chorro y de la inundación” (p. 183). Esto se ha llamado precisamente lo fálico narcisista.

Retomemos dos aspectos: la conjunción – disyunción entre lo genital – fálico por una parte, y lo urinario por otra; y la conjunción – disyunción entre el agua y el fuego.

Laplanche nos dice a través de Freud que la conjunción es principalmente infantil. Esta conjunción se da por una confusión entre estas dos funciones que no solo viene ligada a “la insuficiencia de intelección” (p. 184), sino también ligada a una especie de “relación de apoyo, una especie de línea directriz, inspiradora” (p. 184) donde, para lo genital, su vía sería trazada por lo urinario, por ese ya llamado “tutor”.

Para la disyunción que encontraríamos en la experiencia adulta, Laplanche recurre a la experiencia fisiológica. Laplanche lo expresa de la siguiente manera contradiciendo a Freud:

Pero, inversamente a lo que Freud afirma a menudo, el niño de la historia individual y el niño de la historia colectiva, lejos de reunirse aquí, se separan: el niño de la historia individual afirma la asimilación de lo urinario y lo genital; el niño de la historia colectiva, es decir, el adulto prehistórico, se funda por el contrario en la incompatibilidad entre la micción y el placer sexual para conformar según ellos sus fantasmas.

(p. 184)

La posición del erotismo uretral es muy particular:

Por cuanto es susceptible de entrar en relaciones diversas, e incluso contradictorias. ... Muy próximo a lo fálico, aunque sin embargo no-fálico, bisexual, ligado a una sensibilidad de conducto y no de superficie, íntimamente unido, en el simbolismo, al fuego devorador, alimentando en el carácter y en el destino las realizaciones más ambiciosas.

(p. 185)

Así, Laplanche nos presenta este erotismo uretral, añadiendo que éste representa un punto de origen privilegiado para esas actividades que hemos llamado culturalmente valorizadas y que se reúnen bajo el término general de sublimaciones.

Antes de proseguir con más elaboraciones sobre nuestro tema, Laplanche desea destacar algunos aspectos que le surgieron a propósito de un artículo: “Sobre la



conquista del fuego” escrito por Freud. Lo que pretende Laplanche es destacar dos aspectos que él ha creído encontrar allí.

Por una parte, resalta que un “avatar libidinal” preciso como el erotismo uretral, está ligado al fuego. Pero más allá de esto que nos acaba de poner de manifiesto, es que el fundamento de todo simbolismo se encuentra en el cuerpo; sin embargo, resalta que no se refiere al cuerpo en general ni en su totalidad, sino a zonas determinadas, zonas de “pasaje”: las zonas “erógenas”. Conocemos dichas zonas como una de las elaboraciones más importantes de Freud, ligadas precisamente a esos estadios a los cuales hicimos referencia anteriormente.

Pero la ruta que nos está marcando Laplanche, tal como él la propone, es buscar la sublimación ligada a una suerte de “neogénesis prolongada de la sexualidad”, aspecto que hemos nombrado hasta ahora sin dar detalles del mismo. En este punto, nuestras “zonas erógenas” son tomadas por el autor como los puntos posibles de “anclaje” de todo apuntalamiento, de toda “emergencia libidinal”. Y bien, Laplanche se apoya en la advertencia que este texto plantea y es, que si hay “neogénesis” se debe encontrar un punto de apoyo en el organismo; mas él nos insinúa, que no son puntos cualquiera, por tanto debemos ver que nos tiene reservado nuestro autor sobre esto.

La segunda indicación a partir este texto, nos plantea un cuestionamiento de Laplanche que nos plantea:

La cuestión de saber sí, después de todo, en el vacío de la teoría, no se podría decir “a cada cual su sublimación”, o sea a cada cual su manera de concebir – y tal vez de realizar para sí mismo – ese destino pulsional, esa derivación de la energía libidinal hacia lo no-directamente sexual, hacia lo cultural.

Con respecto a lo que acabamos de decir, Laplanche reconoce que a partir de este cuestionamiento se generan múltiples interpretaciones que se vuelven divergentes, contradictorias y que plantean diferentes vías; a continuación las comentaremos y sobre nuestra marcha veremos cual escoge el autor.

Una de estas explicaciones sostiene que todo destino pulsional se puede considerar como defensa; ve Laplanche en esta vía claramente marcada por Freud a propósito del caso de Leonardo, una dificultad para definir un proceso de desviación de esa energía libidinal que no implique una represión. Sin embargo Freud en este mismo caso de Leonardo, habla de nuevo con respecto a la sublimación de una represión, que no sería el “reverso mismo” de la sublimación, pero que recaería sobre una parte de lo libidinal, es decir, sobre lo genital.

Otra explicación nos la plantea Laplanche como posibilidad de visualizar la sublimación, precisamente resaltándonos que el término mismo es un “índice” para nuestro entendimiento. Piensa la sublimación, en la vía de una búsqueda cultural más directa, menos represiva; y aquí algo que le interesa de manera enfática: se pregunta si se trata de aquella sublimación de la que se habla en la cura psicoanalítica.

Finalmente, como es su costumbre, nos deja con la cuestión abierta entre estos dos caminos: ¿se trata de represión o de desexualización?

Con los caminos abiertos que hemos dejado, viene algo que acabamos de nombrar y que es capital en esta elaboración que venimos transitando: la finalidad del proceso analítico. Laplanche introduce este aspecto con una frase en idioma alemán, que indica

de manera abreviada el propósito que Freud planteó para este proceso: “Donde ello era, yo debe devenir” o “wo Es war”.

Se debe recordar primero que todo, que la enfermedad psíquica ha sido visualizada como la separación de las instancias, especialmente del yo y el ello, pero también el superyó. La finalidad de la que hablamos consiste en deshacer este problema en beneficio de una “flexibilización” de las fronteras entre dichas instancias (yo y ello): “una suerte de pasaje de lo pulsional a la vida del yo” (p. 187). Vemos claramente que estamos cerca de nuestra problemática de la sublimación.

Hablando propiamente del propósito terapéutico del psicoanálisis, podemos decir que se trata de fortalecer al yo de manera que se haga más independiente del superyó, ensanchando su “campo de percepción” y ampliando su organización con el fin de que pueda “apropiarse de nuevos fragmentos del ello”. “Donde Ello era, Yo debe devenir” (p. 187).

Podríamos expresar que se trata de “conquistar al ello” como en una especie de mito, un apropiamiento de él; estamos tratando – con Laplanche – de plantear una vía no represiva para la sublimación. Así planteado esto de manera un poco “mística”, decimos que se trata de restablecer una mejor comunicación entre las instancias.

Podemos comparar este trabajo analítico con una especie de sublimación que sería al mismo tiempo un trabajo cultural, pero un trabajo que no imponga la renuncia o la separación entre “instancias” sino, como ya lo dijimos de alguna manera, “una vía sublimatoria no ligada a la represión” (p. 190).

Después de haber identificado claramente una de las intenciones de nuestro autor con respecto a nuestra problemática de la sublimación, ahora intentaremos ligarlo a este

tema del traumatismo que ya hemos insinuado antes, el cual parece reservarnos varios hilos por tejer en la búsqueda de nuestra elaboración sublimatoria fuera de la represión.

Sin embargo, antes de que Laplanche nos aclare esta relación entre sublimación y traumatismo, nos planteará dos puntos que debemos tener en cuenta en dicha teoría del traumatismo. Estos dos puntos o “coordenadas” que podemos considerar como complementarias son las del espacio y el tiempo.

En primera instancia, tenemos el traumatismo tomado en el nivel del espacio. El traumatismo podremos concebirlo solamente dentro de un “modelo tópico complejo”, - una elaboración teórica compleja – en el cual se plantea la relación del yo con el aparato psíquico, y de éste mismo con el cuerpo de manera metafórica; relación que debe ser concebida como un encaje, y más allá, como una especie de derivación. Laplanche formula su propia posición y emplea el término de metaforización, con una condición: no es una metaforización adquirida de una vez y para siempre, sino que es un proceso que se hace y se deshace sin cesar.

Para representar esta tópica podemos imaginarla a través del planteamiento de Laplanche, como una especie de relación de tangencia entre las diferentes instancias que ya hemos nombrado (yo, aparato psíquico y cuerpo). Los puntos de tangencia serán donde se expresa dicha relación de tangencia, son precisamente puntos de entrada, esas zonas erógenas (que ya habíamos insinuado), esas puertas sensoriales. Tales puntos de tangencia son los puntos que ubicaremos como puntos llamados del trauma; aún algo más: en estos puntos de tangencia son en los cuales se puede graficar la idea, de que el trauma es a la vez interno y externo.

Como segundo aspecto de esta temática que tratamos, tenemos esta “coordenada temporal” del traumatismo. Este aspecto aparece con la afirmación, que por demás

Laplanche examinará, de que los traumatismos sucesivos vendrían como a adicionar o sumar sus efectos; este aspecto fue planteado por Freud sobre el modelo neurológico de una “sumación de excitaciones” enlazado con esa predisposición hereditaria, es decir – en nuestra interpretación –, el traumatismo vendría a adicionar esos elementos externos que corresponden a unos elementos internos presentes en el infante o en el adulto.

Pero lo realmente importante en este momento, es la elaboración que nuestro autor realizará con respecto a esta relación temporal. La plantea sobre la base, de que ésta debe concebirse como “dialéctica”, como un “movimiento de recaptura” y de “simbolización”. Reconoce que para que haya *un* traumatismo se necesita por lo menos que haya *dos*, lo que claramente llama teoría de la seducción, veamos por qué.

Aceptamos con Laplanche que en el traumatismo hay nexos entre dos relaciones: la relación físico-psíquico y la relación no-sexual – sexual. Pero enfatiza que realmente la primera relación viene a ser reemplazada por la segunda, o mejor, viene a aportar una nueva solución al “viejo” problema alma-cuerpo. A dicha problemática aportamos la elaboración sobre el *apuntalamiento*, del cual exaltamos el pasaje de una energía a otra; este pasaje del apuntalamiento encuentra otra razón de ser: el aparato del alma que tratamos de aprehender es ciertamente tangente, “cocéntrico” o “coextensivo” al aparato del cuerpo. Por esto decimos, que no son dos instancias separadas (alma y cuerpo) sino que entre ellas hay pasaje, como una suerte de producción - y aquí podemos introducir nuestro término “neoproducción - de una energía que funciona según un nuevo régimen: la energía sexual; ya no estaríamos hablando de la repercusión de una conmoción física sobre el espíritu.

Sin embargo, sustentando que no hay división alma-cuerpo, y que lo que sucede es un pasaje de una energía a otra y que esa “otra energía” funcionará según una nueva forma o régimen llamado “sexual”, nos surge un nuevo problema que no es sino el mismo que hemos insinuado: ¿estaríamos hablando de una sola energía? Y en ese caso, y ya nos lo habíamos preguntado antes ¿por qué hemos de denominarla “sexual” o energía “X” según Freud? ¿La denominaremos por su manera de circulación que sería la única manera en que podríamos sustentar que es sexual?

Con esta nueva problemática recordamos la separación surgida de Jung y Freud en torno a este tema en especial: Jung sostiene la existencia de una sola energía mientras que Freud se empeña en sustentar la existencia de dos (autoconservación y sexualidad y posteriormente, amor y odio). De todas maneras, sólo hemos nombrado esta diferenciación para ahondar en el planteamiento de Freud, el cual es el que interesa a nuestro autor.

Laplanche reconoce que Freud, denomina a esta energía como sexual principalmente por su modo de circulación, es decir, por los caminos que recorre, por sus derivaciones o “avatares”. Seguido a esto, ahonda un poco en lo que podría haber impulsado a Freud a mantener este dualismo frente a la comunidad psicoanalítica. Concluye después, que no le interesa descubrir la “pulsión” que impulsó a Freud y que no le interesa descubrir si tiene razón o no; lo que realmente le interesa es saber es por qué Freud, mantiene esa férrea posición dualista. Se responde a sí mismo, que Freud defendía a “cualquier precio” el término “sexualidad” (energía “X”): para extender el término mismo sin confundirlo con lo genital y con la sexualidad adulta, y aún manteniendo dicha extensión de lo sexual, mantener su especificidad.

Pero precisamente, es esa sexualidad del psicoanálisis y cómo funciona en este: es la pulsión sexual que circula en el fantasma inconciente, la que se revela en las formaciones del inconciente, por ejemplo en el trabajo del sueño. El autor nos dice a través de Freud, que la “originalidad” de dicha pulsión, aquello que la define es que al comienzo es *autoerótica*. Dice autoerótica en el sentido en que “*circula originariamente no entre objetos, sino entre representaciones*” (p. 201), por lo tanto es “*indisociable del fantasma*”. Laplanche resalta otro aspecto que define a esta pulsión: ésta circula según leyes muy particulares que pertenecen al *proceso primario*, es decir, a las de la energía libre.

Nuestro autor reconoce, que hasta ese momento el debate sobre la sexualidad no ha concluido y que, incluso muchos analistas sólo pueden reconocer la especificidad de lo sexual restringiéndola a la genitalidad. De todos modos, Laplanche nos induce a esta reflexión sobre lo sexual y sobre la diferencia entre Freud y Jung, explícitamente a propósito del traumatismo el cual visualiza como “fenómeno energético, como aflujo demasiado grande de energía que rompe las barreras de un organismo” (p. 202). Pero más allá de esto, en lo que centra su atención, es sobre la idea de que este “fenómeno” implica la aparición o producción de una nueva energía, una energía de nuevo tipo. Lo que debemos tener en cuenta aquí es que esa energía no sólo es externa, sino que va a constituirse en fuente indirecta de dicho “neosurgimiento” de energía; recordemos ese carácter interno y a la vez externo del traumatismo.

Para proseguir con su argumentación, Laplanche hace referencia a un artículo del autor Lowenfeld sobre la creación artística. Lo que viene a interesar a nuestro autor, es la elaboración de Lowenfeld sobre el traumatismo y la forma en que puede ser asimilado

en el artista; sin embargo, Laplanche hace una crítica consistente en que dicho autor no repiensa para su artículo, la noción freudiana de traumatismo la cual da como implícita.

Introducido así el tema podemos proseguir a encontrar en este texto un argumento que nos permita visualizar una relación entre traumatismo y sublimación, a la vez que podamos continuar con el abordaje del tema.

Un primer aspecto que resalta Lowenfeld, es lo concerniente a la “traumatofilia” que es “tendencia a reexperimentar indefinidamente el traumatismo pero también tendencia a elaborarlo, a simbolizarlo” (p. 203). Laplanche reconoce que este no sería un concepto clave ya que se pregunta cuál es la razón para que a alguien le guste el traumatismo. La problemática que plantea nuestro autor, es la proveniencia de la energía que impulsa a la sublimación, por ejemplo, en la experiencia productora de un pintor o de un artista y no propiamente, el origen del talento.

Y ahora, la respuesta que intentan los dos autores y que el nuestro trata de poner de manera más clara: la energía que impulsa a la sublimación sería la proveniente del traumatismo, ya que este impulsa al “neosurgimiento” de energía; al mismo tiempo, esas mismas fuerzas son las que impulsan a “renovar sin cesar el traumatismo”, como una especie de círculo vicioso.

Lowenfeld en su artículo, propone cuatro elementos que según su visión están estrechamente relacionados con la génesis de la “creatividad”: la susceptibilidad al traumatismo o la búsqueda del traumatismo, es decir, la traumatofilia; una fuerte tendencia a la identificación; un narcisismo particular más que un narcisismo “exacerbado”; y por último, la bisexualidad.

Este autor – y Laplanche está de acuerdo con él - resalta que de los cuatro factores, es la bisexualidad la base; este punto lo tomaremos directamente de las palabras que



nuestro autor cita de Lowenfeld. Los comentarios entre corchetes pertenecen a Laplanche:

... hace difícil una relación de objeto unificada y no ambivalente con uno y otro sexo [por lo tanto, hace difícil, precisamente, la relación de objeto llamada objetal a diferencia de la relación narcisista], favoreciendo de este modo la fijación narcisista de la libido, lo cual a la vez incrementa el peligro del trauma.

(p. 203)

Laplanche comenta sobre este argumento de Lowenfeld, que de dicha bisexualidad se pasa a un tipo de relación identificatoria, narcisista; se pasa a un narcisismo concebido como incrementado y fragilizado, y por lo tanto, representa un peligro permanente frente al objeto. Este peligro está presente por esa posibilidad constante de identificación con el objeto, lo cual toma dimensiones traumáticas a menos que “el individuo se deshaga sin cesar de esta identificación por medio de la creación” (p. 205).

Para resumir un poco este texto, Laplanche comenta que el artista presentado por Lowenfeld, es un individuo que juega con el traumatismo, ya que puede escapar de estos dos destinos que son presentados: “si la defensa es demasiado débil, sucumbe a él; si la defensa es demasiado rígida, no hay libertad en la identificación, la angustia es demasiado grande y la productividad queda inhibida” (p. 205). El aporte de Lowenfeld a Laplanche, es esa propuesta sobre un tipo de elaboración de la “energía sexual” que es intermediaria a estos dos peligros: desbordamiento de energía que hace sucumbir al yo o, una defensa que bloquea la energía desde su aparición.

Terminamos lo anterior, con una referencia a la creación artística, sin embargo, nuestro autor refiere la creación en general como término que implica la “producción de

algo nuevo”. Pero se pregunta si dicha creación de manera más radical, sería creación de energía.

Bien, en este momento es necesario hablar de esta “energía” que tanto hemos nombrado. Con Laplanche, destacamos tres tipos de energía: la energía física, la biológica y la sexual. Después de hacer algunas elucidaciones sobre éstas energías, desembocaremos en la diferenciación entre pulsión de vida y pulsión de muerte.

La energía *física* tomada desde la física clásica, se define como lo “invariante”, lo que subsistiría en todas las transformaciones. Aquí podemos identificar esa energía “X” de la cual habla Freud.

Por su parte, Laplanche ve en la energía *biológica*, aquella con la cual tal vez Freud y los psicoanalistas creen enfrentarse con el concepto de pulsión. La pulsión como término “intermediario entre lo físico y lo psíquico” (p. 206), es más, puede verla “como representante de las fuerzas biológicas, del cuerpo, en lo psíquico” (p. 206). De cualquier manera, con esta fuerza biológica hablamos de un modelo de restablecimiento de equilibrio, que es el de una diferencia por colmar. Podemos decir que se tienen dos modelos biológicos: el de la pulsión cuando el “aflujo” de energía es de origen interno y, el del traumatismo cuando el “aflujo” es externo.

Laplanche sostiene que entre estos dos modelos biológicos (de la pulsión y del traumatismo), pueden existir elementos comunes, concluyendo que probablemente el uno puede “traspasar” al otro: “si la pulsión es traumatizante, el traumatismo puede ser creador de empuje” (p. 206).

En este momento, sobre la energía sexual o llamada propiamente *pulsional* o energía psíquica, diremos que es la energía que circula entre representaciones, más que formularla en términos psíquicos o físicos. Esta energía no funciona con un principio de

“homeostasis”, por el contrario, está como “enloquecida, circulando de una representación a otra sin encontrar normalmente reposo, sin encontrar representación final donde detenerse” (p. 207); en este sentido, Laplanche la pone “*más próxima... a la energía física que a la energía llamada biológica o fisiológica*” (p. 207).

Introduciéndonos propiamente a lo que son las pulsiones de vida y de muerte en este nivel que ya hemos enmarcado la pulsión en general, tomamos la “clave” que Laplanche nos da para comprenderlas. Por una parte, la pulsión de muerte es, según Freud, “el alma de toda pulsión, es lo más pulsional de la pulsión” (p. 208). Laplanche siguiendo a Freud dice, que esta pulsión de muerte es “la pulsión de lo inanimado”, es aquella que impulsa a la reducción a lo inanimado. Ella es la pulsión de las “representaciones y no de los objetos” (p. 208), ya que es ésta la que disuelve los objetos; también la llama la pulsión de los objetos parciales, es decir, los “representantes-representación”.

La pulsión de vida es “aquello que tiende a reconstruir, a mantener en el psiquismo, en el aparato psíquico, un vitalismo. Las pulsiones de vida son aquello gracias a lo cual, por el amor de lo cual vivimos” (p. 208). También nos dice Laplanche a través de planteamientos de Freud, que son las pulsiones del yo “en el doble sentido que este término toma en Freud: pulsiones que tienden a mantener al yo y pulsiones que emanan del yo” (p.208). En cuanto al objeto, son las pulsiones del objeto total.

He aquí la interpretación de nuestro autor, en la cual estamos especialmente centrados: considerando que sitúa la sexualidad en los dos lados (de ese diedro que ya conocemos) la pulsión de muerte “es la sexualidad de representaciones, siendo la pulsión de vida o Eros la sexualidad de objeto” (p. 208).

Retomemos el traumatismo, en el texto de Eissler sobre Leonardo da Vinci para *ligar* con las pulsiones que acabamos de describir. Eissler sostiene que las obras pictóricas para Leonardo, fueron una forma de “defensa” frente al traumatismo. Esas mismas defensas, Laplanche las tomará como la “elaboración continua del aflujo perceptivo” (p. 216). Resalta de Eissler, a pesar de considerar la profundidad del texto, una ambigüedad al no aclarar la forma en la que ve el trauma: interno o externo, físico o psíquico.

Nuestro autor, junto a los argumentos de otros, reconoce el aspecto visual del arte y la ciencia de Leonardo. Sin embargo, con Eissler tenemos esa “elección de la visión” como simplemente de huida y como el “lugar más favorable para un combate contra el traumatismo” (p. 216). La ambigüedad que resaltamos, Laplanche la volverá a poner de manifiesto a propósito de ese elemento visual: “la visión como lugar de proyección del peligro interno, y el peligro interno como lugar probablemente de introyección de un fantasma él mismo visual, en todo caso perceptivo” (p. 217).

Laplanche sigue hablando de “defensa”, precisamente entre comillas para seguir su elaboración; veamos a donde quiere conducirnos. Para el auto en el mismo caso de Leonardo, hay un segundo modo de “defensa” (el primer: la elección misma de la visión como lugar de huida), “la elaboración cuasi inmediata de la visión en el dibujo” (p. 217). Aceptando una diferenciación del arte de Leonardo entre dibujo y pintura, nuestro autor concibe la elaboración artística en el dibujo “como elaboración a la vez del ataque interno y del ataque externo” (p. 207) dado el carácter de inmediatez que se le puede dar a esa percepción visual y su traducción (término nuestro) a través de la mano.

Laplanche concluye que la simbolización en la obra de arte deshace la diferenciación y relación “metafórica” entre lo externo y lo interno, obviando el planteamiento de Freud sobre “*excitación*” que sería lo interno y el “*estímulo*” correspondería a lo externo. La

obra de arte reuniría “*lo externo y lo interno para retomarlos en otro nivel de símbolo*” (p. 217).

Laplanche destaca una conclusión de Eissler que le servirá de apoyo para su recorrido: de lo que Leonardo se defendería sería del “miedo a la muerte”; hablando psicológicamente, se defiende de ese sentimiento constante de amenaza de desorganización del sí-mismo. Este “juego” entre lo interno y lo externo podemos evidenciarlo claramente a través de esa correlación entre el miedo a la destrucción externa y el miedo o amenaza interna, ambos procedentes de “energías desorganizantes”. Laplanche está de acuerdo con Eissler, en que la creación plástica en Leonardo sería el medio de independizarse de los deseos, y por lo tanto, de la muerte; podemos ver la cercanía a lo que nuestro autor desarrolla respecto a la pulsión de muerte.

Y en este punto, ¿por qué diferenciar entre dibujo y pintura? Son diferentes a nivel de su elaboración. Según Eissler los dibujos son “firmes, vivos, rápidos, siguen inmediatamente a la percepción, son factores de dominio” (p. 217). Por su parte la pintura tal como dice Freud, es el ámbito de una “vacilación, de una tensión acrecentada, de una dificultad e incluso de una imposibilidad de sintetizar o de dominar los detalles” (p. 217). Es una tarea que acrecienta el sufrimiento psíquico. En el dibujo habría “un corto circuito entre el ojo y la mano” (p. 217). En la pintura hay algo que está “mediatizado” y que pasaría por una síntesis; la pintura es una “tarea imposible” que genera dificultad y tensión, y además, probablemente, genera odio hacia el producto como si fuera considerado enemigo.

Seguimos con Eissler y su problema de la síntesis pictórica con relación a lo espontáneo del dibujo. Va a relacionar este aspecto con la relación de Leonardo y el

neoplatonismo, filosofía que crea una diferenciación absoluta “entre el conocimiento de lo finito y el conocimiento de lo infinito, es decir de Dios” (p. 218). Del conocimiento de lo finito no se puede decir nada que no sea una proyección narcisista; y a Dios se le da la “faz” de ser viviente, de un ser que mira a su creyente, ya que “Dios sólo es cognoscible en una especie de espejo narcisista” (p. 218). En visión de Eissler, lo que se planteaba Leonardo con su pintura sería esta tarea “indisoluble” de “reflejar la trascendencia”; mientras que el dibujo, permanecería en lo finito y en la “inmanencia”.

Laplanche llega a “lo irrepresentable”, a aquello con lo que pone en contacto la pintura: “la pintura es continente de todas las formas que existen y de aquellas que no existen en la naturaleza” (p. 218). Y Eissler dice hermosamente que “la pintura es el reflejo de lo que se podría llamar el ser divino. Lo que es imposible pintar puede ser pintado, lo que es imposible ver puede ser visto” (p. 218)

Eissler expresa otro comentario relacionado con los “extraordinarios” dibujos finales de Leonardo que representan el Diluvio. Son los últimos de su producción gráfica, considerados como la culminación su arte, cercano al fin de su vida, al fin, a la muerte. No representan figuras en el sentido de los objetos, por tanto Laplanche dice que la anterior distinción entre dibujo y pintura hecha por Eissler es demasiado tajante. Podemos decir que estos dibujos representan algo más cercano a lo irrepresentable, “Leonardo se enfrenta directamente a lo infinito del trauma” (p. 220).

Eissler dice aún más sobre estos dibujos del Diluvio: las obras terminales son aperturas de algo “totalmente nuevo”. Expresa una especie de ecuación que llama “narcisista”: entre el Diluvio y la catástrofe interna, entre el sí mismo, la persona, y el Cosmos; sin embargo, Laplanche interviene con la apreciación de que esto trascendería el narcisismo. Eissler apuntará, que para Leonardo la muerte ya no es un peligro que

emana de un objeto como en el miedo a ser devorado. No es un acontecimiento proporcionado a la existencia humana por una fuerza del exterior; ya no es más, algo externo. Eissler dice que la muerte “ya no es más un trauma”, y Laplanche se cuestiona sobre si no es más un trauma, por que ha dejado de ser externa:

... el sí mismo y la realidad no son distinguidos. Los acontecimientos ya no hacen intrusión, ya no son movidos por fuerzas exteriores hostiles, sino que el hombre es una parte y un fragmento de la destructividad de la naturaleza.

(p. 220)

La percepción de Laplanche que nos importa más enfáticamente, sostiene que en estas obras hay abolición de la distinción entre el yo y la pulsión (distinción que constituye en sí mismo el traumatismo), abolición de la distinción entre la pulsión y los representantes, entre la pulsión y los objetos (hablamos de los objetos parciales a los cuales esta pulsión se adhiere).

Laplanche volviendo a Eissler, nos comenta a la “fórmula” a la que dicho autor llega a propósito de reconocer lo tajante de su distinción entre dibujo y pintura, a propósito de lo especial de estos dibujos del Diluvio; dirá entonces que en la obra de arte más genial hay “proyección narcisista de la destrucción del narcisismo” (p. 222).

Laplanche reconoce la profundidad y lo sorprendente de este estudio de Eissler; lo interpreta como una especie de materialización de la metapsicología con sus niveles y lo expresa de la siguiente manera:

El de la relación entre el yo y la pulsión, después la relación de la pulsión con el objeto parcial, con su representante como objeto parcial, y finalmente el aspecto mismo de la desintegración en que el objeto parcial estaría como ausente, como si hubiera en esos dibujos del diluvio la sugestión de un nivel *pulsional puro*, de una

pura fuerza anterior a la fijación de representantes, a toda simbolización y a toda ligazón.

(p. 222)

Entonces, toda gran obra sería una especie de “proyección narcisista de la destrucción del narcisismo”, o más aún, la proyección de la fuerza que destruye al narcisismo. En Leonardo la obra, de cualquier manera, “estaría en constante relación con esta fuente pulsional que el momento traumático representa” (p. 222).

Al enfrentarnos entonces con este traumatismo, con esta obra de arte que se relaciona o asemeja de alguna manera al momento en que surge o surgió el primer traumatismo y, después de haber dicho que hay una tendencia en la creación a repetir el momento traumático, nos conducimos a dar soporte teórico a este argumento. Este no sería otro que el principio de “compulsión de repetición” elaborado por Freud en el texto *Más allá del principio del placer* (1920). Laplanche resalta la confusión que a menudo existe entre compulsión de repetición y la pulsión de muerte, ya que se dice que:

La pulsión de muerte no es lo mismo que la compulsión de repetición. Se podría decir que la compulsión de repetición es mas bien uno de los modos de responder a la pulsión de muerte, uno de los modos, acaso no el único, de intentar “ligar” ... la pulsión de muerte.

(p. 223)

Ya nos hemos dado cuenta suficientemente de la importancia del traumatismo. Sobre éste, resaltamos sus dimensiones espacial y temporal. Lo que decide Laplanche aquí, es que lo que está en cuestión es esa dimensión espacial que fue elaborada por Freud. Debemos visualizar ese espacio como ilógico, como un espacio que describiremos de



manera abstracta. Sin embargo, Freud trató al máximo de encontrar correspondencias exactas entre lo fisiológico y lo que sería el aparato psíquico.

Las elaboraciones son bastante complejas y por tanto éstas pueden consultarse en Freud. Lo que sí diremos junto a Laplanche es que estos modelos de explicación parecen encontrar su curso cuando Freud se ocupa de un problema más cercano a la experiencia analítica o simplemente psicológica. Es cuando se cuestiona sobre “qué ocurre” frente a las excitaciones externas e internas en este aparato que tratamos de imaginar.

Según Freud, estas excitaciones de origen interno al comienzo son cuantitativas y energéticas puramente: sensaciones de placer y displacer, de tensión y de distensión. Frente a estas excitaciones internas, el organismo no posee protección. Entonces se las pone afuera para reintegrarlas adentro, pero *con* una barrera (como un modelo de proyección-introyección); sería – como interpreta Laplanche - la constitución de una “barrera interna”.

Dicha barrera es explicada por Freud en el *yo y el ello*; sería precisamente lo que separa al yo del ello. Entonces tenemos que la relación del organismo con las fuerzas exteriores, mecánicas, sería una relación de metaforización, “una relación entre el yo y las fuerzas pulsionales o la energía psíquica” (p. 232).

Laplanche traduce que la pulsión es un “externo-interno”. También ve esta doble condición en la noción de excitación, que proviene de “fuente interna” y de estímulo, que proviene del exterior. Sin embargo, este estímulo es también la atracción sexual que ejerce del objeto; ese objeto “seductor, excitante” que vemos de este modo como “creador de pulsión”. Así, el objeto no estaría limitado solamente a venir de manera “contingente” a apaciguar la tensión “desde el exterior”, sino que puede motivar a que se produzca la excitación.

El modelo freudiano del trauma que describimos, está sujeto ser equivoco y no “unívoco”, tanto como el modelo del aparato psíquico en el que este traumatismo se inserta. Y bien, específicamente el traumatismo de manera metapsicológica debe ser concebido bajo el signo de lo energético. Así, tenemos que el traumatismo es la ruptura del límite de un organismo por parte de una energía. Este “organismo” puede ser él mismo o el yo. De manera que las excitaciones externas pueden obrar como traumáticas si poseen fuerza suficiente para traspasar la protección del organismo o la barrera del yo. Podemos concluir que este “traumatismo” debe ser considerado externo tanto en la relación de lo “físico” y “psíquico”, como para lo psíquico.

Expondremos un modelo más reducido que este del traumatismo en orden a entenderlo mejor: el modelo del dolor. Primero que todo en el dolor hay una trasgresión de la “superficie” protectora en forma más limitada que en el traumatismo.

Lo que ocurre en el dolor es una “movilización”, una especie de defensa, es decir, una concentración de energía en el mismo lugar donde la superficie fue dañada (recordemos aquí que hablamos indistintamente para lo físico y lo psíquico). Como lo dice Laplanche, es una “defensa funcional, que viene a fijar al enemigo en el lugar” (p. 234). El dolor viene a movilizar al organismo ya que no puede huir de él, a diferencia por ejemplo de lo que ocurre con las excitaciones externas. Lo importante en esa capacidad para reaccionar al dolor (de ese “contrainvestimento”, concentración de energía) es esa capacidad del organismo para movilizar fuerzas en orden a que éste no se convierta en traumatismo. Entonces, obviamente cuando dicho organismo es poco capaz de movilización, el dolor se transformará en traumatismo.

En este momento podemos introducir con Laplanche, que el traumatismo psíquico que podía traducirse en una neurosis traumática y que aparentemente es causada por un impacto físico, por una violencia mecánica extrema, realmente es causada por ese terror y al peligro de muerte, que indujo dicho impacto.

Sin embargo, ¿cómo es que demostramos ese paso o derivación de lo físico a lo psíquico? Se pueden examinar dos vías:

Una vía puede visualizar que el traumatismo psíquico no es sino una “miniaturización”, “un pasaje hacia lo microorgánico, a lo molecular, incluso a lo histológico” (p. 235). Sería una especie de pasaje al límite, del traumatismo físico al psíquico (ese traumatismo de los accidentes). Laplanche comenta que ésta, además de no ser su vía, tampoco fue la de Freud; los partidarios de esta explicación intentan hacer una referencia directa al trastorno físico causado por el accidente, el choque, la explosión, etc.

La otra explicación, la de nuestro autor es el “pasaje por metáfora”, del modelo somático (el del organismo frente a las fuerzas externas) a lo psíquico. Cuando esta vesícula, que puede ser el yo o el organismo, está sometida a energías invasoras, localiza dichos atacantes, los inmoviliza para después evacuarlos. Pero ¡atención! Hay una tarea que debe hacerse primero: se deben “ligar” estas energías invasoras antes de proceder a evacuarlas. Sabemos que el principio del placer consiste en evacuar el exceso de energías, y aquí estaríamos hablando de la justificación del nombre de este texto, que tanto ha atraído a nuestro autor: Más allá del principio del placer estaría ligar dicho “afecto”.

Lo que interesa a Laplanche como segundo aspecto, es que el traumatismo aparecería como “paradigma” de creación de excitación psíquica, es decir, realmente de creación de pulsión. El punto de tangencia que planteó Laplanche entre organismo y yo (esas dos vesículas), y claramente la diferencia entre traumatismo físico y traumatismo psíquico, lo borra para que aparezca de manera evidente que de lo que se trata, es de una diferencia entre esos dos modos de energía.

Esto nos envía a la cuestión que Laplanche ha planteado desde unas líneas atrás a raíz de la sublimación o de la creación: en definitiva todo el problema de la creación, más que como creación de nuevos contenidos, de nuevas formas o de nuevos objetos, se debe concebir en principio como una utilización del traumatismo o de los traumatismos sucesivos, para crear sin cesar una suerte de neopulsión. Y se apoya en la afirmación Freud acerca del traumatismo: este es una conmoción que debe ser reconocida verdaderamente como una de las fuentes de la excitación sexual.

Laplanche nos propone la sublimación como modelo de un destino no defensivo de la pulsión, un destino sin represión. Sin embargo, la mayoría de los ejemplos propuestos implican a pesar de todo la represión de lo sexual. Entonces debemos considerar que la represión es un mecanismo que puede presentarse como “metaforización”: que ocurre en el trasfondo de la metáfora, en lo que no está a disposición de la conciencia (el contenido sexual); así, tenemos entonces que la mayoría de los modelos de sublimación son modelos ligados a una represión.

De esta manera, la cuestión lleva a mostrarle a Laplanche que es ilusorio buscar una sublimación en su sentido propio (del término) que no estuviera ligada a la represión. Pero se cuestiona al mismo tiempo, si *sublimación* o no, existe un “destino no defensivo de la pulsión, un destino que no fuera directamente sexual pese a conservar algo de lo

sexual en una actividad como aquella particularmente de la creación artística” (p. 238) aquí haciendo referencia a Leonardo.

Puestas así las cosas y para este punto en el que nos acercamos al fin, Laplanche ha decidido poner de manifiesto algunos puntos para esa “derivación” de la sublimación:

Primero. El destino de la de la pulsión, de esa pulsión que no “olvida” sus orígenes sexuales, debe plantearse sobre la base de una especie de *“entretajido, desde el origen, entre lo no-sexual y esta fuente permanente de lo sexual”* (p. 239). Esto, en contra del argumento que parece ser el de Freud, de que la sublimación debe ser buscada en un retorno de lo sexual a la autoconservación; por ejemplo en esa concepción, como la visualiza Laplanche, *“totalmente restrictiva de la cultura”* (p. 239), que pretendería que el fenómeno de lo cultural está ligado a la autoconservación de la especie humana. (Ya vimos como Laplanche desmonta esa “hipótesis adaptativa” con sus argumentos y también junto a los de Bachelard).

Segundo. Nombrando esa “fuente permanente de lo sexual”, ese destino de la pulsión implica la idea de una suerte de “neocreación repetida”, continua, de energía sexual. Así tendemos por tanto a *“una reapertura continua de una excitación, y no la canalización de energía preexistente”* (p. 239).

Tercero. Esa neocreación debemos verla como esa especie de sexualidad que se crea en el momento y que no es dada “de una vez y para siempre”. Esta sexualidad entretajida en la creación de una obra, le aparece a Laplanche íntimamente ligada a la cuestión del traumatismo.

Esta cuestión del traumatismo se elaboró con respecto a esas neurosis traumáticas, de las que hay que tener presente lo que sucede en el momento de la fuente, de la energía física y de la energía sexual o energía pulsional.

Lo que le aparece de manera más interesante que dichas neurosis traumáticas, es ese *momento traumático* en Leonardo da Vinci ya que ese problema de la “*ligazón* de este traumatismo ligado a cada excitación visual en Leonardo” (p. 239) abrió las vías a la simbolización y no a la de compulsión de repetición.

Notamos que Laplanche menciona constantemente el término “*ligazón*” y es aquí donde nos lo aclara: es lo que permite dar forma y dominar la irrupción pulsional, que viene de esa energía traumatizante. La *ligazón* es siempre una manera de tratar la pulsión. Mas, esta *ligazón* tiene varias formas o tipos entre los que nombramos: de la *ligazón* narcisista a la *ligazón* simbólica. Probablemente, en el centro mismo de esa *ligazón* simbólica, haya también tipos diferentes de simbolización. Laplanche nos dice en este punto algo más sobre Leonardo y la forma de simbolización que cree que tuvo lugar en él, a propósito de los dibujos sobre el Diluvio: se encontraría más cerca de una “*ligazón* totalmente primitiva de la energía libre” (p. 240).

Cuarto. Laplanche nos resalta este recorrido sobre la sublimación como algo inacabado, que podría parecer en “cierto modo” como una destrucción del concepto; pero además nos la presenta junto a esta “*derivación de la sublimación*” como problemáticas “*inseparables del psicoanálisis mismo*” y del momento histórico en el que éste se introduce, ya que asume que se está aportando algo nuevo a la historia de la cultura. Después de todo, para nuestro autor posiblemente se este tratando de aportar un “*nuevo modo de ligazón de la pulsión*” (p. 240).

Finalmente, Laplanche nos comenta una frase que le aparece como humorística pero que a la vez lo conduce a un profundo planteamiento: “*psychoanalysis and...business as usual*: se psicoanaliza y los negocios continúan” (p. 240). Reflexiona que no es así como se deben entender las cosas ya que:

... el psicoanálisis no es una técnica limitada, aun cuando fuera una técnica muy apreciable, de “cambio” individual, sino que tal vez ella misma introduce un elemento de derivación, de deriva, algo que hace marchar no solo nuestra concepción de la sublimación sino la sublimación misma en el movimiento cultural.

(p. 240)

Al haber finalizado la anterior revisión teórica, después de haber recorrido por las visiones de estos dos autores, queremos introducir el problema de investigación, los objetivos y las categorías que orientan el estudio.

El problema de investigación se formuló de la siguiente manera:

¿Cómo Jean Laplanche construye el concepto de sublimación a través de su obra “La Sublimación, Problemáticas III” (1975 – 1977), desde la perspectiva psicoanalítica?

Los objetivos planteados para el estudio se dividen en General y Específico, los cuales comentaremos respectivamente:

Comprender cómo Jean Laplanche construye el concepto de Sublimación través de su obra “La sublimación, Problemáticas III”, (1975 – 1977).

Estudiar los elementos que Jean Laplanche identifica como partes del proceso de la sublimación en su obra “La sublimación, Problemáticas III” (1975 – 1977).

La categorización o planteamiento de categorías iniciales, tiene como objetivo plantear los principales conceptos con los que visualizaremos el contenido propuesto por Jean Laplanche en su obra. Estas categorías fueron nuestra principal directriz para dar sentido a los planteamientos del autor. Vale la pena aclarar que iniciamos con estas categorías y continuamos con otras que emergieron durante el estudio, las cuales ayudaron a completar el sentido en el cual dirigimos el análisis.

Las siguientes definiciones fueron tomadas del Diccionario de psicoanálisis publicado por Laplanche y Pontalis (1971) elaboradas completamente con base en los planteamientos de Freud.

En algunas categorías se planteará un complemento que será extraído directamente de las obras de Freud.

El “Proceso de sublimación” es definido por Laplanche y Pontalis (1971) de la siguiente manera:

Desde el punto de vista del mecanismo, Freud indico sucesivamente dos hipótesis. La primera se basa en la teoría del apoyo de las pulsiones sexuales sobre las teorías de autoconservación. De igual modo que las funciones no sexuales pueden contaminarse con la sexualidad (por ejemplo, en los trastornos psicógenos de la alimentación, de la visión, etc.), también “{...} las mismas vías por las cuales los trastornos sexuales repercuten sobre las otras funciones somáticas deberían servir, en el sujeto normal, para otro importante proceso. A través de estas vías debería realizarse la atracción de



las fuerzas de la pulsión sexual hacia fines no sexuales, es decir, la sublimación de la sexualidad.

(p. 437)

Por otra parte, la “Pulsión” es un proceso dinámico que consiste en que un impulso de origen corporal (que genera un estado de tensión) hace tender al organismo hacia un fin el cual es suprimir dicho estado de tensión (Laplanche y Pontalis, 1971).

Para Freud (1913) desde el punto de vista biológico el “instinto” se representa como “un concepto límite entre lo anímico y lo somático” (p. 1037); sería un representante psíquico de los estímulos que proceden del interior del cuerpo. Estos estímulos llegarían “al alma y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático” (p. 1037).

La “Pulsión sexual” fue definida en el Diccionario de psicoanálisis por Laplanche y Pontalis (1971) como citaremos a continuación:

Presión interna que el psicoanálisis ve actuar en un campo mucho más extenso que el de las actividades sexuales en el sentido corriente del término, en él se verifican eminentemente algunos de los caracteres de la “pulsión” que la diferencian de un instinto: su objeto no está predeterminado biológicamente, sus modalidades de satisfacción (fines) son variables, más especialmente ligadas al funcionamiento de determinadas zonas corporales (zonas erógenas), pero susceptibles de acompañar a las más diversas actividades, en las que se apoyan. Esta diversidad de las fuentes somáticas de la excitación sexual implica que la pulsión sexual no se halla unificada desde un principio, si no fragmentada en pulsiones parciales, que se satisfacen localmente (placer de órgano). El psicoanálisis muestra que la pulsión sexual en el

hombre se halla íntimamente ligada a un juego de representaciones o fantasías que la especifican. Solo al final de una evolución compleja y aleatoria, se organiza bajo la primacía de la genitalidad y encuentra entonces la fijeza y la finalidad aparentes del instinto. Desde el punto de vista económico, Freud postula la existencia de una energía única en las transformaciones de la pulsión sexual: la libido.

Desde el punto de vista dinámico, Freud ve en la pulsión sexual un polo necesariamente presente de conflicto psíquico: es el principal objeto de la represión en el inconsciente.

(p. 344)

Freud (1913) dice que los instintos sexuales “son muy numerosos, proceden de múltiples y diversas fuentes orgánicas, actúan al principio independientemente unos de otros y sólo ulteriormente quedan unidos en una síntesis mas o menos perfecta” (p. 1039).

Por otra parte tenemos los instintos sexuales serían la inmortalidad potencial de un organismo vivo: sus células germinativas. Estos instintos sexuales son conservadores de la misma manera en que lo son los de autoconservación, ya que reproducen anteriores estados de la sustancia animada. Son los que conservan la vida misma por más largo tiempo: son los verdaderos instintos de vida (Freud, 1920).

Las “Pulsiones de Autoconservación” fueron expuestas en este mismo Diccionario por los autores ya señalados de la siguiente manera:

Término mediante el cual Freud designa el conjunto de las necesidades ligadas a las funciones corporales que se precisan para la conservación de la vida del individuo; su prototipo viene representado por el hambre. Dentro de su primera teoría de las

pulsiones, Freud contraponen las pulsiones de autoconservación a las pulsiones sexuales.

(p. 346)

Según Freud (1920) el instinto de conservación trabaja con el fin de evitar la muerte rápida de cualquier ser orgánico lo que lleva a concluir que la total vida instintiva sirve para llevar al ser viviente hacia la muerte.

Por su parte, la “Libido” fue expuesta por Laplanche y Pontalis (1971) como la energía postulada por Freud como substrato de las transformaciones de la pulsión sexual en cuanto al objeto (desplazamiento de las catexis), en cuanto a la meta (por ejemplo, sublimación) y en cuanto a la fuente de la excitación sexual (diversidad de las zonas erógenas) (p. 220)

La “Sexualidad” por otra parte fue definida como contempla lo siguiente:

En la experiencia y en la teoría psicoanalíticas, la palabra *sexualidad* no designa solamente las actividades y el placer dependientes del funcionamiento del aparato genital, si no toda una serie de excitaciones y de actividades, existentes desde la infancia, que producen un placer que no puede reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica fundamental (respiración, hambre, función excretora, etc.) y que se encuentra también a título de componentes a la forma llamada normal del amor sexual.

(p. 220)

Por último, la “Pulsión de muerte” de igual forma la señalaremos de acuerdo con Laplanche y Pontalis (1971):

Dentro de la última teoría freudiana de las pulsiones, designan una categoría fundamental de pulsiones que se contraponen a las pulsiones de vida y que tienden a la reducción completa de las tensiones, es decir, a devolver al ser vivo al estado inorgánico. Las pulsiones de muerte se dirigen primeramente hacia adentro y tienden a la autodestrucción; secundariamente se dirigirían hacia el exterior, manifestándose entonces en forma de pulsión agresiva o destructiva.

(p. 348)

### Método

*Tipo de investigación:* Desarrollamos el Análisis del concepto de Sublimación con base en un estudio cualitativo dentro del marco del enfoque *Social Interpretativo*. Según Newman (2000), se puede llegar al significado subjetivo de cualquier acción social a través de la interpretación de la manera en que la gente interactúa y comparte con los otros. En general tomamos la aproximación interpretativa como el análisis sistemático de los significados sociales de las acciones a través de una observación directa de las personas en su contexto natural; en este caso examinamos un texto para descubrir el significado que pretende transmitir. Para la interpretación fue necesario ahondar en el punto de vista del autor del texto con el fin de desarrollar un entendimiento más profundo sobre el tema.

El presente proyecto buscó a través de este método, indagar en los planteamientos del autor mediante una aproximación y profundización en el tema que desarrolla en su texto. Igualmente, el objetivo de esta investigación fue comprender cómo el autor construye

nuevos planteamientos sobre la sublimación a partir de la influencia de la perspectiva teórica freudiana. A través del método y objetivo que nos planteamos, esta investigación nos permitió abstraer nuevas conclusiones sobre el tema a partir de la postura de este autor.

El procedimiento en el que fundamentamos esta investigación fue el círculo hermenéutico-dialéctico, con el cual pretendimos enmarcar el significado global de la sublimación dentro del texto de Jean Laplanche, pudiendo entender así sus procesos particulares. Encaminamos este estudio a comprender cómo desarrolló Laplanche el concepto utilizando las categorías que propusimos inicialmente y a través de las categorías que emergieron durante el estudio. Se plantearon conclusiones y cuestionamientos personales para aportar al entendimiento de la sublimación, lo cual fue el objetivo que nos propusimos para finalizar el estudio.

*Diseño:* El diseño que elegimos para este estudio fue el hermenéutico dialéctico. En este diseño tomamos en cuenta varios momentos que fueron planteados por Martínez (1998) los cuales comprenden los siguientes aspectos:

1. Planificación de la investigación: dentro de este momento del estudio planteamos el procedimiento:
  - a. Determinación del objetivo: realizamos un estudio sobre el concepto de sublimación dentro de la perspectiva psicoanalítica con el objetivo de llegar a un entendimiento más profundo de éste. A partir del anterior propósito, decidimos realizar un análisis interpretativo de un texto que tratara centralmente la Sublimación. Así escogimos el texto de Jean Laplanche que tiene como tema central dicha temática. Dentro de este texto quisimos descifrar cómo construyó este autor el concepto; además quisimos

identificar los elementos que intervienen en el proceso de sublimación (cómo se da y de qué manera).

- b. Elección de la muestra a estudiar: elegimos el texto “Problemáticas III, La Sublimación” por ser éste un trabajo profundo sobre el concepto que nos aportó nuevos entendimientos sobre el mismo.
  - c. Elección de los instrumentos y procedimientos de aplicación: los elegimos con base en el objetivo planteado y sobre el principio de que el estudio no debe distorsionar el concepto de Sublimación de la manera en que ha sido visualizado en la perspectiva psicodinámica. El procedimiento que utilizamos fue el círculo hermenéutico dialéctico que permitió analizar el concepto repetidamente dentro del texto, en orden a comprenderlo lo más ampliamente posible; para este fin debimos leer el texto varias veces. Esta lectura repetida también nos sirvió para establecer las categorías con las que iniciamos el estudio y para profundizar en la comprensión de cada una. El principal instrumento de esta investigación fuimos sus realizadoras, ya que somos nosotras quienes aportan nuestra visión e interpretación particular sobre el concepto de sublimación.
2. Etapa hermenéutica: interpretación de las dimensiones que presenta el texto sobre la Sublimación: Tomamos en cuenta que un texto es susceptible de múltiples interpretaciones. Sin embargo, pensamos que la más acertada debe consistir en un detallado y cuidadoso análisis de sus elementos y la manera en que estos se encadenan en la totalidad de dicho contexto.

A continuación referenciaremos los pasos a seguir dentro de esta etapa del estudio:

- a. Aspectos que se deben tener en cuenta dentro de la Técnica Hermenéutica: Utilizamos el procedimiento dialéctico llamado Círculo Hermenéutico, por medio

del cual buscamos movernos del significado global al de sus partes en orden a comprender lo mejor posible el término. Debimos reflexionar constantemente sobre la razonabilidad de nuestras interpretaciones, su concordancia con el verdadero significado y su relación con respecto de la totalidad del texto. Fue necesario tener en cuenta que muchos de los términos dentro del texto poseían una tradición y construcción previa en la perspectiva psicoanalítica, por tanto debimos entenderlos como tales a partir del estudio de los textos escritos por Freud. Debimos entender así mismo a Laplanche dentro de su contexto de formación como filósofo, médico y como doctor en Psicología, ya que su carácter es fuertemente científico principalmente apoyado en la argumentación inductiva y deductiva. Finalmente, decimos que lo que condujo este estudio fue la búsqueda de una comprensión más profunda sobre el concepto de sublimación como lo referencia y sustenta Laplanche. De esta manera pudimos concluir sobre algunos aspectos importantes que posiblemente aportarán al avance de la teoría psicoanalítica en el campo clínico que se interese por los procesos creadores en el ser humano.

b. Recolección de la información:

- Leímos el texto de Laplanche hasta comprender de manera general su estructura y abstraer las primeras categorías que condujeron el análisis. Una vez realizado este primer acercamiento, profundizamos paulatinamente en los contenidos que se decidieron como más importantes, tomando en cuenta la emergencia de categorías nuevas.
- Paralelamente estudiamos las obras de Freud que fueron referenciadas por Laplanche con el objetivo de acercarnos más a sus planteamientos. Dirigimos este estudio a

entender desde Freud los planteamientos sobre la sublimación y otros que retoma Laplanche en los cuales no se detuvo, pero que hicieron parte de su recorrido.

- Extrajimos textualmente tanto de la obra de Freud como de la de Laplanche los aspectos que fueron importantes en nuestra visión para construir el marco teórico. Lo correspondiente a Freud lo incluimos en un primer capítulo, dando paso a un segundo que fue propiamente del autor que se trabajó.
- c. Dimensiones a explorar: modelo hermenéutico-dialéctico: Para el desarrollo de este momento utilizamos los siguientes criterios en la interpretación del material que se acumuló en la etapa previa. Las dimensiones generales que planteamos fueron tomadas de la propuesta de Martínez (1998): Significado y Función. En estas dimensiones inscribimos las categorías planteadas inicialmente y las emergentes del proceso. Estas dimensiones serán aclaradas individualmente:
- Descubrimiento del *significado* que tiene el concepto para el autor: En esta fase debimos entender la forma en que Laplanche estructuró su argumentación y además, entender la forma lingüística en la que la expresó. Enfatizamos en la profundización de las categorías que evidenciamos en la etapa anterior.

De esta manera elaboramos el marco teórico que fue para nosotras una primera interpretación cercana a los datos fue fruto de conclusiones y estructuraciones básicas del contenido. A partir de lo concerniente a Laplanche pudimos ubicar los contenidos dentro de las categorías para la etapa siguiente de interpretación.

- Descubrimiento de la *función* que el concepto desempeña en el autor: En este punto llegamos a una “síntesis interpretativa” en la cual mostramos finalmente el significado de las categorías iniciales y emergentes. Encadenamos las categorías



analizadas anteriormente, interpretamos de manera más profunda las relaciones existentes entre ellas y abstrajimos una visión total del concepto de sublimación.

De esta forma pudimos entender el concepto en su “unidad de significación”, es decir, en su totalidad; tratamos de llegar a un entendimiento profundo de la postura del autor del texto realizando la interpretación del concepto allí elaborado.

Debemos señalar que estos análisis se desarrollaron en los Apéndices. Los Apéndices consistieron en la elaboración de conclusiones más complejas a partir de referencias al marco teórico (que contenía interpretaciones iniciales de la información) y referencias al texto de Laplanche en orden a que nuestro lector se familiarizara con el lenguaje y los planteamientos expresados de forma directa por parte de nuestro autor.

3. Resultados: En este aparte evidenciamos los resultados que obtuvimos de la etapa anterior desarrollada en los Apéndices. Realizamos una “estructuración conceptual” de la investigación que dio como resultado la construcción de un nuevo conocimiento a través del proceso de interpretación.
4. Conclusiones: En este momento aportamos ideas e hicimos más evidentes nuestros planteamientos personales sobre lo propuesto por Laplanche. Además de evidenciar resultados, realizamos un análisis de los objetivos alcanzados en contraste con los planteados inicialmente. Elaboramos un análisis crítico del proceso de investigación, plateando las fortalezas y debilidades del mismo; a la vez planteamos la forma en que este estudio puede aportar a la psicología clínica y los caminos que posiblemente pueden seguirse en próximos estudios.
5. Evaluación de los resultados: Este aspecto debimos tenerlo en cuenta durante todo el proceso de estudio ya que el nivel de validez de los resultados dependió del rigor y

sistematicidad con que cumplimos el proceso interpretativo anteriormente mencionado.

Aclaremos los siguientes criterios propuestos por Martínez (1998) que basándose en la postura de Allport (1966) nos sirvieron de guía para asegurarnos de la validez de nuestras interpretaciones. Con base en estos aspectos desarrollamos lo concerniente a la evaluación del estudio presente en las conclusiones.

- a. Sentimientos de certeza subjetiva: es la certeza que debimos buscar como investigadoras sobre la interpretación del concepto con base en la postura del autor. La confianza de que nuestras comprensiones y relaciones establecidas corresponden en realidad a una profundización sobre el fenómeno y su configuración como una totalidad.
- b. Conformidad con los hechos conocidos: la interpretación que obtuvimos del concepto debe ser coherente con la explicación inicial de las categorías; además lo interpretado debe responder a nuestras inquietudes iniciales plasmadas en los objetivos.
- c. Experimentación mental: la interpretación del concepto de sublimación debe aportarnos bases para continuar con la profundización en la perspectiva psicoanalítica. Debe generarnos una visión y comprensión nueva de la que antes no disponíamos, además de volverse indispensable para nuestro proceso de afirmación teórica.
- d. Capacidad predictiva: la interpretación del concepto de sublimación nos debe permitir hacer predicciones de la evolución del concepto, de su utilidad y su función dentro de la teoría y práctica psicoanalítica.

- e. Aceptación social: las conclusiones de la interpretación deben poder ser contrastadas con hallazgos y razonamientos llevados a cabo por otros investigadores centrados en el mismo tema o en temáticas afines. Esta nueva postura debe ser relevante e importante como base para el inicio de posteriores estudios en el tema.

*Objeto de estudio:* El objeto de estudio de nuestra investigación fue el texto “La Sublimación, Problemáticas III, 1975 a 1977” de Jean Laplanche, obra que tiene por tema central la Sublimación.

Escogimos el anterior texto con base en un criterio: encontrar una obra que tuviera como tema central La Sublimación. La búsqueda se realizó en la Biblioteca Luis Ángel Arango en la cual existen además, registros de otras Bibliotecas Públicas. De dicha indagación extrajimos el presente texto sobre la Sublimación siendo el único que cumplía con el propósito.

Ahondamos en el contexto de la obra y en su autor, encontrando que éste es un seguidor y profundo analista de los planteamientos de Freud además de realizar importantes aportes sobre éstos. En su obra, Laplanche presenta una síntesis de conceptos y razonamientos para abordar el tema de Sublimación y propone sus propias conclusiones lo cual se constituye en un avance sobre el tema del que es válido partir y retomar en orden a construir nuevas comprensiones.

*Instrumentos y técnica de recolección de datos:* Tomando como base el planteamiento de Martínez (1998) en el cual recuerda a Heidegger (1951) como el filósofo que más destacó el aspecto hermenéutico del conocimiento humano, reconoce que la hermenéutica no es un método que se pueda diseñar, enseñar y ser aplicado posteriormente por los investigadores; Heidegger sostiene – según palabras de

Martínez- que el ser humano es “interpretativo” por que la naturaleza de su realidad humana es “interpretativa”.

Por lo anterior sostenemos que los instrumentos principales de esta investigación fuimos sus realizadoras que a través del análisis de datos bibliográficos presentes en el texto “La Sublimación, Problemáticas III” de Jean Laplanche, pretendimos alcanzar una interpretación del concepto de sublimación y construimos nuevos entendimientos que posiblemente pueden aportar a la teoría y prácticas psicoanalíticas.

La técnica de recolección de datos que utilizamos fue la Revisión Documental que nos condujo a la indagación de los textos de Freud referenciados por Laplanche en su obra con el fin de entender más profundamente sus planteamientos; obviamente realizamos un constante estudio de la obra central de análisis para aportar elementos que permitieron la elaboración del análisis interpretativo. Este estudio se constituyó para nosotros en un excelente pretexto para estudiar la obra de Freud y sobre esta exploración dar base al estudio de la obra que actualmente nos ocupa.

*Procedimiento:* En este apartado expondremos los momentos que se debieron seguir para el cumplimiento de los objetivos de este estudio.

1. Marco Teórico: Es lo que nos permitió dar sentido al todo de la investigación. Fue una elección subjetiva ya que lo escogimos entre otros para cumplir con un fin particular. El marco teórico que escogimos se inscribe dentro de la postura psicoanalítica:

El primer capítulo comprendió una revisión general de las obras escritas por Freud que fueron referenciados por Laplanche en su texto. De estos libros extrajimos lo concerniente a los elementos tomados por Laplanche en su análisis de la sublimación.

El segundo capítulo comprendió un estudio profundo del texto de Laplanche el cual constituyó una primera interpretación de la información dirigida a enmarcar los elementos principales que contempla en el concepto de sublimación. En este punto se deben haber definido previamente los objetivos, el tipo de datos que se van a analizar (texto escrito) y las técnicas y procedimiento de recolección de datos. Este aspecto está contemplado más ampliamente en el apartado de “Diseño”.

2. Observación y recolección de datos: Tomamos el texto de Laplanche a partir de dos aplicaciones:

Primera. Lo tomamos como una de las fuentes para la realización de nuestro marco teórico que dirigió una primera interpretación.

Segunda. El texto fue tomado como fuente para proponer las categorías iniciales y del cual emergieron nuevas categorías que permitieron llegar a la interpretación del concepto de sublimación que el autor construye. Iniciamos con un acercamiento a la obra consistente en una primera lectura de la cual extrajimos las categorías de análisis iniciales que nos permitieron dar curso un estudio cada vez más profundo del texto; a su vez, del mismo texto emergieron nuevas categorías para la interpretación final.

3. Tratamiento de los datos: Hicimos un rastreo que permitiera ubicar las categorías dentro del texto. Una vez rastreadas y encontradas las categorías, debimos extraer textualmente de la obra todo lo concerniente a ellas hasta conformarlas como una totalidad con la información pertinente. Aclaremos que este tratamiento de los datos será expuesto en los Apéndices.

4. Interpretación: En primera instancia realizamos inferencias muy cercanas a los datos recogidas en el Marco Teórico. Posteriormente, pretendimos llegar a un nivel más complejo de interpretación a partir de dichas inferencias las cuales presentamos en el

aparte de “Resultados”; estas permitieron una conclusión de nuestras ideas personales sobre el concepto que fueron presentadas en “Conclusiones”. En las Conclusiones pudimos desplegar nuestras visiones, conclusiones, creaciones y nuevas comprensiones sobre el concepto lo cual implica un carácter sumamente subjetivo.

### Resultados

Los resultados de este estudio son producto de nuestra interpretación basada en un objetivo general: comprender cómo Jean Laplanche construye el concepto de sublimación en su obra “La Sublimación”. Nos fundamentamos además en el objetivo específico de identificar y estudiar los elementos que hacen parte del concepto de sublimación.

Todo este proceso de interpretación fue desarrollado en los apéndices C, D y E el cual comentaremos a continuación.

Llevamos a cabo la interpretación del concepto a la luz de tres ejes:

El Apuntalamiento, el Síntoma y la Sublimación propiamente dicha. Dentro de cada una de las categorías o ejes, aparecen tanto, las categorías con las que iniciamos el estudio y otras, que emergieron de este. Resaltamos además que estas tres categorías son en sí mismas emergentes ya que no fueron incluidas al plantear el estudio.

Las categorías Apuntalamiento y Síntoma las desarrollamos de acuerdo a las siguientes fases:

1. Interpretación inicial: construimos el concepto a partir de nuestra interpretación de los planteamientos de Laplanche.

2. Para sustentar en primera medida nuestros planteamientos hicimos referencia a párrafos del marco teórico en los cuales se encuentra nuestra primera elaboración de los datos.
3. Para completar nuestra interpretación sustentamos estas ideas haciendo referencia textual a la obra de Laplanche.

El concepto de Sublimación se desarrollo de acuerdo a las siguientes fases:

1. Interpretación inicial: construimos el concepto a partir de nuestra interpretación de los planteamientos de Laplanche. Configuramos en una totalidad los elementos propuestos por Laplanche; allí fue posible enlazar las categorías iniciales y las emergentes.
2. Para sustentar en primera medida nuestros planteamientos haremos referencia a los párrafos en los que se encuentra nuestra primera elaboración de los datos que fue el marco teórico.
3. Para completar nuestra interpretación, sustentaremos estas ideas haciendo referencia textual a la obra de Laplanche.

De lo anterior se desprende que debemos comentar de manera más precisa los hallazgos a los que llegamos en este aparte de “Resultados”: comentaremos lo concluido en los Apéndices C, D y E y además evidenciaremos interpretaciones más complejas.

El orden que seguiremos para presentar las ideas será el mismo que seguimos en la elaboración de los Apéndices: primero lo concerniente al Apuntalamiento que nos encamina hacia el síntoma; con estos dos conceptos daremos paso a la Sublimación.

Iniciaremos nuestro recorrido haciendo referencia a nuestra primera categoría emergente el **Apuntalamiento**. Emergieron categorías dentro de este concepto, las

cuales fueron: Diedro pulsional, Bisagra del apuntalamiento, Vía del apuntalamiento.

Las categorías iniciales que participan en el Apuntalamiento son: Pulsión de Autoconservación y Pulsión Sexual.

Se enlazaron las categorías para conformar una totalidad, mediante recursos como la “negrita” y las “comillas”.

Bajo el concepto de Apuntalamiento Laplanche contempló las relaciones entre la autoconservación y la sexualidad. Nuestro autor lo elaboró como explicación sobre las relaciones entre estos dos dominios en el ser humano. Este nuevo modelo reemplaza para Laplanche la vieja problemática cuerpo-alma de la cual el psicoanálisis clásico tomó algunas de sus bases; específicamente tenemos la pulsión o energía libidinal como concepto sobre el que no se hacía explícita su naturaleza, clasificada algunas veces como somática y otras como psíquica.

El Apuntalamiento implica a la **Pulsión** como energía susceptible de transitar entre estos dominios: autoconservación y sexualidad. El Apuntalamiento describiría el momento en que un plano se apoya sobre el otro. Sería esa relación de apoyo de lo no-sexual sobre lo sexual (de la autoconservación sobre la sexualidad). Esta relación está dada por la interacción entre los dos planos en el nivel de una misma actividad.

Laplanche propuso el modelo del **diedro pulsional** para esquematizar los dos planos de los que hablamos: autoconservación y sexualidad. Su nombre nos indica que se trata de dos tipos de pulsiones: las que están al servicio de la conservación de la vida y las que están al servicio de la sexualidad. Lo importante de este modelo es que por medio de este representa la división entre lo psíquico y lo somático y no ya entre cuerpo y mente. El diedro pulsional también nos sugiere que estos dos planos de alguna manera están



relacionados y de hecho tal relación, Laplanche nos la plantea en un concepto: la bisagra o eje del apuntalamiento.

Este eje o **bisagra** representa las relaciones en las que se unen los dos planos; se relacionan precisamente en actividades propias de la etapa oral, anal, fálica entre otras. Lo esencial de estas relaciones es que la autoconservación va a servir como ese elemento que hace despertar a la sexualidad, como quien viene a “hacerla nacer”. Sin embargo resaltamos que al contemplar el modelo del diedro pulsional se debe aceptar que desde un principio los dos planos existen de manera separada y que al relacionarse se constituirá una totalidad en la cual los planos se alimentan mutuamente. Al principio de la vida la fuerza del plano de la autoconservación consiste en que este va a mostrar la vía a la sexualidad para que encuentre su razón de ser: el placer; y precisamente le hará encontrar sus objetos, aquellos por medio de los cuales llegará a la satisfacción, al alcance de ese placer.

Para entender más claramente la relación que se da en ese encuentro de los dos planos, la referencia al primer apuntalamiento es lo más indicado. El apuntalamiento originario se da en la etapa de lactancia. Ya sabemos que el niño posee un montaje fisiológico (autoconservación) por medio del cual tenderá a la alimentación. Al contacto con el pecho, al succionarlo, la cálida leche que se introduce en sus labios causándole una sensación placentera. De ahora en adelante ese placer vivenciado en la zona de los labios querrá revivirlo el niño por medio de una actividad como el chupeteo; es decir, ya no necesitará necesariamente el pecho en todo momento, su dedo puede representar ese objeto por medio del cual revivirá el placer. Aquí tenemos que el niño tiene un objeto en su propio cuerpo, lo cual nos lanza al **Autoerotismo**.

Retomemos. En el Apuntalamiento originario la sexualidad va a ser despertada por una actividad ligada inicialmente a la autoconservación, es decir, que el placer va a ser ligado a dicha actividad alimentaría. Dicho placer se disociará de la alimentación y el lactante va a encaminarse a revivir ese placer mediante un objeto en su mismo cuerpo. En este punto podemos entender que Laplanche concluye que hay un estadio originario: el no-sexual y que en esa relación primaria que se da, la sexualidad será despertada por la autoconservación. Finalmente, la autoconservación serán todas las funciones fisiológicas que están al servicio de la alimentación (succión) en esta etapa y en la sexualidad la actividad será el chupeteo.

Se concluye además que en el autoerotismo al contrario de que no haya objeto, es que no hay objeto externo, lo hay en el cuerpo mismo; en el estadio originario hay conocimiento de un objeto externo (la leche) lo que permitirá que luego lo interiorice dando paso a ese autoerotismo.

En conclusión, antes de que se dé el apuntalamiento, el plano de la autoconservación y de la sexualidad se encuentran separados y listos a actuar al inicio de la vida. Por ese primer impulso de alimentarse para la conservación de la vida conocerá su primer objeto externo, dándose una primera sensación placentera despertando así la sexualidad. Esta relación que se da es una actividad sexual que se apoya sobre una actividad de autoconservación y dicha actividad sexual tratará de volver a su origen: lo que se verá en forma de autoerotismo.

Esta relación de apuntalamiento se da originariamente y se sigue repitiendo en orden a encontrar los objetos sexuales durante las etapas del desarrollo hasta llegar a la conformación de una sexualidad sintetizada, es decir la representación de la totalidad

del cuerpo y la síntesis en la etapa genital donde se integra la reproducción como función al servicio de la vida y donde se experimenta el mayor placer de órgano.

Aún queda un concepto en el que se debe hacer énfasis: la **Vía del apuntalamiento** o más claramente, la forma en que esa energía o pulsión se transforma para circular según una nueva manera. Lo primero que decimos es que ese paso de un plano al otro implica “simbolización”, “metaforización” o interiorización las funciones de autoconservación. Con más detenimiento decimos que, en la autoconservación los componentes de la pulsión están bien diferenciados al contrario de lo que pasa en la sexualidad; los resaltaremos a propósito de esa primera etapa oral:

Autoconservación. El **objeto** originario de la autoconservación es el objeto alimenticio: la leche. El objeto al que aspira la conservación es un objeto necesario y adaptado, es un objeto indispensable para la supervivencia. Esta búsqueda es impulsada por una “necesidad” que el organismo mantiene para subsistir, necesidad que tiene su base en el mantenimiento de equilibrio al interior del organismo. Precisamente esta búsqueda de equilibrio sería la **meta** a la que se encamina la autoconservación; dicho equilibrio está regido por el principio de constancia: supresión de las excitaciones demasiado intensas (descarga) o aportación de excitación cuando el nivel es demasiado bajo. La **fuerza** de la autoconservación se encuentra en un aparato fisiológico e incluso en todo el organismo desde donde se ejerce la tensión.

Sexualidad. El **objeto** de la sexualidad infantil es al comienzo autoerótico: no hay objeto exterior y la sexualidad se satisface en el cuerpo propio; hay presencia de un objeto fantasmático que proviene de la simbolización del objeto el cual también será determinado por la forma en que fue interiorizado.

La autoconservación le mostrará ese primer objeto a la sexualidad: la leche a la figura interiorizada o simbolizada que es el pecho asociadas por su cercana relación. El placer que fue experimentado por la obtención de la leche querrá ser revivido por medio del chupeteo (actividad sexual). En este punto se constituye la primera **zona erógena** (boca) donde se ve condensado el doble carácter de esta: como órgano (autoconservación) y el lugar donde el placer es experimentado, donde parece estar el pecho simbolizado o fantasmático (autoerótico). En el autoerotismo hay una unión entre la fuente (de donde nace la excitación) y el objeto al que se ha asociado el placer. La **meta** de la sexualidad es impulsar la descarga hasta el final, hasta el nivel cero (0).

En esa relación de simbolización una derivación de la necesidad de alimento a algo más general: la “incorporación oral”; la ingestión es metaforizada como incorporación es decir apropiarse del objeto y conservarlo dentro de sí. Hay algo más sobre esta relación: cuando se da esta simbolización hay una absoluta reciprocidad en ese fantasma o símbolo: comer o ser comido (incorporar o ser incorporado).

Finalmente tomamos la **fuerza** de la sexualidad de manera más detenida. Las fuentes directas son las zonas erógenas: hay excitación desde un órgano determinado y satisfacción allí mismo; recordemos que la sexualidad infantil pregenital es fragmentada. Por otra parte, las fuentes indirectas de la sexualidad serían todo lo que puede ocurrir en el organismo que puede convertirse en fuente de la sexualidad.

Laplanche propuso otra fuente además de las anteriores: el objeto-fuente o como él mismo lo va a llamar: el fantasma. El fantasma es el dado por la simbolización, por la interiorización del objeto y lo interiorizado a partir de ello. Será lo que “resuena” en el interior de lo percibido en el exterior.

Vimos como para la autoconservación es fácil descomponer la pulsión en sus partes; pero en la sexualidad el objeto y la fuente se unen constituyéndose en uno solo.

Lo elaborado en la anterior categoría de apuntalamiento nos abre paso a hablar del **Síntoma**. Las categorías iniciales que se incluyen en esta categoría son: sexualidad, autoconservación, pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Encontramos un nuevo concepto: conflicto entre dos planos (sexualidad y autoconservación) el cual genera el síntoma.

Enlazamos las categorías en una totalidad, las cuales resaltaremos mediante recursos como la “negrita” y las “comillas”.

En la formación del Síntoma hay influencia del plano de la sexualidad sobre el de la autoconservación. Laplanche llamó la atención sobre el término “influencia recíproca” precisamente para evitar pensar que esta relación fuera de este tipo: de doble vía, influencia equivalente entre los dos planos; al contrario Laplanche sostiene que el plano de la autoconservación es insuficiente en el hombre.

En el síntoma el plano de la sexualidad influye en el de la autoconservación expresándose como “perversión de la función”, es decir, que dicha influencia no se expresa de la misma manera como en el caso del apoyo de lo no-sexual en lo sexual (autoconservación que da el paso a la sexualidad) y por lo tanto su resultado es de orden patológico.

Ahora, el síntoma tampoco se produce simplemente por una influencia en la que se pervierte la función. El síntoma es causado obviamente por un **conflicto** el cual se da al interior del plano de la sexualidad y se manifiesta en las funciones somáticas. Una de las elaboraciones más interesantes en Laplanche es precisamente esta ya que este “conflicto” es común verlo como conflicto entre los dos planos, como una influencia del

plano de la sexualidad en la autoconservación que nos sugeriría su igualdad de condiciones, carácter que ya Laplanche nos ha negado. La autoconservación no es autosuficiente en el hombre ya que cualquier ser humano al inicio de la vida necesita de alguien externo que supla sus necesidades; sin embargo la autoconservación debe ser tomada en cuenta como el registro vital, como referencia desde el principio de la vida.

Ya dijimos que el conflicto se da al interior del plano sexual, y más específicamente diremos que se trata de un conflicto entre las funciones del *yo* y las exigencias de las pulsiones sexuales. El *yo* es una instancia totalmente ubicada en el plano de la sexualidad; habitualmente se le confunde ya que las pulsiones que se llaman del “yo” son las encargadas de las funciones vitales. Bien, el *yo* se toma a su cargo dicha responsabilidad, es quien tiende a la vida, mas no hace parte del plano de la conservación. De esta manera el *yo* debe ser visto como esa gran reserva de energía, conformado como una instancia o “vesícula” que posee una barrera que debe defender. El *yo* se toma para sí esa defensa de la vida psíquica a que tantas amenazas esta expuesta.

Así vemos que toda la autoconservación esta recubierta por la sexualidad y que es esta la que sostiene la autoconservación. Concluimos una vez más que el *yo* hace parte del plano de la sexualidad y que el conflicto ocurre a su interior sin embargo se manifiesta al afectarse las funciones orgánicas.

En conclusión, el conflicto psíquico es una manifestación de las perturbaciones sexuales en el campo no sexual. Pero que ese no sexual se entienda como la autoconservación sino como esa parte no-sexual del plano sexual.

En este momento es preciso realizar algunas aclaraciones sobre el plano sexual para introducir dos categorías esenciales dentro del estudio: **pulsiones de vida y pulsiones**

**muerte.** Laplanche visualiza el plano de la sexualidad como un modelo de red de representaciones que se conectan entre sí y entre las cuales circula energía. Esta circulación se da de dos formas: la energía que corre libre y sin ligarse (es la propia del inconsciente) y la energía que se liga, que se fija en grupos de representaciones. La primera energía tenderá a la desligazón, a la descarga absoluta mientras que la segunda tenderá a la ligazón. Finalmente diremos que la energía libre será asimilada a la pulsión de muerte y la energía ligada a la pulsión de vida. Estas dos pulsiones que están situadas en el plano de la sexualidad son una nueva forma de la pulsión sexual inicial.

Ahora, estas dos pulsiones no estarían en igualdad de condiciones, no serían simétricas ya que, existe un principio de “discordia” entre las dos. La pulsión de muerte no será solo lo contrario a la pulsión de vida sino que a la vez sería ella misma la que impide la unión entre las dos; en otras palabras, sería un principio de discordia que actúa en esa pulsión de muerte (que corre hacia la desorganización o desligazón) y que también actúa contra esa pulsión de vida (que tiende a la fusión). Lo no-ligado es enemigo del principio de fusión al interior de sí mismo y a la vez es enemigo de su propia fusión con lo ligado.

Diremos sobre la Autoconservación que Laplanche ha preferido llamar a sus acciones “función” ya que resalta que no sería correcto llamarlas “pulsión”. Lo importante de esta aclaración es que Laplanche va a pronunciarse de manera clara al decir que en el hombre no existe “instinto”; la autoconservación no es autónoma en el ser humano pero no debe verse de manera simplificada, para nuestro autor no hay un montaje instintual ya que si así fuera un ser humano por sí solo al principio de la vida poseería una información innata con la cual defenderse y subsistir.

Finalmente tenemos que, la autoconservación no es autosuficiente en el hombre porque precisamente no hay instinto. Se nace con un aparato fisiológico montado que en su totalidad funciona por medio de la autorregulación de los órganos; pero si la manera de llegar a la regulación no es facilitada al principio de la vida por una persona externa, el niño por sí mismo no sabría como mantenerse vivo. Por esto Laplanche habla de función del aparato fisiológico y no de instinto.

Por ultimo, con el apuntalamiento y el síntoma llegamos a la **Sublimación**, concepto que tratamos de deducir de la obra de Jean Laplanche. Dentro de éste hacemos referencia a los elementos que componen su totalidad; algunos, hacen parte de categorías que planteamos inicialmente y otros que encontramos en la elaboración teórica del autor. Destacamos que la Sublimación esta elaborada con respecto a dos referencias: a la vida intrapsíquica (lo interno) y lo cultural (lo externo).

Dentro de los elementos de la vida intrapsíquica incluimos elementos iniciales como, pulsión, libido, pulsión de vida y pulsión de muerte. Además, incluimos elementos emergentes como seducción, apuntalamiento, síntoma, neocreación de energía, traumatismo, fantasma, barrera interna, energía X, actividad intelectual, pulsión de saber, fuente, zonas erógenas, vesículas, energía física, energía biológica, energía sexual, proceso primario, proceso secundario, simbolismo, objetos y metas indirectamente sexuales, fijación represión, traumatofilia, recuerdo infantil, objetos sexuales y no-sexuales, pulsión de ver, apoderamiento, sadomasoquismo, inhibición del pensar, compulsión neurótica del pensamiento, investigación infantil.

Dentro de los elementos de lo cultural (lo externo) están la cultura, represión, sofocación, cura psicoanalítica, yo, ello, psicoanálisis.



Laplanche configura el concepto de **sublimación** basándose en varios elementos: los que intervienen en la vida intrapsíquica; cómo estos dan paso a elaboraciones externas y la relación que visualiza entre los conceptos comentados anteriormente: el apuntalamiento y el síntoma. Veámoslos con más detenimiento.

El concepto que elaboró Laplanche toma su fundamento en el concepto postulado por Freud del cual tomo como importante esa relación de lo sexual con lo no-sexual y la pulsión como la energía que transita de las actividades sexuales a las actividades no-sexuales.

La **pulsión** fue el primer concepto que tomó Laplanche para elaborar el concepto de sublimación para decir que este experimenta un cambio de meta: cambio del fin sexual. Laplanche sostiene que esta desexualización significa que la energía pulsional se abstrae de su contexto sexual es decir, que la pulsión se separa de su fuente, de su objeto, de su meta para cambiarlos por otros. Al contrario de otras elaboraciones Laplanche ya no habla solamente de cambio de meta.

Por otra parte y como otro elemento fundamental, Laplanche ubicó la **fuerza** de la sublimación en esa misma fuente de la sexualidad: el fantasma. El origen del fantasma fue ubicado en esa relación primaria de **seducción** la cual fue visualizada como la intrusión sexual, intrusión originaria dada en el contacto de la madre con el hijo en el cual se introduce al nuevo ser humano. Laplanche resalta que en esa relación la madre aporta sus elementos de autoconservación pero además elementos erógenos y sus fantasmas.

Lo importante de esa seducción es que en lo llamado “escena de la seducción” se implanta una “figura simbólica de la seducción”, es decir, que en ese momento se

implanta el deseo materno marcando al niño con esos primeros elementos que van a componer su personalidad. Resaltamos además que no sólo es importante lo que es depositado en el niño sino la forma en que esto ocurre. Hablamos de que el fantasma, ese recuerdo originario que quedará fijado, se convertirá en la fuente constante de la sexualidad y por tanto de esa fuente sexual de la que se alimenta la sublimación.

Y algo más, en la relación originaria madre-hijo se producirá la sexualidad por medio de esa irrupción de la sexualidad materna en el equipo fisiológico del niño. A partir de ese momento el niño constituirá sus fantasmas propios a partir de esa base proporcionados por la madre. Esta primera experiencia en el individuo se constituirá como ese “cuerpo extraño interno” que constituye el fantasma. Esa primera experiencia no puede simbolizarla en ese momento ya que carece de los elementos para hacerlo. La simbolización la construirá posteriormente a medida que vaya reconociendo objetos externos o incluso puede mezclarla con otros recuerdos, de todas maneras conserva una verdad muy profunda que está presente desde muy temprano en el individuo; aunque haya desfiguraciones en dicho recuerdo sigue conservando esa realidad del pasado tal como se da en esas fantasías profundas de un individuo como en la realidad de los mitos, incluso lo comparamos con el sueño en el cual aparecen situaciones y símbolos relacionados aparentemente sin sentido pero que guardan una lógica de la realidad profunda del ser.

Este fantasma se constituirá como un punto que excita al sujeto de manera extraña, es esa energía que queda libre y que el sujeto intentará ligar o simbolizar todo el tiempo. Decimos que es la fuente constante de la sexualidad, de eso sexual de lo que toma la energía la sublimación dado el carácter placentero de esa primera sensación; este es un

punto en el que vemos la diferencia con el proceso que se da en el síntoma ya que este posiblemente surge de situaciones displacenteras.

Ahora, el primer mecanismo con el que iniciamos nuestra explicación fue el **apuntalamiento**. Bajo este proceso contemplamos ese primer paso en que lo sexual se simboliza, se inicia a partir de lo no-sexual; es decir, cuando la sexualidad y la autoconservación se apoyan una sobre otra en una actividad como la lactancia (aceptamos la existencia separada de estos dos planos en un inicio) para después separarse constituyéndose allí mismo una relación entre los dos planos. Vemos que en esta relación originaria la sexualidad es despertada por la autoconservación, la cual en adelante se contendrá dentro de la sexualidad. Sin embargo decimos que no solo se da ese apuntalamiento originario que hace descubrir el placer en esa zona oral; el apuntalamiento será un proceso que se repetirá en ese descubrimiento del placer en la zona anal y genital.

La sublimación ha sido presentada por Laplanche como esa transformación de lo sexual en lo no-sexual. Veamos. La Sublimación no debe entenderse como un proceso que siguiera una vía inversa a la vía que transitó el apuntalamiento. No debe entenderse la sublimación como un simple pasaje en el que la sexualidad vuelve a su origen: la autoconservación; la relación existente en la sublimación será un pasaje de lo sexual a lo no-sexual. Repetiremos que en la sublimación no hay una inducción simple de un plano al otro, para decir entonces, que lo que existe en este proceso es una derivación, como lo llama Laplanche, un “drenaje inverso” de la energía sexual a lo no-sexual.

Sustentamos que la sublimación no es lo inverso al apuntalamiento a partir de uno de los principios del psicoanálisis: la “imposibilidad de reconversión” el cual sostiene que es

imposible la reconversión de una energía a su realidad anterior o aquella de la cual partió.

Entonces, a partir de lo anterior podemos concluir que la **sublimación** se da “desde el origen” es decir que es un proceso que estaría a la par con el apuntalamiento, sucediendo también en ese primer momento. Aún más, la sublimación no sería un segundo retorno por relación a ese primer tiempo del nacimiento de lo sexual sino que sucedería una especie de acoplamiento cuando una sublimación debe producirse. Lo que habría sería un verdadero drenaje de la energía, habría una “**neocreación**” de esa energía de lo sexual.

Con esta “neocreación de energía” nos debemos remitir a lo elaborado en otro concepto que aporta a su validez: el **traumatismo**. Laplanche introdujo el traumatismo como esa fuerza que es aportada desde el exterior de parte de cualquier evento que pueda suceder al ser humano. Lo explica como la fuerza capaz de ser una nueva **fuerza** de la sexualidad, como el evento que puede hacer surgir nueva energía. De la manera en que podemos enlazarlo a la sublimación es ponerlo en pie de igualdad con ese momento de la **seducción**, momento en el cual eso externo es aportado al nuevo ser humano creando en aquel la introducción del **fantasma** en el cual lo importante es la manera en que fue introducido. Además afirmamos que de este traumatismo proviene la energía que impulsa a la sublimación ya que de este proviene un nuevo surgimiento de energía; esas mismas fuerzas de ese neosurgimiento de energía impulsan a renovar sin cesar el traumatismo.

De ahora en adelante, después de la implantación de ese fantasma lo que es percibido en el exterior es percibido conforme a él; es decir, que ese fantasma se activaría en el momento en que en el exterior resuene algo en la misma “longitud de onda”. En esa

implantación del fantasma por parte de esa seducción materna sería lo que marca al niño y al adulto como una especie de destino que se mantendrá como tal en esencia, pero que se irá transformando con toda nueva información que el individuo recibe del mismo exterior y de todos aquellos que lo rodean.

De esta manera Laplanche nos propone que la **pulsión** es una energía que no está dada de una vez y para siempre de la misma manera; fundamentándose en Freud, Laplanche sostiene que en el ser humano existe la capacidad de crear sin cesar y esta capacidad no sólo está dada para el principio de la vida. Freud sostenía que esta creación constante estaba cerca del origen es decir de lo sexual a partir de toda conmoción externa, de lo cual el traumatismo no representa sino el caso más dramático.

Así mismo Laplanche seguirá sosteniendo que la sublimación está ligada a una especie de neogénesis de la sexualidad ligada a la irrupción en el individuo de componentes externos capaces de generar nuevas energías al servicio de este proceso. El traumatismo fue elaborado a partir de un modelo desarrollado a propósito de las neurosis de guerra; sin embargo en este momento vemos como este modelo fue utilizado por Laplanche para explicar el impacto de los sucesos externos, además resaltamos que este “traumatismo” no constituye en sí mismo, algo necesariamente desfavorable o perjudicial para el individuo.

En este punto nos queda ligar ese traumatismo, eso que sucede al individuo en relación con el **síntoma** y además, a propósito de este proceso, diferenciar sus implicaciones en lo sexual y no-sexual.

Dijimos anteriormente que el síntoma se da por la influencia del plano sexual en el no-sexual dado por un conflicto al interior del plano de la sexualidad. Vimos que dicho

conflicto entre el plano sexual da como resultado perturbaciones en las funciones orgánicas del ser humano, es decir, en el plano de la autoconservación. Ahora, tenemos que la sublimación sería la influencia del plano sexual en el no-sexual; sin embargo se debe decir que no es una relación en igual de condiciones en las que se da el síntoma, la sublimación posee otro tipo de relación. Dijimos en el punto anterior que la sublimación sería un verdadero drenaje de la energía sexual hacia actividades no-sexuales. Si Laplanche tomó para su explicación el proceso del síntoma fue para explicar que por los mismos caminos por los que se produjo lo patológico servirían para entender el estado de salud; es decir, la forma en que se efectuaría la atracción de las fuerzas pulsionales externas hacia metas no sexuales, lo que llamó Laplanche la sublimación de la sexualidad.

Por otra parte lo que interesa a Laplanche del síntoma es que en su fondo lo que entra a actuar es la represión. La represión actúa sobre la representación de una situación traumática. Dada esta represión hay un “retorno” o una especie de vuelta al origen (autoconservación); pero hay que tener en cuenta ese principio de la imposibilidad de reconversión por tanto, lo que causa es un efecto en las funciones orgánicas a la manera de síntoma.

En la sublimación sin embargo actúa la represión pero no una represión producida en igualdad de condiciones que en el síntoma. La sublimación sería un destino que seguiría una parte de la pulsión como forma de escapar a la represión (la cual produciría un síntoma); pero de todas maneras se relaciona con una represión: represión del objeto propiamente sexual o sobre lo genital. Diríamos que la sublimación no es en sí misma una represión sin embargo en ella existe “retorno” al origen, pero otra vez lo decimos, diferente del que se da en el síntoma. En el síntoma se reprime una situación

displacentera produciéndose un retorno en forma de síntoma donde sucedió dicha represión. Por su parte en la sublimación, hay represión de una parte de la actividad pulsional, represión dirigida al objeto sexual o a lo sexual en general y sucede un retorno de la energía de manera derivada y por una vía diferente. Finalmente concluimos sobre este aspecto que la represión del síntoma se da como un mecanismo defensivo al contrario de la manera en como actúa en la sublimación.

Por otra parte, si hablamos de derivación o neogénesis prolongada de la sexualidad debemos decir que ese proceso sucede a partir de la transformación de esa energía orgánica en sexual y esta a su vez en energía al servicio de la sublimación.

Lo anterior nos remite a las zonas erógenas que son los puntos llamados por el autor de toda emergencia libidinal y aún mas, puntos donde sucede todo **apuntalamiento**. En otras palabras, es en las zonas erógenas y mediante el apuntalamiento donde sucede esta transformación o derivación de la pulsión o energía libidinal de lo somático a lo psíquico. Recordamos que en este apuntalamiento hay simbolización o como lo llamo Laplanche “metaforización” y ligada a este traumatismo, sería una metaforización que no esta dada de una vez y para siempre, es un proceso que se hace y se deshace sin cesar. Así podemos visualizar más claramente que las **zonas erógenas** son esas “puertas sensoriales” o puntos en los cuales sucede el trauma; serían puntos de “tangencia”, que separan lo externo de lo interno, y que nos introduciría a la idea de que el trauma es a la vez interno y externo. Y aún más, como dijimos antes, lo que es percibido en el exterior es porque resuena de la misma manera al interior del individuo.

Otro cuestionamiento nos abre el **traumatismo** y con él, la neocreación de energía. Decimos precisamente que de este traumatismo o de estos sucesos externos que vienen a afectar al individuo nace una nueva energía; es la energía que impulsa a la sublimación.

Ya vimos que lo que afectan estos traumatismos son las **vesículas** protectoras del individuo: el organismo o el *yo*. La relación entre estas dos vesículas es una relación de tangencia la cual hace posible el pasaje de una energía a otra sobre el proceso ya explicado de **apuntalamiento**. Aquí recordamos esa problemática del alma y el cuerpo en la cual ya no son dos instancias separadas sino que entre ellas localizamos ese pasaje de energía; pasaje que sería más bien una especie de nueva producción de energía, en otras palabras, una transformación de la energía de conservación en **energía sexual**. Diríamos que esta energía circulará bajo una nueva forma: sexual.

La **energía sexual** mantuvo Freud y seguidamente Laplanche, que se trata nuevamente de dos energías que actúan al interior de la energía sexual. Si se mantiene esta dualidad que también Laplanche comparte, es para mantener la posición de que la energía se diferencia por su modo de circulación de acuerdo al principio primario y secundario.

Con respecto a la energía que circula bajo el principio del **proceso primario**, decimos que esta es precisamente la pulsión que circula en el fantasma inconsciente. Recordamos que en principio esta dicha pulsión es autoerótica ya que circula entre representaciones (es decir, ligada al fantasma) y no entre objetos; más claramente es la energía que circula libremente.

La energía del **proceso secundario** es la pulsión que se liga a los objetos. Recordemos también que es esa pulsión que no es autoerótica porque se encamina hacia los objetos.

Habiendo dicho lo anterior podemos introducir nuevamente la pulsión de muerte y de vida.

La **pulsión de muerte** es aquella del proceso primario, es la pulsión de las representaciones. Actúa bajo ese principio de la discordia el cual tiende a disolver;



precisamente lo que trata es de disolver los objetos. La pulsión de muerte sería la pulsión de lo inanimado es decir, que impulsa a ese estado anterior de la no-vida. Se dice que es lo más propio de la pulsión, que es el alma de toda pulsión. Finalmente decimos por otra parte que es la pulsión de los objetos parciales, de las zonas erógenas cuando aún no se posee una representación total del cuerpo.

La **pulsión de vida** al contrario es esa energía que tiende a lo total, a la reconstrucción. Son las pulsiones de los objetos representados de manera total. También decimos que son las pulsiones del yo y las que emanan del en orden a conservar la vida. Pero recordemos que al ser pulsión en su alma conserva también ese principio de la discordia que actuará para incluir el conflicto de la disociación.

En otras palabras, son pulsiones que pertenecen al plano de la sexualidad en el cual la pulsión de muerte es la sexualidad de las representaciones y la pulsión de vida es la sexualidad del objeto.

La importancia de esta diferenciación de las pulsiones es precisamente que en la sublimación lo que actúa es la fijación a los objetos, esa tendencia a la vida. El trauma o los sucesos externos tienden a ser simbolizados, fijados a un objeto.

Laplanche se fundamenta en Klein precisamente en su propuesta del **simbolismo**. Klein dice que la sublimación sería un “investimiento simbólico-sexual” de una tendencia perteneciente a las pulsiones del yo. Laplanche aporta que además de este “simbolismo” la actividad sublimada tendría **objetos y metas indirectamente sexuales**. Habría una identificación sexual y el objeto de autoconservación.

Klein dirá que de fondo lo que guarda la sublimación sería la **fijación** de una sensación placentera a un objeto (sensación producida por una situación placentera). Habría en un primer tiempo identificación entre el objeto sexual y no sexual, que hace pasar

rápidamente la **libido** narcisista a libido objetal (paso de ese autoerotismo al objeto). Lo importante de esa experiencia de fijación es que se transfiere a las tendencias del yo, por lo tanto dejan de ser inconscientes y pueden ser descargadas. Y algo aún más importante, cuando son transferidas al yo (a esta clase de representación) esas fijaciones inconscientes quedan despojadas de su carácter sexual; al ser acordes con el yo se fijarán o fusionarán con una de sus tendencias de manera que no sufrirán **represión** dándose el éxito de la sublimación. Es necesario destacar que Laplanche sostiene que hay fijaciones a pesar de todo, pero hay algunas que permiten libertad de actividad en la persona.

Esta problemática de las tendencias del yo y la conformidad con sus tendencias será tratada más ampliamente en el siguiente apartado ya que es un aspecto directamente relacionado con lo cultural sobre el cual Laplanche reflexiona en ordena cuestionar una parte de la propuesta de Klein.

Después de haber comentado la temática de simbolización y cómo esta se da a partir de ligar la energía a los objetos lo cual se traduciría en esa tendencia a la integración que actúa en esas pulsiones de vida, veremos como podemos asociarlo a uno de nuestros temas centrales: el traumatismo.

En este punto hacemos referencia a un argumento que toma Laplanche como base de su teoría. Esta es la referencia a Lowenfeld y cómo este visualiza el traumatismo a propósito de la creación artística. Este autor resaltó el término de “**traumatofilia**” como una tendencia que impulsa a reexperimentar indefinidamente el traumatismo; lo importante de esta propuesta es que no es sólo tendencia a reexperimentar sino además tendencia a elaborar y a simbolizar ese traumatismo. Allí vería tanto Lowenfeld como Laplanche la energía que impulsa a la sublimación y lo pone con relación a la

experiencia productora del artista. Laplanche presentó a ese artista como un individuo que juega con el traumatismo, que hace uso de un tipo de la elaboración de la “energía sexual” que estaría en medio de los dos peligros: el desbordamiento de energía que haría sucumbir al yo o una defensa que bloquea la energía desde su aparición (a estos dos peligros haremos referencia en el siguiente punto en el que se contemplarán a las dos salidas neuróticas que son comparadas con la actividad intelectual).

Finalmente, ya que completamos el concepto de Laplanche sobre la sublimación explicaremos el esquema que tomó Laplanche para elaborar la sublimación a partir de la actividad intelectual con base en la pulsión de saber, es necesario hacerlo a la luz de la referencia a **Leonardo Da Vinci**, genio sobre el cual se sustenta el alcance de la sublimación.

Laplanche inició con la referencia al **recuerdo infantil** de Leonardo quien relataba la experiencia de que en sus primeros años de vida un pájaro lo visitó en su cuna golpeándolo con su cola entre los labios. Concluimos a partir de Laplanche y de su fundamentación en Klein que en ese momento de la lactancia hay una asociación entre la succión del pecho de la madre con el golpeteo de la cola del pájaro entre los labios. Vemos este acontecimiento como el momento de la seducción, de esa intrusión sexual en el lactante. Laplanche visualiza en esta implantación de esa **seducción** un destino que marca particularmente a Leonardo; Leonardo decía que desde siempre, desde ese suceso inmemorial estuvo destinado a ocuparse del vuelo de los pájaros. De esa seducción primaria en Leonardo se produjo el **fantasma** del cual decimos que tiene un carácter autorepresentativo es decir, representa uno de los perfiles inconcientes más

cercanos a la personalidad de Leonardo y podemos interpretar que se trata de la fuente de la energía que lo impulsó a la sublimación.

Retomando la propuesta de Klein, en el caso de Leonardo hubo una **identificación** entre el pezón, el pene y la cola del pájaro (**objeto sexual**) que se fusionó con el interés por el movimiento de dicho objeto, el pájaro y su vuelo y el espacio en el cual volaba (**objetos no-sexuales**). Según Klein la sublimación en Leonardo tuvo éxito ya que la situación placentera (realmente experimentada o fantaseada) al fusionarse con un interés del yo pudo representarla de otra manera, reprimiendo el carácter sexual de manera que pudo ser descargado; en este caso lo que se da es una represión en el objeto sexual y no una represión total de la situación. De esta manera, Klein a través del simbolismo explica que Leonardo tomó la vía de la sublimación y de la formación de un síntoma histérico.

Laplanche resaltó dos actividades sobresalientes en Leonardo: la actividad pictórica y la actividad intelectual. Laplanche explicó la sublimación de acuerdo con la **intelectualidad** ya que para él esta actividad se presta más fácil al esquema de la sublimación.

La primera referencia que hizo nuestro autor fue a la **pulsión de saber**. Esta pulsión no puede tomarse como una pulsión elemental y tampoco como pulsión sexual; la pulsión de saber sería descomponible ya que sus componentes no son solamente sexuales. Lo que interviene en esta pulsión de saber es que su acción por una parte, es posible por la energía de la pulsión de ver que alimenta una forma sublimada del apoderamiento.

Veámoslo con más detenimiento:

La **pulsión de ver**. Tiene dos componentes: autoconservador y sexual. La visión permite al individuo ubicarse en el mundo, es una actividad que le sirve para su

adaptación. La visión devendría sexual cuando ve algo en el exterior (por ejemplo la llegada de un hermano) que le genera un cuestionamiento sexual despertando lo llamado “investigación sexual infantil”.

La pulsión de saber que proviene de una forma sublimada del **apoderamiento**. El **apoderamiento** es en principio autoconservador ya que el individuo se adapta al mundo exterior extendiendo su dominio sobre los objetos y destruyéndolos si es preciso. Pero el decir que la pulsión de saber funciona por la acción de una manera sublimada del **apoderamiento** nos sugiere que hay un tiempo anterior, es decir, que el **apoderamiento** en un momento previo debió devenir sexual para que así esa actividad pudiera ser sublimada (ya que la sublimación sería de lo sexual a lo no-sexual). Este tiempo anterior a la pulsión de saber es el paso del **apoderamiento** al **sadomasoquismo** (derivado del apuntalamiento en la etapa anal) entendido como el principio de apoderarse los objetos y destruirlos.

Así vemos la pulsión de saber encaminada a actividades no-sexuales alimentándose de la pulsión de ver provista a su vez de energía sexual. Concluimos que la investigación intelectual tiene un carácter obsesivo dada su relación originaria con el **sadomasoquismo** lo cual también puede intervenir en la formación de salidas neuróticas con respecto a la intelectualidad. Laplanche las explica a partir de ese juego de la represión: como puede darse la sublimación o en su defecto encaminar a salidas neuróticas. La sublimación se opondría a la **inhibición del pensar** o a la **compulsión neurótica del pensamiento** en las cuales actuaría la represión como una defensa contra los complejos de la investigación sexual infantil. La represión como defensa implica la irrupción de información que proviene del inconsciente que el individuo no puede

manejar adecuadamente; por tanto se defiende inhibiendo el pensamiento o mediante la compulsión del pensar.

En el caso de Leonardo interpretamos que ese contacto del golpeteo de la cola entre los labios le vino como una sensación placentera asociada a ese placer del chupeteo en la lactancia. Esta sensación placentera fue asociada directamente al objeto externo y posteriormente ligado a un interés por el vuelo de los pájaros que trascendió a la investigación científica de cómo el hombre podría volar por medio de un artefacto. Podemos decir también que ese interés es despertado al llegar a su etapa de investigación donde no se preocupó por temas únicamente sexuales; al haber pasado tan temprano de ese autoerotismo a los objetos, sus preguntas fueron despertadas por estos. La **investigación infantil** como toda investigación busca lo oculto, el individuo necesita representar lo que no ve más allá de las apariencias. Y aún más eso que se quiere representar (y esto también en el caso de Leonardo) es eso oculto dentro de uno mismo, ese fantasma que es el motor que impulsa a realizar las acciones de particular manera en cada individuo.

Decimos a partir de Laplanche que lo que se sublima son esas tendencias pregenitales que trabajan cada una por su cuenta. Asociamos a esto aquello que corresponde al fantasma que es lo no integrado o conformado de manera total a la vida psíquica; es aquello desintegrado por la pulsión de muerte. La sublimación sería la primacía de la **pulsión de vida** que produce objetos totales y estables a partir del conflicto con su opuesto: **la pulsión de muerte**. Con respecto a Leonardo, Laplanche va a referirse a una conclusión que tomó de Eissler: Leonardo a través de su obra se defendería del miedo a la muerte, de ese sentimiento constante de amenaza de desorganización de sí mismo; defensa contra el traumatismo, tomado a la vez como la

amenaza interna y externa, las dos provenientes de energías desorganizantes (pulsión de vida y pulsión de muerte). Y otra vez volvemos a lo irrepresentable, a lo oculto. Leonardo mediante su obra, en la cual hay predominancia de lo visual como esa energía que alimenta su construcción del conocimiento, representaría su forma de ver eso oculto de lo cual nos dice Eissler, fue su manera de llegar a lo divino, a Dios.

La sublimación también nos impulsó a la contemplación de lo cultural, aspecto que no analizamos tan profundamente pero del que resaltamos algunos aspectos.

La **cultura** podría ser comparada a un individuo conformado como una totalidad. Al interior de un ser humano la sublimación actúa la represión; pero represión, como ya lo dijimos anteriormente, con respecto al objeto sexual y al fin sexual genital. En el nivel de la cultura actuaría una represión, llamada por Laplanche “**sofocación**”. De este mecanismo, sofocación de las pulsiones, deduce Laplanche que se constituye en el origen y en el motor del movimiento cultural. A diferencia de la represión, la sofocación sería una especie de manera consciente de no prestar atención a algún aspecto. En la cultura, la sofocación social sería inherente a toda vida en sociedad y a toda conquista cultural que se alcanzarían por medio de esa desviación de los fines sexuales genitales hacia procesos que desemboquen en un fin no-sexual.

Pensemos que al vivir en sociedad las relaciones entre sus integrantes no pueden todas desembocar en un fin sexual genital. Hay diferentes tipos de relaciones que han sido establecidas y se alimentan por esa sexualidad pero que precisamente han sido encaminadas hacia otros fines no-sexuales y hacia afectos que no participan de dicho fin.

Volviendo a esta comparación entre represión y sofocación, Laplanche sostiene que en el nivel individual lo que tendría lugar sería una sofocación interiorizada; el individuo

reprimiría aparentemente a través de sus propios intereses pero en realidad estaría funcionando conforme a una represión ya dada en la sociedad la cual pasa a hacer parte de un funcionamiento interno. En este punto recordemos que Laplanche propone basándose en el argumento de Bachelard, de que las prohibiciones sociales son las primeras que actúan en el hombre.

De acuerdo a este aspecto represivo de la sociedad en el cual habría prohibiciones que serían similares a las que actúan en el individuo, Laplanche dice que estas harían parte de una inconciabilidad absoluta por parte de la permanencia de la pulsión de muerte, energía que estaría actuando en todo un sistema general como la cultura y el individuo.

Por otra parte algo que elaboramos de gran importancia, es el hecho de que cualquier simbolismo, proceso de metaforización o de representación va ligado a una experiencia del cuerpo. Con respecto a esa parte genital, aquella de la cual precisamente se desvía en su fin en las actividades sublimadas tomamos como referencia el **erotismo uretral**, es ese facto fisiológico donde se constituye la separación y la constitución de la genitalidad como un todo como el fin sexual específico. Además comprende un aspecto simbólico en el cual se puede ligar con ese desprendimiento de los fines sexuales presentes en la cultura.

El erotismo uretral representa la doble función del pene: función genital y urinaria a la vez. Este erotismo sería más latente hacia el cuarto año de vida, después de constituida esa etapa de la investigación sexual infantil. Sin embargo este erotismo uretral aparece primero a la diferenciación de los sexos. En esta etapa infantil hay una unión íntima de lo genital y urinario dado el desarrollo rudimentario de la genitalidad en el niño. Esa función urinaria le indicaría la vía al desarrollo genital en lo que ubicamos también un



**apuntalamiento** en el cual habría asimilación del placer de la micción urinaria y las poluciones del aparato genital.

La conjunción entre lo genital y lo fálico es principalmente parte de la vida sexual infantil dada por la confusión entre esas dos funciones; dicha confusión se encuentra ligada tanto a la insuficiencia de intelección en el niño como también a esa relación de apuntalamiento por medio de la cual lo genital es producto de esa vía urinaria. La disyunción entre estas dos funciones se daría en la experiencia adulta. Así concluyó Laplanche que el niño de la historia individual y el niño de la historia colectiva se separan: el de la historia individual asimila lo urinario y lo genital; el de la historia colectiva o el adulto prehistórico se constituye entre la incompatibilidad de estos dos placeres (micción y placer sexual) conformando según esta disyunción sus fantasmas ya que todo simbolismo está ligado a la experiencia del cuerpo.

Finalmente, Laplanche enmarcó su análisis con respecto a lo que significan estas elaboraciones dentro de la cultura y a la vez, el psicoanálisis dentro del movimiento cultural.

Con respecto al psicoanálisis, hay que decir que la **cura psicoanalítica** es la finalidad que se desea en todo proceso de análisis. Laplanche la visualiza en la vía de una búsqueda cultural más directa y menos represiva. La enfermedad psíquica ha sido interpretada por el psicoanálisis como una separación de las instancias psíquicas, especialmente del **yo** y del **ello**. La finalidad del proceso analítico sería deshacer esta separación en orden a hacer de las fronteras entre esas instancias, pasajes más flexibles y permeables. Vemos que lo que se buscaría es una sublimación ya que se trataría de hacer pasar lo pulsional a la vida del yo; se trataría de fortalecer al yo, ampliando su

percepción y organización de manera que pueda apropiarse de nuevos contenidos del ello para ponerlos a su servicio: “donde ello era, yo debe devenir”.

El trabajo analítico sería una especie de sublimación que hace parte también de un trabajo cultural que promueva ya **no** una renuncia o separación entre esas instancias psíquicas sino una vía que permita la sublimación no ligada a la represión como defensa.

Por otra parte, el **psicoanálisis** además de ser una técnica de cambio individual es en sí mismo un elemento de derivación por ese mismo cambio que promueve movilizando la sublimación en el movimiento cultural y aportando sus elaboraciones teóricas sobre fenómenos culturales. Plantea además nuevas posibilidades de cambio tanto al individuo como a la cultura y vías menos represivas a las cuales se llega por medio de la investigación y el cuestionamiento tanto de la sociedad como de la vida interna.

### Discusión

En este apartado pretendemos evidenciar nuestra visión sobre el texto que analizamos en este estudio. Pretendemos elaborar conclusiones sobre las principales categorías que identificamos en el texto de Laplanche y conclusiones importantes tanto que justifiquen este estudio como la importancia de este concepto dentro del psicoanálisis.

Llegamos a la conclusión de que una de las categorías más importantes – a parte de la Sublimación – fue el *Apuntalamiento*, concepto mediante el cual Laplanche describió las relaciones entre la sexualidad y la autoconservación. Lo más importante de este concepto, es que concluimos que Laplanche da una gran importancia a las funciones de autoconservación, enfatiza en ellas y aclara aún más su papel dentro de la constitución

de la sexualidad; a pesar de lo anterior, mantiene su posición en que el campo de acción del psicoanálisis y el objeto de su profundización es la sexualidad.

A partir de este concepto del Apuntalamiento abrimos paso al concepto de *Síntoma* en el cual Laplanche desarrolla toda una explicación, de cómo éste se produce tomando como base el Apuntalamiento.

Finalmente, con esos conceptos de Apuntalamiento y Síntoma pudimos concluir con la visión de Laplanche sobre la *Sublimación*, el cual elaboró con respecto a todos los aspectos que trabajó en la obra.

A continuación tomaremos las categorías principales de nuestro trabajo para mencionar las conclusiones que nos sugiere el análisis que de ellas realizamos; estas fueron fruto de un arduo intento por identificarlas dentro del texto y evidenciar el significado que cobraban para el autor y de esta manera, ubicarlas dentro de nuestro concepto central la Sublimación.

El apuntalamiento es el mecanismo que nos introduce en el proceso de reconocer la sublimación. Concluimos que el apuntalamiento fue planteado por Laplanche, para aclarar como nace la sexualidad a partir de las funciones de autoconservación. El apuntalamiento fue propuesto como un modelo en el que estos dos planos se encuentran al inicio separados, listos para apoyarse uno en el otro y encontrar cada uno su razón de ser. Nos quedó claro que al inicio en un ser humano, solo está la autoconservación. Cuando se da la primera actividad para la supervivencia, se conoce el primer objeto externo y el primer placer con lo cual se despierta o nace la sexualidad; la sexualidad se constituiría con la introducción del primer símbolo o representación psíquica en un ser.

Además de lo anterior, el apuntalamiento ilustra claramente que al apoyarse uno sobre el otro los dos planos, se separan nuevamente para funcionar cada uno en su campo de una manera en que se retroalimentan todo el tiempo. Con el apuntalamiento, tenemos la primera clasificación de lo sexual y lo no sexual: autoconservación y sexualidad.

Con la sublimación se tiene la referencia a que lo sexual se encamina hacia actividades no sexuales. Queda claro que de lo no-sexual que se habla en la sublimación, no es la autoconservación, y es aquí donde introducimos el síntoma. El síntoma nos fue expuesto como una repercusión de lo sexual en lo no-sexual. De lo no-sexual que se habla es de autoconservación, ya que dado un conflicto al interior de la sexualidad, este va a manifestarse a través del cuerpo y sus funciones fisiológicas. Vemos de nuevo la relación de lo sexual y lo no- sexual.

Ahora, la sublimación nos fue presentada por Laplanche como un “neosurgimiento” de energía. Llegamos a la conclusión, de que lo que expone es la derivación y creación de una nueva energía, a partir del nacimiento de la energía sexual. Creemos que a la par de una energía sexual que se produce todo el tiempo habría una creándose allí, la cual sería encaminada a actividades no sexuales. La energía sexual sería la energía que esta circulando en la vida psíquica, entre las representaciones de las que el psicoanálisis nos ha hablado, y esa otra energía derivada de la anterior se encaminaría a la construcción de ideas y objetos totales que permiten a la persona representar de una manera real las representaciones y energías que en el están ocultas y desintegradas.

Creemos que estas energías se están creando todo el tiempo que una especie de lucha entre ellas. Una de estas energías es la sexual, dentro de la cual se contienen dos fuerzas opuestas: vida y muerte, las cuales están tratando de dominarse mutuamente. De este

conflicto se deriva la energía de la sublimación, la cual también estaría luchando para poder afirmarse dentro de la vida de un individuo.

El apuntalamiento, el síntoma y la sublimación fueron los tres ejes que identificamos para estudiar la obra de Laplanche. Con base en estos conceptos, entendimos claramente, esas relaciones que Laplanche estableció entre lo sexual y lo no-sexual. Queremos destacar, que esta oportunidad de estudiar este texto, fue par nosotras una oportunidad de estudiar el psicoanálisis. Después del análisis podemos decir que nos hemos acercado a un entendimiento satisfactorio de los pilares del psicoanálisis, que nos permitirán continuar con la profundización en este y otros estudios.

Retomamos la idea de la constante creación de la energía de Laplanche, para decir que esta ha logrado darnos un sustento teórico de que el hombre al estar dotado de una existencia real, todo el tiempo está en constante movimiento, cambio, y aporta a la transformación de su entorno de manera pasiva o activa. Laplanche nos dice, que todas estas derivaciones de la creación de energía se tangibilizan en los actos de las personas. Creemos que el hombre por si mismo debe darse cuenta de su capacidad para la transformación y el cambio de su vida, cambio que esta impulsado por esa fuerza interna que le hace dirigirse a realizar acciones de cualquier índole. Pero es aquí donde queremos decir, que es el mismo quien es capaz de apropiarse de dirigir esos actos hacia un fin específico. Ahora, el hecho de hacerse responsable del fin de ese acto es también responsabilizarse de lo implica para su vida y la de los demás. A partir de todos esos actos y consecuencias, el hombre debe mediar con su vida escogiendo su satisfacción o no.

Creemos que las constantes referencias del psicoanálisis, y en general de la psicología al arte y a la ciencia, encuentran su razón de ser en que son los ejemplos más tangibles y elevados de la creación humana y de cómo esta ha influido en el cambio de la humanidad. Los toma como ejemplos de que el ser humano es capaz de crear y transformar tanto su ser como lo que lo rodea. Al crear, los seres humanos se alzan sobre sí mismos y expresan verdades profundas sobre su ser que parten de lo que lo han hecho consolidarse, es decir, el mundo exterior.

Estamos de acuerdo con Laplanche además, en que la sublimación se da desde el origen, desde la infancia. De esta manera podemos decir, que por medio de la sublimación se forman rasgos de la personalidad desde las primeras experiencias infantiles. Además, creemos que si la sublimación surge por la energía sexual, entonces desde el nacimiento de esa sexualidad está surgiendo la sublimación en ese principio. Creemos que para Laplanche, la sublimación es puntualmente la creación de dicha energía, la cual se encaminará a cualquier fin dependiendo de si su aportación fue placentera o displacentera. Ahora, el hecho de que las obras humanas sean apreciadas, rechazadas o ignoradas, dependen de la valorización social aportada por la cultura.

Queremos hacer referencia en este momento de nuestros resultados, para soportar algunas de nuestras anteriores afirmaciones con respecto a la sublimación:

... podemos concluir que la sublimación se da “desde el origen” es decir que es un proceso que estaría a la par con el apuntalamiento, sucediendo también en ese primer momento. Aún más, la sublimación no sería un segundo retorno por relación a ese primer tiempo del nacimiento de lo sexual sino que sucedería una especie de

acoplamiento cuando una sublimación debe producirse. Lo que habría sería un verdadero drenaje de la energía, habría una “neocreación” de esa energía de lo sexual.  
(p.135)

Queremos introducir un nuevo fragmento de nuestra referencia teórica a Laplanche para completar el sustento de nuestras anteriores afirmaciones:

Laplanche intenta concebir la sublimación como produciéndose en el momento mismo en que aparece la excitación sexual, en el tiempo de la pulsión parcial sexual. Así el autor ve lo que podrían llamarse sublimaciones “precoces” en la forma de esa derivación de la autoconservación a los rasgos caracteriales que se forman a partir de ese nacimiento de la sexualidad (así como apoderamiento en el carácter anal constituyen la pulsión sadomasoquista), como lo vimos cuando surge una pulsión el momento del apuntalamiento.

Sin embargo, ese término “precoces” podría implicar una significación de tipo temporal, podría dar la idea de que sólo habría sublimaciones en los primeros años de la vida. Para evitar esta posible confusión, Laplanche sustituye este término “precoz” por el de “originario” correspondiente a los años de origen. Dicha sustitución la realiza también para seguir conservando la posibilidad de que haya sublimaciones “tardías” o mejor dicho, posteriores a esas originarias, y adicionalmente, para no abandonar la idea de una sublimación posible de suceder en la cura analítica.

(p. 64)

Queremos retomar el apuntalamiento como esquema que nos es útil para visualizar otros aspectos que complementan nuestro planteamiento. Enfáticamente para nosotros sería una vía por medio de la cual el hombre simboliza; es lo que constituiría su condición, su forma de diferenciarse con otras especies. Sin embargo, queremos decir que también lo tomamos como un esquema que representaría la vía por medio de la cual pasa información de un plano a otro, generando una tercera y nueva información que crea, facilita y caracteriza el desarrollo del ser humano. El apuntalamiento nos acerca a la idea de que hay puntos entre lo biológico y lo psíquico, precisamente, ese punto de cruce de informaciones donde éstas se transforman.

Por lo anterior, tomaríamos este proceso como algo que representaría el mecanismo vértice en el cual, para nosotros, se explica el desarrollo y evolución del ser humano en cualquier plano y cualquier situación: informaciones que se constituyen y maduran dentro del ser, que crecen y se transforman por las vivencias con el exterior.

Finalmente, este proceso de apuntalamiento representa para nosotros ese punto en el que se genera la creación y en nuestro pensamiento, los puntos donde se genera evolución.

Queremos retomar también el síntoma para decir que en este se haya lo contrario al proceso de la sublimación, es decir, que se lleva a cabo por un mecanismo similar que genera un resultado distinto de orden patológico. En el síntoma se ve una representación en lo somático, una falla visible en lo fisiológico a causa de un conflicto psíquico; este tiene lugar en el plano sexual y se desarrolla como tal.

Para nosotras existe la idea de que en todas las personas se dan procesos similares: se producen síntomas, se producen sublimaciones, etc. Pero en cada uno se hará más evidente la predominancia de uno u otro, dependiendo la manera en que esa información



proveniente tanto del exterior como del interior sea asimilada. Además, la mayoría de los individuos tienen características que se podrían considerar neuróticas en cuanto a que producen somatizaciones y síntomas, mas no siempre estallan en una neurosis que sea realmente patológica e incapacitante.

Por otro lado, decimos también que la autoconservación existe como algo inherente al ser, como algo en funcionamiento que causa una tensión en ese nuevo humano; sin embargo el circuito que le va a permitir encontrar la satisfacción de dichas tensiones no puede entrar en funcionamiento sin el objeto externo. Este circuito se activaría por la unión de lo interno de la autoconservación y el objeto externo. Estos dos elementos son los que mutuamente enseñan una forma de existir particular a cada ser humano.

Finalmente, tomamos nuevamente ese esquema del apuntalamiento como un modelo presente en muchos planos incluso para la forma en que se da el síntoma.

Finalmente retomamos la sublimación para plantear ideas complementarias a las anteriores. En la sublimación intervienen los mecanismos y procesos que hemos analizado y elaborado. Esta se encamina de una manera específica hacia la creación, que puede potencializarse todo el tiempo a ese nivel si es el camino que se elige para desarrollarse en la vida, independientemente de la actividad que se realice. De lo que hablamos es de una capacidad que los seres humanos pueden poner a su favor, elegir ese camino para asimilar la información que proviene del exterior e integrarla a su existencia.

La sublimación: neocreación de energía, energía que todo el tiempo se produce y se puede canalizar a través de la creación artística o científica etc., producción de energía que es estimulada por el traumatismo, no entendido siempre en el sentido patológico del

término sino también como esas impresiones que nos vienen tan fuertes del interior y exterior que nos cargan de nuevas energías que tenemos que desfogar de alguna manera. Traumatismo que perdería su condición de exterioridad o interioridad si aceptamos que lo que percibimos de lo externo, de la realidad, es lo que precisamente vemos de ella, es nuestra forma personal de percibir y en ese caso, sería interno.

Por último, esa pulsión de vida y pulsión de muerte son fuerzas presentes en todo sistema, que en su lucha constante generan actividad incesante y en ésta experimentan uniones que crean cada vez algo nuevo. Aquí podemos ver, que esta dinámica se puede explicar a partir de lo que hemos elaborado del apuntalamiento.

Como parte final de este estudio deseamos comentar algunas dificultades que encontramos con respecto al texto. Posteriormente, propondremos nuestra propia evaluación de esta investigación de acuerdo a los criterios que propusimos en nuestro Método; igualmente, deseamos evidenciar las debilidades que encontramos en el proceso y las propuestas que realizamos para futuros estudios.

Como ya lo hemos comentado a lo largo de este informe, nuestro estudio se centro en el análisis de una obra: “La Sublimación” escrita por Jean Laplanche. Primero que todo debíamos leer dicho texto lo cual nos resultó complicado ya que a parte de que nuestro conocimiento del psicoanálisis no era tan profundo para el nivel que requiere esta obra, el lenguaje utilizado por el autor nos resultaba muy complejo. El estilo de escritura de Laplanche es altamente exigente ya que es un autor que desglosa el tema exhaustivamente lo que a veces nos llegaba a desviar de la totalidad del tema; creemos además que una de las dificultades del contenido del texto es la traducción de su idioma

original y su antigüedad que implicaron en algunos momentos complicaciones ya que los términos o expresiones utilizadas no nos eran conocidos.

La lectura del libro fue tan complicada como interesante; en este punto tenemos la visión de que este autor nos ayudó a entender mejor el psicoanálisis freudiano. Con Laplanche ahondamos en aspectos que Freud no elaboró completamente o que dejó apenas nombrados con complicaciones y un poco de confusión. La lectura de Laplanche nos tardó más o menos tres meses en los cuales leíamos además a Freud para entender cosas que el autor ya daba por dichas. Al final del proceso nos queda un gran sentimiento de satisfacción al poder entender el contenido del texto y además haber tenido la oportunidad de profundizar en los planteamientos psicoanalíticos de este autor.

Otra gran satisfacción fue poder identificar tres grandes categorías que llamamos emergentes mediante las cuales pudimos dar sentido a los planteamientos de Laplanche. Estas categorías fueron presentadas por primera vez en la Interpretación y después de eso a lo largo de los Resultados. En esta discusión mencionaremos de nuevo tratando de evidenciar más que todo, las conclusiones que hemos construido con nuestra propia forma de lenguaje.

Deseamos comentar que esta revisión del concepto de sublimación también fue un pretexto para revisar los pilares del psicoanálisis como el dualismo en Freud, la autoconservación y la sexualidad. Lo importante en Laplanche es ese puesto en manifiesto del proceso del apuntalamiento, esa aclaración sobre los tipos de pulsiones y esa revisión minuciosa de Freud, que nosotros también realizamos y de las cuales tomamos base para toda la realización de este estudio.

Como lo dijimos en el inicio, haremos una evaluación de este estudio de acuerdo a los criterios que propusimos en el Método.

La certeza subjetiva. La obra de Laplanche nos puso en un contexto muy complejo para nuestro inicial conocimiento. La obra fue completamente interesante, sin embargo, en las primeras lecturas no teníamos certeza de que estuviéramos interpretando correctamente la obra. Después de leer el contenido mas de ocho veces, hacer anotaciones, extraer párrafos y contrastar nuestras visiones, alcanzamos la certeza de que comprendíamos a Laplanche al menos en los conceptos que tomamos como base. De dicha comprensión pudimos entender más profundamente el psicoanálisis, la forma en que Laplanche pudo interpretar a Freud y a partir de él profundizar en algunos aspectos, hasta el punto que reconocemos que Laplanche posee su propia teoría y hace su contribución a la evolución del psicoanálisis.

Tenemos la impresión de que estudiando a Laplanche se llega a una comprensión totalmente clara de la sexualidad y su separación de las funciones de autoconservación. De ahí que creemos que es posible la completa inmersión en la sexualidad, y de cómo podemos ver que una energía se transforma en otra. Y nuestra visión es que todo en el ser humano se crea para transformarse todo el tiempo, esto implica algo nuevo que el hombre puede poner al servicio de su misma transformación y a la de su entorno.

La conformidad con los hechos conocidos. La interpretación que obtuvimos fue coherente con la explicación inicial de las categorías. Sin embargo, la visión que teníamos a partir de esto era muy básica. A partir de nuestro estudio de la obra, nuestra interpretación de ella y a las conclusiones que pudimos llegar nos llenaron de nuevas visiones y de soporte teórico a las ideas que veníamos desarrollando. Podemos decir que

este estudio nos ayuda a seguir evolucionando nuestra idea de que la creación es una capacidad de todos los seres humanos, que algunos deciden utilizar conforme a su obra personal. Con todo lo que hemos dicho pensamos que esta debe ser la finalidad de cualquier proceso terapéutico: hacer consciente a la persona de que tiene la capacidad de crear y por tanto la capacidad de cambio.

La experimentación mental. La interpretación del concepto de sublimación nos aporta bases para continuar con la profundización en la construcción de procesos de cambio que tengan como base el acto de la creación humana como proceso profundo y personal, y que por tanto pertenecen a esta perspectiva del desarrollo de la terapia clínica. Este estudio nos generó una visión y comprensión nueva de la que antes no disponíamos, además de volverse indispensable para nuestro proceso de afirmación teórica.

La capacidad predictiva. Con lo que dijimos anteriormente damos por dicho que el estudio de este concepto de sublimación ayuda a su evolución por el hecho de lo nuevo que planteamos y recordamos. Así como ya hemos evidenciado su utilidad y su función dentro de la teoría y práctica psicoanalítica.

La aceptación social: Estamos seguras de que las conclusiones que pudimos solidificar con nuestro estudio son útiles para otros estudios y otras visiones; lo más enriquecedor sería que este estudio fuera confrontado en un futuro o aún, tomado como base para el desarrollo de propuestas de cambio tanto terapéuticas como a todo nivel.

Consistencia interna: las tres categorías emergentes planteadas nos permitieron dar sentido al cuerpo teórico propuesto por Laplanche; así mismo, estas categorías nos permitieron enmarcar los elementos allí puestos, de manera que el análisis tuviera un desarrollo lógico y encadenado.

## Referencias

Freud, S. (1901). *Tres ensayos sobre teoría sexual y otros escritos*. Madrid, Edit. Alianza.

Freud, S. (1910). *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci. Obras Completas Volumen 11*. Buenos Aires, Amorrortu editores.

Freud, S. (1914). *Metapsicología: Los instintos y sus destinos. Obras Completas Volumen 10*. Buenos Aires, Amorrortu editores.

Freud, S. (1920). *Psicología de las masas, Más allá del principio del placer, El porvenir de una ilusión*. Madrid, Edit. Alianza, segunda edición.

Freud, S. (1923). *El yo y el ello y otros escritos de metapsicología*. Madrid, Alianza Editorial.

Freud, S. (1932). *Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis. El poeta y los sueños diurnos. Obras completas Tomo 2*. Madrid, Edit. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1979). *Lo siniestro. Obras completas Volumen 3*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, S. (1927). *El humor. Obras completas Volumen 3*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Laplanche, J y Pontalis, J.B. (1971). *Diccionario de psicoanálisis*. Artículo "Sublimación". Barcelona, Edit. Labor.

Laplanche, J. (1983). *La Sublimación, Problemáticas III*. Buenos Aires, Amorrortu editores.

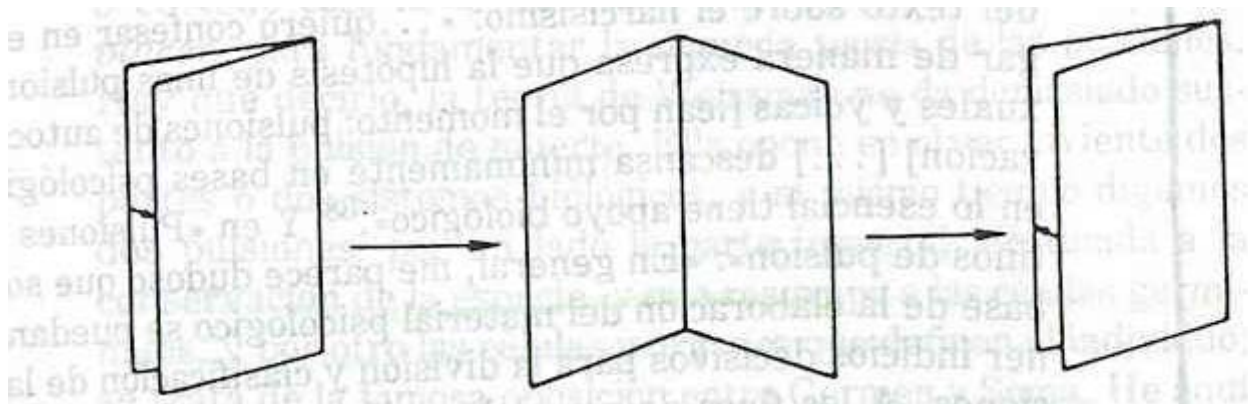
Laplanche, J. y otros. (1972). *Interpretación freudiana y psicoanálisis*. Buenos Aires, Editorial Paidós.

Martínez, M. (1998). *Comportamiento Humano*, Cap. 7. Madrid, Edit. Mc Graw Hill.

Newman, W. (2000). *Social Research Methods*.

Apéndice A

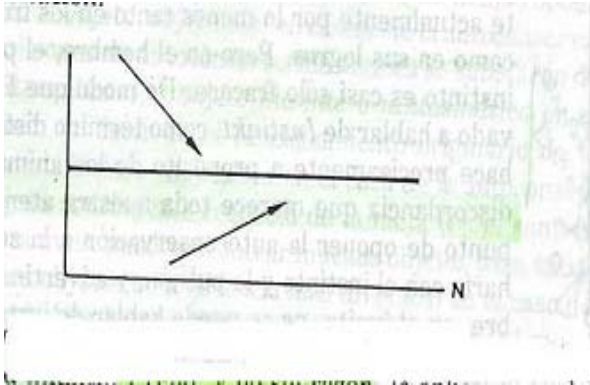
Modelo del diedro pulsional y su clivaje





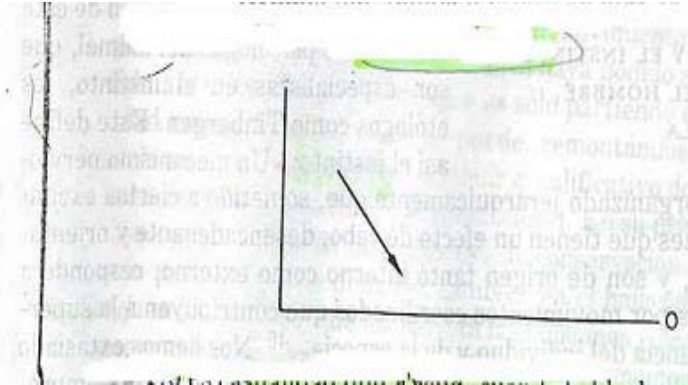
Apéndice B

Modelos del principio de constancia y de la tendencia al cero



Autoconservación

Modelo del principio de constancia



Sexualidad

Modelo de la tendencia al cero (O)

## Apéndice C

### Categoría emergente: Apuntalamiento

El apuntalamiento es la primera categoría emergente la cual se convirtió en uno de los ejes que nos permitió acercarnos a la comprensión del contenido de la obra; dentro de esta temática resaltamos algunos conceptos que tomamos como categorías emergentes y otros que ya hacían parte de las categorías con las que iniciamos el estudio.

Por su parte, la estructuración inicial es una guía planteada por nosotras para recorrer los planteamientos de Laplanche y la lógica que encontramos para su interpretación.

En este apéndice elaboraremos los conceptos emergentes de diédro pulsional, apuntalamiento, la bisagra del apuntalamiento y la vía del apuntalamiento. Dentro de estos conceptos se hará referencia constantemente a categorías iniciales como autoconservación, sexualidad y pulsión.

Plantearémos una estructura inicial con la que introduciremos las categorías y la relación que evidenciamos entre ellas.

Después elaboraremos cada una de las categorías las cuales seguirán tres pasos:

1. Interpretación inicial: construiremos el concepto a partir de nuestra interpretación de los planteamientos de Laplanche. En algunas categorías realizaremos interpretaciones más complejas en las cuales inferiremos ideas propias; estas conclusiones las identificaremos con diferente color.
2. Para sustentar en primera medida nuestros planteamientos, haremos referencia a párrafos del marco teórico en los cuales se encuentra nuestra primera elaboración de los datos.

Es necesario hacer algunas recomendaciones para ubicar los párrafos a los que hacemos referencia del marco teórico:

Con cada página nueva, se empieza una nueva numeración de manera que, cada hoja tendrá máximo cuatro párrafos.

Los párrafos se reconocen por la sangría que cada uno posee.

La numeración de los párrafos es ascendente empezando por el número uno (1).

Llamamos la atención sobre las citas en bloque; estas pertenecen al párrafo de las cuales se desprenden. No constituyen un párrafo independiente.

Se nombrarán los párrafos en el mismo orden en que fueron citados de manera que, puede que aparezcan algunos aparentes “desórdenes” en la secuencia de la citación de dichos párrafos y páginas.

3. Para completar nuestra interpretación sustentaremos estas ideas haciendo referencia textual a la obra de Laplanche.

### *Estructura inicial*

1. Hay una relación de lo no-sexual con lo sexual y un pasaje posible del uno al otro.
2. Pulsión o energía libidinal es una energía que transitaría del plano no-sexual al plano sexual.
3. Freud - y después de él – clasificó a veces la Pulsión como energía somática y otras veces como energía psíquica. Laplanche viene a reemplazar esa vieja problemática cuerpo-mente por el concepto de dualismo pulsional en el cual acepta que hay dos planos: la autoconservación y la sexualidad.
4. Aquí es donde Laplanche incluye su modelo del **diedro pulsional** para marcar el “clivaje” o especie de división entre eso psíquico y eso somático. Con esta idea de

**autoconservación** y **sexualidad** es por donde va a hacer transitar la pulsión: una energía que pasa de un plano al otro.

5. Laplanche introduce el concepto de **apuntalamiento** que es ese pasaje de lo no-sexual a lo sexual (de la autoconservación a la sexualidad). Para hablar de eso no-sexual y sexual se debe aceptar la existencia separada de esos dos planos; además aceptar que hay una relación existente entre ellos: una intersección entre autoconservación y sexualidad, es decir, un eje o **bisagra** del apuntalamiento (aquello que articula uno sobre el otro los dos planos).
6. Para ilustrar esa **vía del apuntalamiento** Laplanche elabora la manera en que se efectúa el pasaje de uno a otro plano (de la autoconservación a la sexualidad) a través de los componentes de la **pulsión**: objeto, meta y fuente.

### *Categorías*

#### *Diedro pulsional*

##### *Interpretación inicial*

El diedro es el modelo por medio del cual Laplanche esquematiza dos planos: autoconservación y sexualidad. Al llamarlo “pulsional” esta aceptando que son dos tipos de pulsiones: las que están al servicio de la conservación de la vida y las que están al servicio de la sexualidad. Es el modelo por medio del cual va a representar un “clivaje” o división entre lo psíquico y lo somático, reemplazando la vieja problemática filosófica cuerpo-mente sobre la cual dice Laplanche que Freud nunca aclaró su posición.

En este modelo del diedro Laplanche plantea que al contrario de imaginar los dos planos como homogéneos y en igualdad de condiciones, entre estos no hay homogeneidad y su

relación no se da en un mismo espacio; la relación que existe entre los dos planos es de articulación, unión por un mismo eje el cual Laplanche llamó la “bisagra”.

*Referencia al marco teórico*

Párrafo 2, p. 30. Párrafo 1, 2, 3, p. 31

*Referencia textual al texto de Laplanche*

... A este dualismo pulsional me parece habría que ponerlo entre comillas en sus dos términos, “dualismo” y “pulsional”, sobre todo para evitar imaginarlo como la interacción, en un solo plano o en un mismo espacio, de dos fuerzas homogéneas. Por esta razón he propuesto representarlo en forma de diedro: dos planos articulados en una bisagra.

(p. 44)

A este diedro, tratemos de llegar a imaginarlo como cerrado, inicialmente: de manera que, como si se tratara de una ostra, hubiese que introducir la hoja de un cuchillo para abrirlo, para clivar el plano de la autoconservación y de la sexualidad. ... Se podría pensar que después de todo se trata de marcar el clivaje entre lo psíquico y lo somático, entre el cuerpo y la mente. Freud está más de una vez tentado de situarse dentro del marco de esta problemática clásica y hacer pasar por allí la hoja.

(p. 44)

*Apuntalamiento*

*Interpretación inicial*

Son las relaciones entre la autoconservación y la sexualidad. Es un concepto elaborado por Laplanche para explicar un nuevo modelo: las relaciones entre la autoconservación y la sexualidad en el ser humano. Este nuevo modelo viene a

reemplazar la vieja problemática del cuerpo y el alma (existente tanto en Freud como en la filosofía clásica) en la cual, la pulsión o energía libidinal era a veces calificada como somática y otras veces como psíquica.

Para salir de este embrollo Laplanche plantea que el apuntalamiento es un mecanismo en el que hay relación de apoyo entre los dos planos: autoconservación y sexualidad. La autoconservación será considerada como lo no-sexual y la sexualidad como lo sexual.

Sin embargo esta relación no implica que sean dos planos iguales, homogéneos, al contrario, uno esta en desventaja con el otro (la autoconservación está en desventaja con respecto a la sexualidad). La relación está dada por la interacción entre los dos planos en el nivel de una misma actividad.

*Referencia al marco teórico*

Párrafo 1, 2, 3, p. 31. Párrafo. 2, p. 39

*Referencia textual*

Mi hipótesis es que el cuchillo pasa por el centro de la pulsión misma ... y que una problemática enteramente nueva viene entonces a reemplazar la antigua cuestión del alma y el cuerpo: la de las relaciones entre la autoconservación y la sexualidad, que yo designo, retomando un término algo marginal para Freud, pero a mi juicio esencial, como problemática del *apuntalamiento*.

(p. 47)

Llegamos entonces a ese eje del apuntalamiento, esa bisagra que articula uno sobre otro los dos planos. El apuntalamiento consiste en que dos tipos de pulsiones o dos modos de funcionamiento se apoyan uno sobre el otro, pero *en una misma actividad*. ... el apuntalamiento de dos modos de funcionamiento uno sobre el otro, el modo de funcionamiento sexual en el origen, sobre la base de un funcionamiento no sexual.

(p. 65)

### *La bisagra del apuntalamiento*

#### *Interpretación inicial*

Para mostrar este eje o bisagra en el que se unen los dos planos se hará referencia a un ejemplo sobre la oralidad en el período de lactancia. Dijimos que el apuntalamiento es la relación de los dos planos en una misma actividad. Son planos diferentes, que ocupan espacios diferentes; su relación se da en un mismo tiempo en el que tiene lugar una actividad. Así, es la lactancia dicha actividad en la que podemos ubicar el apuntalamiento y aún más, en la cual se ubica un apuntalamiento originario.

En este ejemplo se sustenta la conclusión de Laplanche: hay un apuntalamiento originario en el cual la sexualidad nace, va a ser despertada por una actividad ligada a la autoconservación, es decir, que se experimentará una sensación de placer que va a ser asociada con dicha actividad alimentaria; en esa unión o asociación hay seguidamente una disociación o separación de la actividad de alimentación, de manera que el placer va a ser revivido por el lactante independientemente de la actividad de alimentación. La sensación de placer será alcanzada mediante un objeto en su mismo cuerpo, en este caso, los labios.

En este punto podemos entender que hay un estadio originario: el estadio no-sexual (autoconservación) es el que está presente claramente al principio de la vida y es en esa relación primaria de la alimentación, cuando la sexualidad (también presente pero como esperando a manifestarse) será despertada; despertada precisamente por esa primera sensación placentera producida por la alimentación y la cual se asoció a la zona en la que se produjo dicha sensación: los labios.

Hagamos más claridad sobre el ejemplo del que ya anticipamos su conclusión. En la oralidad, el *plano de la autoconservación* – plano izquierdo del diedro - es la lactancia, es decir, esas funciones alimentarias del lactante. La fuente de esa necesidad sería el aparato alimentario o incluso el conjunto del organismo que a través de la alimentación tiende a regular y mantener constantes los niveles biológicos. La meta de la actividad consiste en el restablecimiento del equilibrio mediante la saciedad. El objeto por medio del cual se llegaría a esa saciedad sería el objeto alimenticio: la leche.

Lo que constituye el plano sexual es el chupeteo, ya no el acto fisiológico de la succión. La *meta* de esta sexualidad es llegar al placer, ese placer vivenciado y que se desea volver a experimentar, sería alcanzar el apaciguamiento de la tensión originada en la zona de los labios; esta satisfacción no está soportada en una finalidad vital (alimentaria) aunque pone en juego montajes vitales. El *objeto* que le permitirá llegar a la satisfacción lo encuentra en el organismo (el pulgar o los labios por ejemplo). Su *fuentes* es difícil distinguirla del objeto, ya que este “en el límite”, serían los labios. Los labios del niño se comportaron como una *zona erógena* y la estimulación por la calidez del aflujo de leche fue la causa de la sensación placentera.

Al contrario de muchos argumentos en psicoanálisis Laplanche concluye que lo originario del apuntalamiento no es el apoyo de un plano sobre el otro sino esos dos modos de funcionamiento uno sobre el otro, en un mismo tiempo.

En el origen no hay un eje o bisagra que relacione los dos planos: los dos planos existen al inicio de la vida como independientes y se relacionarán posteriormente el uno con el otro (el modo de funcionamiento sobre la base de un funcionamiento no-sexual). Así Laplanche de acuerdo con Freud dice que el autoerotismo, en el cual no hay objeto externo sino objeto en el cuerpo mismo, no es el estadio originario; antes de que se



conforme el autoerotismo debe haber conocimiento de un objeto externo (la leche) lo que permitirá que luego se interiorice (interiorización de la sensación causada por la actividad de alimentación) dando paso a ese autoerotismo.

En conclusión, antes de que se dé el apuntalamiento el plano de la autoconservación y de la sexualidad se encuentran separados y listos a actuar al inicio de la vida. Por ese primer impulso de alimentarse para la conservación de la vida conocerá su primer objeto externo, dándose una primera sensación placentera despertando así la sexualidad. Esta relación que se da es una actividad sexual que se apoya sobre una actividad de autoconservación y dicha actividad sexual tratará de volver a su origen: lo que se verá en forma de autoerotismo.

Esta relación de apuntalamiento se da originariamente y se sigue repitiendo en orden a encontrar otros objetos sexuales en las siguientes etapas del desarrollo; su fin es llegar a la conformación de una sexualidad sintetizada, es decir la representación de la totalidad del cuerpo y llegar a la síntesis en la etapa genital. Esa genitalidad también estará dotada de los dos planos: la reproducción como función al servicio de la vida y el placer de órgano.

#### *Referencia del marco teórico*

Párrafo 1, 2, 3, p. 38. Párrafo 1, 3, p. 39.

#### *Referencia textual*

Ejemplo referenciado por Laplanche del texto *Tres Ensayos* (Freud) – comentarios de Laplanche entre corchetes.

Es claro, además, que la acción del niño chupeteador se rige por la búsqueda de un placer – ya vivenciado, y ahora recordado [nos remontamos entonces desde el chupeteo hasta una fase *anterior* memorizada]-. Así, en el caso más simple, la

satisfacción se contiene mamando rítmicamente un sector de la piel o de mucosa. Es fácil colegir también las ocasiones que brindaron al niño las primeras experiencias de ese placer que ahora aspira a renovar. Su primera actividad, la más importante para su vida, el mamar del pecho materno no pudo menos que familiarizarlo con ese placer [es en el momento mismo de la nutrición, de la succión del pecho y de la ingestión de la leche cuando la primera experiencia sexual se ha producido]. Diríamos que los labios del niño se comportaron como una *zona erógena*, y la estimulación por el cálido aflujo de la leche fue la causa de la sensación placentera.

[En el curso mismo de la alimentación ha surgido por lo tanto un placer que no es el de la saciedad, ni el del apaciguamiento, ni en consecuencia el placer de la función, sino un placer suplementario, marginal, nacido precisamente en el margen de los labios. ... Pero, también en este caso, lo marginal es la cosa misma, es decir la sexualidad.] Al comienzo, claro está, la satisfacción de la zona erógena se asoció con la satisfacción de la necesidad de alimentarse. El quehacer sexual se apuntala primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y solo más tarde se independiza de ella [en el chupeteo]. ... La necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia entonces de la necesidad de buscar alimento ...

(p. 65)

Así pues, el chupeteo mismo sólo se concibe en virtud de ese tiempo del apuntalamiento. O, para expresarnos de manera diferente, el apuntalamiento conlleva dos tiempos: un tiempo de apuntalamiento propiamente dicho, en el cual la actividad sexual se apoya sobre la actividad de autoconservación, y un tiempo de desasimiento de vuelta a contra pelo en autoerotismo. Tanto se puede decir que la sexualidad ya estaba ahí en esa relación de simbiosis – de

parasitación -, como que sólo deviene verdaderamente tal en el tiempo en que se desgaja de la autoconservación, replegándose al interior del sujeto, tiempo que yo designé como tiempo “auto” (en el sentido, evidentemente, de autoerotismo). El apuntalamiento es entonces la relación originaria de los dos tipos de pulsiones, relación que por lo tanto está hecha de apoyo, pero que a la vez está hecha de la toma de distancia.

(p. 66)

... La meta a que aspira cada una de ellas es el logro del *placer de órgano*; sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la *función de reproducción* [la oposición que yo establezco de manera sistemática entre placer recibido en el lugar, en el órgano, y el placer de función es entonces claramente introducida por Freud], en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales. ... En su primera aparición se apuntalan en las pulsiones de conservación, de las que sólo poco a poco se deshacen, también en el hallazgo de objeto siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas [término que consideraremos como equivalente, por el momento, de pulsiones de autoconservación].

(p. 61)

### *La vía del apuntalamiento*

#### *Interpretación inicial*

Es la manera en que se efectúa el pasaje del plano de lo no-sexual a lo sexual es decir el paso de la autoconservación a la sexualidad. Compararemos la pulsión y sus componentes en cada uno de los planos. Lo importante de esta vía del apuntalamiento es

que ilustrará el pasaje que se da, del objeto a la interiorización psíquica, lo llamado simbolización.

La pulsión en la autoconservación. El objeto originario de la autoconservación es el objeto alimenticio: la leche. Laplanche plantea que el objeto al que aspira la conservación es un objeto necesario y adaptado. Es un objeto indispensable para su supervivencia. Esta búsqueda es impulsada por una “necesidad” que el organismo mantiene para subsistir. El desequilibrio al interior del organismo es dado por la necesidad de cierta cantidad de sustancias que ayuden a mantener el equilibrio para su supervivencia. El organismo aspira a cierto tipo de alimentos que le ayuden a mantener dicho equilibrio. Por tanto decimos que el objeto de la autoconservación que conduce al apaciguamiento de cierta tensión es relativamente fijo.

La **meta** a la que se encamina la autoconservación es la búsqueda de un equilibrio; dicho equilibrio está regido por el principio de constancia: supresión de las excitaciones demasiado intensas (descarga) o aportación de excitación cuando el nivel es demasiado bajo. (Apéndice 2)

La **fuentes** de la autoconservación se ubica en cualquier zona del organismo desde donde se ejerce una tensión.

La pulsión en la sexualidad. El **objeto** de la sexualidad infantil es al comienzo autoerótico: no hay objeto exterior y la sexualidad se satisface en un principio en el cuerpo propio. En el autoerotismo hay presencia de un objeto fantasmático que proviene de la simbolización del objeto; el objeto fantasmático será determinado por la forma en que este fue interiorizado.

La autoconservación le mostrará ese primer objeto a la sexualidad: de la leche a esa figura interiorizada o simbolizada que es el pecho; se asocian por su cercana relación. El

placer que fue experimentado por la obtención de la leche querrá ser revivido por medio de una actividad como el chupeteo que sería la actividad sexual. En este punto reconocemos la primera zona erógena: la boca (etapa oral) donde se ve condensado el doble carácter de la zona: como órgano (que sirve a la autoconservación) y como zona erógena donde se experimenta el placer (autoerótico); en el autoerotismo hay una unión entre la fuente (de donde nace la excitación) y el objeto al que se ha asociado el placer.

La **meta** en la sexualidad sería impulsar la descarga hasta el final, hasta el nivel cero (0). La tensión nace y se satisface en un órgano determinado. En este autoerotismo que hemos resaltado es importante tener en cuenta que hay fragmentación o desplazamiento es decir, no hay una configuración del organismo como una totalidad. En esa relación de simbolización una derivación de la necesidad de alimento a algo más general: la incorporación oral; la ingestión es metaforizada como incorporación es decir, apropiarse del objeto y conservarlo dentro de sí. Hay algo más sobre esta relación: cuando se da esta simbolización hay una absoluta reciprocidad en ese fantasma o símbolo: comer o ser comido (incorporar o ser incorporado).

Las **fuentes** en la sexualidad se ven como indirectas y directas. Las directas son las zonas erógenas y se constituyen sobre la base de una excitación que nace en el órgano; lo característico de la sexualidad infantil pregenital es la fragmentación. Las fuentes indirectas serían todo lo que puede ocurrir al organismo que puede convertirse en fuente de la sexualidad.

Laplanche propone otra fuente además de las anteriores, lo llamado objeto-fuente o como el mismo lo va a llamar: el fantasma. Como dijimos ese fantasma es dado por simbolización; esta fuente se constituye como lo percibido del exterior es decir, lo que “resuena” en el interior de lo percibido en el exterior. Esta propuesta de Laplanche

proviene de la noción de “cuerpo extraño interno” el cual toma como un objeto no integrado a la memoria y se mantiene como una especie de vida a la vez interna y externa (este tema se retomará en el Apéndice E).

En esta vía del apuntalamiento podemos reconocer esa forma de pasaje de la autoconservación a la sexualidad y lo que circula en ese pasaje es la pulsión; la pulsión sexual es la pulsión por excelencia para Laplanche. Concluimos que la autoconservación es la que le mostró esa vía a la sexualidad para encontrar sus objetos y la forma en que fueron encontrados determinará la forma en que fueron simbolizados. En otras palabras, la forma de interiorización de los objetos, de ese fantasma, determinará el contenido de estos.

Por otra parte vimos como en ese pasaje de la leche al pecho hay una construcción simbólica del pecho como fantasma, a lo que se asoció con ese placer de la alimentación; lo que se dará además como el principio del “incorporar y ser incorporado” es decir esta relación de lo interno con lo externo. Debemos resaltar que desarrollamos extensamente este esquema de lo oral, sin embargo es un modelo con el que pueden explicarse los demás estadios, por ejemplo la analidad: su zona erógena es el ano (allí nacerá y se satisfará la tensión) y el principio que será interiorizado será el de retener y expulsar.

#### Referencia al marco teórico

Párrafo 1, p. 30. Párrafos 2, 3, p. 33. Párrafos 1, 2, 3, p. 35. Párrafos 1, 2, p. 36. Párrafos 1, 2, p. 37. Párrafos 2, 3, p. 38. Párrafos 1, 3, p. 39. Párrafo 1, p. 40. Párrafo 2, p. 41. Párrafo 1, p. 42. Párrafos 1, 2, p. 43. Párrafos 2, 3, p. 44. Párrafo 1, p. 45.

*Referencia textual*

Una pulsión sexual, por ejemplo la pulsión anal, se ejerce desde una fuente: una zona corporal y una función bien precisa. Pero admitimos que la “analidad” (y no simplemente la pulsión anal ni tampoco el placer directamente anal) pueda separarse de esta zona para sólo conservar ya lejos de su origen, sólo el esquema de una acción particularmente la de expulsar o de conservar algo. En el esquema clásico de cierta actitud hacia el dinero postulamos entonces que una pulsión pueda separarse completamente de su fuente, sin cambiar por ello de naturaleza.

(p. 41)

... la autoconservación, en cuanto al objeto, aspira a un objeto necesario, adaptado, un complemento indispensable para la supervivencia: pensemos en aquellas funciones que Freud recuerda siempre: no sólo la alimentación, el hambre que aspira desde luego al alimento, si no también la respiración. Se puede introducir el término de “necesidad”, a la condición sin embargo de no concebir la relación de ésta a su objeto según una correlación puramente mecánica. ... el organismo tiene necesidad de una cierta tasa de glucosa para subsistir, pero aquello a lo cual aspira la necesidad no es a la glucosa, sino a cierto tipo de alimentos. ... La necesidad es entonces coaptación, más o menos flexible a un objeto específico, capaz de modificar la fuente de excitación. ... La necesidad supone la existencia de un montaje fisiológico, no menos especializado, que desemboca en esta reducción de la excitación en su fuente.

(p. 53)

La necesidad aspira por lo tanto al apaciguamiento de la tensión, es decir al restablecimiento de un equilibrio. Y en vista de que estamos oponiendo la autoconservación y la sexualidad en el nivel del objeto, ¿cómo no pensar que aquí el

objeto que debe conducir al restablecimiento de un equilibrio, no puede ser muy variable, sino, por el contrario, relativamente fijo (agua, aire, alimento)?

(p. 54)

La sexualidad, repite Freud, es “al comienzo autoerótica”. Autoerotismo: esto quiere decir que no hay objeto exterior; la sexualidad se satisface al comienzo en el cuerpo propio. .. Aquí entrarían en total oposición una sexualidad sin objeto y una autoconservación que aspira, por el contrario, a un objeto claramente preadaptado. .. Y en primer lugar, si la sexualidad en el punto de partida no tiene objeto, es en el sentido preciso de que no tiene objeto exterior. Lejos de significar la ausencia de todo objeto, el autoerotismo supone por el contrario la pregnancia de un objeto fantasmático... .

(p. 54)

Tras haber expuesto la oposición entre necesidad y pulsión, me referiré a otro clivaje, entre los que intentamos reabrir: aquel entre *función y órgano*. .. Es la oposición entre *funciones*, que ponen en juego un aparato fisiológico, incluso a todo el organismo, en una especie de montaje muy complejo, y por otra parte la sexualidad, caracterizada no por esa totalidad, sino, por el contrario (se trata evidentemente de la sexualidad infantil), por el desplazamiento, por el hecho de que el placer nace en el lugar, en el nivel de un órgano aislado. .. No olvidemos en todo caso esta noción de despedazamiento (fragmentación) del placer, de no-organización en un sistema, segundo factor que define, en nuestra teoría, la noción de autoerotismo. Este es a la vez el placer sin objeto exterior y el placer no integrado sin consideración por una finalidad o aparato en el que se inscribiera.

(p. 55)



Veamos ahora cómo se oponen autoconservación y sexualidad *en cuanto a la meta*. ..

Diré en todo caso que, fenomenológica y fisiológicamente, el placer de la sexualidad y el placer de la autoconservación son diferentes.

En la autoconservación, lo que se busca es un equilibrio, y lo que rige este placer es el *principio de constancia*. Esta búsqueda de un equilibrio pasa evidentemente por la supresión de las excitaciones demasiado intensas. Si ustedes tienen en su organismo un nivel de cantidad de excitación considerado como la norma, es evidente que para restablecer ese nivel – si es demasiado elevado – hace falta una rebaja de excitación, es decir una “descarga”. Pero la idea misma de un equilibrio supone que cuando el nivel es demasiado bajo, habrá entonces que aportar – ya no suprimir – excitación.

(p. 55)

Consideramos en cambio la sexualidad, y principalmente la sexualidad infantil: Freud, y no sin razón, le aplica un modelo en el que únicamente quepa considerar la supresión de la excitación. Lo que aparece en segundo plano es una sexualidad frenética, sin ningún apaciguamiento verdadero, es decir sin ningún restablecimiento de equilibrio, salvo por el agotamiento. .. La sexualidad tendría por *meta* impulsar la descarga hasta el final, hasta el nivel cero.

(p. 56)

Si intentamos compararlas en cuanto a la fuente, en el caso de la autoconservación esa fuente, es asignable dentro de un aparato o un montaje fisiológico que tiene una autorregulación ... En el caso de la sexualidad es más difícil situar la fuente, si a toda costa se la quiere ver surgir de un órgano.

(p. 60)

Sin embargo, en ciertos pasajes Freud anticipa la caracterización *diferencial* de los dos tipos de pulsión:

Con miras a una caracterización general de las pulsiones sexuales se puede enunciar lo siguiente: son numerosas, brotan de múltiples fuentes orgánicas, al comienzo actúan con independencia unas de las otras y sólo después se reúnen en una síntesis más o menos acabada. La meta a que aspira cada una de ellas es el logro del *placer de órgano*; sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la *función de reproducción* [la oposición que yo establezco de manera sistemática entre placer recibido en el lugar, en el órgano, y el placer de función es entonces claramente introducida por Freud], en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales. ... En su primera aparición se apuntalan en las pulsiones de conservación, de las que sólo poco a poco se deshacen, también en el hallazgo de objeto siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas [término que consideraremos como equivalente, por el momento, de pulsiones de autoconservación].

(p. 61)

¿Cómo se efectúa este pasaje si consideramos los distintos componentes de la pulsión? Primero en cuanto al *objeto*. Lejos de que la pulsión sexual, en el chupeteo no tenga objeto, Freud recuerda en más de una ocasión que por el contrario, la pulsión sexual encuentra sus objetos por una vía que le es indicada por la autoconservación. Existe una vía que nos hace pasar del objeto alimenticio, que es la leche, al objeto sexual, que es el pecho. ... En efecto, el pecho está en relación de contigüidad con la leche y, en el movimiento del apuntalamiento, hay un movimiento de deslizamiento metonímico. ... Además, en el pasaje al autoerotismo, no hay sólo pasaje de la leche al

pecho, sino también interiorización del objeto en la forma de fantasma y también, yo agregaría, represión originaria del objeto. .. El interés de esta suerte de duplicación del objeto, consiste en llevarnos a concebir una conjunción entre el objeto como órgano, parte del cuerpo más exactamente, tomado en el lugar (cuyo ideal son los labios), y el pecho fantasmaticado. O incluso – insistiremos en esto -, de la “fuente” y del “objeto” en el autoerotismo.

(p. 66)

La *meta*. En la pulsión sexual, pulsión por excelencia, la necesidad de alimento ha devenido algo que es aparentemente muy similar y que llamamos incorporación oral; también hay aquí una relación de derivación, una relación de deslizamiento. Pero aquí lo que juega no es esencialmente la relación de contigüidad, sino, por el contrario, una relación de semejanza: hay metaforización de la ingestión en incorporación, como proceso llevado a lo absoluto. ... Pero lo que nos importa aquí es la absoluta reciprocidad de los temas de comer y ser comido en el fantasma, donde se permuta y se intercambian incesantemente.

(p. 67)

## Apéndice D

### Categoría emergente: Síntoma

El síntoma es la segunda categoría emergente que se convirtió en el eje nos permitió continuar con la interpretación la obra; esta categoría se desprende de la anterior: el apuntalamiento. Dentro de esta temática resaltamos algunos conceptos que tomamos como categorías emergentes y otros que ya hacían parte de las categorías con las que iniciamos el estudio.

En este apéndice elaboraremos el concepto emergente de síntoma. Dentro de este concepto se hará referencia constantemente a las categorías iniciales de autoconservación y sexualidad de las cuales se introdujeron algunos elementos en la elaboración anterior sobre el apuntalamiento.

Plantearémos una estructura inicial con la que introduciremos las categorías y la relación que evidenciamos entre ellas; esta es una guía planteada por nosotras para recorrer los planteamientos de Laplanche y la lógica que encontramos para su interpretación.

Después elaboraremos cada una de las categorías las cuales seguirán tres pasos:

1. Interpretación inicial: construiremos el concepto a partir de nuestra interpretación de los planteamientos de Laplanche. Realizaremos interpretaciones más complejas en las cuales inferiremos ideas propias; estas conclusiones llevarán diferente color.
2. Para sustentar en primera medida nuestros planteamientos haremos referencia a los párrafos en los que se encuentra nuestra primera elaboración de los datos que fue el marco teórico.

Las indicaciones indispensables para ubicar los párrafos en el marco teórico, se encuentran en este mismo numeral del apéndice C.

3. Para completar nuestra interpretación, sustentaremos estas ideas haciendo referencia textual a la obra de Laplanche.

### *Estructuración inicial*

1. El síntoma neurótico se da por la influencia de lo sexual sobre lo no-sexual, por una vía inversa a la del apuntalamiento. Pensemos la misma vía del apuntalamiento pero en sentido inverso; en este pasaje se descubre lo que Laplanche llama “una especie de enloquecimiento” o de “perversión de la función”.
2. El **síntoma** neurótico esta dado por un **conflicto** al interior del plano de la sexualidad sin embargo, se manifiesta en el plano no-sexual (funciones orgánicas).
3. Dicho conflicto al interior al plano de la sexualidad y sus manifestaciones somáticas deben entenderse sobre la base de un argumento de Laplanche: el plano de la **autonservación** es insuficiente en el hombre si se encuentra separado de la **sexualidad**; la sexualidad recubre la autoconservación. Este argumento se basa en la descalificación de la “hipótesis adaptativa” que elabora Laplanche.
4. Es en este funcionamiento patológico por medio del cual se produce el síntoma, cuando se hace explícita la separación de las dos pulsiones: autoconservación y sexualidad.
5. Después de que realizar las anteriores aclaraciones sobre cómo se produce el conflicto psíquico, entraremos a tomar mas enfáticamente a la autoconservación y la sexualidad. Sobre la autoconservación sustentaremos el planteamiento de Laplanche de su falta de autonomía; sobre la sexualidad diremos de qué energías está compuesta (**pulsiones de vida y pulsiones de muerte**) y como estas constituyen el conflicto inherente en este plano de la sexualidad.

## *Categorías*

### *Síntoma*

#### *Interpretación inicial*

En la formación del síntoma hay influencia del plano de la sexualidad sobre el de autoconservación. Laplanche llamo a esta relación “influencia recíproca”; a pesar de que este término sugiere una relación de doble vía es decir, influencia equivalente entre los dos planos, dice que esta relación no es equivalente dada su idea de que la autoconservación es insuficiente en el hombre. El plano de la sexualidad influye en el de la autoconservación expresándose en la forma de “perversión de la función” es decir, que al tratar de volver a su origen (autoconservación) no se expresa de la misma manera como se dio en la influencia de lo no-sexual en lo sexual (autoconservación que dio el paso a la sexualidad), como lo vimos en la simbolización producto del apuntalamiento.

#### *Referencia al marco teórico*

Párrafo 3, p. 31. Párrafo 2, p. 37. Párrafo 3, p. 43. Párrafos 3, 4, p. 47.

#### *Referencia textual al texto de Laplanche*

Pero la complejidad es todavía más grande y podemos anunciar ya un tiempo ulterior: por que habrá que admitir que el primero de estos dos planos, el así llamado de la autoconservación, no encuentra verdaderamente su autonomía. En el hombre, la idea misma de una autoconservación que fuera autosuficiente no es más que una abstracción. De modo que el apuntalamiento de la sexualidad en la autoconservación se apoya en un puntal mal sujetado, débil, podrido. En esta medida hay que concebir entre la autoconservación y la sexualidad lazos diversos de los lazos de origen o de emergencia: hay que imaginar lazos de doble sentido y, para retomar nuestro esquema

del diedro, después del tiempo de la apertura una suerte de repliegue de los dos planos, uno sobre el otro.

(p. 47)

...En su primera aparición se apuntalan en las pulsiones de conservación, de las que sólo poco a poco se deshacen, también en el hallazgo de objeto siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas [término que consideraremos como equivalente, por el momento, de pulsiones de autoconservación]. Una parte de ellas continúan asociadas toda la vida a éstas últimas, a las cuales proveen de componentes *libidinosos* que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y salen a la luz cuando sobreviene la enfermedad.

(p. 61)

... Empero, está interpretación, que haría del apuntalamiento un simple movimiento de pasaje de la cosa al símbolo, si bien parece tener cierta verosimilitud, creo que enmascara una heterogeneidad más irreductible; para decirlo de una vez: creo que es demasiado idílica. Acaso ocurra algo parecido con el término de emergencia: hay en esa aparición de lo “sexual” algo más, y otra cosa, que una emergencia o un corrimiento simbólico. En este pasaje de lo no sexual a lo sexual se descubre lo que llamé anteriormente una especie de enloquecimiento o de perversión de la función.

(pp. 69, 70)

... Una buena parte de la sintomatología de las neurosis, que yo derivo de perturbaciones de los procesos sexuales, se exterioriza en perturbaciones de las otras funciones, no sexuales, del cuerpo.

(p. 76)

*El conflicto entre los dos planos*

*Interpretación inicial*

Se parte de la idea de Laplanche sobre la insuficiencia de la autoconservación en el ser humano la cual se apoya en el argumento de que cualquier ser humano al inicio de la vida necesita de alguien externo que supla sus necesidades. Sin embargo Laplanche sostiene que la autoconservación es un registro vital que se debe tener en cuenta como una referencia importante en todo el transcurso de la vida.

Para entrar propiamente en el conflicto pulsional del cual surge el síntoma, Laplanche plantea una confusión que se ha dado constantemente en psicoanálisis: que el conflicto psíquico se da entre las pulsiones del *yo* y las pulsiones sexuales donde las pulsiones del *yo* se han entendido como las pulsiones de autoconservación.

Pero sabemos que el *yo* se constituye en el plano de la sexualidad es decir, formado por representaciones psíquicas; por tanto al hablar de pulsiones del *yo* nos referimos a que ese *yo* es quien se apropia la regulación de los cambios orgánicos. Estas funciones del *yo* están en estrecha relación con las pulsiones del *yo* ya que estas ayudan a mantenerlo; el *yo* es visualizado como ese gran “reservorio” de energía, como una “vesícula” que debe defender su barrera. Así vemos que toda la autoconservación esta recubierta por la sexualidad, esta sostiene la autoconservación. Así concluimos que el *yo* hace parte del plano de la sexualidad y que el conflicto ocurre al interior de este, sin embargo se manifiesta en la afección de las funciones orgánicas.

Decimos que el conflicto psíquico se da por un conflicto entre lo sexual y no-sexual pero que ese no-sexual **no** se entienda como la autoconservación sino como esa parte no-sexual del plano sexual; es el conflicto entre las exigencias del *yo* y las pulsiones



sexuales (ambas haciendo parte del plano sexual) manifestándose en las funciones somáticas.

Tomaremos un ejemplo que Laplanche referencia de Freud en su texto “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” en el cual se plantea: En una misma función como la visión y en un mismo terreno fisiológico (el ojo) se puede ver la oposición de los tipos de pulsiones que dan origen al síntoma. En este lugar del ojo, el conflicto opondrá sus dos funciones: función adaptativa y función sexual. Dado el conflicto al interior de la sexualidad se dará como resultado “la ceguera histérica” (síntoma). Laplanche concluye – a pesar de la ambigüedad de Freud en esta oposición – que la autoconservación es la que termina afectada en el conflicto psíquico y por tanto las fuerzas que están implicadas en el conflicto psíquico son las fuerzas de la sexualidad. Dicha sexualidad se impone a la adaptación haciendo que el ojo se aparte de su función adaptativa aún cuando este no tenga de base ningún daño fisiológico. Vemos como el conflicto no se da entre las exigencias de la sexualidad y las exigencias de la supervivencia.

Después de haber tomado como referencia este ejemplo diremos algo más que nos aclare como el conflicto neurótico se ubica nuevamente en el plano de la sexualidad, y como el *yo* debe ser entendido dentro de este.

En el plano sexual se ubica tanto el *yo* como las pulsiones que circulan libremente según las “líneas fantasmáticas del inconciente” (energía no ligada). El *yo* por su parte, es una instancia que funciona por esa energía sexual que atrapa o bloquea (energía ligada); el *yo* posee otra parte que le permite tomar a cargo las funciones de la autoconservación gracias a esa energía sexual con la cual trabaja. Finalmente decimos que este tema de energía ligada y no ligada lo trabajaremos en el siguiente punto.

*Referencia al marco teórico*

Párrafo 1, p. 32. Párrafo 1, p. 33. Párrafo 3, p. 45. Párrafos 1, 2, 4, p. 47. Párrafo 2, p. 62. Párrafos 1, 2, p. 67. Párrafo. 1, p. 68.

*Referencia textual*

Pero es en un texto de 1910 donde encontramos el intento más explícito de hacer jugar el antagonismo entre autoconservación y sexualidad para explicar el conflicto psíquico; ese texto se intitula “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”. Es a raíz de un mismo dispositivo (el de la visión), y en un mismo terreno (el ojo), como se oponen los dos tipos de pulsiones, dando origen al síntoma, el más manifiesto de los cuales (aún cuando sea raro en nuestros días) es la ceguera histérica. Es así como van a entrar en conflicto en ese lugar único del ojo, sus dos funciones: función adaptativa evidente (la visión permite al individuo ubicarse en su entorno), y por otra parte función erógena (por que la visión tiene un papel en las excitaciones eróticas, y en primer lugar en las más primitivas, ligadas a lo que el niño vislumbra del coito parental). Es el conflicto entre estas dos funciones lo que desembocaría en la perturbación psicógena, es decir, precisamente, en la puesta fuera de combate, en una ceguera (que por otra parte presenta algunos caracteres asaz particulares, puesto que, por la mediación de ese mismo ojo ciego, se pone en evidencia que “el inconciente sigue viendo”).

(pp. 49, 50)

Sólo me detendré en este texto para formular mi interpretación personal; existe, en esta teorización de Freud, una ambigüedad de la que este texto no sale: la función adaptativa o autoconservadora del ojo aparece simultáneamente como uno de los elementos del conflicto, como uno de los ejercicios en pugna y a la vez como el

campo de batalla, y por último como lo que está en juego en el conflicto. ¿La función de autoconservación puede ser al mismo tiempo el terreno y una de las fuerzas enfrentadas en el conflicto? Yo diría aquí, para formular mi posición personal, que Freud jamás logró demostrar que las exigencias adaptativas fueran *una de las fuerzas en juego* en el conflicto psíquico. Digo las exigencias adaptativas como tales, es decir como necesidad impuesta por lo que él llamó por ejemplo apremio de la vida. Nunca, en ninguna descripción de neurosis, logró Freud demostrar que las necesidades vitales y, en última instancia, las exigencias de supervivencia del individuo fueran lo que actúa en la represión. No pretendo que la autoconservación no exista, sino que es lo que está en juego en el conflicto (que por otra parte es ganado finalmente por la sexualidad, puesto que la visión es sustraída de su función adaptativa para devenir sólo sexual), y no una de las fuerzas directamente en pugna.

(p. 50)

Ustedes verán que se trata aquí del yo y no de las pulsiones del yo. En otros términos, Freud admite que el conflicto se produce entre la sexualidad y el yo, pero no entre la sexualidad y las pulsiones que, teóricamente, deberían estar operando en el yo, es decir las famosas pulsiones de autoconservación.

(p. 51)

...no se trata de rehusarse a tener en cuenta estos montajes reguladores, autoconservadores; es verdad que su modelo es más evidente en el animal y en ciertas especies animales mejor adaptadas. En el hombre su existencia es particularmente precaria, débil, y desde hace tiempo que se insiste con Freud en el desvalimiento originario del pequeño ser humano. ... En definitiva esto significa que la autoconservación es un registro que hay que mantener presente como una referencia,

pero que al mismo tiempo, ese plano izquierdo de nuestro diedro es harto a menudo desfallecido, está apolillado, agujereado. La fuente, si es que la hay, estaría seca la mayor parte del tiempo, si agua –energía- no le fuera aportada desde el exterior.

(p. 75)

Una buena parte de la sintomatología de las neurosis, que yo derivo de perturbaciones de los procesos sexuales, se exterioriza en perturbaciones de las otras funciones, no sexuales, del cuerpo. .. Lo evidente en curso mismo de un psicoanálisis es que todo el trabajo se opera en el plano de la sexualidad, no en el sentido del aparato sexual, sino en el sentido del funcionamiento o de la circulación fantasmática. .. El único plano de trabajo del psicoanálisis es el plano derecho de nuestro diedro, quedando entendido, una vez más, que también el yo se sitúa de ese lado.

(p. 76)

Yo hablaba antes de neurosis, o al menos de síntoma. Para situar claramente las ideas, digamos que el conflicto neurótico, aquel que da origen a síntomas, ubica enteramente en el plano derecho, en el plano sexual. El conflicto neurótico no es un conflicto entre las exigencias de la sexualidad y las exigencias de la supervivencia, es un conflicto totalmente interior al plano sexual, a condición por supuesto de situar en ese plano sexual no sólo las pulsiones que circulan libremente, al menos según las líneas fantasmáticas del inconciente, sino también el yo: la instancia del yo como formación ella misma investida sexualmente y que funciona merced a la energía sexual que viene de alguna manera a atrapar, a bloquear en cierta forma, y la instancia del yo que viene como a tomar a cargo, gracias a esta energía, a la autoconservación.

(p. 130)

¿Y el yo? ¿Y las pulsiones del yo? El yo está totalmente, diré, en el plano de la derecha; el yo está sostenido por el amor del yo. ... El yo es el objeto central, por no decir primordial; es él “gran reservorio” de la libido. Y si no llego a decir totalmente “primordial” es porque el yo está constituido él mismo sobre los modelos del objeto primordial. Las pulsiones del yo son por excelencia pulsiones de vida, sino son tal vez *las* pulsiones de vida. Mantener al yo, que debe ser considerado como un recinto, como una “vesícula”, es defender su barrera, es ayudar a su expansión y es aquí donde hay que distinguir claramente entre las pulsiones del yo y las pulsiones de autoconservación, ... Las pulsiones del yo no son idénticas a las funciones de autoconservación, pero están en una relación precisa con éstas. La autoconservación se sitúa en el plano de la izquierda y apenas merece el término de pulsión, ... Por eso preferiremos hablar de función, más que de pulsión. De todos modos, en el plano sexual, es el yo la instancia que *retoma* por cuenta propia los intereses del organismo, de la vida.

(p. 138)

Si tal es la posición del yo, en el plano “sexual”, comprenden ustedes ahora que el conflicto psíquico nunca se produce directamente entre autoconservación y sexualidad; nuestros dos planos no figuran un esquema del conflicto, sino un modelo más o menos mítico de la génesis de la sexualidad. El conflicto mismo debe ser ubicado en el corazón de la sexualidad ...

(p. 138)

... Una palabra más aún acerca de la relación entre ambos planos: toda la autoconservación está recubierta por la sexualidad, de modo que el postulado que hace un momento yo presentaba como postulado metodológico, el postulado del

análisis, la puesta entre paréntesis de la realidad a favor del fantasma, encuentra su justificación en esta relación invertida que hace que, si la sexualidad nace por apuntalamiento en la autoconservación, de hecho, de parte a parte, es la autoconservación la que está como subtenida, entramada, reticulada, por la sexualidad.

(p. 139)

*Sexualidad: pulsiones de vida y pulsiones muerte*

*Interpretación inicial*

Retomando el plano de la sexualidad recordamos nuevamente que es únicamente sexual. Laplanche visualiza este plano “S” como un modelo de red de representaciones que se conectan entre sí las cuales generan vías por las que circula energía. Esta circulación de energía se da de dos formas:

Energía libre o no ligada: es la energía que circula en el inconciente, entre esos elementos fantasmáticos; circula según varias modalidades de circulación: el “desplazamiento”, la “condensación” y la tendencia a la “descarga absoluta”; al circular bajo este principio actuará bajo la tendencia a la desligazón.

Energía ligada: es la que se encuentra retenida o fijada en grupos de representaciones; empleando un término que retoma Laplanche de Freud, es una energía que esta sometida a la “estasis”. Esta energía estaría ligada precisamente a objetos lo que lleva a hablar de “amor de objeto”. Actuará bajo una tendencia hacia la síntesis y a la ligazón.

Finalmente diremos que la energía libre será asimilada a la pulsión de muerte y la energía ligada a la pulsión de vida. Estas dos pulsiones que están situadas en el plano de la sexualidad son una nueva forma de la pulsión sexual inicial. Estas pulsiones de vida y

de muerte serán necesarias para entender la construcción de Laplanche sobre la sublimación ya que, de lo no-sexual de que se habla es esa parte de la sexualidad es lo que circula libremente y esa parte de lo sexual sería esa energía ligada.

Ahora, estas dos pulsiones no estarían en igualdad de condiciones, no serían simétricas ya que, existe un principio de “discordia” entre las dos. La pulsión de muerte no será solo lo contrario a la pulsión de vida sino que a la vez sería ella misma la que impide la unión entre las dos; en otras palabras, sería un principio de discordia que actúa en esa pulsión de muerte (que corre hacia la desorganización o desligazón) y que también actúa contra esa pulsión de vida (que tiende a la fusión). Lo no-ligado es enemigo del principio de fusión al interior de sí mismo y a la vez es enemigo de su propia fusión con lo ligado.

*Referencia al marco teórico*

Párrafos 1, 2, p. 66. Párrafo 1, p. 67. Párrafo 3, p. 68. Párrafos 2, 3, p. 69.

*Referencia textual*

Interesémonos pues en ese plano S. Si este plano, decíamos, es únicamente sexual... conviene reintroducir aquí la gran distinción aportada por Freud ... entre lo que él llama, y seguirá llamando, la energía libre por un lado, y la energía ligada por otro. El modelo es el de una red de representaciones conectadas entre sí siguiendo vías. Así pues, una red de representaciones entre las cuales puede circular energía. Dos modos de circulación introducen, en este plano S una distinción fundamental, que devendrá una distinción no sólo energética, sino tópica: por una parte hay energía libre, la que circula o tiende a circular en el inconsciente, entre los elementos fantasmáticos, según las leyes (si podemos llamar leyes a esas modalidades de circulación) del desplazamiento, de la condensación y, por último, según la ley de la pendiente más

inclinada, es decir de la tendencia al cero, de la tendencia a la descarga. ... Por otra parte, además de esta energía libre, la energía ligada: es la que se encuentra retenida, fijada en grupos de representaciones o, empleando otro término de Freud, sometida a la “estasis”. ¿Cómo esta energía estaría ligada sino lo estuviera precisamente a objetos? Decir que cierta libido se encuentra ligada sería entonces lo mismo que hablar de la energía del amor de objeto, en tanto que la libido no ligada obedece tendencialmente, no a la estasis, sino al principio de la descarga absoluta. No vacilo por mi parte (esta es mi interpretación, mi “teoría de las pulsiones”) en asimilar la energía libre a la “pulsión de muerte” y la energía ligada a la “pulsión de vida”, ese *Eros* cuya meta es precisamente mantener y crear objetos cada vez más englobantes, por su tendencia a la síntesis y, precisamente, a la ligazón, en tanto que la pulsión de muerte es por definición tendencia a la desligazón y a la descarga. Según mi interpretación, pulsión de vida y pulsión de muerte se sitúan *ambas* en el plano S y no son sino un nuevo avatar de esas dos formas de la energía o de la pulsión sexual...

(p. 136)

Precisamente por que la sublimación nos plantea la cuestión de la relación entre lo sexual y lo no sexual, y por que el problema de partida consiste en saber, evidentemente, de qué “sexual”, pero también de qué “no - sexual” hablamos, qué “no-sexual” está en juego. Es preciso decir que en esto hay vacilación en Freud. ...podríamos pensar que lo no sexual es, finalmente, aquello de la autoconservación. .. Pero que en definitiva lo no-sexual no se entienda como la autoconservación, sino como el dominio del yo – es decir, al cabo, lo sexual, pero esa parte de lo sexual que está ligada, investida y como secuestrada ... En Freud esto se expresará en esa



formulación según la cual el yo funciona con la energía en estasis, con la libido “desexualizada y sublimada.

(pp. 139, 140)

... Freud encuentra en la pareja de opuestos propuesta por Empédocles un claro antecedente a su oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. ... Estas pulsiones de vida y pulsiones de muerte, de las cuales yo intentaba dar mi interpretación, no sin fundamento, por otra parte, por referencia a una sexualidad que funciona según el régimen de la energía libre y una sexualidad que funciona según el régimen de energía ligada; estas pulsiones de vida y pulsiones de muerte son, en Freud, digámoslo así, la síntesis contra la antisíntesis. Hay aquí una idea interesante, que encontramos en ciertos textos de Freud, y es ésta: cuando se oponen síntesis y anti-síntesis, no se tiene *una simetría*; las dos pulsiones no se encuentran en el mismo plano, ya que la pulsión de muerte es no sólo la anti-pulsión de vida, sino al mismo tiempo *el principio que impide la unión entre esta pulsión de muerte y la pulsión de vida*.

... Pero si hablamos de fusión o de defusión no en ese nivel derivado que es el del amor y de la agresividad, sino en el nivel fundamental de los dos principios en cuestión, pulsión de vida y pulsión de muerte, nos damos cuenta de que la discordia, ... es principio de discordia entre ella misma y el principio de fusión; o también, de que existe una especie de heterogeneidad radical en lo que yo llamo el funcionamiento no ligado (lo que Freud llama la energía libre), en el sentido de una energía que corre hacia la desorganización.

... Muchas son entonces las connotaciones de la desligazón. Pero aquella en la que hoy insisto es este elemento de radical heterogeneidad que hace que lo no-ligado sea

no sólo enemigo de lo ligado, si se puede decir así, sino también enemigo de su propia fusión con lo ligado.

(p. 46)

### *Autoconservación*

#### *Interpretación inicial*

La autoconservación se ubica en el plano de la izquierda y, Laplanche resalta que apenas sería correcto nombrarla pulsión; la ha llamado así para oponerla a la sexualidad por lo tanto, la correcta forma de llamarla será “función”. Laplanche resalta la existencia de una “función sexual” que es cumplida por el aparato sexual con mecanismos específicos que cumplen una función específica. Sin embargo, a pesar de que la autoconservación no es autónoma en el ser humano Laplanche no la visualiza de manera simplificada, es decir, rechaza la idea de un montaje instintual por lo cual concluye que en el hombre no se puede hablar de “instinto”.

La autoconservación no es autosuficiente en el hombre porque precisamente no hay instinto. Se nace con un aparato fisiológico montado que en su totalidad funciona por medio de la autorregulación de los órganos y los sistemas; pero si la manera de llegar a la regulación no es facilitada al principio de la vida por una persona externa, el niño por sí mismo no sabría cómo mantenerse vivo. Por esto Laplanche habla de función del aparato fisiológico que tiende a la autorregulación y no de instinto.

En este momento es donde introducimos la “descalificación de la hipótesis adaptativa” de Laplanche, en la cual sostiene que no es por un principio de adaptación o necesidad que la humanidad ha evolucionado. Laplanche hace referencia a Freud quien ubicó el origen de la civilización en dos factores: un factor pulsional (las pulsiones que

tienden a la vida) y un factor de necesidad exterior (necesidad de adaptación al mundo exterior). Esta referencia lo hará plantearse una idea que va más allá de esta adaptación la cual toma de Bachelard. Bachelard sostiene que no es la necesidad sino el “deseo” lo que constituye el motor de la evolución de la humanidad. Para esta afirmación se fundamentan en que este “deseo” es movilizadado por las prohibiciones sociales. Dichas prohibiciones informan al nuevo ser de las acciones que no debe realizar; al comprobar dichas prohibiciones esta persona entiende la razón de estas. Es por experiencia del mundo como se da el conocimiento y no por una información que se posea de manera innata o natural.

Como ya hemos dicho el ser humano no funciona por instinto ya que, precisamente nace dentro de una comunidad, necesita de ese medio para aprender sus códigos y defenderse en ese mundo exterior por medio de una interacción con el mismo. Es aquí donde introducimos lo “cultural” como forma de aprender del mundo y de sus elementos y, este hace aprender al ser humano como adaptarse y los medios para desarrollarse a partir de sí mismo. Finalmente es con este elemento de lo cultural como introducimos la sublimación cuya elaboración será presentada en el siguiente apéndice retomando sus elementos internos (vida psíquica) y externos (vivencias con el mundo exterior).

#### *Referencia al marco teórico*

Párrafo 3, p. 31. Párrafo 1, p. 36. Párrafo 2, p. 67. Párrafo 1, 2, 3, p. 70.

#### *Referencia textual*

Pero la complejidad es todavía más grande y podemos anunciar ya un tiempo ulterior: por que habrá que admitir que el primero de estos dos planos, el así llamado de la autoconservación, no encuentra verdaderamente su autonomía. En el hombre, la idea

misma de una autoconservación que fuera autosuficiente no es más que una abstracción. De modo que el apuntalamiento de la sexualidad en la autoconservación se apoya en un puntal mal sujetado, débil, podrido.

(p. 47)

Hemos hablado de función y de órgano. Pero después de todo, existe también una *función sexual*, un aparato sexual con montajes, con encadenamientos de mecanismo ... mecanismos que se desencadenan los unos a los otros y desembocan en lo que él llama la acción específica y el orgasmo. Clivar entonces placer de función (no sexual) y placer de órgano (sexual) implica plantearse ulteriormente como tarea reunir en alguna parte la sexualidad efectiva, que no es sólo un juego de fantasmas, sino que está ligada también a un aparato fisiológico con un mecanismo específico. E inversamente, del lado de la autoconservación, cabe rechazar cualquier simplificación abusiva preguntándose si esas funciones están tan estrictamente determinadas como yo pretendí describirlas anteriormente, al punto de evocar la idea de un montaje instintual”.

(p. 58)

Cualquiera que sea su génesis – eventualmente por selección, y no por adaptación y transmisión de los caracteres adquiridos -, el resultado sigue siendo la adaptación: desde el punto de vista del objeto, una tipicidad de este; y en lo que atañe a lo que llamamos la “meta”, una fijeza de las secuencias de acciones; secuencias, como dice Tinbergen, coordinadas con vistas a cierta adaptación que concurre a la supervivencia.

... He aquí una discordancia que merece toda nuestra atención: estábamos a punto de oponer la autoconservación a la sexualidad como se haría con el instinto y la pulsión,

y advertimos que, en el hombre, en el límite, no se puede hablar de instinto. Con ello adelantamos el segundo giro, que consiste en cuestionar la autonomía del plano de la autoconservación, sobre el cual se considera que se apuntala la sexualidad, y en demostrar como este plano mismo no es autosuficiente en el hombre.

(pp. 58, 59)

La autoconservación se sitúa en el plano de la izquierda y apenas merece el término de pulsión, ... Por eso preferiremos hablar de función, más que de pulsión. De todos modos, en el plano sexual, es el yo la instancia que *retoma* por cuenta propia los intereses del organismo, de la vida”.

(p. 138)

... Y se puede decir que, en esta apología de lo metafórico y de lo no realista, Bachelard va incluso mucho más lejos que Freud, quien se siente pese a todo obligado a ubicar en los orígenes de la civilización dos factores y no uno sólo: junto al factor pulsional, Eros, un factor de necesidad exterior, lo que él llama Ananké. Si Freud hace con ello una concesión a explicaciones realistas de la evolución de la humanidad, e introduce la penuria, las necesidades de la adaptación al mundo, a pesar de todo, en la base de la evolución, Bachelard va mucho más lejos y no vacila en decir que no es la necesidad sino el deseo lo que constituye el motor de toda la evolución de la civilización.

... Y bien, Bachelard invierte por completo esta perspectiva; ... sosteniendo que lo primero, en esta relación del niño con el fuego, es en todo caso la prohibición”.

(p. 151)

El reflejo que nos hace retirar el dedo de la llama de una bujía no juega, por así, ningún papel conciente en nuestro conocimiento; incluso es posible asombrarse de

que se le dé tanta importancia en los libros de psicología elemental donde se lo presenta como el sempiterno ejemplo de intervención de una suerte de reflexión en el reflejo, de un conocimiento en la sensación más brutal. *En realidad, las prohibiciones sociales son las primeras.* La experiencia natural no viene sino en segundo lugar para añadir una prueba material *inesperada*, cuya naturaleza es demasiado oscura para fundar en ella un conocimiento objetivo. La quemadura, es decir, la inhibición natural, al confirmar las prohibiciones sociales no hace sino aumentar a los ojos del niño, el valor de la inteligencia paternal.

(p. 151)

... Y cito esta última frase de que podríamos hacer coautores a otros: “El hombre es una creación del deseo, no una creación de la necesidad”.

(p. 152)

## Apéndice E

### Categoría emergente: Sublimación

La sublimación es el concepto central que analizamos en este estudio. Junto con el Apuntalamiento y el Síntoma son los ejes que permitieron dar una lógica a la interpretación de la obra. En este concepto se enmarcan categorías iniciales, conceptos emergentes desarrollados anteriormente y conceptos nuevos que emergen de esta temática propia. La sublimación fue tomada por nosotras como un concepto en sí mismo emergente ya que fue este el que de base construimos a partir de los planteamientos de Laplanche.

En este apéndice elaboraremos nuestro concepto central: La sublimación. Dentro de este concepto se enlazarán las categorías analizadas anteriormente junto con otras que aún no hemos nombrado.

Planteamos una estructura que servirá de guía planteada para recorrer los planteamientos de Laplanche y la lógica que encontramos para construir este concepto lo cual fue nuestro objetivo central en este estudio.

Esta elaboración se compone de tres pasos:

- 1 Interpretación inicial: construiremos el concepto a partir de nuestra interpretación de los planteamientos de Laplanche. Las ideas fueron planteadas una por una y así mismo las desarrollamos para dar una visión total del concepto; lo anterior implica que ya no tomaremos concepto por concepto sino idea por idea ya que lo que pretendimos construir fue la totalidad del proceso de Sublimación. Nuestras inferencias más complejas no las evidenciamos en este mismo apéndice; estas irán en el apartado de “Resultados” junto con las demás inferencias que hicieron parte de los apéndices anteriores.

- 2 Para sustentar en primera medida nuestros planteamientos haremos referencia a los párrafos en los que se encuentra nuestra primera elaboración de los datos que fue el marco teórico.

Para ubicar los párrafos a los que hacemos referencia en el marco teórico, se debe remitir a las indicaciones de este mismo numeral en el apéndice C.

- 3 Para completar nuestra interpretación, sustentaremos estas ideas haciendo referencia textual a la obra de Laplanche.

### *Estructuración inicial*

Laplanche inicia su elaboración sobre la **sublimación** basándose en el concepto postulado por Freud en el cual distingue dos aspectos: los elementos de la vida psíquica que intervienen en este proceso (lo interno) y los elementos que provienen de la vida social (lo externo).

La sublimación con respecto a lo interno se fundamenta en la relación de lo sexual con lo no sexual y a la pulsión como la energía que transita de las actividades sexuales a las actividades no sexuales.

La sublimación con respecto a lo externo se fundamenta en la valorización social presente en las actividades humanas que se derivan hacia un fin no sexual y apuntan a objetos socialmente valorados.

Los siguientes puntos corresponden al aspecto intrapsíquico de la sublimación:

1. La relación de lo sexual con lo no sexual debe entenderse dentro del marco del plano sexual que elaboramos anteriormente. La pulsión sería esa energía que transita dentro de este contexto sexual pero que al abstraerse de su fin sexual nos sugiere una desexualización (paso de lo sexual a lo no sexual).



2. Explicamos en el Apéndice C el pasaje de lo no-sexual a lo sexual a propósito del apuntalamiento, proceso que implica simbolización, nacimiento de la sexualidad a partir de la autoconservación. En la sublimación estaríamos hablando de un pasaje de lo sexual a lo no sexual que **no** debe entenderse como lo inverso del apuntalamiento: el retorno de lo sexual (sexualidad) a la lo no-sexual (autoconservación).
3. Por otra parte explicamos el síntoma para esquematizar la influencia que puede ejercer un conflicto en el plano sexual en lo no-sexual de un individuo (autoconservación); es decir, la influencia de lo sexual en lo no-sexual. La sublimación **no** debe ser entendida dentro del marco del síntoma.
4. A partir de lo anterior concluimos que la sublimación no debe entenderse a partir ni del apuntalamiento ni del síntoma. Sin embargo, decimos que estos dos procesos (apuntalamiento y síntoma) se evidenciaron en orden a esquematizar el proceso de la sublimación. No se debe poner en igual de condiciones a estos tres procesos de los que hablamos: apuntalamiento, síntoma y sublimación. Dentro de estos tres procesos se dan relaciones entre los mismos dominios (sexual y no-sexual) pero se trata de diferentes tipos de relaciones.
5. Laplanche sostiene que la sublimación se da “desde el origen”; lo que sugiere que la sublimación estaría a la par con el apuntalamiento sucediendo también en ese primer momento. No sería un segundo retorno por relación a ese primer tiempo del nacimiento de lo sexual. Habría una especie de acoplamiento cuando una sublimación debe producirse; habría un verdadero drenaje de la energía, habría una “neocreación”, una nueva creación de esa energía de lo sexual. Aquí se diferenciaría del síntoma que sería la toma de otro camino cuando ese apuntalamiento fue dado. En la sublimación hay esa creación constante de energía (lo interno) que se encaminaría a la

construcción de objetos exteriores (lo exterior) puesta al servicio de la propia constitución del ser.

En este siguiente punto se contemplará la sublimación con respecto a lo “cultural” o como lo hemos llamado a lo “externo”.

6. Este aspecto está fundamentado en la valorización social presente en las actividades humanas que se derivan hacia un fin no sexual y apuntan a objetos socialmente valorados. Al enfocarse en la valorización social se cuestiona si en sí misma es capaz de marcar el proceso psíquico mismo y si es la utilidad para la sociedad, el reconocimiento por el otro o por los otros lo que interesa, o si el valor de la comunicación o el lenguaje son los elementos determinantes.

Indudablemente esto nos enfoca a la visión de lo cultural y de la proveniencia de la energía que alimenta estos procesos culturales.

Dentro de este punto también haremos referencia al psicoanálisis y el proceso propiamente psicoanalítico en el que se busca el acontecimiento de la “cura analítica” como resultado también de la aparición de la sublimación.

### *Interpretación inicial*

1. La **pulsión** es el primer concepto que tomó Laplanche para elaborar el concepto de sublimación. La sublimación fue presentada por Freud como uno de los cuatro destinos de la pulsión junto con la transformación en lo contrario, la vuelta sobre la persona propia y la represión. En la construcción freudiana y posfreudiana se elaboró constantemente que en la sublimación, la pulsión experimenta un cambio de meta: cambio del fin sexual. Sin embargo Laplanche sostiene que la desexualización significa que la energía pulsional se abstrae de su contexto sexual es decir, que la

pulsión se separa de su fuente, de su objeto, de su meta para cambiarlos por otros; ya no habla solamente de cambio de meta.

En cuanto a la *fuentes* de la sublimación, la visualizamos como esa misma fuente de la sexualidad que propuso Laplanche: el fantasma. El fantasma (el cual habíamos introducido en el apéndice C), es el también llamado *objeto-meta-fuente*, noción en la que Laplanche reúne todos los elementos de la pulsión para representar estos términos como uno sólo en el nivel del fantasma mismo.

Para dar una visión más completa del fantasma recurrimos al concepto en el que Laplanche ubica su origen: la **seducción**. La seducción es vista como una intrusión sexual, intrusión originaria que sucede en ese contacto de la madre con el hijo en el que se introduce al nuevo ser humano. Laplanche resalta que en eso que llamo “diada madre-hijo” la madre va a aportar más que sus elementos de autoconservación: la madre va a entrar también con todos sus elementos erógenos y obviamente con sus fantasmas. Laplanche hace referencia al **recuerdo infantil** como esa escena en que se implanta ese deseo materno que marca al niño, como esos primeros elementos que van a componer su personalidad. Así llamo a esta escena “la figura simbólica de la seducción” que será al mismo tiempo, lo que fue depositado en esa relación originaria de seducción y además, la manera en que ella misma fue producida. De lo que hablamos propiamente es del **fantasma**, de ese recuerdo originario que quedará fijado y que se convertirá en la fuente constante de la sexualidad y por tanto de esa fuente sexual de la que se alimenta la sublimación.

Esta noción de fantasma fue introducida por Laplanche sobre el concepto de “cuerpo extraño interno” visto como un recuerdo no integrado, algo que habiendo entrado en el sujeto no estableció conexiones con el “tejido circundante” (mas adelante la

relacionaremos con la pulsión de muerte). La importancia de la seducción es, como ya lo dijimos, ese momento en que el fantasma queda constituido y además, para establecer la siguiente relación: se trata de una irrupción de lo sexual en lo no-sexual del niño, la irrupción de la sexualidad en la autoconservación que le va a mostrar el camino de la propia sexualidad a ese nuevo ser.

Retomemos. Al darse esta relación originaria madre-hijo se producirá la sexualidad por medio de esa irrupción de la sexualidad materna en el equipo fisiológico del niño. Además de esa sexualidad con la que irrumpe la madre también irrumpirá en la vida del niño con sus fantasmas. A partir de ese momento el niño constituirá sus fantasmas propios a partir de esa base proporcionada por la madre. Esta primera experiencia en el individuo se constituirá como ese “cuerpo extraño interno” que constituye el fantasma. En esa primera experiencia, al no tener elementos de lenguaje y representación completamente formados, carece de simbolización completa, por lo que decimos que será una especie de recuerdo provisto de vida a la vez externa e interna. La simbolización se construirá posteriormente a medida que vaya reconociendo objetos externos o incluso al mezclarse con otros recuerdos. De todas maneras ese recuerdo, cualquiera que sea su contenido y la manera en que se constituyó, conserva una verdad muy profunda que está presente desde muy temprano en el individuo; aunque haya desfiguraciones en dicho recuerdo sigue conservando esa realidad del pasado tal como podemos verlo en esas fantasías profundas de un individuo como en la realidad de los mitos, incluso lo comparamos con el sueño en el cual aparecen situaciones y símbolos relacionados aparentemente sin sentido pero que guardan una lógica de la realidad profunda del ser.

Este fantasma se constituirá como un punto que excita al sujeto de manera extraña, es esa energía que queda libre y que el sujeto intentará ligar o simbolizar todo el tiempo, decimos que es la fuente constante de la sexualidad, de eso sexual de lo que toma la energía la sublimación dado el carácter placentero de esa primera sensación; este es un punto en el que vemos la diferencia con el proceso que se da en el síntoma ya que probablemente este surge de situaciones displacenteras.

Finalmente algo que nos parece absolutamente llamativo e importante es que Laplanche verá en esta fuente de la sublimación, en ese fantasma, lo que él llama la “inspiración” o “vocación”.

*Referencia al marco teórico*

Párrafos 2, 3, p. 29. Párrafo 3, p. 44. Párrafos 1, 2, p. 45. Párrafos 1, 3, p. 46. Párrafos 1, 3, p. 49. Párrafos 1, 2, 3, p. 50. Párrafo 1, p. 62.

*Referencia textual al texto de Laplanche*

El panorama de la metapsicología freudiana y más aún su diacronía – permite tomar perspectivas, invita a hacer clivajes y reagrupamientos; más aún: nos intima a hacer opciones por referencia a conceptos aparentemente ambiguos y que en todo caso se han vuelto demasiado englobantes y acogedores. Tal la pulsión; y necesariamente en ella tenemos que centrar nuestra reflexión por que la sublimación nos es presentada como uno de sus cuatro destinos, junto con la transformación en lo contrario, la vuelta sobre la persona propia y la represión.

(p. 34)

Pero precisamente (y he aquí uno de los cambios radicales a los cuales nos habitúa psicoanálisis) yo diría que, en la experiencia, este sedicente problema abstracto deviene un *problema de abstracción*; entiendo en este caso por abstracción un

proceso concreto, en el marco de esa realidad que tratamos de cercar con el término de sublimación; toda una parte de la teoría de sublimación consiste en admitir que la energía pulsional pueda *abstraerse* de su contexto sexual. Desexualizarse significaría separarse de su fuente, de su objeto, de su meta, y cambiarlos por otros.

(p. 41)

... Quisiera agregar una tercera que no es totalmente ajena al pensamiento de Freud aunque no la exprese tal cual. ... La noción de “cuerpo extraño interno”. ... Se trata de un recuerdo no integrado, algo que habiendo entrado en el sujeto, no estableció conexiones con el tejido circundante. No se ha insertado en la trama de la memoria y prosigue ahí una especie de vida a la vez interna y externa: interna porque claramente desde el interior resurge, y como un recuerdo, pero al mismo tiempo enquistado, extraño, y susceptible de producir efectos localizados totalmente atípicos.

... Esto nos conduce al o que yo llamo el *objeto – fuente* de la pulsión. Aquí la fuente se define como un punto de excitación implantada como lo estaría un cuerpo extraño en el organismo. ... Imagínense así este objeto fuente, activado desde el momento en que resuena en el exterior algo en la misma longitud de onda.

(p. 72)

“... volviendo a nuestro objeto fuente, la fuente es finalmente un objeto-meta-fuente, lo que no es sino otra manera de decir que es fantasma mismo”.

(p. 73)

... Ahí se formula la objeción de que el organismo infantil no podría perseverar ni un segundo en el ser si fuera abandonado a sí mismo... El repliegue consiste en decir que el conjunto autoconservador no lo constituye el niño, sino la unidad madre- hijo o, como suele decirse, la diada. La imagen de la autosuficiencia autoconservadora,

tampoco satisfactoria para describir al pequeño ser humano tampoco autosuficiente, esa imagen de huevo que extrae de sí mismo toda subsistencia, se reencontraría aquí en lo que suele llamarse “fase simbiótica”, ... Lo autosuficiente sería entonces la “simbiosis” madre – hijo. ... Ahora bien, se olvida, cuando se habla de simbiosis o díada, que la madre aporta a la díada algo muy distinto de la mitad o un complemento cualitativamente del mismo orden de lo que aporta el niño. En otros términos, para que se pudiera hablar de simbiosis, la madre debería ser ella misma un organismo centrado puramente en la autoconservación. Pero es una evidencia que se olvida, la madre entra en esa supuesta díada no sólo con sus elementos de autoconservación, sino (al estar esta autoconservación totalmente recubierta, en el ser adulto, por la sexualidad) con su erogeneidad y evidentemente con sus fantasmas. ... He aquí lo que llamamos seducción intrusión de la sexualidad materna, que de entrada hace estallar la díada y la validez misma de su hipótesis. La teoría de la seducción es aun más importante que la del apuntalamiento o, si ustedes quieren, es ella la aporta la verdad de la noción de apuntalamiento.

(p. 75)

Reencontramos aquí este famoso termino de la *seducción*. ... Ven ustedes que aquí de manera evidente se conjugan lo que podemos llamar los dos sentidos, evidentemente muy unidos, de la seducción: el sentido corriente, de un atractivo, de un “encanto” en el sentido fuerte del termino, y el sentido psicoanalítico que es el de una intrusión sexual. ... (seducción) significa conducir fuera de las vías normales, desviar, en el sentido en que hablamos de “desvío del menor”, muy especialmente, en este caso es conducir al niño fuera de las vías de lo biológico, fuera de las vías del “apego”; crear, se podría decir, la sexualidad, lo que nos conduce o nos devuelve a lo que yo había

indicado antes, al hacer referencia a la teoría del objeto de la pulsión: en ese momento pasamos del objeto de la pulsión, “contingente” (medio subordinado aun fin, “ensamblado” en vista de un fin), al objeto que ejerce, por el contrario, el estímulo, que induce a la estimulación del niño.

(p. 92)

Volviendo al “recuerdo” infantil ... todo designa allí una *figura simbólica de la seducción*, de la implantación del deseo materno, que marca al niño y luego al adulto como un destino.

(p. 97)

... volvemos directamente a la teoría de seducción, de la cual decimos que es la verdad del apuntalamiento. Y el fantasma de seducción, “el recuerdo infantil ...”, nos acerca a lo que he llamado objeto-fuente.

(p. 98)

De este modo, llevándolo más lejos tal vez de lo que hiciera Freud, hemos reencontrado ese elemento esencial que hace de ese fantasma una suerte de paradigma de la seducción. El guión escénico representa a la seducción, pero él mismo es cercano de lo que es depositado por la seducción, lo que yo llamé el objeto-fuente. Lo que nos conduce al carácter auto-representativo del fantasma, *representando el fantasma no sólo un contenido de una escena, sino también la manera en que él mismo es producido*. Se podría decir, aun cuando este tipo de juego de palabras esté sujeto a caución, que *el fantasma de implantación representa la implantación del fantasma*.

(p. 98)



Podemos ver en Freud una larga discusión sobre el estatuto de realidad de ese guión escénico: ¿es verdaderamente un recuerdo? ¿Es pura y simple construcción *a posteriori*? ¿Es la mezcla de una construcción y de elementos mnémicos? ... A esta posición,... Para Freud, sí hay construcción, lo importante es que esta construcción de todos modos expresa una verdad profunda, la cual estaría presente extremadamente temprano, desde la infancia: ... “a pesar de todas las desfiguraciones y malentendidos, la realidad del pasado está representada en ellos; son lo que el pueblo ha plasmado con las vivencias de su época primordial bajo el imperio de motivos antaño poderosos y hoy todavía eficaces. Si uno pudiera deshacer esas desfiguraciones – para lo cual debería conocer todas las fuerzas eficaces -, no podría menos que descubrir la verdad histórica tras ese material fabuloso. Lo mismo vale para los recuerdos de la infancia o fantasías de los individuos”.

(p. 99)

Ven ustedes que Freud sobrepasa, en beneficio del movimiento pulsional esta oposición entre recuerdo y fantasma reconstruido. Para él, esa verdad es la misma de los fantasmas de los orígenes y de los mitos de los orígenes, como el que narra la fundación de roma: oráculos, intervenciones divinas y, en los orígenes mismos del interés artístico o científico (nos volvemos a encontrar con el problema de la sublimación) como punto de llamado y de excitación extraño por relación al sujeto, como avatar de “cuerpo extraño interno”, lo que nosotros llamamos “vocación” o “inspiración”.

(p. 100)

¿Estamos con este rodeo por la seducción tan lejos del problema de la sublimación? No tanto, puesto que, en los dos casos, se trata de una relación sexual y no sexual:

pudiendo la seducción, en primera formulación, describirse como irrupción de lo sexual en lo supuestamente no sexual del niño, irrupción en la autocensuración; inversamente, la sublimación será concebida como pasaje energético de la pulsión sexual a actividades no sexuales.

(p. 100)

Si vamos al fondo de las formulaciones y de los ejemplos freudianos, llegamos a una paradoja mucho más molesta: no se trata simplemente de sustituir una meta por otra en un movimiento pasional que seguiría en general siendo el mismo; en lo sublimado no permanece *ni* la meta, *ni* el objeto, *ni* tampoco la fuente de la pulsión, de modo que supuestamente deberemos reencontrar finalmente la sola “energía sexual”; pero una energía sexual... también “desexualizada”, descualificada, puesta al servicio de actividades no sexuales.

(p. 125)

2. El primer mecanismo con el que iniciamos nuestra explicación fue el **apuntalamiento**. Bajo este proceso contemplamos ese primer paso en que lo sexual se simboliza, se inicia a partir de lo no sexual; es decir, cuando la sexualidad y la autoconservación se apoyan una sobre otra en una actividad como la lactancia (aceptamos la existencia separada de estos dos planos en un inicio) para después separarse, lo que constituye una relación entre los dos planos basada en el apoyo y la toma de distancia. Vemos que en esta relación originaria la sexualidad es despertada por la autoconservación, la cual en adelante se contendrá dentro de la sexualidad. Sin embargo decimos que no sólo se da ese apuntalamiento originario

que hace descubrir el placer en esa zona oral; el apuntalamiento será un proceso que se repetirá en ese descubrimiento del placer en las demás zonas llamadas erógenas.

La sublimación ha sido presentada por Laplanche como ese paso de lo sexual a lo no-sexual. Sin embargo **no** debe entenderse como un proceso que siguiera una vía inversa a la vía que transitó el apuntalamiento. No debe entenderse la sublimación como un simple pasaje en el que la sexualidad vuelve a su origen: la autoconservación; la relación existente en la sublimación será un pasaje de lo sexual a lo no-sexual. Repetiremos que en la sublimación no hay una inducción simple de un plano al otro, para decir entonces, que lo que existe en este proceso es una derivación, como lo llama Laplanche, un “drenaje inverso” de la energía sexual a lo no-sexual. Debemos decir algo más para sustentar que la sublimación no es lo inverso al apuntalamiento; Laplanche se fundamenta en uno de los principios del psicoanálisis: la “imposibilidad de reconversión”. Este principio sostiene que es imposible la reconversión de una energía a su realidad anterior o aquella de la cual partió, no hay vuelta al origen para constituirse como tal.

#### *Referencia al marco teórico*

Párrafos 2, 3, p. 43. Párrafos 3, 4, p. 47. Párrafos 1, 2, p. 48. Párrafo 3, p. 50. Párrafo 1, p. 51. Párrafo 1, p. 57. Párrafo 2, 3, p. 63. Párrafo 3, p. 99.

#### *Referencia textual al texto de Laplanche*

¿Es la sublimación una simbolización? ¿Simboliza la actividad no sexual un deseo, fantasmas sexuales?

... Para que haya relación entre lo sexual y lo no sexual hay que concebir desde el comienzo una existencia separada de esos dos planos que forman un diedro, donde se articulan según una línea de intersección, la autoconservación y la sexualidad. Antes

de examinar esa relación más elaborada que es la sublimación, nos vimos llevados a describir algo más primitivo, más “originario”, que es el pasaje de la autoconservación a la sexualidad.

... ¿Nos es lícito hablar de “simbolización” para este movimiento, en que lo sexual vendría a simbolizar lo no sexual, la sexualidad oral vendría a simbolizar la alimentación?

... Empero, esta interpretación, que haría del apuntalamiento un simple movimiento de pasaje de la cosa al símbolo, si bien parece tener cierta verosimilitud, creo que enmascara una heterogeneidad más irreductible; para decirlo de una vez: creo que es demasiado idílica. Acaso ocurra algo parecido con el término de emergencia: hay en esa aparición de lo “sexual” algo más, y otra cosa, que una emergencia o un corrimiento simbólico. En este pasaje de lo no sexual a lo sexual se descubre lo que llamé anteriormente una especie de enloquecimiento o de perversión de la función.

(pp. 69, 70)

Y una vez que sabemos que la concentración de la tensión es capaz de producir excitación sexual ello nos induce a suponer que actuando por la misma vía, solo que en dirección inversa, el estado de excitación sexual influye sobre la disponibilidad de atención orientable.

... Ahora bien, esos mismos caminos por los cuales las perturbaciones sexuales desbordan sobre las restantes funciones del cuerpo servirían en el estado de salud a otro importante logro. Por ellos se consumiría la atracción de las fuerzas pulsionales sexuales hacia otras metas, no sexuales; vale decir, la sublimación de la sexualidad.

(p. 76)

De tal modo, la sublimación, solo se comprende en el marco de esa relación general entre ambos planos tal como fue desarrollado por la teoría del apuntalamiento. Pero en la sublimación no habría ya solo influencia recíproca, inducción de un plano al otro, sino una verdadera derivación, un verdadero drenaje inverso de aquel del cual hablábamos antes, drenaje a contrapelo de la energía sexual a lo no sexual.

(p. 78)

¿Estamos con este rodeo por la seducción tan lejos del problema de la sublimación? No tanto, puesto que, en los dos casos, se trata de una relación sexual y no sexual: pudiendo la seducción, en primera formulación, describirse como irrupción de lo sexual en lo supuestamente no sexual del niño, irrupción en la autocensuración; inversamente, la sublimación será concebida como pasaje energético de la pulsión sexual a actividades no sexuales.

(p. 100)

Insistiré aquí en esa noción, tan importante en psicoanálisis, de una *imposibilidad de reconversión*, es decir el hecho de que ciertos dominios del pasaje, la conversión de un lugar a otro, de una realidad psíquica a otra, es imposible en los dos sentidos.

... Hay aquí un modelo energético que Freud no desarrolla, un modelo del tipo de la entropía. Por supuesto que el psicoanálisis juega con cantidades de energía, pero habría lugar para hacer intervenir no sólo la ley de transformación de la energía, sino el segundo principio de la termodinámica, es decir el hecho de que ciertos tipos de energía representan una degradación de otros tipos, y que no se puede volver atrás salvo con un esfuerzo adicional y con una pérdida considerable.

(p. 101)

Para poner un término, totalmente provisional, a mi itinerario de este año, a la investigación de esta problemática “sublimación”, quisiera marcar con una flecha lo que podría constituir la vía para hacer avanzar esta cuestión. Indiqué que encontraba ciertamente sugestiva la indicación de Freud de poner la sublimación en relación con el apuntalamiento, pero, por otra parte, insuficiente la idea de que esta relación fuera sencilla, es decir que la sublimación sólo fuera el apuntalamiento en sentido inverso, el retorno de lo sexual a lo no sexual.

(p. 114)

...Ese esquema de las “vías” es por cierto un esquema provisional, de aspecto casi neurológico. A estas vías habría que situarlas atravesando, precisamente, nuestra línea de articulación, la línea bisagra, y permitiendo un tráfico de doble sentido; habría vías por las cuales lo sexual se produce a partir de lo no sexual, serían las vías del apuntalamiento; habría vías inversas por las cuales lo sexual repercutiría sobre lo no sexual: es el síntoma neurótico, que se sitúa en la esfera no sexual, pero que está totalmente determinado por un conflicto en el plano de la derecha; y por último habría algo misterioso, que no sería ya una influencia recíproca sino una atracción, una suerte de drenaje de las pulsiones sexuales hacia metas no sexuales, es decir, la sublimación. Este texto me sirve sólo como referencia aproximativa para mostrar que no es arbitrario en absoluto, pretender poner en relación el apuntalamiento por una parte, la formación de síntomas por otra, y por último la sublimación; se trata de relaciones entre los mismos dominios, pero el problema consiste en saber cuál es este tipo de relación.

(p. 130)

Si semejante destino de la pulsión, que no olvida sus orígenes sexuales, existe, debe ser buscado no en un retorno, en un repliegue que haga regresar de lo sexual a la autoconservación (como parecería Freud indicarlo a veces, en una concepción totalmente restrictiva de la cultura, que pretendería que el fenómeno de lo cultural esté en última instancia ligado a la autoconservación de la especie humana), sino en una suerte de *entretelado, desde el origen, entre lo no sexual y esta fuente permanente de lo sexual*.

(p. 239)

3. Habiendo elaborado la oposición entre apuntalamiento y sublimación nos queda otra relación que hacer: entre sublimación y **síntoma**. Dijimos en el apéndice D que el síntoma se da por la influencia del plano sexual en el no-sexual dado por un conflicto al interior del plano de la sexualidad. Vimos que dicho conflicto al interior del plano sexual da como resultado perturbaciones en las funciones orgánicas del ser humano, en el plano de la autoconservación. Ahora, tenemos que la sublimación sería la influencia del plano sexual en el no-sexual; sin embargo se debe decir que **no** es una relación en igual de condiciones en las que se da el síntoma, la sublimación posee otro tipo de relación. Dijimos en el punto anterior que la sublimación sería un verdadero drenaje de la energía sexual hacia actividades no-sexuales. Si Laplanche tomó para su explicación el proceso del síntoma fue para explicar que por los mismos caminos por los que se produjo lo patológico sirve para entender procesos en el estado de salud: la forma en que se efectuaría la atracción de las fuerzas pulsionales externas hacia metas no sexuales, lo que llamó Laplanche la sublimación de la sexualidad.

Por otra parte lo que interesa a Laplanche del síntoma es que en su fondo lo que entra a actuar es la represión. La represión actúa sobre la representación de una situación traumática; el afecto que es asociado a dicha representación no puede ser reprimido quedando este a flote susceptible de ser canalizado, disminuido, modificado o en alguna forma, reprimido de manera consciente, lo que llamó Laplanche **sofocación**. Dada esta represión (como proceso defensivo) hay un “retorno” o una especie de vuelta al origen (autoconservación) pero, al no poder volver de la misma manera, lo hace en una especie de “enloquecimiento de la función”; además volvemos a tener en cuenta ese principio de la “imposibilidad de reconversión” por tanto, lo que causa es un efecto en las funciones orgánicas a la manera de síntoma.

En la sublimación sin embargo actúa la represión, pero no una represión producida en igualdad de condiciones que en el síntoma, sería una especie de proceso no defensivo o no patológico de la pulsión. La sublimación sería un destino que seguiría una parte de la pulsión como forma de escapar a la represión (la cual produciría un síntoma); pero de todas maneras se relaciona con una represión: represión del objeto propiamente sexual o sobre lo propiamente genital.

Diríamos que la sublimación no es en sí misma una represión sin embargo en ella existe “retorno” al origen, pero otra vez lo decimos, diferente del que se da en el síntoma. En el síntoma se reprime una situación displacentera produciéndose un retorno en forma de síntoma donde sucedió dicha represión. Por su parte en la sublimación, hay represión de una parte de la actividad pulsional, represión dirigida al objeto sexual o a lo sexual en general y sucede un retorno de la energía de manera derivada y por una vía diferente, por una vía “colateral”. Finalmente concluimos sobre este aspecto que la represión del



síntoma se da como un mecanismo defensivo al contrario de la manera en como actúa en la sublimación.

*Referencia al marco teórico*

Párrafo 3, p. 47. Párrafo 1, p. 48. Párrafos 1, 2, p. 56. Párrafo 1, p. 57. Párrafos 2, 3, p. 63. Párrafo 1, p. 71. Párrafo 1, p. 82.

*Referencia al marco textual al texto de Laplanche*

Y una vez que sabemos que la concentración de la tensión es capaz de producir excitación sexual ello nos induce a suponer que actuando por la misma vía, solo que en dirección inversa, el estado de excitación sexual influye sobre la disponibilidad de atención orientable. Una buena parte de la sintomatología de las neurosis, que yo derivó de perturbaciones de los procesos sexuales, se exterioriza en perturbaciones de las otras funciones, no sexuales, del cuerpo.

... Lo evidente en curso mismo de un psicoanálisis es que todo el trabajo se opera en el plano de la sexualidad, no en el sentido del aparato sexual, sino en el sentido del funcionamiento o de la circulación fantasmática. ... El único plano de trabajo del psicoanálisis es el plano derecho de nuestro diedro, quedando entendido, una vez más, que también el yo se sitúa de ese lado. Ahora bien, esos mismos caminos por los cuales las perturbaciones sexuales desbordan sobre las restantes funciones del cuerpo servirían en el estado de salud a otro importante logro. Por ellos se consumiría la atracción de las fuerzas pulsionales sexuales hacia otras metas, no sexuales; vale decir, la sublimación de la sexualidad.

(p. 76)

Hay verdaderamente allí algo muy sutil: ¡la sublimación no es una represión y existe sin embargo retorno! Voy a esquematizar: no es una represión, es decir que en el

lugar mismo donde algo ha sido reprimido no surge un retorno bajo la forma de un síntoma; sin embargo, hay represión de una parte de la actividad pulsional; en particular, y especialmente, represión de la parte que constituía una investigación dirigida a un objeto propiamente sexual, es decir una *represión concerniente al objeto*, una vía bloqueada. Y hay incluso un retorno, pero se podría decir, por derivación, por vía colateral, y no un síntoma neurótico, allí donde sobreviene la represión.

(p. 113)

Vemos ahora en qué resulta insuficiente ese esquema: es que no toma en cuenta el elemento “represión”. En efecto, la sublimación es para una parte de la pulsión un destino que le permite escapar de la represión. Pero es correlativa pese a todo de una represión, y en particular de una represión concerniente a un cierto tipo de objeto, el objeto propiamente sexual.

(p. 114)

Yo hablaba antes de neurosis, o al menos de síntoma. Para situar claramente las ideas, digamos que el conflicto neurótico, aquel que da origen a síntomas, ubica enteramente en el plano derecho, en el plano sexual. El conflicto neurótico no es un conflicto entre las exigencias de la sexualidad y las exigencias de la supervivencia, es un conflicto totalmente interior al plano sexual ... Ese esquema de las “vías” es por cierto un esquema provisional, de aspecto casi neurológico. A estas vías habría que situarlas atravesando, precisamente, nuestra línea de articulación, la línea bisagra, y permitiendo un tráfico de doble sentido; habría vías por las cuales lo sexual se produce a partir de lo no sexual, serían las vías del apuntalamiento; habría vías inversas por las cuales lo sexual repercutiría sobre lo no sexual: es el síntoma

neurótico, que se sitúa en la esfera no sexual, pero que está totalmente determinado por un conflicto en el plano de la derecha; y por último habría algo misterioso, que no sería ya una influencia recíproca sino una atracción, una suerte de drenaje de las pulsiones sexuales hacia metas no sexuales, es decir, la sublimación. Este texto me sirve sólo como referencia aproximativa para mostrar que no es arbitrario en absoluto, pretender poner en relación el apuntalamiento por una parte, la formación de síntomas por otra, y por último la sublimación; se trata de relaciones entre los mismos dominios, pero el problema consiste en saber cuál es este tipo de relación.

(p. 130)

... Bachelard va a oponer a lo que él llama la sublimación continua, una sublimación “dialéctica”. Sublimación continua sería la del psicoanálisis clásico, que pretende que de lo sexual a lo sublimado habría como una línea directa, una suerte de alimentación de lo sublimado por la fuente, de alimentación de lo poético, incluso de lo científico, desde el origen sexual. Y Bachelard pretende agregar a esto lo que llama una sublimación “dialéctica”, otorgando su lugar a la represión (sabemos cuan crucial es este problema de la relación entre la represión y la sublimación) o, al menos, lo que denomina la inhibición “sólida y clara” de lo sexual.

(p. 154)

... En todo caso, sofocación y represión resultan opuestos en distintos tipos de problemáticas en Freud. Situémoslas al menos en tres niveles: 1) primero con respecto a la tónica consciente – inconsciente, en la cual la represión se define como un proceso de rechazo hacia el inconsciente, proceso él mismo inconsciente en su mecanismo, no querido, no sometido a la voluntad; por oposición a la represión, la

sofocación sería una especie de manera conciente de sofocar o de no prestar atención a tal o cual representación o problema desagradable;

2) luego la oposición sofocación-represión vuelve a encontrarse en el corazón mismo del mecanismo defensivo de la represión, en función de una nueva distinción absolutamente capital, la del afecto y de la representación. Pensemos en efecto que la pulsión (concepto “mítico”) sólo es aprehendida en el psiquismo por sus representantes, y que precisamente está representada de dos maneras; por una parte, en el nivel de la representación, y esto es lo que llamamos representante-representativa; y por otra parte en el nivel del proceso propiamente energético, donde la manera en que la pulsión se presenta es el afecto o, para establecer un paralelismo, el representante-afecto. Ahora bien, en un texto como “La represión” (1915), ambos representantes de la pulsión, representante-representativo y representante-afecto, tienen un destino diferente dentro del mecanismo de la represión: sólo la representación hablando con propiedad, es reprimida, en tanto que el afecto, por su parte, no puede sufrir el destino de ser reprimido en el inconciente. Propiamente hablando, nos dice Freud, no hay afecto inconciente. Hablar de afecto inconciente no es más que una aproximación, es una facilidad del lenguaje que nos damos, de hecho, el afecto sólo puede definirse como algo susceptible de advenir a la conciencia, aunque más no fuera en la forma de un embrión, de una especie de germen. Por naturaleza, el afecto no puede estar, por tanto, hablando con propiedad, sometido al cambio tópico que hace pasar a una representación del conciente al inconciente. El afecto puede ser modificado, puede cambiar su tonalidad, y ustedes saben que la modificación más importante del afecto es su transformación en angustia, suerte de moneda corriente de todos los afectos; el afecto puede ser reducido, puede ser

canalizado, puede ser en última instancia sofocado. Es decir que *en el seno mismo de la represión* hace falta reintroducir nuestra distinción entre represión y sofocación; la represión sólo se aplica a la representación, mientras que el afecto es susceptible de una sofocación... Ustedes verán que nos encontramos nuevamente, a través de esto, con el problema de detectar el origen de esta energía que viene a alimentar a la sublimación.

(p. 166)

... las dificultades de Freud..., para definir un proceso de desviación de la energía libidinal que no tenga por correlato una represión. Finalmente, por otra parte... Freud habla nuevamente de represión a raíz de la sublimación, una represión que no sería, por así decir, el reverso mismo de la sublimación, pero que sin embargo recaería sobre una parte de lo libidinal, particularmente lo genital.

(p. 186)

4. A partir de lo anterior concluimos que la sublimación no debe entenderse a partir ni del **apuntalamiento** ni del **síntoma**. Sin embargo, decimos que estos dos procesos (apuntalamiento y síntoma) se evidenciaron en orden a esquematizar el proceso de la sublimación. No se debe poner en igual de condiciones a estos tres procesos de los que hablamos: apuntalamiento, síntoma y sublimación. Dentro de estos tres procesos se dan relaciones entre los mismos dominios (sexual y no-sexual) pero se trata de diferentes tipos de relaciones.

*Referencia al marco teórico*

Párrafos 2, 3, p. 63.

*Referencia textual al texto de Laplanche*

...Ese esquema de las “vías” es por cierto un esquema provisional, de aspecto casi neurológico. A estas vías habría que situarlas atravesando, precisamente, nuestra línea de articulación, la línea bisagra, y permitiendo un tráfico de doble sentido; habría vías por las cuales lo sexual se produce a partir de lo no sexual, serían las vías del apuntalamiento; habría vías inversas por las cuales lo sexual repercutiría sobre lo no sexual: es el síntoma neurótico, que se sitúa en la esfera no sexual, pero que está totalmente determinado por un conflicto en el plano de la derecha; y por último habría algo misterioso, que no sería ya una influencia recíproca sino una atracción, una suerte de drenaje de las pulsiones sexuales hacia metas no sexuales, es decir, la sublimación. Este texto me sirve sólo como referencia aproximativa para mostrar que no es arbitrario en absoluto, pretender poner en relación el apuntalamiento por una parte, la formación de síntomas por otra, y por último la sublimación; se trata de relaciones entre los mismos dominios, pero el problema consiste en saber cuál es este tipo de relación.

(p. 130)

5. En este punto enlazaremos los elementos que componen la **sublimación**. Para esto proponemos el siguiente orden de ideas que nos permitan enlazarlas:
  - a. La sublimación será buscada en la vía de la **neocreación** de energía causada por el efecto de sucesos externos. Neocreación que se explica sobre la base del modelo del **traumatismo**. Los sucesos externos resonarán como si fueran internos de acuerdo a la correspondencia de estos con la vida del individuo; dicha correspondencia está

dada por la implantación del **fantasma** y la manera en que este fue producido en la primera relación con el otro ser humano: la **seducción**.

- b. La razón para que el traumatismo sea a la vez externo e interno esta dada por esa correspondencia que ya comentamos. Sin embargo hace falta explicar qué sucede al interior del aparato psíquico cuando sucede esa primera experiencia del mundo exterior: la constitución de la **barrera interna**, en la cual interviene la represión como un mecanismo que opera diferente en comparación con el síntoma y con la represión que se da con respecto al objeto sexual o a lo propiamente genital en la sublimación.
- c. Otro cuestionamiento que nos abre el traumatismo y con él, la neocreación de energía es la pregunta acerca de esa misma energía. Aquí introduciremos la elaboración sobre la “**energía X**” energía que se compone de las **pulsiones de vida y las pulsiones de muerte**.
- d. En este punto explicaremos el esquema que toma Laplanche para elaborar la sublimación concerniente a la **actividad intelectual**. Se elaborara lo llamado por él como **pulsión de saber**.

#### *Desarrollo del esquema*

- a. Dijimos que la **sublimación** se da “desde el origen” es decir que estaría a la par con el apuntalamiento, sucediendo también en ese primer momento. No sería un segundo retorno por relación a ese primer tiempo del nacimiento de lo sexual sino que sucedería una especie de acoplamiento cuando una sublimación debe producirse. Lo que habría sería un verdadero drenaje de la energía, habría una “neocreación” de esa energía de lo sexual.

Aquí debemos introducir un nuevo concepto que hasta ahora no hemos tratado: el **traumatismo**. Laplanche introduce el traumatismo como esa fuerza que es aportada desde el exterior de parte de cualquier evento que pueda suceder al ser humano. Lo explica como la fuerza capaz de ser una nueva **fuerza** de la sexualidad, como eventos que pueden hacer surgir nuevas energías. De la manera en que podemos enlazarlo a la sublimación es ponerlo en pie de igualdad con ese momento de la **seducción**, momento en el cual eso externo es aportado al nuevo ser humano creando en aquel la introducción del **fantasma** en el que lo importante es la manera en que fue introducido. Además afirmamos que del traumatismo proviene la energía que impulsa a la sublimación ya que de este proviene un nuevo surgimiento de energía; esas mismas fuerzas de ese neosurgimiento de energía impulsan a renovar sin cesar el traumatismo.

De ahora en adelante, después de la implantación de ese fantasma lo que es percibido en el exterior es percibido conforme a él; es decir, que ese fantasma se activaría en el momento en que en el exterior resuene algo en la misma “longitud de onda”. En esa implantación del fantasma por parte de esa seducción materna sería lo que marca al niño y al adulto como una especie de destino.

Debemos aclarar que esta noción de traumatismo fue introducida por Laplanche a través de las neurosis traumáticas estudiadas en el contexto de la segunda guerra mundial. En el estudio de estas neurosis se concluyó que nuevos traumatismos causan perturbaciones en las personas sin necesidad de que estas existieran previamente. Esta es una de las razones por medio de las cuales Laplanche admite que la **pulsión** no está dada de una vez y para siempre de la misma manera; Laplanche fundamenta esta idea en la afirmación de Freud de que en el ser humano existe la capacidad de crear sin cesar y no sólo esta capacidad está dada para el principio de la vida. Freud sostenía que esta



creación constante estaba cerca del origen, es decir de lo sexual a partir de toda conmoción externa, de lo cual el traumatismo no representa sino el caso más dramático. Así mismo Laplanche seguirá sosteniendo que la sublimación está ligada a una especie de neogénesis de la sexualidad ligada a la irrupción en el individuo de componentes externos capaces de generar nuevas energías al servicio de este proceso; el traumatismo vendría ligado a esos sucesos externos no favorables para el individuo.

Por otra parte Laplanche sostiene que se debe buscar la sublimación – como ya lo dijimos – en una especie de neogénesis prolongada de la sexualidad, pero ligada a un punto de apoyo en el organismo; esto nos remite a las zonas erógenas que son los puntos llamados por el autor de toda emergencia libidinal y aún más, puntos donde sucede todo **apuntalamiento**. En otras palabras, es en las zonas erógenas y mediante el apuntalamiento donde sucede esta transformación o derivación de la pulsión o energía libidinal de lo somático a lo psíquico. Recordamos que en este apuntalamiento hay simbolización o como lo llamó Laplanche “metaforización” y ligada a este traumatismo, sería una metaforización que no está dada de una vez y para siempre, es un proceso que se hace y se deshace sin cesar. Así podemos visualizar más claramente que las **zonas erógenas** son esas “puertas sensoriales” o puntos en los cuales sucede el trauma; serían puntos de “tangencia”, que separan lo externo de lo interno, y que nos introduciría a la idea de que el trauma es a la vez interno y externo. Y aún más, como dijimos antes, lo percibido en el exterior está dado por lo que resuena de la misma manera al interior del individuo.

#### *Referencia al marco teórico*

Párrafo 2, p. 44. Párrafo 1, p. 45. Párrafo 3, p. 49. Párrafo 3, p. 57. Párrafos 1, 3, p. 58. Párrafo 2, p. 71. Párrafo 1, p. 81. Párrafos 4, 5, 6, p. 83. Párrafos 1, 2, 3, p. 84.

Párrafos 1, 2, p. 85. Párrafo 4, p. 86. Párrafo 3, 4, p. 87. Párrafo 1, p. 97. Párrafos 2, 3, p. 98. Párrafo 5, p. 99. Párrafos 1, 2, p. 100.

*Referencia textual al texto de Laplanche*

... Freud propone dos tipos de “fuentes de la sexualidad”, entre los que no elige, conformándose con yuxtaponerlos; y yo mismo me veo llevado, apoyándome en ciertas indicaciones freudianas, a proponer una tercera interpretación, que no descalifique totalmente las otras dos. En un primer momento es relativamente simple: la sexualidad infantil, es esa sexualidad fragmentada, “pregenital”, encuentra su fuente en una “zona erógena”... Se trata de localizar, en un proceso fisiológico determinado, la tensión que constituye la base de la excitación sexual. ... su verdad consiste en atraer la atención sobre el órgano, sobre la fragmentación del placer autoerótico tomado en el lugar, y también sobre el hecho que esas zonas no son cualesquiera, sino lugares privilegiados, zonas relacionales, pasajes del interior al exterior del cuerpo.

(p. 71)

Si las zonas erógenas son sin embargo designadas por Freud como fuentes directas de la sexualidad (expresión que pretende indicar que la excitación brota realmente en ese lugar), es únicamente para yuxtaponerles una concepción igualmente interesante, con el nombre de “fuentes indirectas”: todo lo que ocurre en el organismo, funcionamiento, movimiento, conmoción momentánea o duradera, que puede devenir fuente de sexualidad.

(p. 71)

... Quisiera agregar una tercera que no es totalmente ajena al pensamiento de Freud aunque no la exprese tal cual. ... La noción de “cuerpo extraño interno”. ... Se trata de

un recuerdo no integrado, algo que habiendo entrado en el sujeto, no estableció conexiones con el tejido circundante. No se ha insertado en la trama de la memoria y prosigue ahí una especie de vida a la vez interna y externa: interna porque claramente desde el interior resurge, y como un recuerdo, pero al mismo tiempo enquistado, extraño, y susceptible de producir efectos localizados totalmente atípicos. ... Es el traumatismo el que está en el origen de ese cuerpo extraño interno, es él quien lo implanta al favor de ciertas circunstancias específicas.

... Esto nos conduce al o que yo llamo el *objeto – fuente* de la pulsión. Aquí la fuente se define como un punto de excitación implantada como lo estaría un cuerpo extraño en el organismo. ... Imagínense así este objeto fuente, activado desde el momento en que resuena en el exterior algo en la misma longitud de onda.

(p. 72)

“... Todo designa allí una *figura simbólica de la seducción*, de la implantación del deseo materno, que marca al niño y luego al adulto como un destino”.

(p. 97)

Si conservamos la idea de que la sublimación está muy cerca del apuntalamiento, conviene sin duda dar un destino particular a esa breve frase: “desde el origen”. La sublimación no sería un repliegue, un segundo repliegue por la relación al primer tiempo del nacimiento de lo sexual: apuntalamiento y sublimación, en cierto modo, irían más bien a la par. “Desde el origen” hay una especie de acoplamiento cuando una sublimación debe producirse.

Las sublimaciones verdaderas son “precoces”, Freud lo deja entender claramente a raíz de esa sublimación particularmente sólida que es la intelectualidad de Leonardo. Creo que habría que intentar concebir la sublimación produciéndose en el momento

mismo en que aparece la excitación sexual, en el tiempo de la pulsión parcial sexual. Pero ese término “precoces” implica una significación temporal, cronológica, que corre el riesgo de imponer la idea de que sólo habrían sublimaciones en los primeros años de la vida. ¿No existirían posibilidades, aun cuando fueran escasas, para una sublimación “tardía”? Y en particular, ¿hay que abandonar la idea de una sublimación que se produjera durante la cura analítica? Si sustituyo la calificación de “precoz” por la de “originaria”, es para dar a entender que lo originario no es privativo de los años de origen. Hay que admitir entonces la idea de que la pulsión sexual no está dada de una vez para siempre, sino que, tomando al pie de la letra la teoría de Freud, en efecto existe la capacidad en el ser humano (por supuesto, esencialmente, pero no únicamente en el niño) de crear sin cesar, cerca del origen, lo sexual a partir de toda suerte de conmociones exteriores, a partir de lo *nuevo*, de lo cual el traumatismo no representa sino el paradigma más dramático.

(p. 114)

“... lo que vendría a confirmar aquello que intenté sugerir hoy, a saber, que la sublimación puede estar ligada a una suerte de *neogénesis de la sexualidad*”.

(p. 115)

... la proximidad de dos problemáticas: de lo originario y de lo sublimado. Estamos aparentemente en los dos extremos de una secuencia temporal, pero de hecho, para la mayoría de los psicoanalistas que se ocuparon de la cuestión de la sublimación, ésta reenvía a problemas de origen. Es que la verdadera sublimación ... sería tal vez una sublimación... “desde el comienzo”: no se trata necesariamente de algo originario en el tiempo sin de una sublimación que deberá *seguirse desde la aparición de la pulsión*.

(p. 155)

... Pero más allá de este avatar, la advertencia es la siguiente: el carácter esencial, como fundamento de todo simbolismo o de toda simbolización, del referimiento al cuerpo; no al cuerpo en general, ni en su totalidad, sino zonas determinadas, zonas de pasaje, zonas erógenas, como lugares acerca de los cuales nos preguntamos si no son los puntos de anclaje de todo apuntalamiento, de toda emergencia libidinal. Es verdad que buscamos la sublimación en la vía de una especie de neogénesis prolongada de la sexualidad...

...Y bien, este texto nos advierte que si neogénesis hay, hay que encontrar un punto de apoyo (¿cualquiera?) en el organismo; así es como se la debe concebir.

(p. 186)

Según el espacio: el traumatismo sólo se concibe dentro de un modelo tópico complejo, en el cual la relación metafórica del yo con el aparato psíquico, y del aparato psíquico con el cuerpo debe ser concebida no sólo como un encaje, sino como una suerte de derivación; yo empleo el término de metaforización, pero una metaforización que no es adquirida de una vez para siempre, que se hace y se deshace sin cesar.

...Podemos eventualmente representar esto como una suerte de relación de tangencia entre esas diferentes instancias...

Los puntos de tangencia son precisamente los puntos de entrada, esas zonas erógenas, esas puertas sensoriales....

(p. 195)

“Puntos de tangencia que son también puntos de llamado del trauma...”

Y esos puntos de tangencia son precisamente aquellos en los cuales puede graficarse el hecho de que el traumatismo es a la vez interno y externo...”.

(p. 196)

... a saber los nexos, en el traumatismo, entre dos relaciones: la relación físico – psíquico, por una parte, y la relación no sexual – sexual por otra, en que la segunda viene verdaderamente a reemplazar a la primera, y cómo a desplazar el problema. Así como el apuntalamiento viene a aportar su “solución” o más bien un nuevo planteo, al viejo problema metafísico de los nexos entre el alma y el cuerpo.

En otros términos, este modelo no es sólo un modelo, ya que hay que intentar concebir *realmente* que el aparato del alma, en ciertos puntos, es verdaderamente tangente, concéntrico o coextensivo, al aparato del cuerpo.

... A partir de esto, el problema del traumatismo no se plantea ya en términos de repercusión de una conmoción física sobre el espíritu, sino como un pasaje de una energía a otra, como producción (dejo entonces abierta la cuestión de saber si se trata de una producción o de una neoproducción) de una energía que funcione según un nuevo régimen: la energía sexual.

(p. 197)

¿Puede el traumatismo encontrar su lugar en un abordaje del problema de la sublimación?

...la “traumatofilia”: tendencia a reexperimentar indefinidamente el traumatismo pero también tendencia a elaborarlo, a simbolizarlo. Por su puesto la traumatofilia no es un concepto clave por que precisamente hay que preguntarse qué es lo que puede impulsar a que a uno le guste el traumatismo. Pero la problemática aquí planteada es interesante en el sentido de que en el talento, en la experiencia productora de un

pintor, de un artista, la cuestión no es el origen del talento sino (del que Freud precisamente, tal vez con algún apresuramiento, nos dice que es inanalizable: él sale del paso de este modo), el *origen de las fuerzas* que impulsan a la sublimación. Y la respuesta más o menos determinada, pero que yo intento hacer más clara, es la siguiente: esas fuerzas son aquellas que nacen del traumatismo, al mismo tiempo que son aquellas que incitan a renovar sin cesar el traumatismo en una suerte, entonces, de círculo vicioso; pero es el traumatismo el punto preciso de esta suerte de neogénesis de una energía que impulsa a la sublimación.

(p. 203)

...Y bien, lo que hará Freud es retomar la teoría del choque, la teoría energética del traumatismo, pero afinándola, “psiquizándola”. Citemos este pasaje: “Creo que podemos atrevernos a concebir la neurosis traumática común [¡atención! se trata de neurosis y no de reacción traumática del organismo] como el resultado de una vasta ruptura de la protección antiestímulo. Así volvería por sus fueros la vieja e ingenua doctrina del choque, opuesta, en apariencia, a una más tardía y de mayor refinamiento psicológico, que no atribuye valor etiológico a la acción de la violencia mecánica, sino al terror y al peligro de muerte”.

(p. 234)

Nuestro segundo punto, el segundo foco de interés de este texto, es que el traumatismo aparecería como el paradigma de una creación de excitación psíquica, y en ese sentido, se podría decir, de una verdadera creación de pulsión. En el punto de tangencia que dibujé hace un momento entre esas dos vesículas, la diferencia entre traumatismo físico y traumatismo psíquico se borra, pero lo que aparece es una diferencia entre los modos de energía; lo que nos remite a la cuestión que yo

planteaba inicialmente a raíz de la sublimación o de la creación: ¿en definitiva todo el problema de la creación, más que como creación de nuevos contenidos, de nuevas formas o de nuevos objetos, acaso se debería concebir en principio como una utilización del traumatismo o de los traumatismos sucesivos, para crear sin cesar una suerte de neopulsión? Es esto en todo caso lo que Freud recuerda una vez más al terminar este capítulo, cuando sostiene que el traumatismo es una conmoción que debe ser reconocida verdaderamente como una de las fuentes de la excitación sexual.

(p. 237)

A propósito de esta fuente permanente, ese destino de la pulsión... implica la idea de una suerte de neocreación repetida, continua, de energía sexual, por tanto *una reapertura continua de una excitación, y no la canalización de energía preexistente.*

(p. 239)

Esa neocreación, esta especie de sexualidad que podríamos considerar extemporánea, en el sentido en que entienden esto los químicos, por ejemplo, es decir de creación en el momento, de plato que se sirve caliente y no recalentado, esta sexualidad extemporánea, entretejida en la creación de una obra, se nos apareció íntimamente ligada a la cuestión del traumatismo. De este paradigma de la neurosis traumática que no tuve tiempo de desarrollar (con sus desenlaces y en particular con su desenlace en la compulsión de repetición, que es la más desarrollada aquí por Freud), sólo hay que retener precisamente esta intrincación, en el momento de la fuente, de la energía física y de la energía sexual o energía pulsional.

(p. 239)



- b. La razón para que el **traumatismo** sea a la vez externo e interno esta dada por esa correspondencia que ya comentamos. Sin embargo hace falta explicar qué sucede al interior del aparato psíquico cuando sucede esa primera experiencia del mundo exterior: la constitución de la **barrera interna**, en la cual interviene la represión como un mecanismo que opera diferente en comparación con el síntoma y es diferente a la represión que se da con respecto al objeto sexual o a lo propiamente genital en la sublimación.

Al cuestionarse Laplanche sobre qué es lo que ocurre frente a esas excitaciones internas y externas en el aparato psíquico toma su fundamento en Freud para explicar lo siguiente:

Las excitaciones de origen interno al comienzo son numerosas, indiferenciadas y puramente energéticas (placer y displacer, tensión y distensión); el organismo no posee protección ni forma de diferenciarlas ya que hacen parte de él mismo (de lo interno). Es en ese contacto con lo externo, estas excitaciones internas son puestas afuera de manera que se mezclan con esa nueva información. Esa información se reintegra pero ya marcada por una barrera, la “barrera interna” que cumpliría con una función de protección al organismo tanto de lo interno como de lo externo; esa barrera la comparamos nosotras con un “filtro” que permite “dejar pasar” y que es constituido por la manera en que se dio el contacto con lo exterior: la implantación del fantasma y la manera en que este se produjo.

Con este argumento entendemos que el objeto sea capaz de tener una doble función: sería por medio del cual se alcanzaría la satisfacción pero también sería un objeto que se constituye como fuente, que produce excitación, que puede seducir y que puede crear energía o más específicamente, pulsión; de aquí se deriva que se escojan cierto tipo de

objetos. Ligando con la sublimación, los objetos por los cuales son cambiados los objetos sexuales serían en cierto modo también similares.

Volviendo a esa barrera de protección, decimos que con la constitución de esa barrera interna se constituye el *yo* el cual marcaría el límite entre lo interno y externo dentro de la vida psíquica. Así mismo comparamos que el organismo sería el límite que separa al individuo del mundo exterior. Ahora, el traumatismo debemos entenderlo como la ruptura en cualquiera de esos dos límites por parte de una energía (el organismo mismo o el *yo*). De manera que las excitaciones externas pueden obrar como traumáticas si traspasan la protección del organismo o la barrera que protege al *yo*. De aquí decimos que el traumatismo sea a la vez interno y externo. Interno en la forma en que esta dentro de la vida psíquica amenazando al *yo* pero externo de todas maneras al provenir de afuera del *yo*; concluimos entonces, que el traumatismo es siempre externo, ya sea por relación al *yo* o por relación al organismo.

Lo que nos sugiere esta comparación es que tanto el *yo* como el organismo son “vesículas” en la manera en que son instancias provistas de protección. Además se plantea una relación de tangencia entre estas dos vesículas en la cual lo que se elaborará será esa transformación de energía, tanto de lo somático a lo psíquico y viceversa, en lo que corresponde al síntoma.

¿Pero qué pasa después de que sucede el traumatismo? Lo que se pone en movilización es una defensa, el organismo se moviliza en orden a evacuar esas fuerzas invasoras, actuando bajo el principio del placer: eliminar el exceso de excitación; sin embargo debemos resaltar que antes de que suceda esa evacuación de energía, el organismo tuvo que haber “fijado” o “ligado” esa energía. La forma en que el individuo liga dicha

energía viene marcada por la forma en que dicho individuo interpreta y percibe el mundo conforme a esa implantación del fantasma.

Esta temática sobre ligar, elaborar o simbolizar la energía la explicaremos más detenidamente en el siguiente punto.

*Referencia al marco teórico*

Párrafos 3, 4, p. 95. Párrafos 2, 3, p. 96. Párrafo 1, 97. Párrafo 1, p. 98.

*Referencia textual al texto de Laplanche*

...en tanto que esta especulación, la de Freud en este capítulo, es algo que intenta *dejar pasar la pulsión*: análoga entonces en cierto modo a la obra de arte, insensible a la contradicción, lo que constituye claramente la marca de ese pasaje del inconciente o del ello.

(p. 226)

Como quiera que sea, tenemos aquí, ustedes lo comprueban, un modelo ambiguo, desdoblable; por momentos equívoco, puesto que se trata a veces del sistema nervioso central, aun del aparato psíquico, o también del organismo vivo; por momentos reunificado, y se trata entonces de una suerte de organismo vivo, pero ficticio, una especie de protozoo cuya corteza estaría en suma en la superficie, al modo de una corteza cerebral. ¿Cuándo parece reunificarse el modelo? Precisamente cuando Freud se plantea un problema más cercano a la experiencia analítica o incluso simplemente psicológica, es decir cuando se pregunta qué ocurre, no sólo frente a las excitaciones externas, en un aparato como este, sino también frente a las excitaciones de origen interno. Estas excitaciones de origen interno, nos dice, al comienzo son puramente cuantitativas, puramente energéticas; son simplemente más y menos, únicamente sensaciones de placer y de displacer, de tensión y de

distensión. Y frente a estas excitaciones internas, lo importante, al menos inicialmente, es que el organismo – ese organismo ficticio del cual seguimos la génesis – no posee protección. No hay, del lado del interior, para- excitaciones, de donde surge la necesidad de tratar a estas excitaciones internas como si fueran externas, es decir, tratarlas por medio de la proyección. Tratarlas mediante la proyección no quiere decir, por supuesto, que se las ponga afuera de manera definitiva, sino que se las pone afuera *para* reintegrarlas adentro y, en este caso, *con* una barrera. Si ustedes quieren, el modelo sería no el de una proyección, sino de una proyección – introyección, algo parecido al modelo kleiniano (interpreto aquí a Freud, que no es muy explícito sobre esto), que desemboca sin embargo – proyectando estas excitaciones internas en un primer tiempo, y luego haciéndolas ingresar nuevamente, pero ya provistas de una barrera – en la constitución de una barrera interna. Habría pues que imaginar algo como una barrera de represión, y a nuestra capa perceptiva situada entre dos barreras, una primitiva, la para – excitaciones, en tanto la otra, la barrera de la represión, es sólo la introyección del para – excitaciones.

(p. 230)

Seguramente este tipo de modelo trae consigo grandes dificultades y no es casual que Freud no lo desarrolle aquí. Lo desarrollará en *El yo y el ello* o en *Nuevas Conferencias*, y se trata de ese famoso “huevo” en el cual la barrera no puede ser en este caso representada sobre toda la superficie, sino únicamente sobre una parte de lo que separa al yo al ello. De hecho, digo que Freud no desarrolla un modelo unitario, que se volvería en el límite bastante extravagante, bastante loco; tendríamos más bien una suerte de modelo desdoblado, en el sentido que nos vemos forzados a

concebir que la relación del organismo – o de esa vesícula, poco importa – con las fuerzas exteriores, mecánicas, es, diría yo, metaforizada en una relación entre el yo y las fuerzas pulsionales o la energía psíquica.

(p. 231)

Ven ustedes cómo volvemos a encontrar aquí, y esto es muy importante, la idea de que existe finalmente un modo de funcionamiento del mismo tipo, por una parte del lado de la pulsión en estado puro, por otra en lo atinente a lo más mecánico en el funcionamiento de las energías exteriores. Y, por el contrario, el yo y el organismo poseen un modo de funcionamiento distinto del precedente, el cual sin embargo los aproxima uno a otro, un funcionamiento no mecánico, sino biológico. Es este modelo freudiano el que intento también presentar a veces – pero es también poco admisible en cierto modo – en la forma de una especie de tangencia parcial entre las dos vesículas, aunque habría que concebir puntos de tangencia múltiples y no un solo punto. La zona de tangencia (¿zona erógena?) podría ser concebida también como lugar en el cual se efectúa el pasaje de un tipo de energía a otro, zona de derivación en todos los sentidos del término, comprendido el sentido matemático.

(p. 232)

Es esto lo que también traducimos cuando planteamos que la pulsión es un “externo-interno”. Es también lo que subrayamos, en Freud, como ambigüedad o duplicidad de la noción de excitación. La *Erregung*, la excitación, proviene indudablemente de la “fuente interna”; el *Reiz*, el estímulo, del exterior. Pero el *Reiz* es también la atracción sexual, aquella del objeto. El objeto seductor, excitante, reencuentra por esta vía toda su dignidad de creador de pulsión, sin encontrarse limitado - como se

crea a veces – a venir, de manera “contingente”, a apaciguar la tensión “desde el exterior”.

(p. 233)

Este modelo freudiano no unívoco, equívoco, ubicuo podríamos decir, es concebido en particular para exponer la teoría del trauma, la cual, necesariamente, no estará más exenta de equívoco que el esquema del aparato psíquico en que se inserta. Traumatismo; es preciso concebir este término, como cada vez que se lo considera desde el punto de vista metapsicológico, ligado a una noción energética: la de una efracción, por parte de cierta energía, de un cierto límite. El traumatismo es en primer lugar la ruptura del límite de un organismo que puede ser tanto “el organismo” mismo como el yo. He aquí su definición: “Llamamos *traumáticas* a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección para-excitaciones”. Evidentemente este término de externo es ya ambiguo: hace pensar desde luego en “físico” por relación a “psíquico”; pero sugiere al mismo tiempo que *todo* traumatismo es de origen externo, incluso el traumatismo psíquico. Aquello respecto de lo cual hay exterioridad es el yo, de modo que la perturbación que Freud nos describe, y que vamos a examinar con detalle en un momento, parecería estar en principio ligada al traumatismo físico, pero es de hecho válida para todo traumatismo.

(p. 233)

En primer lugar, para comprender el traumatismo es necesario pasar por un modelo más reducido en el cual se produce una efracción no “amplia”, sino “limitada”: el modelo del dolor. En el punto en que nos encontramos – insistimos en ello – ya no sabemos si se trata de dolor psíquico o de dolor físico; hablamos de un organismo en

general y de una efracción en general. Por tanto, el dolor sería una efracción limitada a una pequeña extensión de la superficie envolvente; el traumatismo, una destrucción del para – excitaciones a lo largo de una gran extensión, con reacción catastrófica. ¿Qué ocurre en el dolor? Y bien, se efectúa una suerte de “movilización”: el para-excitaciones, digamos la piel, o los receptores sensoriales, se ven destruidos en una pequeña extensión, hay de inmediato contrainvestidura, movilización y concentración de energía, de manera de recrear una especie de defensa, pero en este caso una defensa funcional, que viene a fijar al enemigo en el lugar. De modo que el dolor, en cierto modo, puesto que viene ya a movilizar al organismo. . . De todos modos, lo que aparece con este modelo del dolor (que, como ustedes ven, *no tiene nada que ver con el displacer*) es esa movilización de las energías, ese contrainvestimiento. Y lo que es importante para la capacidad de reacción al dolor, para que esta no se transforme en traumatismo, es la fuerza movilizadora de ese organismo, o sea su nivel energético, las fuerzas que es capaz de movilizar. Cuando él es muy poco capaz de movilización, rápidamente el dolor se transformará en traumatismo.

(p. 233)

Ahora bien, podemos concebir esta “psiquización” de dos maneras diferentes. Se puede sostener que el traumatismo psíquico no es en suma sino una miniaturización, un pasaje hacia lo microorgánico, a lo molecular, incluso a lo histológico; el traumatismo psíquico, el de los accidentes, sería finalmente una suerte de pasaje al límite por relación al traumatismo físico. Freud no se compromete tanto en esa vía que era, hay que decirlo, la de sus contemporáneos y que sigue siendo aún hoy la de todos aquellos, cirujanos u otros, que, al encontrarse, frente a una neurosis

traumática, siguen intentando referirla a un trastorno directamente relacionado con el trastorno físico causado por el accidente, el choque, la explosión, etc. La otra vía es la del pasaje por metáfora, del modelo somático, el del organismo frente a las fuerzas externas, a lo psíquico.

... Y bien, Freud no nos habla finalmente del traumatismo en el sentido propiamente somático del término. Pero lo que nos describe de la neurosis traumática debe entenderse como lo análogo, y a la vez lo opuesto (verán ustedes en qué sentido) al traumatismo propiamente somático.

... Y bien, frente a esta desorganización de nuestra vesícula (respecto de la cual no sabemos ya muy bien si es el organismo o es el yo, pero suponemos que es el yo), sometida a energías invasoras, no se trata ya de inmovilizar a estos atacantes, de localizarlos; con mayor razón no se trata por el momento de reconstruir la pared y de evacuar energías; sólo en un segundo tiempo uno podrá ocuparse de evacuarlas, y es allí cuando intervendrá nuevamente el principio de placer. Hay en efecto una tarea primordial, una urgencia, que se sitúa efectivamente “más allá” del principio de placer (y es en este punto donde se justifican el título y la inspiración de esta obra). Esta tarea consiste en primer lugar en ligar las energías invasoras, antes de poder, sea movilizarlas en forma de dolor, sea evacuarlas, lo que se traduciría por un placer.

(p. 235)

¿Cuál es el interés de todo esto? En principio consiste en esta puesta en relación, de la cual intento hacer captar toda la riqueza y toda la ambigüedad, entre la excitación externa y la excitación interna. Relación del traumatismo externo con el traumatismo psíquico, que parecería ser en ciertos momentos una relación de puro modelo, puramente didáctica: el traumatismo psíquico es al yo lo que el traumatismo



fisiológico es al organismo; el traumatismo psíquico es al para – excitaciones lo mismo que el traumatismo físico es la piel, etc. .. Ven ustedes que no estamos ya en una relación de puro modelo, puramente didáctica, entre lo que sucede en los dos niveles. Es necesario concebir una articulación de estas dos líneas.

(p. 236)

Nuestro segundo punto, el segundo foco de interés de este texto, es que el traumatismo aparecería como el paradigma de una creación de excitación psíquica, y en ese sentido, se podría decir, de una verdadera creación de pulsión. En el punto de tangencia que dibujé hace un momento entre esas dos vesículas, la diferencia entre traumatismo físico y traumatismo psíquico se borra, pero lo que aparece es una diferencia entre los modos de energía; lo que nos remite a la cuestión que yo planteaba inicialmente a raíz de la sublimación o de la creación: ¿en definitiva todo el problema de la creación, más que como creación de nuevos contenidos, de nuevas formas o de nuevos objetos, acaso se debería concebir en principio como una utilización del traumatismo o de los traumatismos sucesivos, para crear sin cesar una suerte de neopulsión? Es esto en todo caso lo que Freud recuerda una vez más al terminar este capítulo, cuando sostiene que el traumatismo es una conmoción que debe ser reconocida verdaderamente como una de las fuentes de la excitación sexual.

(p. 237)

- c. Otro cuestionamiento nos abre el **traumatismo** y con él, la neocreación de energía. Decimos precisamente que de este traumatismo o de estos sucesos externos que vienen a afectar al individuo nace una nueva energía; es la energía que impulsa a la sublimación.

Ya vimos que lo que afectan estos traumatismos son las **vesículas** protectoras del individuo: el organismo o el *yo*. La relación entre estas dos vesículas es una relación de tangencia la cual hace posible el pasaje de una energía a otra sobre el proceso ya explicado de **apuntalamiento**. Aquí recordamos que esa vieja problemática cuerpo-alma es reemplazada por esta explicación en la cual ya no son dos instancias separadas sino que entre ellas localizamos ese pasaje de energía dada por esa relación tangencial; ese pasaje sería más bien una especie de nueva producción de energía, en otras palabras, una transformación de la energía de conservación en **energía sexual**. Diríamos que esta energía circulará bajo una nueva forma: sexual.

Pero primero entendamos más claramente la cuestión de la energía a partir de su diferenciación: energía física, biológica y sexual.

Freud llamó a la energía primaria, "**energía X**" la cual comparó a la **energía física**; la definió como lo invariante, la que subsistiría a todas las transformaciones.

Por su parte la **energía biológica** correspondería a la energía orgánica que funcionaría según ese modelo que ya explicamos anteriormente: el modelo de la constancia o de restablecimiento del equilibrio. Aquí estaríamos hablando de esa pulsión que representa las fuerzas biológicas en lo psíquico (ya sabemos que es el *yo* quien coordina esas funciones de autoconservación).

Finalmente la **energía sexual** sería la energía psíquica y propiamente pulsional que circula entre representaciones. Esta energía no funciona bajo ningún principio lo que implica que circule libremente, encontrando representaciones donde fijarse pero no de manera definitiva; va a ser más bien, similar a esa energía física.

Habiendo diferenciado estas energías nos enfocaremos sólo en la energía sexual. Se ha entendido constantemente la **energía sexual** como una sola. Sin embargo, Freud

mantuvo su posición de que se trata nuevamente de dos energías que actúan al interior de la energía sexual. Si se mantiene esta dualidad que también Laplanche comparte, es para mantener la posición de que la energía se diferencia por su modo de circulación de acuerdo al principio primario y secundario.

Con respecto a la energía que circula bajo el principio del **proceso primario**, decimos que esta es precisamente la pulsión que circula en el fantasma inconsciente. Recordamos que en principio esta pulsión es autoerótica ya que circula entre representaciones (es decir, ligada al fantasma) y no entre objetos; más claramente es la energía que circula libremente.

La energía del **proceso secundario** es la pulsión que se liga a los objetos. Recordemos también que es esa pulsión que no es autoerótica porque se encamina hacia los objetos.

Habiendo dicho lo anterior podemos introducir nuevamente la pulsión de muerte y de vida.

La **pulsión de muerte** es aquella del proceso primario, es la pulsión de las representaciones. Actúa bajo ese principio de la discordia el cual tiende a disolver; precisamente lo que trata de disolver son los objetos. La pulsión de muerte sería la pulsión de lo inanimado es decir, que impulsa a ese estado anterior de la no-vida. Se dice que es lo más propio de la pulsión, que es el alma de toda pulsión. Finalmente decimos por otra parte que es la pulsión de los objetos parciales, de las zonas erógenas cuando aún no se posee una representación total del cuerpo, estaría dada por la fragmentación.

La **pulsión de vida** al contrario es esa energía que tiende a lo total, a la reconstrucción. Son las pulsiones de los objetos representados de manera total. También decimos que son las pulsiones del *yo* y las que emanan de él en orden a conservar la vida. Pero

recordemos que al ser pulsión en su alma conserva también ese principio de la discordia que actuará para incluir el conflicto, la disociación.

Finalmente, decimos de estas energías son las pulsiones pertenecientes al plano de la sexualidad en el cual la pulsión de muerte es la sexualidad de las representaciones y la pulsión de vida es la sexualidad del objeto.

La importancia de esta diferenciación de las pulsiones es precisamente que en la sublimación lo que actúa es la fijación a los objetos, esa tendencia a la vida. El trauma o los sucesos externos tienden a ser simbolizados, fijados a un objeto.

Laplanche se fundamenta en Klein precisamente en su propuesta del **simbolismo**. Klein dice que la sublimación sería un “inversión simbólico-sexual” de una tendencia perteneciente a las pulsiones del yo. Laplanche aporta que además de este “simbolismo” la actividad sublimada tendría **objetos** y **metas indirectamente sexuales**. Habría una identificación entre el objeto sexual y el objeto de autoconservación.

Klein dirá que de fondo lo que guarda la sublimación sería la **fijación** de una sensación placentera a un objeto (sensación producida por una situación placentera). Habría en un primer tiempo identificación entre el objeto sexual y no-sexual, que hace pasar rápidamente la **libido** narcisista a libido objetal (paso de ese autoerotismo al objeto). Lo importante de esa experiencia de fijación es que se transfiere a las tendencias del yo, por lo tanto dejan de ser inconscientes y pueden ser descargadas. Y algo aún más importante, cuando son transferidas al yo (a esta clase de representación) esas fijaciones inconscientes quedan despojadas de su carácter sexual; al ser acordes con el yo se fijarán o fusionarán con una de sus tendencias de manera que no sufrirán **represión** (a manera de defensa) dándose el éxito de la sublimación. Es necesario destacar que Laplanche

sostiene que hay fijaciones a pesar de todo, pero hay algunas que permiten libertad de actividad en la persona.

Esta problemática de las tendencias del *yo* y la conformidad con sus tendencias será tratada más ampliamente en el siguiente apartado ya que es un aspecto directamente relacionado con lo cultural sobre el cual Laplanche reflexiona en orden a cuestionar una parte de la propuesta de Klein.

Después de haber comentado la temática de simbolización y cómo esta se da a partir del ligue de energía a los objetos lo cual se traduciría en esa tendencia a la integración que actúa en esas pulsiones de vida, veremos como podemos asociarlo a uno de nuestros temas centrales: el traumatismo.

En este punto hacemos referencia a un argumento que toma Laplanche como base de su teoría. Esta es la referencia a Lowenfeld y cómo aquel visualiza el traumatismo a propósito de la creación artística. Este autor resaltó el término de “**traumatofilia**” como una tendencia que impulsa a reexperimentar indefinidamente el traumatismo; lo importante de esta propuesta es que no es sólo tendencia a reexperimentar sin además tendencia a elaborar y a simbolizar ese traumatismo. Allí vería tanto Lowenfeld como Laplanche la energía que impulsa a la sublimación, lo cual propone este autor con relación a la experiencia productora del artista. Laplanche presentó a ese artista como un individuo que juega con el traumatismo, que hace uso de un tipo de la elaboración de la “energía sexual” que estaría en medio de los dos peligros: el desbordamiento de energía (que haría sucumbir al *yo*) o una defensa (que bloquearía la energía desde su aparición); a estos dos peligros haremos referencia en el siguiente punto en el que se contemplarán las dos salidas neuróticas que son comparadas con la actividad intelectual.

*Referencia al marco teórico*

Párrafos 2, 3, p. 85. Párrafos 1, 2, 3, 4, p. 86. Párrafos 3, 4, p. 87. Párrafos 1, 2, 3, 4, p. 89. Párrafos 1, 2, 4, 5, p. 90. Párrafos 4, 5, p. 63. Párrafos 1, 2, 3, p. 64. Párrafo 1, p. 65. Párrafos 1, 2, 3, 4, p. 87. Párrafos 3, 4, p. 88.

*Referencia textual al texto de Laplanche*

... a saber los nexos, en el traumatismo, entre dos relaciones: la relación físico-psíquico, por una parte, y la relación no-sexual – sexual por otra, en que la segunda viene verdaderamente a reemplazar a la primera, y cómo a desplazar el problema. Así como el apuntalamiento viene a aportar su “solución” o más bien un nuevo planteo, al viejo problema metafísico de los nexos entre el alma y el cuerpo.

En otros términos, este modelo no es sólo un modelo, ya que hay que intentar concebir *realmente* que el aparato del alma, en ciertos puntos, es verdaderamente tangente, concéntrico o coextensivo, al aparato del cuerpo.

... A partir de esto, el problema del traumatismo no se plantea ya en términos de repercusión de una conmoción física sobre el espíritu, sino como un pasaje de una energía a otra, como producción (dejo entonces abierta la cuestión de saber si se trata de una producción o de una neoproducción) de una energía que funcione según un nuevo régimen: la energía sexual.

(p. 197)

... pero la sexualidad tal como funciona en psicoanálisis, es decir la pulsión sexual que circula en el fantasma inconciente, la pulsión sexual que se revela en las formaciones del inconciente y, por ejemplo, en el trabajo del sueño. La originalidad

de esta pulsión, aquello que la define es, como Freud dice, ser al comienzo *autoerótica* lo cual no puede tener otro sentido que decir que *circula originariamente no entre objetos, sino entre representaciones*; que es, por lo tanto, *indisociable del fantasma*. Lo que la define, por otra parte, es que circula según leyes muy peculiares: las del *proceso primario* o de la energía libre.

(p. 201)

... Pero si insistimos con Freud en esa interpretación energética, lo que cuenta para nosotros hoy es que este fenómeno implica la aparición de una nueva energía, de una energía de nuevo tipo.

(p. 202)

¿Puede el traumatismo encontrar su lugar en un abordaje del problema de la sublimación?

... Pero la problemática aquí planteada es interesante... la cuestión no es el origen del talento sino (del que Freud precisamente, tal vez con algún apresuramiento, nos dice que es inanalizable: él sale del paso de este modo), el *origen de las fuerzas* que impulsan a la sublimación. Y la respuesta más o menos determinada, pero que yo intento hacer más clara, es la siguiente: esas fuerzas son aquellas que nacen del traumatismo, al mismo tiempo que son aquellas que incitan a renovar sin cesar el traumatismo en una suerte, entonces, de círculo vicioso; pero es el traumatismo el punto preciso de esta suerte de neogénesis de una energía que impulsa a la sublimación.

(p. 203)

“Creación: He aquí un término que implica la producción de algo nuevo... ¿Será esta creación, en lo que tiene de más radical, creación de energía?”

(p. 205)

La energía *física* es efectivamente algo, al menos en la física clásica, que no se define sino como lo invariante – inasible en tanto tal – que subsiste en todas las transformaciones. Se trata precisamente allí de la “X” de la cual habla Freud.

(p. 205)

La energía *biológica*. Es tal vez aquella con la cual Freud y los psicoanalistas creen enfrentarse con su concepto de pulsión: la pulsión como término intermediario entre lo físico y lo psíquico; o incluso como representante de las fuerzas biológicas, del cuerpo, en lo psíquico. Como quiera que sea, con la noción de fuerza biológica, el modelo sigue siendo el de una diferencia por colmar, el del restablecimiento de un equilibrio.

... Tendríamos por lo tanto aquí dos modelos biológicos: un modelo de la pulsión, cuando el aflujo de energía es de origen interno, y un modelo del traumatismo cuando el aflujo es externo”.

(p. 206)

Qué decir ahora de la energía llamada sexual; o *pulsional* en el sentido propio del término, en el sentido que Freud reservaba al término de pulsión; o energía psíquica, si se prefiere, pero tal vez no se trata aquí exactamente de lo psíquico y de lo físico... digamos la energía que circula entre representaciones. Ella no tiende a una homeostasis, está como enloquecida, circulando de una representación a otra sin encontrar normalmente reposo, sin encontrar representación final donde detenerse, y en este sentido está tal vez *más próxima*, pese a las apariencias, *a la energía física que a la energía llamada biológica* o fisiológica.

(p. 207)



(Más allá del principio del placer) En el corazón de este texto, por que “pulsión de vida” y “pulsión de muerte” sólo se pueden leer y comprender con esta clave que yo indico y no ceso de repetir: la pulsión de muerte es, nos dice Freud, el alma de toda pulsión; es lo más pulsional de la pulsión (comento yo, retomando formulaciones que son verdaderamente las de Freud); es la pulsión de lo inanimado, nos dice él mismo, es la pulsión que tiende a reducir a lo inanimado; es la pulsión de las representaciones y no de los objetos puesto que al contrario los objetos resultan disueltos por la pulsión de muerte; ... o también es la pulsión de lo que llamamos objetos parciales, pero que no son otra cosa que “representantes – representación”. Y la pulsión de vida es aquello que tiende a reconstruir, a mantener en el psiquismo, en el aparato psíquico, un vitalismo. Las pulsiones de vida son aquello gracias a lo cual, por el amor de lo cual vivimos. Son también las pulsiones del yo (en el doble sentido que este término toma en Freud: pulsiones que tienden a mantener al yo y pulsiones que emanan del yo), o también, y es lo mismo: son las pulsiones de objeto en el sentido en este caso no de objeto parcial, sino de objeto total (siendo el único objeto “objetivo” u “objetal” el objeto total) Digo que la pulsión de muerte – y es esto lo que interpreto, ya que sitúo la sexualidad en los dos lados – es la sexualidad de representaciones, siendo la pulsión de vida o Eros la sexualidad de objeto.

(p. 208)

(Melanie Klein)...He aquí cómo es definida la sublimación; “... Un investimento simbólico – sexual de una tendencia o actividad perteneciente a las pulsiones del yo”. Ustedes pueden ver inmediatamente la vía por la cual Melanie Klein va a introducir la sublimación, se trata de la noción de simbolismo: la actividad sublimada tendría

objetos y metas indirectamente sexuales. Habría en suma identificación simbólica entre el objeto sexual y el objeto de autoconservación.

...No puedo desarrollar aquí más mi referencia a este artículo, salvo para indicar que el proceso postulado por Melanie Klein, en esta génesis de las actividades sublimadas es el siguiente: en un primer tiempo, identificación entre el objeto sexual y el objeto no sexual, y probablemente también entre ambas actividades; en un segundo tiempo, desprendimiento de lo sexual en el simbolismo: el trabajo de la tierra o, más próximas a nosotros, actividades como el “atletismo” devienen simbólicas de una actividad sexual; por último, un tercer tiempo posible, el de la fijación.

...¿Por qué no fue la vía del síntoma histérico la que tomó Leonardo, sino la de sublimación? Y Melanie Klein intenta a su vez, como lo intentamos nosotros por nuestra parte, mostrar en qué sentido hay allí una sublimación:

“... me parece que el punto de divergencia se ubica en el momento de la fijación. En Leonardo, la situación placentera no quedó fijada como tal: fue transferida a las tendencias yoicas. [El yo interviene aquí por medio de esta expresión tan misteriosa: transferencia de la situación de placer a las tendencias del yo. Más interesante que esta noción de “transferencia”, tan enigmática, son los factores que, según Melanie Klein, favorecen esta vía de la sublimación. Ella determina, al parecer, tres de ellos. He aquí el primero:] Debe haber tenido que hacer muy temprano en su vida una identificación muy profunda con los objetos que lo rodeaban. Posiblemente, esa capacidad fuera debida a un desarrollo desusadamente temprano e intenso de la libido narcisista en libido objetal: [Por lo tanto, una suerte de apertura masiva, muy importante, hacia el objeto, y también una facultad de pasaje y de juego muy importante entre el investimento narcisista del yo y el investimento de los objetos

del mundo, que devendrán precisamente los objetos de la sublimación, de la investigación y del arte de Leonardo. ... Un segundo factor sería ahora, según Melanie Klein:] la capacidad para mantener la libido en estado de suspensión. [...Por último, he aquí el tercer factor:] Podemos suponer, además, que existe aun factor de importancia para la capacidad de sublimación, uno que bien podría formar una parte del talento con que un individuo está constitucionalmente dotado. Me refiero a la facilidad para que una actividad o una tendencia del yo adquiera una investidura libidinosa y la medida en que de este modo sea receptiva. [Por lo tanto, una receptividad particular del yo o de las actividades del yo para convertirse en el lugar de acogida de otras tendencias...]

... En el caso de Leonardo, no sólo se estableció una identificación entre el pezón, el pene y la cola del pájaro sino que esta identificación se fusionó con el interés por el movimiento de dicho objeto, el pájaro y su vuelo y el espacio en el cual volaba. Las situaciones placenteras, realmente experimentadas o fantaseadas, permanecieron sin embargo inconcientes y fijadas, pero se les dio intervención en una tendencia del yo y así pudieron ser descargadas. Cuando reciben esta clase de representación, las fijaciones [hay entonces fijaciones, pese a todo, pero que *permiten* una libertad de actividad] quedan despojadas de su carácter sexual; son acordes a yo y si la sublimación tiene éxito – es decir, si se fusionan con una tendencia del yo- no sufren la represión”.

(p. 134)

¿Puede el traumatismo encontrar su lugar en un abordaje del problema de la sublimación?

...la “traumatofilia”: tendencia a reexperimentar indefinidamente el traumatismo pero también tendencia a elaborarlo, a simbolizarlo. Por su puesto la traumatofilia no es un concepto clave por que precisamente hay que preguntarse qué es lo que puede impulsar a que a uno le guste el traumatismo. Pero la problemática aquí planteada es interesante en el sentido de que en el talento, en la experiencia productora de un pintor, de un artista, la cuestión no es el origen del talento sino (del que Freud precisamente, tal vez con algún apresuramiento, nos dice que es inanalizable: él sale del paso de este modo), el *origen de las fuerzas* que impulsan a la sublimación. Y la respuesta más o menos determinada, pero que yo intento hacer más clara, es la siguiente: esas fuerzas son aquellas que nacen del traumatismo, al mismo tiempo que son aquellas que incitan a renovar sin cesar el traumatismo en una suerte, entonces, de círculo vicioso; pero es el traumatismo el punto preciso de esta suerte de neogénesis de una energía que impulsa a la sublimación.

... En resumen, el artista, como nos lo presenta Lowenfeld, juega con el traumatismo: si la defensa es demasiado débil, sucumbe a él; si la defensa es demasiado rígida, no hay libertad en la identificación, la angustia es demasiado grande y la productividad queda inhibida”.

(p. 203)

Intenté dar rápidamente una idea de este texto que constituye una referencia de base, pero a la vez limitada, para nuestra cuestión. Su interés radica en plantear el problema en términos económicos, en ir a la línea de la búsqueda del traumatismo(...). Radica también en abrir la puerta a un tipo de elaboración de la energía sexual, intermediaria entre estos dos peligros: el desbordamiento de energía, al cual el yo sucumbe, y la defensa, que bloquea la energía desde su aparición. La

debilidad de este artículo consiste en no profundizar la noción de traumatismo, sino en considerar implícitamente como admitida la concepción freudiana, sin repensarla.

(p. 205)

d. Laplanche explica la sublimación a partir del esquema de la actividad intelectual con base en la pulsión de saber; este esquema lo desarrolló a la luz de su referencia a **Leonardo Da Vinci**, genio sobre el cual se sustenta el alcance de la sublimación.

Laplanche inició con la referencia al **recuerdo infantil** de Leonardo quien relataba la experiencia de que en sus primeros años de vida un pájaro lo visitó en su cuna golpeándolo con su cola entre los labios. Laplanche sostiene que en ese momento de la lactancia hubo una asociación entre la succión del pecho de la madre con el golpeteo de la cola del pájaro entre los labios. Vemos este acontecimiento como sucediendo en esos momentos en que la seducción estaba teniendo lugar en el lactante, en los tiempos de esa intrusión sexual. Laplanche visualiza en la implantación de esa **seducción** un destino que marca particularmente a Leonardo; Leonardo decía que desde siempre, desde ese suceso inmemorial estuvo destinado a ocuparse del vuelo de los pájaros. De esa seducción primaria en Leonardo se produjo el **fantasma** del cual decimos que tiene un carácter autorepresentativo es decir, representa uno de los perfiles inconcientes más cercanos a la personalidad de Leonardo y podemos interpretar que se trata de la fuente de la energía que lo impulsó a la sublimación.

Retomando la propuesta de Klein, en el caso de Leonardo hubo una **identificación** entre el pezón, el pene y la cola del pájaro (**objeto sexual**) que se fusionó con el interés por el movimiento de dicho objeto, el pájaro y su vuelo y el espacio en el cual volaba (**objetos no-sexuales**). Según Klein la sublimación en Leonardo tuvo éxito ya que la

situación placentera (realmente experimentada o fantaseada) al fusionarse con un interés del *yo* pudo representarla de otra manera, reprimiendo el carácter sexual de manera que pudo ser descargado; en este caso lo que se da es una represión en el objeto sexual y no una represión total de la situación. De esta manera, Klein a través del simbolismo explica que Leonardo tomó la vía de la sublimación y **no** la vía de la formación de un síntoma histérico.

Laplanche resaltó dos actividades sobresalientes en Leonardo: la actividad pictórica y la actividad intelectual. Laplanche explicó la sublimación de acuerdo con la **intelectualidad** ya que para él esta actividad se presta más fácil al esquema de la sublimación.

La primera referencia que hizo nuestro autor fue a la **pulsión de saber**. Esta pulsión no puede tomarse como una pulsión elemental y tampoco como pulsión sexual; la pulsión de saber sería descomponible ya que sus componentes no son solamente sexuales. Lo que interviene en esta pulsión de saber es que su acción por una parte, es posible por la energía de la **pulsión de ver** que alimenta una forma sublimada del apoderamiento.

Veámoslo con más detenimiento:

La **pulsión de ver**. Tiene dos componentes: autoconservador y sexual. La visión permite al individuo ubicarse en el mundo, es una actividad que le sirve para su adaptación. La visión devendría sexual cuando ve algo en el exterior (por ejemplo la llegada de un hermano o la presencia en el momento del coito de los padres) que le genera un cuestionamiento sexual despertando lo llamado “**investigación sexual infantil**”.

La pulsión de saber que proviene de una forma sublimada del **apoderamiento**. El apoderamiento es en principio autoconservador ya que el individuo se adapta al mundo

exterior extendiendo su dominio sobre los objetos y destruyéndolos si es preciso. Pero al decir que la pulsión de saber funciona por la acción de una manera sublimada del apoderamiento nos sugiere que hay un tiempo anterior, es decir, que el apoderamiento en un momento previo debió devenir sexual para que así esa actividad pudiera ser sublimada (ya que la sublimación sería de lo sexual a lo no-sexual). Este tiempo anterior a la pulsión de saber es el paso del apoderamiento al **sadomasoquismo** (derivado del apuntalamiento en la etapa anal) entendido como el principio de apoderarse y destruir.

Así vemos la pulsión de saber encaminada a actividades no-sexuales alimentándose de la pulsión de ver provista a su vez de energía sexual. Concluimos que la investigación intelectual tiene un carácter obsesivo dada su relación originaria con el sadomasoquismo lo cual también puede intervenir en la formación de salidas neuróticas con respecto a la intelectualidad. Laplanche las explica a partir de ese juego de la represión: como puede darse la sublimación o en su defecto encaminar a salidas neuróticas. La sublimación se opondría a la **inhibición del pensar** y a la **compulsión neurótica del pensamiento** en las cuales actuaría la represión como una defensa contra los complejos de la investigación sexual infantil. La represión como defensa implica la irrupción de información proveniente del inconsciente que el individuo no puede manejar adecuadamente; por tanto se defiende de dichos contenidos por medio de la inhibición del pensamiento o mediante la compulsión del pensar.

En el caso de Leonardo interpretamos que ese contacto del golpeteo de la cola entre los labios le vino como una sensación placentera asociada a ese placer del chupeteo en la lactancia. Esta sensación placentera fue asociada directamente al objeto externo y posteriormente ligado a un interés por el vuelo de los pájaros que trascendió a la

investigación científica de cómo el hombre podría volar por medio de un artefacto. Podemos decir también que ese interés es despertado al llegar a su etapa de investigación donde no se preocupó por temas únicamente sexuales; al haber pasado tan temprano de ese autoerotismo a los objetos, sus preguntas fueron despertadas por dichos objetos. La **investigación infantil** como toda investigación busca lo oculto, el individuo necesita representar lo que no ve más allá de las apariencias. Y aún más, eso que se quiere representar (también para el caso de Leonardo) es eso oculto dentro de uno mismo, ese fantasma que es el motor que impulsa a realizar las acciones de particular manera en cada individuo.

Decimos a partir de Laplanche que lo que se sublima son esas tendencias pregenitales que trabajan cada una por su cuenta. Asociamos a esto, aquello que corresponde al fantasma que es lo no conformado o no integrado de manera total a la vida psíquica; es aquello desintegrado por el principio de la pulsión de muerte. La sublimación sería la primacía de la **pulsión de vida** que produce objetos totales y estables a partir del conflicto con su opuesto: **la pulsión de muerte**. Con respecto a Leonardo, Laplanche va a referirse a una conclusión que tomo de Eissler: Leonardo a través de su obra se defendería del miedo a la muerte, de ese sentimiento constante de amenaza de desorganización de sí mismo; defensa contra el traumatismo, tomado a la vez como la amenaza interna y externa, las dos provenientes de energías desorganizantes (pulsión de vida y pulsión de muerte). Y otra vez volvemos a lo irrepresentable, a lo oculto. Leonardo mediante su obra, en la cual hay predominancia de lo visual como esa energía que alimenta su construcción del conocimiento, representaría su forma de ver eso oculto de lo cual nos dice Eissler, fue su manera de llegar a lo divino, a Dios.



*Referencia al marco teórico*

Párrafo 4, p. 48. Párrafos 1, 3, p. 49. Párrafo 1, p. 50. Párrafo 1, p. 65. Párrafo 1, p. 64. Párrafo 3, p. 51. Párrafos 1, 2, 3, 4, p. 52. Párrafos 1, 2, p. 53. Párrafos 1, 2, p. 54. Párrafos 1, 3, p. 55. Párrafo 3, p. 59. Párrafo 1, p. 69. Párrafo 1, p. 91. Párrafos 1, 3, p. 92. Párrafo 1, p. 93.

*Referencia textual al texto de Laplanche*

Freud exprimió el jugo, se podría decir, esencial, de ese “recuerdo” infantil de Leonardo pero tal vez no siempre con una insistencia pareja. Hay ciertos acentos que yo quisiera poner en puntos que él sólo roza y en los que no se centra. Con relación a ese “recuerdo”, Freud plantea por ejemplo el problema siguiente: si reconducimos el recuerdo a la succión del pecho, esta es activa por parte del lactante, pero el recuerdo de Leonardo se presenta bajo un aspecto pasivo, ya que es el buitre quien viene a golpear con su cola entre los labios del lactante”.

(p. 88)

Reencontramos aquí este famoso término de la *seducción*. ... Ven ustedes que aquí de manera evidente se conjugan lo que podemos llamar los dos sentidos, evidentemente muy unidos, de la seducción: el sentido corriente, de un atractivo, de un “encanto” en el sentido fuerte del término, y el sentido psicoanalítico que es el de una intrusión sexual. ... (seducción) significa conducir fuera de las vías normales, desviar, en el sentido en que hablamos de “desvío del menor”, muy especialmente, en este caso es conducir al niño fuera de las vías de lo biológico, fuera de las vías del “apego”; crear, se podría decir, la sexualidad, lo que nos conduce o nos devuelve a lo que yo había indicado antes, al hacer referencia a la teoría del objeto de la pulsión: en ese momento pasamos del objeto de la pulsión, “contingente” (medio subordinado aun

fin, “ensamblado” en vista de un fin), al objeto que ejerce, por el contrario, el estímulo, que induce a la estimulación del niño.

(p. 92)

Volviendo al “recuerdo” infantil de Leonardo, todo designa allí una *figura simbólica de la seducción*, de la implantación del deseo materno, que marca al niño y luego al adulto como un destino. De esto sin duda habla Leonardo cuando dice que desde siempre, desde ese acontecimiento inmemorial estuvo constantemente destinado a ocuparse del vuelo de los pájaros. ¿Cómo desconocer en ese golpeteo de la cola del milano el juego sexual del que Freud alude aquí directamente?: el juego del pecho con la boca (juego en el cual se olvida demasiado habitualmente el carácter de zona erógena del pecho en la madre); y después, por supuesto, y es sobre lo que Freud insiste, el juego de los labios con los labios, los “besos apasionados”. Por medio de la imagen autoerótica / narcisista de los labios sobre los labios, lo que ahí se designa es sin duda el hecho de que el momento de seducción es – o deviene inmediatamente- un tiempo de retorno sobre sí y un tiempo de repliegue en el fantasma; he aquí la marca de lo que yo designo como tiempo *auto*, en la seducción.

(p. 97)

Con Leonardo, volvemos directamente a la teoría de seducción, de la cual decimos que es la verdad del apuntalamiento. Y el fantasma de seducción, “el recuerdo infantil de Leonardo”, nos acerca a lo que he llamado objeto-fuente. De todos modos, si no se puede afirmar con seguridad que el fantasma de Leonardo sea *él mismo* (¿quien osaría decirlo?) el objeto-fuente, cabe suponer que constituye uno de sus perfiles inconcientes más cercanos.

(p. 98)

De este modo, llevándolo más lejos tal vez de lo que hiciera Freud, hemos reencontrado ese elemento esencial que hace de ese fantasma una suerte de paradigma de la seducción. El guión escénico representa a la seducción, pero él mismo es cercano de lo que es depositado por la seducción, lo que yo llamé el objeto – fuente. Lo que nos conduce al carácter auto – representativo del fantasma, *representando el fantasma no sólo un contenido de una escena, sino también la manera en que él mismo es producido*. Se podría decir, aun cuando este tipo de juego de palabras esté sujeto a caución, que *el fantasma de implantación representa la implantación del fantasma*.

(p. 98)

Podemos ver en Freud una larga discusión sobre el estatuto de realidad de ese guión escénico: ¿es verdaderamente un recuerdo? ¿Es pura y simple construcción *a posteriori*? ¿Es la mezcla de una construcción y de elementos mnémicos? ... A esta posición... Para Freud, sí hay construcción, lo importante es que esta construcción de todos modos expresa una verdad profunda, la cual estaría presente extremadamente temprano, desde la infancia: ... “a pesar de todas las desfiguraciones y malentendidos, la realidad del pasado está representada en ellos; son lo que el pueblo ha plasmado con las vivencias de su época primordial bajo el imperio de motivos antaño poderosos y hoy todavía eficaces. Si uno pudiera deshacer esas desfiguraciones – para lo cual debería conocer todas las fuerzas eficaces -, no podría menos que descubrir la verdad histórica tras ese material fabuloso. Lo mismo vale para los recuerdos de la infancia o fantasías de los individuos”.

(p. 99)

Volvamos a la pulsión de saber y a sus dos componentes: pulsión de ver y sadomasoquismo derivado de la pulsión de apoderamiento.

... El componente visual vuelve por otra parte menos abrupta la oposición entre estos dos dominios de sublimación designados por Freud: por un lado la actividad intelectual de Leonardo, y por otro su actividad de dibujante y de pintor...

(p. 107)

(... quisiera volver aún al desarrollo de Freud acerca de la sublimación, a ese pasaje que constituye el centro de nuestro interés y también de nuestra perplejidad...)

“Tenemos por probable que esa tendencia dominante [en la vida de un individuo] se haya manifestado ya en la primera infancia de esa persona, y consolidara su predominancia por obras de unas impresiones de la vida infantil; [Es esta la primera vertiente de la hipótesis concerniente a la sublimación; he aquí la segunda:] y además, suponemos que originariamente se atrajo como refuerzo unas fuerzas pulsiones sexuales, de suerte que más tarde pudo subrogar un fragmento de la vida sexual”.

(p. 109)

... Desde esta perspectiva, no existiría, en acto, una investigación no sexual que viniera a enriquecerse por la investigación sexual infantil, sino que toda actividad de investigación se iniciaría en el preciso momento en que es suscitada por la investigación sexual.

... Sabemos claramente que la inteligencia es una función que no sólo es propia del hombre; profusas investigaciones han permitido conocer con toda precisión el desarrollo y los límites de la inteligencia animal como función adaptativa. Es evidente que esta actividad intelectual (el desarrollo de la inteligencia) no es libidinal

(conservando para este término su estricto sentido psicoanalítico). Ella es neutra. Puede estar evidentemente al servicio de la sexualidad, pero con más frecuencia funciona al servicio de las tendencias que sostienen la autoconservación. Yo diría que entre *inteligencia*, como actividad combinatoria adaptativa, e *investigación*, hay una diferencia; y tal vez por allí pasa la distinción con la sexualidad. Con la investigación pasamos de una búsqueda eventualmente compleja, “de una conducta de rodeo”, pero que no pone un objeto detrás, a la búsqueda de algo oculto, algo necesariamente representable, más allá de las apariencias. Que lo “oculto” y lo “representable” estén relacionados con la aparición de lo sexual no es algo que nos pueda sorprender. Agregaremos, de manera absolutamente correlativa, que se trata de algo interiorizado, precisamente una suerte de esquema representativo que no es ya otra cosa que el fantasma.

... El enigma primero para el niño, aquel que desencadena las primeras teorías sexuales infantiles, no es la distinción masculino – femenino, sino la pregunta “¿De dónde vienen los niños?”. Es el nacimiento de un niño lo que constituye generalmente el punto de partida de esta investigación infantil. Diré que, en la investigación en torno del nacimiento, el elemento de seducción y de intrusión es más claro. ... De modo que Freud describe aquí el primer conflicto psíquico, el primer conflicto “edípico”, que está centrado en esta lucha por el saber y también, por supuesto, por el poder, entre los padres que rehúsan la teoría y la *representación* adecuada, y el niño que intenta adquirirlas. ... Diré que no hay tal vez un acontecimiento puntual de seducción, sino una situación o una estructura de seducción. ... No basta con que algo llegue al niño desde el exterior para que funcione como elemento de traumatismo y de seducción. Entiendo por traumático, desde un

punto de vista cuantitativo, un aporte externo que provoca una excitación demasiado fuerte como para que el niño sea capaz de ligarla; y cualitativamente, una inadecuación entre las capacidades de elaboración del niño en ese momento...

(p. 109)

Apuntalamiento en la pulsión de saber. La primera paradoja de este apuntalamiento es que lo que se apuntala, es decir la investigación sexual, viene a suscitar y enseguida a sostener – es decir a apuntalar en otro sentido- aquello sobre lo cual supuestamente se apoya, es decir la autoconservación. ... La segunda paradoja reside en que, al menos en la sublimación, aquello que viene a apuntalarse, la investigación sexual, no sucumbe, al menos no completamente, a la represión. Hay allí, parecería, un juego sutil en ese momento entre sublimación y represión. Llego así al último pasaje de esas dos páginas de Freud, saltando las soluciones intermedias llamadas “neuróticas” para alcanzar el tipo que corresponde propiamente a la sublimación:

“El tercer tipo, más raro y perfecto, en virtud de una particular disposición escapa tanto a la inhibición del pensar como a la compulsión neurótica del pensamiento [que eran entonces las dos salidas neuróticas]. Sin duda que también aquí interviene la represión de lo sexual, pero no consigue arrojar a lo inconciente una pulsión parcial del placer sexual, sino que la libido escapa al destino de la represión sublimándose desde el origen en un apetito de saber y sumándose como refuerzo a la vigorosa pulsión de investigar. También aquí el investigar deviene en cierta medida compulsión y sustituto del quehacer sexual, pero le falta el carácter de la neurosis por ser enteramente diversos los proceso psíquicos que están en su base (sublimación en lugar de irrupción desde lo inconciente) [la sublimación se opone por lo tanto a la formación de un síntoma a partir de una represión]; de él está ausente la atadura a los

originarios complejos de la investigación sexual infantil, y la pulsión puede desplegar libremente su quehacer al servicio del interés intelectual. Empero, dentro de sí da razón de la represión de lo sexual, que lo ha vuelto tan fuerte [es decir, que ha vuelto tan fuerte a esta pulsión] mediante el subsidio de una libido sublimada, al evitar ocuparse de temas sexuales.

(p. 112)

Hay verdaderamente allí algo muy sutil: ¡la sublimación no es una represión y existe sin embargo retorno! Voy a esquematizar: no es una represión, es decir que en el lugar mismo donde algo ha sido reprimido no surge un retorno bajo la forma de un síntoma; sin embargo, hay represión de una parte de la actividad pulsional; en particular, y especialmente, represión de la parte que constituía una investigación dirigida a un objeto propiamente sexual, es decir una *represión concerniente al objeto*, una vía bloqueada. Y hay incluso un retorno, pero se podría decir, por derivación, por vía colateral, y no un síntoma neurótico, allí donde sobreviene la represión.

(p. 113)

Dejo hoy con este curso – este recorrido- muchas cuestiones y muchos dominios inexplorados. Creación y perversión, por ejemplo, puesto que (Freud ha insistido mucho en ello) lo que es esencialmente sublimado son las tendencias perversas polimorfos que trabajan cada una por su cuenta, las tendencias llamadas pregenitales, y no la sexualidad genital. .. Tercer aspecto, por último en este rápido inventario de las relaciones entre sublimación y perversión; la sublimación, si admitimos la hipótesis de que acompaña desde el origen el nacimiento de la pulsión sexual, nos aparecería ligada al movimiento mismo de seducción que caracteriza a la

neogénesis de la sexualidad, es decir aquello que nos vemos obligados a llamar una desviación de la autoconservación.

(p. 116)

Acaso otra cuestión, que ha quedado en suspenso, no está tan alejada de la precedente como parecía: la cuestión del objeto y la del yo, que se pueden reunir bajo el título provisional de lo que se llama la “síntesis”. Aquí tenemos un punto de referencia muy claro en una continuadora de Freud, Melanie Klein, que puso el acento, para la sublimación, en este aspecto de totalidad. Toda sublimación, pretende, es reparación, ligada a la fase depresiva, del peligro de ver el objeto y el sujeto despedazarse, destruirse. Todo amor, toda relación de objeto verdadera es reparación, creación del objeto como una totalidad, garante de la totalidad del yo. He aquí un punto de vista esencial también para la sublimación. En nuestro diédrico: en el plano de la derecha no sólo hay procesos primarios; hay también intentos más o menos defectuosos, más o menos realizados, de síntesis, está el yo, está lo que se llama la síntesis o primado genital como manera de coordinar las pulsiones parciales en esta especie de unidad que es la relación sexual adulta, ¿no se podría decir también, de la actividad sublimada, que ella es una suerte de sustituto del primado genital, una manera de coordinar las actividades pregenitales bajo una especie de primado, el de una obra, de un trabajo, de un resultado por alcanzar, pero una síntesis que, a diferencia de la síntesis genital, se produciría tal vez bajo el signo de la represión o de la renegación, precisamente bajo el signo de la renegación de lo genital?.

(p. 117)



...En mi conceptualización del conflicto psíquico, digamos que la sublimación así entendida sería la victoria del amor en estasis, investido en objetos estables, sobre la inestabilidad y la tendencia a la descarga absoluta que caracteriza a la libido en el nivel de los fantasmas inconcientes.

(pp. 139, 140)

Con este texto de Eissler sobre Leonardo da Vinci continuamos entonces con el tema de traumatismo, su descubrimiento en particular a través del cuadro y las etapas de “La última cena”, y lo que se le presenta a Eissler como defensa frente al traumatismo, no sin ambigüedades: en primer lugar la ambigüedad de la situación del trauma; ... existen tipos especiales de defensa: defensas que por nuestra parte preferiríamos llamar elaboración continua del aflujo perceptivo. Ustedes recordarán esa elección de la visión como lugar de combate, elección por cierto indiscutible por que todos aquellos que han estudiado a Leonardo insistieron en este aspecto visual, no sólo en las elaboraciones plásticas, sino de su ciencia y de sus elaboraciones teóricas. Pero esta elección de la visión es considerada por Eissler, al menos en ciertos pasajes, como simple huida, como el lugar más favorable para un combate contra el traumatismo. De manera que lo que falta parcialmente, aunque este texto es bastante profundo, es una comprensión o, al menos, una profundización de la relación entre traumatismo externo y traumatismo interno; o si se quiere, una profundización de la siguiente cuestión: la visión como lugar de proyección del peligro interno, y el peligro interno como lugar probablemente de introyección de un fantasma él mismo visual, en todo caso perceptivo. .. Y bien, se podría decir que la simbolización en la obra de arte deshace esta distinción, deshace incluso la relación metafórica entre lo

externo y lo interno. *Ella reúne lo externo y lo interno para retomarlos en otro nivel de símbolo.*

(pp. 216, 217)

Después de recordar el punto en el que estábamos, y de este comentario, sigo recorriendo el texto de Eissler acerca de la creatividad artística de Leonardo, hasta el punto en que llega a definir lo que amenaza, aquello de lo cual Leonardo se defiende, como “el miedo a la muerte”. ... “Traducido en términos psicológicos abstractos, es el sentimiento de que el sí- mismo está amenazado constantemente de desorganización”. Ustedes ven cómo aquí también tenemos ese juego entre lo externo y lo interno, puesto que lo que es considerado como el miedo a la destrucción externa es correlativo de un miedo, o de un sentimiento de amenaza interna, procedentes de energías desorganizantes. La creación plástica en Leonardo sería el medio de hacerse independiente de los deseos y, por lo tanto, de la muerte; es así efectivamente como Eissler se expresa, y ven ustedes que no estamos lejos en este caso de lo que yo mismo desarrollo respecto de la pulsión de muerte.

(p. 217)

El problema de la síntesis pictórica, por relación a la espontaneidad del dibujo, es retomado después por Eissler en el marco de las relaciones entre Leonardo y el neoplatonismo... esta filosofía neoplatónica crea una distinción absoluta entre el conocimiento de lo finito y el conocimiento de lo infinito, es decir de Dios; con arreglo a esa distinción, no podemos inferir nada del conocimiento de lo finito, como no sea proyección narcisista, atribuyéndole a Dios la faz del ser viviente, del ser que lo mira, porque Dios sólo es cognoscible en una especie de espejo narcisista. Y para Eissler, sería esta la tarea insoluble que se plantearía Leonardo a través de su

pintura; el dibujo, por su parte, permanecería en la inmanencia y en lo finito, y en cambio la pintura se situaría frente al problema insoluble de reflejar la trascendencia...

...“la pintura es continente de todas las formas que existen y de aquellas que no existen en la naturaleza”. Es decir, verdaderamente: la pintura es el reflejo de lo que se podría llamar el ser divino. Lo que es imposible pintar puede ser pintado, lo que es imposible ver puede ser visto...”.

(p. 218)

El siguiente punto corresponde a la sublimación en su aspecto “externo” lo que conduce al tema de la cultura:

6. Para desarrollar este aspecto de lo cultural contemplaremos tres puntos:
  - a. La comparación entre **represión** y **sofocación** dada la comparación entre cultura e individuo.
  - b. El **erotismo uretral** como proceso en el que se conforma la genitalidad como función específica. Además cómo a través de este erotismo se compara al individuo tanto intrapsíquicamente como parte de una cultura.
  - c. La referencia al psicoanálisis como técnica terapéutica que implica la encaminación del individuo a su sublimación. A la vez el psicoanálisis como elemento que introduce la sublimación en el movimiento cultural y que elabora teorías sobre el mismo.

*Desarrollo de la estructura*

- a. La cultura podría ser comparada a un individuo ambos conformados como una totalidad. Al interior del ser humano en la sublimación actúa la represión; pero represión, como ya lo dijimos anteriormente, con respecto al objeto sexual y al fin sexual genital. En el nivel de la cultura actuaría una represión, llamada por Laplanche “**sofocación**”. De este mecanismo, sofocación de las pulsiones, deduce Laplanche que se constituye en el origen y en el motor del movimiento cultural. A diferencia de la represión, la sofocación sería una especie de manera consciente de no prestar atención a algún aspecto. En la cultura, la sofocación social sería inherente a toda vida en sociedad y a toda conquista cultural que se alcanzarían por medio de esa desviación de los fines sexuales genitales hacia procesos que desembocan en fines no-sexuales.

Pensemos que al vivir en sociedad las relaciones entre sus integrantes no pueden todas desembocar en un fin sexual genital. Hay diferentes tipos de relaciones que se establecen y se alimentan por esa sexualidad pero que precisamente han sido encaminadas hacia otros fines no-sexuales y hacia afectos que no participan de dicho fin.

Volviendo a esta comparación entre represión y sofocación, Laplanche sostiene que en el nivel individual lo que tendría lugar sería una sofocación interiorizada; el individuo reprimiría aparentemente, en nombre de sus propios intereses pero en realidad estaría funcionando conforme a una represión ya dada en la sociedad la cual pasa a hacer parte de su funcionamiento interno. En este punto recordemos que Laplanche propone, basándose en el argumento de Bachelard, que las prohibiciones sociales son las primeras que actúan en el hombre.

De acuerdo a este aspecto represivo de la sociedad en el cual habría prohibiciones que serían similares a las que actúan en el individuo, Laplanche dice que estas harían parte de una inconciliabilidad absoluta que hace parte de esa permanencia de la pulsión de muerte, energía que estaría actuando en todo un sistema general como la cultura y el individuo.

*Referencia al marco teórico*

Párrafos 1, 2, p. 73. Párrafos 1, 2, p. 75. Párrafo 1, p. 76.

*Referencia textual al texto de Laplanche*

... Tesis de *El malestar en la cultura*, para resumir de manera extremadamente esquemática: la sofocación de las pulsiones (entiendo por “sofocación” un mecanismo más amplio y acaso más sociológico que la represión) es el origen y el motor del movimiento cultural y debe ser explicado a partir de un doble juego; por una parte, un juego interior a Eros, o a la pulsión de vida que hace que en el interior mismo de Eros, fuerza unitaria, haya una lucha de las grandes unidades contra las pequeñas; pero el juego se sitúa, por otra parte, en un conflicto interpulsional, entre Eros y la pulsión de muerte. Ambos juegos son complementarios. Para esquematizar, diría lo siguiente: la agresividad (o la pulsión de muerte, que Freud sitúa del mismo lado) debe ser suprimida o expulsada afuera y para poder realizar esta supresión, Eros debe ser canalizado, inhibido respecto de su meta directamente sexual, y sublimado. Al mismo tiempo entonces que prosigue la lucha entre Eros y la agresividad, en el interior de Eros, precisamente en ese movimiento de canalización y de sublimación, es el individuo el que será sacrificado a la sociedad, es la pareja por ejemplo la que será sacrificada eventualmente a un grupo más amplio, y tal vez hasta exista una misteriosa contradicción inherente a Eros mismo. En una perspectiva que yo había

esbozado la última vez, la de un conflicto interno a lo que llamo el plano de la sexualidad, podríamos tal vez intentar demostrar que esos juegos dialécticos, tanto entre Eros y la pulsión de muerte como en el interior mismo de Eros, constituyen finalmente un solo y mismo juego retomado en niveles diferentes. Me refiero a la perspectiva de una oposición más general que yo sitúo en el fundamento de la distinción Eros/pulsión de muerte: la oposición entre lo ligado y lo no-ligado.

(p. 156)

Con Freud, ya lo hemos averiguado, las vías son totalmente diferentes, y el problema es primero un problema *económico*, precisamente aquel que nos preocupa respecto de la sublimación; *¿de dónde proviene la energía* dedicada al progreso cultural? *¿Cómo formular la respuesta?* *¿Enunciaremos lo siguiente:* la energía cultural procese de la sofocación de lo pulsional? De inmediato, evidentemente, el término “sofocación” plantea un problema, por cuanto sofocación en la terminología analítica viene a oponerse a represión;

... En todo caso, sofocación y represión resultan opuestos en distintos tipos de problemáticas en Freud. Situémoslas al menos en tres niveles: 1) primero con respecto a la tópica conciente-inconciente, en la cual la represión se define como un proceso de rechazo hacia el inconciente, proceso él mismo inconciente en su mecanismo, no querido, no sometido a la voluntad; por oposición a la represión, la sofocación sería una especie de manera conciente de sofocar o de no prestar atención a tal o cual representación o problema desagradable;

2) luego la oposición sofocación-represión vuelve a encontrarse en el corazón mismo del mecanismo defensivo de la represión, en función de una nueva distinción

absolutamente capital, la del afecto y de la representación. Pensemos en efecto que la pulsión (concepto “mítico”) sólo es aprehendida en el psiquismo por sus representantes, y que precisamente está representada de dos maneras; por una parte, en el nivel de la representación, y esto es lo que llamamos representante-representativa; y por otra parte en el nivel del proceso propiamente energético, donde la manera en que la pulsión se presenta es el afecto o, para establecer un paralelismo, el representante-afecto. Ahora bien, en un texto como “La represión” (1915), ambos representantes de la pulsión, representante-representativo y representante-afecto, tienen un destino diferente dentro del mecanismo de la represión: sólo la representación hablando con propiedad, es reprimida, en tanto que el afecto, por su parte, no puede sufrir el destino de ser reprimido en el inconciente. Propiamente hablando, nos dice Freud, no hay afecto inconciente. Hablar de afecto inconciente no es más que una aproximación, es una facilidad del lenguaje que nos damos, de hecho, el afecto sólo puede definirse como algo susceptible de advenir a la conciencia, aunque más no fuera en la forma de un embrión, de una especie de germen. Por naturaleza, el afecto no puede estar, por tanto, hablando con propiedad, sometido al cambio tópico que hace pasar a una representación del conciente al inconciente. El afecto puede ser modificado, puede cambiar su tonalidad, y ustedes saben que la modificación más importante del afecto es su transformación en angustia, suerte de moneda corriente de todos los afectos; el afecto puede ser reducido, puede ser canalizado, puede ser en última instancia sofocado. Es decir que *en el seno mismo de la represión* hace falta reintroducir nuestra distinción entre represión y sofocación; la represión sólo se aplica a la representación, mientras que el afecto es susceptible de una sofocación... Ustedes verán que nos encontramos nuevamente, a través de esto,

con el problema de detectar el origen de esta energía que viene a alimentar a la sublimación.

(p. 166)

...3) Por último, reencontrarán nuestra distinción entre sofocación y represión en una tercera oposición: la de los procesos individuales y los procesos sociales y culturales. Tenemos a veces la impresión de un paralelismo total en Freud, de un pasaje fácil “sin complejos”, como suele decirse, del registro individual al registro social, de una especie de transposición de los mecanismos del uno al otro. ... nos damos cuenta de que el paralelismo entre individuo y sociedad sólo se produce merced a una discordancia: en el nivel individual, el proceso defensivo es una represión, en tanto que en el nivel social, el proceso sería la sofocación. Y en virtud de la aparición de ese término “sofocación” en el nivel de la cultural, ... según las cuales lo primero con respecto a la represión individual sería la sofocación social. Se considere a la sofocación social en una línea muy típicamente freudiana, como inherente a toda vida en sociedad y a toda conquista cultural, de suerte que las sociedades más felices serían también las sociedades menos creadoras, aquellas en que las sofocaciones y los tabúes sexuales son mínimos; ... Encontramos nuevamente a Bachelard, quien introducía una especie de llamado al orden, a propósito del ejemplo repetido del fuego que quema, advirtiéndonos que lo *primero* en la experiencia del fuego que quema, es la prohibición y acaso también el deseo ligado al fuego. ....

(p. 167)

... La represión descrita por el análisis, en el individuo, no sería finalmente sino una sofocación interiorizada, retomada por el sujeto; este *creo* reprimir en nombre de sus propios imperativos, mientras que en realidad sólo está siguiendo las vías de una



mayor alienación: no sólo está dominado, oprimido, sino que también ama su servidumbre, ama la represión.

... *El malestar en la cultura*, cabe decirlo, parecería en efecto abrir estas vías pero siempre con la nota freudiana, la del famoso pesimismo; un pesimismo fundado, en último análisis, en dos tesis: por una parte la permanencia de la agresividad y de la pulsión de muerte, ... Y después, el segundo fundamento de ese pesimismo (o, al menos, de ese escepticismo por relación al ideal de una sociedad no represiva) es lo que yo designo como inconciliable, en su fondo, de la sexualidad. No inconciliabilidad – o no solamente – relativa a las prohibiciones, o incluso relativa a un tipo de organización psíquica que sería contingente sino una suerte de inconciliabilidad absoluta, *no transitiva*: no la inconciliabilidad *por relación a* otra cosa, sino una especie de factor inconciliable *en sí* que animaría el deseo sexual.

(p. 169)

Por lo que a mí se refiere, tendería, ustedes lo saben, a considerar que *estas dos tesis, la de permanencia de la pulsión de muerte y la de la inconciliabilidad del deseo sexual no constituyen sino una, por que la pulsión de muerte es finalmente la expresión teórica de los aspectos irreductibles, irrecuperables, no dialectizables de la pulsión sexual.*

(p. 169)

- b. El **erotismo uretral** es ese hecho donde se constituye la separación y la constitución de la genitalidad como un todo, como fin sexual específico. Además comprende un aspecto simbólico el cual se liga con ese desprendimiento de los fines sexuales presentes en la cultura.

El erotismo uretral representa la doble función del pene: función genital y urinaria a la vez. Este erotismo sería más latente hacia el cuarto año de vida, después de constituida esa etapa de la investigación sexual infantil. Sin embargo este erotismo uretral aparece primero a la diferenciación de los sexos. En esta etapa infantil hay una unión íntima de lo genital y urinario dado el desarrollo rudimentario de la genitalidad en el niño. Esa función urinaria le indicaría la vía al desarrollo genital en lo que ubicamos también un **apuntalamiento** en el cual habría asimilación del placer de la micción urinaria y las poluciones del aparato genital.

La conjunción entre lo genital y lo fálico es principalmente parte de la vida sexual infantil dada por la confusión entre esas dos funciones; dicha confusión se encuentra ligada tanto a la insuficiencia de intelección en el niño como también a esa relación de apuntalamiento por medio de la cual lo genital es producto de esa vía urinaria. La disyunción entre estas dos funciones se daría en la experiencia adulta. Así concluyó Laplanche que el niño de la historia individual y el niño de la historia colectiva se separan: el de la historia individual asimila lo urinario y lo genital; el de la historia colectiva o el adulto prehistórico se constituye en la incompatibilidad de estos dos placeres (micción y placer sexual) conformando según esta disyunción sus fantasmas ya que todo simbolismo está ligado a la experiencia del cuerpo.

*Referencia al marco teórico*

Párrafo 4, p. 76. Párrafos 1, 2, p. 77. Párrafo 1, p. 78. Párrafo 2, p. 79. Párrafos 1, 4, p. 80.

*Referencia textual al texto de Laplanche*

Aprehendemos claramente aquí, en todo caso, los dos primeros “factores”; yo diría sin embargo que con el segundo – en la medida en que está fundado en una

experiencia sensible, corporal: la excitación análoga al fuego y la detumescencia análoga a la extinción mediante el agua – nos acercamos al tercer elemento que Freud desea distinguir al final del texto, el elemento “fisiológico”. Este elemento fisiológico, que nos conduce nuevamente al cuerpo, es introducido en su crudeza con estos versos de Heine:

“Con lo que el hombre usa para orinar,  
Con eso mismo crea a su igual”.

(p. 179)

Es la doble función del pene la que es aquí puesta en evidencia – función a la vez genital y urinaria – y en las últimas líneas queda planteada la cuestión de lo que se llama el “erotismo uretral”.

(p. 179)

¿Estadio uretral o erotismo uretral? Cabe subrayar que Freud no habla de estadio uretral, que nunca intercaló en la serie – ya sumamente discutible en la medida en que se pretende cronológica – de los estadios oral, anal, fálico, un supuesto estadio uretral. Nos habla simplemente de una época en que el erotismo uretral sería más especialmente vivaz.

(Freud sitúa lo siguiente hacia el cuarto año) ... “La sintomatología de estas exteriorizaciones sexuales es pobre; del aparato sexual todavía no desarrollado da testimonio casi siempre el aparato urinario, que se presenta, por así decir, como su tutor [no en el sentido de un apoyo, aunque la etimología sea la misma, sino el sentido del *personaje* que es un tutor]...”.

(p. 180)

Para enmarcar rápidamente a este erotismo uretral, quisiera destacar algunos elementos:

7. ... el erotismo uretral aparece primero como indiferente a la diferencia de los sexos.
8. En el marco de este erotismo uretral infantil existe una unión íntima de lo genital y lo urinario. ... ella se produciría sobre la base de un desarrollo imperfecto, rudimentario, de la función propiamente genital en el niño, de suerte que el erotismo urinario jugaría aquí el rol de tutor; un término que, incluso si designa explícitamente un personaje, nos induce a pensar que hay allí algo del orden del apuntalamiento. En todo caso, el erotismo urinario indicaría en suma la vía, o una cierta vía, hacia el desarrollo genital. ... la micción y la polución. Habría entonces en el niño asimilación de ambos placeres....

(p. 180)

... respecto de esta conjunción – disyunción entre lo genital – fállico por una parte, y lo urinario por otra; así como sobre la conjunción – disyunción entre el agua y el fuego. La conjunción, dice Freud, es esencialmente infantil. No se trata solamente de una confusión entre estas dos funciones, ligada a la insuficiencia de intelección, sino de una suerte de relación de apoyo, una especie de línea directriz, inspiradora, donde en suma lo genital vería trazada su vía por una suerte de tutor que sería lo urinario.

(p. 184)

Freud recurre entonces aquí a la experiencia fisiológica, y es éste precisamente el tercer factor en cuestión. Pero hay que destacar que se trata de la experiencia del “adulto... Pero, inversamente a lo que Freud afirma a menudo, el niño de la historia individual y el niño de la historia colectiva, lejos de reunirse aquí, se separan: el niño de la historia individual afirma la asimilación de lo urinario y lo genital; el niño de la

historia colectiva, es decir, el adulto prehistórico, se funda por el contrario en la incompatibilidad entre la micción y el placer sexual para conformar según ellos sus fantasmas”.

(p. 184)

De modo que antes de emprender nuevos caminos, quisiera, una vez más a propósito de este artículo, insistir en dos sugerencias, advertencias o amonestaciones que hemos creído encontrar allí; por un lado hemos notado el hecho de que un avatar libidinal preciso está ligado al fuego: el erotismo uretral. Pero más allá de este avatar, la advertencia es la siguiente: el carácter esencial, como fundamento de todo simbolismo o de toda simbolización, del referimiento al cuerpo; no al cuerpo en general, ni en su totalidad, sino zonas determinadas, zonas de pasaje, zonas erógenas, como lugares acerca de los cuales nos preguntamos si no son los puntos de anclaje de todo apuntalamiento, de toda emergencia libidinal.

(p. 186)

- c. Con respecto a la **cura psicoanalítica**, finalidad de todo proceso analítico, Laplanche la visualiza en la vía de una búsqueda cultural más directa y menos represiva. La enfermedad psíquica ha sido interpretada por el psicoanálisis como una separación de las instancias psíquicas, especialmente del **yo** y del **ello**. La finalidad del proceso analítico sería deshacer esta separación en orden a hacer de las fronteras entre esas instancias, pasajes más flexibles y permeables. Vemos que lo que se buscaría es una sublimación ya que se trataría de hacer pasar lo pulsional a la vida del yo; se trataría de fortalecer al yo, ampliando su percepción y organización

de manera que pueda apropiarse de nuevos contenidos del ello para ponerlos a su servicio: “donde ello era, yo debe devenir”.

El trabajo analítico sería una especie de sublimación que hace parte también de un trabajo cultural que promueve ya **no** una renuncia o separación entre esas instancias psíquicas sino una vía que permita la sublimación no ligada a la represión como defensa.

Por otra parte el **psicoanálisis** además de ser una técnica de cambio individual es en sí mismo un elemento de derivación por ese mismo cambio que promueve movilizandando la sublimación en el movimiento cultural y aportando sus elaboraciones teóricas sobre fenómenos culturales. Plantea además nuevas posibilidades de cambio tanto al individuo como a la cultura y vías menos represivas a las cuales se llega por medio de la investigación y el cuestionamiento tanto de la sociedad como de la vida interna.

*Referencia al marco teórico*

Párrafos 2, 3, 4, p. 82. Párrafos 1, 2, 3, p. 83. Párrafo 5, p. 100. Párrafo 1, p. 101.

*Referencia textual al texto de Laplanche*

...Lo que nos plantea desde luego la cuestión de saber si, después de todo, en el vacío de la teoría, no se podría decir “a cada cual su sublimación”, o sea a cada cual su manera de concebir – y tal vez de realizar para sí mismo – ese destino pulsional, esa derivación de la energía libidinal hacia lo no – directamente sexual, hacia lo cultural. Aquí, en efecto, las vías y las interpretaciones se vuelven divergentes y hasta contradictorias.

Según una de esas vías, todo destino pulsional puede ser considerado como defensa...

... las dificultades de Freud, a propósito en particular de Leonardo, para definir un proceso de desviación de la energía libidinal que no tenga por correlato una represión. Finalmente, por otra parte, en el *Leonardo*, Freud habla nuevamente de

represión a raíz de la sublimación, una represión que no sería, por así decir, el reverso mismo de la sublimación, pero que sin embargo recaería sobre una parte de lo libidinal, particularmente lo genital.

(p. 186)

Pero, como otra vertiente, como otra posibilidad, hemos creído vislumbrar esta otra sublimación (si pretendemos conservar este término que, lo repito, no es sino un índice): la vía de una búsqueda cultural más directa, menos represiva, tal vez aquella de la que se trata cuando hablamos de sublimación en la cura; ¿Se trata después de todo de desexualización? ¿Se trata de represión?

(p. 187)

Una vez recordado todo esto, llegamos a una traducción del tipo “Donde ello era, yo debe devenir”. ...todo esto para recordar que una frase que debe, según Freud, indicar abreviadamente la finalidad última del proceso analítico...

Se trata... del problema planteado por la estricta separación de las instancias – particularmente y sobre todo el yo y el ello, pero también el superyó – separación considerada como eventualmente ligada a la enfermedad psíquica, y de la cual habría que desembarazarse en beneficio de una flexibilización de las fronteras entre el ello y el yo, es decir una suerte de pasaje de lo pulsional a la vida del yo: algo que una vez más se asemeja a nuestro problema de la sublimación.

... De todos modos, admitiremos que los empeños terapéuticos del psicoanálisis han escogido un parecido punto de abordaje. En efecto, su propósito es fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello. Donde Ello era, Yo debe devenir.

(p. 187)

Así, indudablemente, la mística está puesta en tela de juicio, pero el fin es de algún modo similar porque se trata de restablecer una mejor comunicación entre las instancias. Este trabajo del análisis que podemos, después de todo, comparar con una suerte de sublimación es al mismo tiempo un trabajo cultural.

(p. 190)

4. Este recorrido inacabado sobre la sublimación (que podría parecer en cierto modo como una destrucción del concepto de sublimación), y esta derivación de la sublimación, me parecen *inseparables del psicoanálisis mismo* y del momento histórico que el psicoanálisis introduce, si es cierto que este aporta a la historia de la cultura algo nuevo y, después de todo, quizás un nuevo modo de ligazón de la pulsión.

(p. 240)

Hay una concepción del psicoanálisis que podríamos resumir finalmente de manera humorística, así: *psychoanalysis and... business as usual*; se psicoanaliza y los negocios continúan. Y bien, creo que no es así como deben ser entendidas las cosas, que el psicoanálisis no es una técnica limitada, aun cuando fuera una técnica muy apreciable, de “cambio” individual, sino que tal vez ella misma introduce un elemento de derivación, de deriva, algo que hace marchar no sólo nuestra concepción de la sublimación, sino la sublimación en el movimiento cultural.

(p. 240)